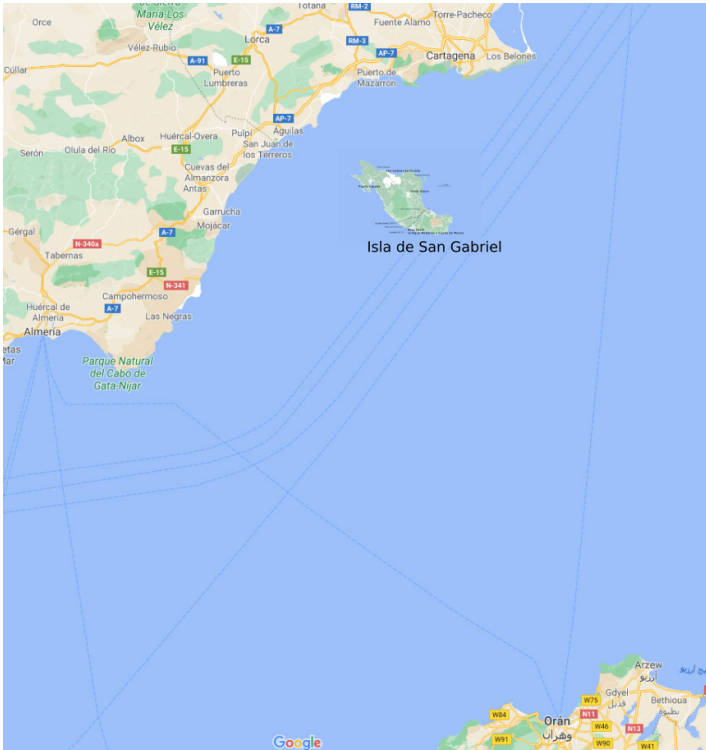




La Isla

Alejandro Sancho Royo



PDF creado el 3 septiembre, 2021

Esta es una edición sin carácter comercial.

Los derechos de autor deben ser respetados.

Puedes compartir este texto tal y como está conforme a lo especificado en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Se ruega comunicar al autor con quién se ha compartido en:

alejandrosanchoroyo@gmail.es

Índice

La isla

<i>El transbordador (Lunes 20 de febrero de 2017)</i>	5
<i>San Gabriel del Purche</i>	20
<i>Esa extraña escuela (Miércoles 22 de febrero de 2017)</i>	36
<i>Presentimientos (Jueves 23 de febrero de 2017)</i>	52

Divino tesoro

<i>Abel y los suyos</i>	71
<i>Jóvenes cultas</i>	87
<i>Tauru scelvasu (Toro salvaje)</i>	102
<i>La presentación (Verano 1933)</i>	118

Muñecas inquietantes

<i>Adi ad nosotros (También a nosotros) (Primavera 1960)</i>	141
<i>Ni una sola trompeta en la isla (Santa Úrsula 1968)</i>	153
<i>Los olvidados (Santa Úrsula 1979)</i>	171
<i>¿Ad ob l' iréy demandā're? (¿Adónde iré a buscarlo?)</i>	188

Demasiadas piezas sueltas

<i>La Siciliana (Viernes 24 de Febrero de 2017)</i>	209
<i>Scen anniya komencari liaborari (Sin intención de empezar a trabajar)</i>	227
<i>Más muñequitos (Diciembre 2016)</i>	252
<i>Elli kabcatori (El cazador) (Marzo 2017)</i>	265

Lo que se ve desde arriba

<i>Pico Boumama (Navidad 2016)</i>	285
<i>Guitarras y laúdes (Enero 2017)</i>	300
<i>Lo que dice la pantalla (30 de marzo 2017)</i>	324
<i>Ya 'asmar! (¡Ay, moreno!) (Viernes 3 de Febrero de 2017)</i>	341

Nota Final	361
-------------------------	-----



La isla

☞ El transbordador (Lunes 20 de febrero de 2017)

Antes de entrar al puerto trastea en la guantera, con la mano izquierda en el volante, buscando la sirena azul. No se trata del gusto de hacer una entrada espectacular en ese pequeño puerto del sur, es que se está meando. Desde que cumplió los sesenta y tres, la próstata no deja de darle problemas. Las cuatro horas que debería haber echado desde Madrid se han convertido en cinco a cuenta de la maldita víscera esa, que para qué la querrá uno, —se dice—. En cuanto coloca la sirena sobre el techo, el anodino Peugeot 308 gris plateado que cumplió quince años ya, se convierte en todo un vehículo oficial con vaya usted a saber qué importantes prisas. El guarda de seguridad abre la barrera rápidamente en cuanto ve la placa del inspector.

—¡Qué barbaridad! —piensa— ¡Ya ni los puertos tiene compañeros en la barrera de entrada, joder! ¡Ya son todos securatas!

Al dirigirse al muelle del ferri, bien señalizado, quita la sirena. Deja el coche mal aparcado, de cualquier forma, coge una bolsa grande de viaje del maletero, y se dirige a una cabina cercana al muelle en donde, esta vez sí, ve a un par de guardias civiles junto a la puerta de embarque, si es que a aquella extraña fila de coches y gente puede llamarse «puerta de embarque».

—Buenas tardes. —Mostrando su identificación, añade—: Compañeros, ¿hay un servicio por aquí?

Ha tenido una entrada un tanto forzada, excesivamente espectacular para terminar en ese anticlímax escatológico. Los guardias, que aún no han pasado de los treinta, saludan cuadrándose. Uno de ellos pregunta:

—¿Va usted a subir al ferri, señor?

—Sí, claro.

—Pues quizás mejor dentro. Es que los servicios de aquí, ¿qué quiere que le diga? Están muy mal. Si quiere ir a la comandancia, en coche tardará cinco minutos de ida y otros de vuelta. No sé si le dará tiempo...

—No se preocupe —le interrumpe el inspector, y se dirige a una ancha pasarela por donde embarcan los coches. Muestra el billete a un joven marinero que guarda el acceso al ferri y pregunta con cara de cierta urgencia:

—¿Dónde está el servicio?

—Mejor no lo use hasta que no zarpemos. Son normas de la empresa.

—Pero, ¿dónde está? —Insiste.

El joven señala hacia adentro mientras su compañero da paso a un automóvil un tanto destartado. En mitad de la panza del barco arranca una escalerilla estrecha y

empinada. Al llegar arriba, justo antes de la puerta de entrada a la cabina de pasajeros, un tímido rótulo «SERVICIOS» aparece a los ojos del inspector como si dijera «PARAÍSO».

—¡Coño! —Piensa para sí— ¡Por fin!

Un minúsculo distribuidor con un lavabo mínimo da lugar a otras dos puertas con plaquitas que, de forma bastante ambigua, señalan los aseos. Cuando empuja la puerta que —cree— da acceso a su liberación final, se encuentra una cabina en donde él entra con dificultad. Ni que decir tiene que la bolsa no.

—¡Cojones! —Se dice.— ¿Qué hago con la bolsa? Piensa, Paco, piensa. —Se habla.

Paco Castaño, que así se llama el inspector, lleva en la bolsa todo lo que un inspector de policía de sesenta y cuatro años puede llevar para resolver el que, espera que sea, último caso de una no demasiado exitosa carrera profesional: tres mudas, un portátil, los cables, la pistola, un cargador, una carpeta llena de informes recién impresos, la funda de las gafas de ver, un paraguas plegable, una guía de la Isla de San Gabriel y alrededores, una petaquita con algo de whisky, una bolsa de aseo y otra llena de pastillas para los achaquillos que empieza ya a tener, especialmente sus dolencias de la próstata que son las que le han llevado con esas prisas a semejante garito.

Intenta cerrar el acceso a los servicios para así dejar la bolsa en el distribuidor pero justo en ese momento una mujer de mediana edad abre la puerta, preguntando:

—¿Está libre?

Paco señala, obviamente al aseo de señoras.

—Sí, claro, pase. —Responde, mientras él a su vez entra en el suyo.

Con la mano izquierda sostiene la bolsa que, de mala manera y con dolor de tendones y músculos por la forzada postura del brazo, cuelga tras su espalda. Nota el bulto de la bolsa contra sus glúteos y el empuje contra la puerta del aseo mientras con la derecha hace lo posible por desenvainar y apuntar.

No hay cosa más molesta que intentar orinar, que estar a un más no poder de ganas, y que cuando se da la oportunidad del remate, de escuchar ese ruido sordo del chorro cayendo sobre la taza, ver como sale un triste hilito de gotas sin gracia. Una especie de rebosamiento que lo deja a uno en un sí es no es. Eso no es lo peor: Paco Castaño ya empieza a ser un experto en estos temas, pues lleva unos meses que, según sus cálculos, se lleva entre hora y media y dos horas de su vigilia frente a la taza, y eso que no cuenta las cinco visitas nocturnas. Sabe, pues, que sus diez minutos no se los quita nadie. Escucha la cisterna de la vecina de aseo que ha acabado felizmente y el ruido del agua del lavabo.

—¡Vaya! Eso ayuda, —se dice—. Menos mal, que con la medicación no duele, que antes era peor.

Su mujer se empeñó en que fuera al médico, que no pasaba nada, que ella había ido al ginecólogo toda la vida y no pasaba nada.

—No es lo mismo, Jacinta. ¡Cómo va a ser igual! Pero bueno, era un sinvivir y ahora, por lo menos, no duele —piensa—, lo que duele es el brazo en esta posturita y con lo sucio que está el suelo, no dejo yo la bolsa que se va a poner buena. ¡Venga vamos! A ver si se anima esto y termino.

Los chorritos se hacen cada vez menos largos pero la sensación de haber vaciado no llega. Empieza a notar cierto movimiento en el barco que hace evidente que zarpan. De repente un movimiento brusco. —¡Coño!

Como no está sujeto a ningún sitio se cae de bruces en el inodoro. La mano derecha está donde está y la izquierda torcida detrás de la espalda.

—¡Me cago en la puta madre del maldito demonio que me trajo a esta mierda de barco cuarenta pares de veces! ¡Cojones! —Se dice a sí mismo, permitiéndose escapar un ligero gemido que, desde fuera se oye como una especie de:

—¡Carajjj...! ¡Ta urggrr! —Y sigue hablándose sin soltar palabra—: ¡Coño, paquito, has tenido suerte después de todo, que te podías haber partido los piños!

Mientras eso se dice, se da cuenta de que hay un cierto desarreglo de bajos, por decirlo así. Vamos, que se ha meado encima. Si no todo, todo, sí lo suficiente como para empezar a sentirse bastante incómodo.

—Pues habrá que cambiarse, ¿no?

Pero lo cierto es que ni una contorsionista china sería capaz de quitarse los pantalones, buscar unos de reemplazo y cambiárselos sin abrir la puerta ni provocar un profundo problema de higiene en el resto de las cosas de la bolsa.

—¡Joder!

Por la minúscula ventanilla que da al costado del ferri oye y ve caer la lluvia. Paco encuentra en su mente una solución. Sale rápidamente, ignorando el lavado de manos, y sin entrar en la cabina de pasajeros, por un pasillo lateral se dirige bajo la lluvia a los bancos de proa buscando, deliberadamente, el agua que todo lo tapa. Nunca se vio a un señor mayor tan contento empapándose una fría tarde de febrero en la proa del ferri que lleva a San Gabriel. Tras unos largos y helados minutos en los que su pantalón verde hierba se ha ido convirtiendo en verde oliva oscuro, y tanto su pelo como su barba de tres días

comienzan a gotear ostensiblemente, Paco entra en la cabina con una amplia sonrisa de satisfacción. Nadie levanta la vista de sus cosas para mirarlo y, enojado consigo mismo, comienza a pensar si lo de tapar las manchas, pocas, con el empapado, mucho, no habrá sido una mala idea. Para calmar sus ánimos coge la petaca y se la vacía hasta la última gota en la garganta con un gusto infinito. —¡Hace frío, cojones! —Se dice.

La chaqueta corta no es suficiente por más que le dijeran en comisaría que allá en el sur no saben lo que es el frío de Madrid. Paco mira la hora. Deja su bolsa al lado y saca la guía. Manolo, su jefe, le dejó claro que la guía era cosa suya, que las dietas no incluían ese tipo de gastos, claro, eso después de haberlo engatusado con un trabajito fácil en el sur. —Mira, Paco, eso lo tienes tú resuelto en una semanita. Tómatelo como una especie de vacaciones en el mar, ¿no? —Le dijo.

Paco no es de los que se hacen de rogar. Conoce a su jefe desde que entró hace veinte años como un pipiolo en el cuerpo. No es ambicioso y nunca le gustó ir mucho más allá de donde se sentía ya cómodo, pero Manolo; primero la academia, luego estudiar derecho, luego el máster en criminología, en diez años pasó de ser el coleguilla joven de Paco a ser su jefe. Amigos, claro. Buen rollo, todo el que quieras, pero su jefe, al fin y al cabo.

—Venga, hombre, que esa gente de San Gabriel no saben qué coño hacer con el fiambre. Además es alguien conocido en la isla y parece que no ha sido un accidente. Eso te lo zampas en nada, hombre, con lo que tú eres.

—¿Dónde queda san Gabriel? ¿En Alicante?

—No, más abajo. El ferri sale de Cartagena. Está ahí al lado, cuatro horas de coche y no llega a dos de ferri. Te vas el lunes y el viernes estás aquí, ya te digo.

—¿Y por qué no se hacen cargo los de Murcia, ya puestos?

—Porque igual que en el 95 Ceuta y Melilla dejaron de ser de Cádiz y Málaga, vamos, de Andalucía, San Gabriel dejó de ser de Murcia. ¡Cojones, Paco, parece mentira! ¡Que no te sepas la transitoria quinta de la Constitución!

—Mira, Manolo, el de la oposiciones y los estudios eres tú. Cuando entré en el cuerpo el viejo todavía estaba caliente, y tú ni habías nacido. ¡No te digo, la transitoria quinta!

—Lo dicho Paco, que les mando un mail y el lunes estás allí por la tarde.

—Tú mandas, Manolo.—Responde encogiéndose de hombros porque sabe que poner de manifiesto el rango molesta a su jefe.

—¡Venga, hombre! Que no es eso, que es que eres ideal para el caso. El subsecretario me ha dejado caer que no confía en la gente de allí, y que de arriba han llegado instrucciones de que debemos hacernos con el caso y cerrarlo bien y rápido sin muchas peplas. Aquello está lleno de alemanes y como está la base naval y todo eso, pues hay que acabar el tema pronto. Las órdenes han sido «enviar a alguien experimentado». ¿Quién coño hay más experimentado que tú, Paco?

—Vale, tío, te lo compro. ¿Me puedo llevar a alguien?

—¡Qué va! Ya sabes cómo estamos, no me hagas eso, Paco. Te la tienes que montar tú solo. Les mando un mail para que te pongan todo a tu disposición desde tu misma llegada, ¿vale? El lunes a las...cuando llegue el ferri. ¿Sí?

—Cuando te pones suavón, en plan jefe solícito, me tocas los huevos, Manolo. Me invitarás a cenar después, ¿no?

—¡Claro, coño! Cuando vuelvas le digo a la Asun que se arregle y nos vamos los cuatro a la Marisquería Cardeña.

—Tampoco te pases, tú, que tienes un chiquillo de cuatro años. Deja, deja, unas tapas y ya está.

—¡Qué buena gente eres, Paco! Siempre pensando en la gente.

Manolo coloca una mano sobre el hombro de su compañero. Paco, con confianza, le da palmaditas en la mejilla a su jefe y le dice sonriendo con sorna:

—Vete a tomar por culo.

Mientras recuerda la escena que la ha llevado allí, hojea la guía. Aunque es una publicación del Ministerio de Medio Ambiente, le ha costado sus veinticinco euros. Está muy bien editada y cuenta con un plano completo de la isla que en su envés tiene otro de la capital, San Gabriel del Purche, que le da nombre.

«Cuando nos acercamos a la isla de San Gabriel, normalmente en ferri desde Cartagena, pero también, si somos afortunados de contar con navío propio, desde otros lugares del mediterráneo, se nos presenta a decenas de kilómetros destacando en el horizonte entre las aguas que la rodea. Es una isla montañosa que airosamente emerge del mar.»

Paco sigue leyendo un tanto aterido. Al levantar la vista, a través del cristal de proa, sucio y plagado de gotas se deja entrever esa silueta montañosa a la que se refiere la guía. La señora que entró al baño antes se sienta a su lado y comenta:

—Parece que ha dejado de llover. —Paco la mira y esboza una ligerísima sonrisa que no sabe muy bien de dónde sale, si de su intento de pasar desapercibido o de su afebilidad natural—. Tenga usted cuidado que puede resfriarse. Es lo que pasa cuando se viene del norte, que uno piensa que aquí todo es sol.

—¿Tanto se me nota?

La señora se echa a reír. Tanto su abundante pecho como su barriga se mueven al unísono con su limpia risa.

—Pues sí, la verdad. No sé cómo, pero se nota. Es que, ¿usted sabe? en San Gabriel, aunque sea de vista, nos conocemos todos. Y aquí, de más al sur viene poca gente, salvo a trabajar y no estamos en temporada. Además esa guía que usted lleva está dando bastantes pistas.

—¡Ah, claro, la guía!— Y como si fuera la culpable de todo, la guarda rápidamente en la bolsa, y añade—: Pues para no saber cómo lo ha averiguado tiene bastantes explicaciones.

—Pues es verdad.

Se queda algo incómoda con el comentario de Paco. Estira un poco las piernas, se acomoda la ropa alrededor del abundante busto y coloca su gran bolso negro sobre el regazo. Mirando hacia el horizonte.

Paco reflexiona en silencio y se da cuenta de que quizás esa pasajera pueda ser una buena informante de los acontecimientos de la isla, lejos de informes, lenguaje policial y burocracia.

—Disculpe, he sido un grosero, me presento: mi nombre es Paco Castaño. —Dice mientras le ofrece la mano como saludo.

—Gracia Fernández, un placer.

Paco se esperaba una mano cálida y carnosa, llena de energía. Por el contrario se encuentra con su opuesta; fría, delgada y casi sin fuerza. Uno nunca sabe, se dice. Observa el anillo y una delicadeza en su mano que no se corresponde con el aspecto general. Pasa de pensar en su compañera de viaje como una trabajadora de hotel a verla en un trabajo de oficina, más sedentario. No puede evitar la tentación de encasillar a la gente cuando la saluda por primera vez. Aunque él mismo se siente incó-

modo con su manía, se disculpa a sí mismo con indulgencia.

—¿Trabaja aquí? —Le pregunta.

—Nací aquí, y trabajo donde me surge. Últimamente poco, la verdad. Pero bueno, no, no trabajo en San Gabriel.

—Cuénteme, si no le importa, ¿cómo es vivir en una isla tan pequeña?

—Si se nace aquí ni te das cuenta, te voy a tutear, si te parece, tendremos más o menos la misma edad, ¿no?

—Sí, claro, tutéame, pero creo que eres más joven, en fin, da igual. Yo soy del 54.

—Pues sí que soy más joven, pero te conservas bien. Lo que te decía, que si naces aquí no te das cuenta de que vives en una isla. Tienes la península a hora y media, con un ferri por la mañana y otro por la tarde. Casi como vivir en una ciudad algo alejada de la capital. Porque Cartagena es para nosotros como una capital, vamos. —Tras un pequeño silencio, añade—: Ya veo que es tu primera vez en San Gabriel. ¿Se puede saber qué te trae?

Paco se lo piensa. Decide finalmente no mentir, por no echar a perder una informante tan abierta al diálogo. Se deja llevar por su olfato:

—Soy inspector de policía, vengo...

—¡No me digas que vienes por el muerto!

—Algo así.

—¡Uf! No te arriendo la ganancia. ¡Pobre hombre!

—¿Y eso?

—Lo primero de todo, cómprate un chubasquero o algo que te proteja de la humedad. Te va a hacer falta. Y arma-te de paciencia. San Gabriel puede llegar a ser...correo-so. Eso, correoso es un buen adjetivo.

—¿El pueblo?

—Ciudad, San Gabriel o El Purche, como le llamamos, es una ciudad desde 1498. Pero sí, la gente es correosa. Aquí no nos sentimos cómodos con los juicios externos, tú sabes, hay tantos tópicos...

—Pues no conozco ninguno, la verdad. ¿Y qué sabes del muerto?

—Nada, lo que dijeron los periódicos. Llevo tres meses fuera de casa. Me salió un trabajo a finales de noviembre y he pasado fuera incluso la Navidad, así que nada de nada.

—Pero tu familia y amigos...Algo habréis hablado.

—El muerto era conocido en el pueblo, claro. Un hombre grande y moreno que no pasaba desapercibido. Pero no sé más que lo que dijo el periódico. No te puedo ayudar.

—Gracias, era más por charlar que por otra cosa. —Paco se queda con una sonrisa bobalicona que sabe que da el resultado de bajar las defensas de sus informantes.

—Hay gente que dice...—Comienza a hablar la señora y Paco se dice interiormente: «¡Eso es, coño, dale, canta todo lo que quieras!»

—¿Sí? —Sigue en voz alta.

—Pues que ese hombre era bastante extraño. Pero, vamos, eso no te lo va a decir mucha gente así abiertamente. Yo no sé mucho, pero en San Gabriel una tiene difícil ocultarse de la vida de los demás. Ya me entiendes.

—¿En qué sentido era extraño?

—No sé. Creo que estoy siendo una bocazas.

La cercanía al puerto hace que los viajeros se levanten y empiecen a recoger sus cosas. Paco, que observa como el pueblo y el puerto pesquero pasan moviéndose a través de la ventanilla, pregunta:

—¿Pero no para en el puerto?

—¡Ay, eso era antes! Hace tres años que terminaron el puerto nuevo y ahora nos deja allí. —dice señalando a proa— El muelle está mejor y les resulta más fácil atracar pero a mí me han echo un desavío. Menos mal que hoy vienen a recogerme. ¿Y a ti?

Como han avisado tres días antes de su llegada, responde con mucha seguridad:

—Sí, claro, por supuesto.

Lentamente, como deben hacerse las buenas maniobras de un barco de línea, el ferri empopa al muelle y suelta la pasarela por la que, coches por el centro y peatones por babor, desembarcan en la isla. El moderno edificio por el que se ven obligados a pasar los peatones, tiene todo el aspecto de una parada de autobús. Son las cinco de la tarde, cae una lluvia muy ligera. El pueblo, a la izquierda se levanta con tímidas luces titilantes sobre el horizonte. El mar está tranquilo. Paco mira a un lado y a otro como buscando el vehículo que le debe esperar. Entra en el pabellón. Un salón diáfano, en donde pueden caber cómodamente cien personas, está casi vacío. Hay dos tiendas de prensa y regalos a punto de cerrar y una cafetería con apenas tres clientes. Paco se acerca a un guardia civil que se dirige hacia la salida con prisas. Enseña su identificación a la vez que pregunta:

—Buenas tardes, compañero. ¿Sabes algo de los compañeros que vienen a recogerme?

—¿De la judicial? —Responde desganado.

—Sí, claro.

—Llevo poco tiempo aquí, disculpe. De llegar, aparkan saliendo a la derecha. Es el parking oficial, vamos.

Quince minutos después Paco saca el móvil y llama al teléfono de contacto que le dio su jefe. No lo cogen. Vuelve

adentro. Ya solo queda abierta la cafetería. Pide un café y pregunta:

—¿Hay bus para el pueblo?

—El último salió diez minutos después de la llegada del ferri. Como es el último, ya no hay nada hasta mañana.

—¿Y taxi?

—Le doy el número y si tiene suerte, lo recogerá aquí en un buen rato. Es que en esta época no hay mucho movimiento y, claro, un lunes, a esta hora, no sé.

A Paco se le suben los demonios. Le gusta hablarse a sí mismo en estos casos:

—Soy un hombre tranquilo, estoy tranquilo, me cago en la puta. No, chaval, respira. Esa gente se va a enterar, ¡cojones! Tranqui, chaval. Respira.—Sin mover lo más mínimo los labios, se va calentando por lo bajo, mientras que otra parte de sí busca la manera de recomponerse.

Al fondo, divisa a Gracia que entra desde el muelle, su compañera de viaje va acompañada por un joven de unos veintipocos años. Paco la saluda de lejos, deja dos euros en la barra y se dirige a ella en mitad del hall.

—Hola de nuevo, Gracia, creo que me vas a salvar, si eres tan amable.

—Hola, este es mi hijo Andrés, ¿qué te pasó?

Paco y el joven se saludan, mientras responde:

—Pues que ha debido haber una confusión porque no han venido a recogerme ni me cogen el teléfono, como no hay bus, ni taxi, ni...

—Eso está hecho.

No hay mucha distancia entre el puerto nuevo y el pueblo, apenas seis kilómetros que se habrían hecho incómodos e interminables andando bajo esa llovizna y viento.

—¿Dónde le dejamos, Paco?

—Pues voy a las oficinas de la policía judicial, que parece ser que están en la Plaza del Carmen.

—Mamá, —interviene el joven— ahí no nos dejan pasar.

—¿Y eso? —Pregunta el inspector.

—Están las pilonas, es zona peatonal.

—No imaginaba esas modernidades en un pueblo murciano como este.

—Paco, si quieres empezar a triunfar en El Purche no te olvides de que es una ciudad. Mo-der-na, —enfatisa—. Y no es Murcia, es una ciudad autónoma. Como no bajas ese tono de madriles aquí no te va a hablar ni el tato. Te lo digo de corazón, ¿eh? Tienes cara de buena gente, quédate con la copla.

—¡Ma madre!, yed ueme non ted permisú. ¡Probe! —Dice el joven por lo bajo.

—¿Sois rumanos? —Pregunta Paco desde el asiento de atrás.

—¡Ah! ¿No lo sabes? Es romandalusí o mozárabe si te gusta más. ¿No sabes que San Gabriel es el último lugar del mundo donde aún se habla un resto de esa lengua?

—Pues no, se nota que no me ha dado tiempo aún de leerme la guía.

—Si te quieres meter en el bolsillo a los jóvenes, no te queda más remedio que chapurrearlo. De un tiempo a esta parte. Los hablantes hemos pasado de estar en peligro de extinción a tener academias de *roman*. Aquí la gente le dice *roman* o *la lingua*.

Paco no está para muchas novedades.

—«¡Joder con Manolito! Que eran unas vacaciones en el sur, decía el muy...Y ese se lo tenía que saber todo, seguro, con todo lo que ha estudiado y... encima que chapurree la *lingua*. ¡Jódete, paquito!» —Dice para sus adentros mientras mantiene la sonrisa bobalicona de siempre.

—Le dejo aquí, disculpe. —Le dice volviéndose el joven— Siga esa calle peatonal que desemboca en la plaza.

—Muchas gracias. Han sido muy amables. Buenas tardes.

Paco saca el paraguas porque la llovizna se transformó en lluvia hace rato. Está helado. Aún prácticamente empapado, se dirige con prisa a la plaza que está a unos doscientos metros. Sube los escalones de una especie de galería porticada y reconoce la figura de un guardia de seguridad en una gran puerta metálica. Tras la identificación, ahora sí, le responde:

—Le están esperando. Segunda planta a la derecha. Verá la señalización en el pasillo. Lamento decirle que el ascensor no funciona.

Las dependencias de la policía judicial de San Gabriel del Purche las forman un pasillo con dos despachos a la izquierda que dan a la plaza y una sala con unos cinco escritorios sin separación con un gran ventanal a un patio interior con arcadas y macetas. Esas oficinas están en el mismo edificio del único juzgado. Al ser San Gabriel cabeza de partido de toda la isla desde tiempos remotos, cuenta con un edificio histórico que ya en el siglo XVIII servía de audiencia y que dependía de la Real Chancillería de Granada.

Al entrar Paco en la sala se encuentra a seis hombres. El mayor se acerca solícito a saludarle:

—¡Qué terrible malentendido! Acabo de comentar a mis compañeros que he leído martes 20 en vez de lunes 20. Ha sido una torpeza por mi parte, te pido disculpas de verdad. Pero, ¡*ueme*, mírate estás empapado! ¿Te quieres cambiar?

—Sí, mejor voy al baño.

Ya cambiado y algo más cómodo, comienzan las presentaciones. Al acabar pregunta, ¿dónde habéis previsto mi despacho?

—No, mira, no. Es que aquí no hay costumbre, ¿sabes? Aquí trabajamos todos en esta sala. Vamos yo tengo un despacho, pero casi no lo uso, ¿no? Y el otro se reserva para cuando el Sr. Juez quiere reunirse con el equipo, pero se usa poco. Así que, bueno, como hay cinco escritorios, pues compartes mesa con el chico. —Dice señalando al número más joven que está a su derecha y que solícito comienza a retirar algunos papeles de su mesa. A Paco se le inflan las narices, pero mucho. Lleva un día verdaderamente malo y esto es como echar pimienta en una herida sangrante. Con mucha calma y una sonrisa de oreja a oreja responde:

—Juan Carlos, ¿te llamabas Juan Carlos, no? —Sin darle tiempo a responder continúa— Mira, chico, yo ahora me voy al hotel a darme una ducha caliente. Mañana a las siete os quiero ver aquí a todos. Tu despacho va a estar abierto, despejadito, con los cajones vacíos, con la llave encima de la mesa. Limpio. Quiero que huela bien y esté aireado. No he venido de la UDEV a esta isla para que unos murcianos me toquen los huevos, ¿está claro? ¡Ah! Y sé que no sois murcianos, y sé que os jode. Pero como hemos empezado mal, creo que podremos arreglarlo. Hasta mañana.

☞ San Gabriel del Purche

Después de recuperar ánimo y temperatura, Paco sale a cenar por las calles del Purche. San Gabriel tiene unos veinte mil habitantes en esa época del año, duplicándolo-

se sobradamente en los meses de verano. Las pequeñas pedanías de la isla eran distinguibles en su tiempo pero, a día de hoy, son núcleos pequeños en un mar de urbanizaciones y hoteles medio vacíos de octubre a mayo. En la isla no siempre es verano y cuando llueve, como en este momento, llueve mucho. Al ser una ciudad erguida en un alto farallón calcáreo, el agua corre con rapidez formando hilillos a un lado y otro de las calles. En cuanto cruza una esquina orientada al mar, el viento lucha por quitarle el paraguas. Las luces de las calles son más mortecinas y separadas que en Madrid y aunque hay algo de tráfico en la costa, en el centro, que está en la parte alta de la roca, casi no pasan vehículos. Paco recuerda a Manolo: «Tómalo como una especie de vacaciones en el sur, hombre.» Mientras nota que su respiración se agita, se dice: «Esto lo arreglo yo con un Ribera y unos huevos con jamón.» No deja pasar un restaurante cercano al hotel, aunque esté lleno a rebosar.

—Un sitio un poco pijo para mi gusto, —se dice—, pero hoy no estoy para buscar más.

En efecto, los chalecos de plumas forrados en nailon verde que dejan entrever cuellos de camisas Spagnolo con cazadoras a juego, son los uniformes del público masculino de la barra. Mucha niña mona, mucha rubia de bote y alguna que otra familia con niñas pequeñas vestidas con abriguitos azules que dejan asomarse blancas puntillas de enaguas en los bajos y niños con pantaloncitos cortos y pinta de tirolés, le llevan a pensar a Paco: «Este no es tu sitio, paquito». Pero una sensata voz interior le dice: «Déjate, hombre, que hoy has pasado frío y estás desmayado. Cenas y te vas».

No está la noche para pasear. La lluvia insistente, el viento que azota desde el norte, la extraña jornada de

arribada a la isla y su nueva misión, lo tienen exhausto. Los pies de Paco, otro punto flaco que se exagera con la edad, lo torturan. Al llegar al hotel, apenas a cinco minutos del juzgado, abre el minibar, coge una botellita de whisky y la guía de la isla y se arrebujaba entre los dos edredones de las camas que ha juntado.

Se salta la flora y la fauna, que la fauna con la que va a tener que tratar seguro que no viene en esa guía y comienza a leer «El carácter de la Isla de San Gabriel»:

«Encaramadas en sus peñas o desplegándose por toda la isla, las poblaciones que podemos encontrar destacan con el blanco de sus caseríos del gris de las cumbres o de los diferentes tonos de verde del monte o del olivar. Están ubicadas junto a las cumbres donde se levantaron las fortalezas medievales que las originaron o bien junto a los manantiales y escorrentías que desde tiempo inmemorial les ofrecieron el agua imprescindible. Entre todos los núcleos de población destaca como un rey la capital de San Gabriel del Purche que le da nombre a toda la isla».

Así que el castillo es medieval, piensa Paco. Tendré que subir a verlo. Seguro que desde allí arriba hay una vista preciosa.

«Al contemplar estas poblaciones en la distancia, muchas de ellas mantienen una apariencia similar a la de hace un siglo. Otras se han desarrollado urbanísticamente perdiendo la típica imagen de pueblo isleño. Así, en la actualidad, unas y otras protagonizan unos papeles muy diferentes en el paisaje.»

—A ver, esto tenía que ser precioso hace un siglo, precioso pero pobre. —piensa— Cuando fuimos Jacinta y yo a Rodas, pensamos los mismo... ¡Coño, Jacinta! Se me ha olvidado llamarla. Es tarde, ¿qué hago? Menudo cabreo me va a coger. ¿Qué hora es? Bueno, son las 11, quizás la cojo despierta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Jacinta? Soy Paco.

—¡Vaya, hijo! ¡Qué susto me has dado! ¿Tú crees que estas son horas de llamar? ¿Qué pasa?

—No pasa nada, mujer, era para darte las buenas noches.

—Pues ya me has dejado el cuerpo cortado, que estoy viendo la serie esa de la 5, «Sé quién eres», y me ha entrado como susto. Oye, te cuelgo que me la pierdo. Está muy interesante.

—Vaaaaaale. Bueeeeno, mañana te llamo.

—Sí. Eso. Un besito.

Toda la culpabilidad que sentía se ha disuelto como un azucarillo en el agua y sin necesidad de agitarla.

—Así que el capullo del Paco, —se dice a sí mismo— se va a una puta isla del Mediterráneo a resolver un caso de desaparición con el posterior hallazgo del cadáver en la costa y ella encandilada con la serie de Telecinco. Resulta encima que el protagonista es detective como yo, ¿que me la pierdo? ¡Será desgraciada! Ni me pregunta por cómo me ha ido el día, ni por cómo está el hotel. ¡Tenga usted parienta para esto! Bueno, sigue con la guía, paquito y déjate de hostias que te calientas.

«Los primeros asentamientos de la isla se produjeron en el periodo Neolítico, de los que quedan restos en las Lomas del Colorao. En la Bética Romana, pero sobre

todo en Al-Ándalus echaron sus raíces la mayoría de los núcleos de población de la isla. Con el paso de los siglos han llegado a nuestros días solo cuatro grandes, los cuatro que conforman el conjunto de municipios de la isla de San Gabriel: la propia capital que es además partido judicial y sede del cabildo de San Gabriel, Punta España llamada en su origen (y aún por los nativos) Ya'asmar¹ y nombrado Punta España en 1777 después de la construcción de la defensa del puerto. Los otros dos municipios son Santa Úrsula, en el centro de la isla y el, ya desaparecido como municipio, Puerto de Moros, antiguamente llamado Matranas. De este último convendría decir que en el año 1941 se convirtió en base naval aneja a la de Cartagena, siendo en enero de 1983 cuando pasa a ser base de la OTAN y se cierra cualquier posibilidad de acceso libre a la misma desde el interior de la isla por la que los isleños llaman 'La Valla'. El resto de poblaciones y pedanías se han ido amalgamando alrededor de las veredas, al principio, caminos más tarde y hoy en día carreteras que recorren la geografía insular.»

A Paco le entra algo de sueño, pero fiel a su condición de policía metódico, coge su portátil y repasa aquellos documentos que, por su condición, no ha querido imprimir. No le gusta leer en pantalla e imprime todo lo imprimible pero la información reservada de los historiales de los compañeros de San Gabriel no quería llevarla encima. Se la ha descargado al ordenador porque no se fía de la conexión a internet del hotel, y ha hecho bien. Los

1 Moreno o Puerto Moreno es la otra forma de llamar al pueblo por algunos isleños.

repassa a la vez que —en su interior— hace comentarios de lo que va leyendo:

—Juan Carlos Martínez (49 años) Natural de San Gabriel, inspector de la Unidad de la policía judicial desde 2002. Antes estuvo en Cartagena. Vale, ‘el jefe’. De este no saco nada, vamos. Estará deseando que me vaya. ¡Pobrecito, lo que le queda que aguantar, habiéndole tocado los huevos a paquito de esa forma!

—Ismael Aramburu (38 años) Natural de Albacete, ingresó en el cuerpo en 2000. Antes estuvo en Lekeito, ¡uf!, después en Hellín y...¡bingo! a San Gabriel. ¿Por qué habrá salido de Hellín, que está a tres cuartos de hora de Albacete? Fosforito. A esa pregunta le pongo fosforito amarillo.

—Jaime Cenizo (45 años). Menudo apellido. Este es de aquí. Natural de Punta España (San Gabriel). Ingresó en el cuerpo en 1997, con...25 añitos. Licenciado en Derecho. como mi Manolito de los huevos. Primer destino Baracaldo. ¡Joder Baracaldo en el 97! Este ha visto cosas, recuerdo el año que pasé en Zarauz. El peor año de mi vida. Déjalo, paquito, sigue, anda.

—José Alberto Alonso (30 años). Natural de Conil, Cádiz. Precioso sitio. Llegó aquí hace dos años. Ingresó con 22, en el 9, y estuvo...estuvo...¿Dónde coño estuvo este? ¿Por qué no aparece su anterior destino? Fosforito. Eso hay que averiguarlo. Tiene aquí una sanción disciplinaria de la que no se dice nada más. ¡Y lo mandan a San Gabriel!

—Javier Peña (28 años). Natural de Oviedo. Ingresó en el cuerpo hace tres años, pero viene de Huelva. Lleva aquí algo más de un año. A ver, a ver, este ha hecho los cursos de subinspector...Estará deseando largarse de aquí. Mira, paquito, ha hecho en los últimos dos años seis cur-

sos online y uno presencial en la Escuela. Este quiere ir para arriba y lo han mandado bien lejos de Oviedo. Fosforito. Apunta a Javier, coño, que este es mío.

—Alberto Fuentes (22 años) Natural de La Algaba (Sevilla). Ingresó en Junio del año pasado, lleva aquí tres meses. Su primer destino después de pasar por la Escuela. De puta madre. Este es el otro.



(Martes 21 de febrero de 2017)

La entrada matinal en las oficinas supone un desquite en toda regla para Paco. El día, aún poco luminoso, se presenta con buenas perspectivas. Está de buen humor y aunque tiene esa sensación de oxidación generalizada de las articulaciones, se puede decir que está bien. Al llegar, el despacho de Juan Carlos está preparado tal y como indicó. Deja sus papeles y el portátil, coge la llave de encima de la mesa, cierra la puerta, aún sabiendo que la privacidad de sus notas solo va a estar protegida por la contraseña de Windows y se dirige a la sala en donde le esperan sus compañeros.

—¡Buenos días! Ya estamos todos mejor, ¿no?

Un murmullo generalizado de buenos días flota sin mucho ánimo en el aire. Juan Carlos comienza a hablar pero Paco le interrumpe:

—Espera, espera. Si vas a molestarte en pedir disculpas, te ahorro el trago. Os voy a decir lo que vamos a hacer en relación con el caso que me ha traído aquí y, después de eso, os voy a dejar tranquilos. No a todos, vamos. —Paco hace un silencio retórico—. Bueeeeno: Javier, —Sí, dígame.

Sin contestarle pero mirándolos, Paco sigue su discurso:

—Y tú, Alberto,...

—¿Sí?

—...vamos a tomar café. Coged las llaves de uno de los coches, el que os guste más.

Alberto y Javier se miran un tanto incómodos.

—El que os guste más a vosotros, cojones, no el más cutre, ¿vale? —Mirando a Juan Carlos directamente, continúa— Eso es todo, no os voy a molestar más. Tendréis cosas que hacer ¿no?

Sale de la sala y se dirige a la puerta seguido por los dos policías jóvenes.

—¿Dónde están aparcados los coches?

—Hay un sótano en el edificio que hace las veces de garaje. Cogemos el ascensor, está por aquí, D. Francisco, y señala un pasillo lateral del que no se había percatado.

—¡Déjate de tonterías! Soy Paco, ¿vale? Así que el ascensor no está roto, ¿no?

—El del público sí. Este es el que usamos los que entramos por abajo.

El edificio tiene su fachada a la plaza, pero al estar encastrado en la roca de San Gabriel, la espalda es mucho más alta que el frente, llegando bastante más abajo. La salida por el callejón trasero es bastante tortuosa, hasta el punto que necesita de semáforo para evitar que dos coches se encuentren en la cuesta de acceso. Entre varios vehículos de policía, hay un Opel muy nuevo de color azul que llama la atención de Paco.

—¿Ese?, ¿ese es del servicio?

—No, ese es de Juan Carlos. Suyo, vamos, no de la oficina.

—¡Ah!

Javier abre con el mando a distancia un Seat ranchera no demasiado antiguo pero bastante más disimulado y

cubierto de polvo que, por un momento, los saluda con los cuatro intermitentes.

—Este es el nuestro. —Dice el policía— Es el mejor que tenemos, jefe. No le importará que le llame jefe, ¿no?

—Si lo dices tú, no me importa.

—Llebadme a un sitio donde nadie pueda reconoceros y que podamos hablar con tranquilidad.

—Jefe, son las ocho de la mañana, en cualquier sitio que esté abierto vamos a estar tranquilos.

—Dale, dale, llévanos a donde quieras.

La cafetería no puede ser más apropiada. Junto al castillo de San Gabriel se abre una explanada en la que se encuentra una única edificación baja. Es un hotel de lujo, el único verdaderamente lujoso de la isla, con pocas habitaciones y una gran cafetería cuya cristalera deja entrever casi toda la ciudad, el puerto y el mar al fondo.

—¡Joder! ¡Qué sitio! ¿Venís aquí a menudo?

—Es mi primera vez, —dice Alberto sorprendido.

—Cuando ha venido mi novia, la traje aquí a cenar.—Sonríe Javier.

—Muy bien, has acertado. Si lo llego a saber me pido este alojamiento. Será caro, pero... menudas vistas. Bueno, vamos al lío. ¿Qué sabéis del caso? ¿Habéis participado en algo?

—Yo la verdad, no se prácticamente nada. Acompañé a Jaime un par de veces al piso de la víctima, pero no hice nada más que mirarlo. No cogimos nada, no vimos nada extraño y lo precintamos. Que yo sepa no se ha vuelto a ir. Como ese hombre no tenía familia aquí, que se sepa...—Relata Alberto.

—¿Y tú, Javier?

—Si no te importa, Paco, antes de nada quiero agradecerte que hayas querido contar conmigo. No estoy...

—No me cuentes tu vida tan pronto, déjalo estar. Háblame en relación al caso, ¿vale?—Paco lo mira con simpatía pero algo cortante.

—Sí, sí, claro. No he participado en la investigación pero estuve presente en el levantamiento del cadáver con el Sr. Juez y lo acompañé al depósito del tanatorio.

—¿Os habéis leído el informe, no?

Como ambos responden afirmativamente, Paco continúa:

—Bueno, quiero que tú Javier me acompañes y seas mi sombra estos días, ¿vale? Y tú, Alberto, —Paco coloca una mano sobre el hombro del compañero joven— vas a coger el informe y vas a comprobar todas y cada una de las afirmaciones que se hacen por tus propios medios. Ahora os quiero poner en situación. ¿Habéis mirado el correo esta mañana? ¿No? Bueno, da igual, no es necesario que lo miréis ahora. Vais a ver que estáis momentáneamente, pero de manera oficial, por eso lo del correo, a mi cargo operativo. Como se os escape algo de lo que hacemos en la oficina, os capo. ¿Vale? Si os preguntan, respondéis generalidades, y si se ponen pesados les decís que me pregunten a mí. ¿Sí?

—¿Pero es que pasa algo? —Pregunta Javier.

—Pasa que quiero resolver esto rápido y bien, sin tener que dar explicaciones a vuestro ‘ex-jefe’. Hay órdenes de muy arriba de acabar con este tema. Otra cosa, ¿hay periodistas aquí que se hayan interesado?

—Una de ‘La Verdad’ vino un par de días cuando apareció el fiambre y se fue.

—Sí, ya leí la noticia. Vale, si vuelve y os pregunta, antes de abrir la boca, me lo decís. No os estoy diciendo que la espantéis, ¿eh? Hay que ser amables y cuidadosos con eso, ¿vale? Pero tenemos que saber qué decimos y a

quién. Bueno, Javier, vamos a dejar a este en la oficina y nosotros nos vamos sin pausa al depósito.



El tanatorio de San Gabriel está en la carretera del puerto nuevo, un kilómetro más allá. Es un edificio reciente, exento y sin personalidad alguna, como la mayoría de los tanatorios recientes. Aparcan el coche junto al jardincillo de la entrada y cuando Paco está a punto de subir los escalones de acceso, Javier le señala:

—Por aquí, jefe. Por ahí no se llega.

Una rampa a la derecha de la fachada, lleva a una valla metálica que cierra un garaje. A su izquierda hay una puerta con telefonillo:

—¿Sí?

—Policía judicial, abra, por favor.

—¿Cómo que no está?

—Ya le digo, se lo llevaron el viernes a Cartagena. Está en el IML. ¿Ve? Aquí está la orden, firmada por el Sr. Juez. El que habla con el inspector, del registro del tanatorio, es un hombre joven con cara de fastidio.

—¿Hubo algún operativo policial, alguien de aquí que lo acompañara?

—¿De aquí, del tanatorio?

—No. De aquí de la isla.

—Hombre, el coche no iba solo, usted me entiende. El conductor es el nuestro.

—Déjese de coñas o le pido que me lo cuente en comisaría, ¿vale?

—Vale, yo estaba aquí cuando vino mi jefe y me dijo que había una salida para el ferri de las 12.30. Me dio

este volante, ¿ve? Si uno pasa el código de barras por aquí.

El joven hace toda la operación delante de los dos policías. En ningún momento aparece el nombre de ningún miembro de la policía judicial de San Gabriel. Destino: Instituto de Medicina Legal, Cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, Cartagena.

—¿Cuántos nichos de refrigeración hay aquí?

El joven responde incómodo:

—Dieciséis, creo.

Tras hablar con el director del tanatorio, le confirma que ha sido una orden judicial emitida el mismo viernes por la mañana.



Ya en el coche, Paco se encuentra algo pesaroso. No quiere parecer abatido ante su joven acompañante. Pero no se esperaba tanta complejidad en este asunto. Se permite preguntarle, un tanto molesto:

—¿Tú crees que Juan Carlos está al tanto? ¿Me lo puedo tomar como una declaración de guerra o es simplemente un malentendido? .

—Me da la impresión de que en este caso no es cosa suya. ¿Sabes? Las relaciones del juez con la unidad no son muy fluidas. Vamos, con respeto y demás, pero nada más allá de lo estrictamente formal.

—Pero llevarse el cadáver sin decírselo a los investigadores, es un poco extraño, ¿no?

—Sí, pero no sé qué decirte. Lo mismo ni JC lo sabe.

—¿JC? ¡Menudo yanqui estás hecho! —Paco se ríe a carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—¡Anda, arranca y tira para el puerto, que como estamos cerca vamos a hablar con los compañeros de la GC!

—¿La GC?

—Pues claro. ¿No dices tú 'jotacé', por qué no voy a poder decir yo 'gecé'?

Los compañeros de la Guardia Civil confirman el traslado sin la presencia de ningún miembro de la judicial. Javier, a solicitud de Paco, llama al móvil de Alberto.

—Alberto, me pide Paco que cojas todo lo que hay en su mesa, te pases por el hotel y nos esperes allí. No, no pasa nada. Dice que Juan Carlos tendrá llave, que te abra él. Eso. Imperial, sí, Hotel Imperial. Vale.

A mediodía, Paco y Javier entran en coche en el ferri en dirección a Cartagena, al llegar allí se dirigen inmediatamente al cementerio municipal donde le han dicho que está el Instituto de Medicina Legal, mientras Paco llama a Manolo:

—Hola Manolo, me alegro mucho de que me lo cojas. Verás, estoy en Cartagena. Sí, espera, sé que andas mal de tiempo, pero esto es importante. Parece que el juez ha solicitado el traslado del cadáver sin conocimiento de la judicial. No lo he confirmado, pero es bastante seguro. Voy justo ahora para el forense, pero me gustaría, si es posible, que pusieras al juez al tanto de mi operativo. ¿Qué? Espera, repite, que no te he oído bien. ¡Coño, Manolo, no me jodas! ¿Y me lo dices ahora? Vale, vale. Bueno, pues seguimos en contacto. Sí, sí, yo también te quiero. Chao, chao.

Paco se siente incómodo con un caso que, nada más empezar, ya está enredado. Parece que todo el mundo en la isla está intentando que no se resuelva, incluido el juez

que, con la excusa de la falta de unidad científica en San Gabriel, ha mandado el cadáver fuera.

—Aún no está el informe, no tendría que haberse desplazado hasta aquí. El cadáver nos llegó el viernes y está programado el proceso para hoy. Le enviaremos al juez los resultados mañana mismo. —El que responde es un hombre con muy poco pelo canoso que atiende a los policías tras una mesa metálica en un frío despacho sin ventanas.

—Agradezco su atención, doctor, pero no venimos a instancias del Sr. Juez. Verá, aquí tiene la documentación que me asigna el caso, puede comprobarlo en la propia UDEV, si lo desea.

El forense asiente y se levanta:

—Acompáñenme, por favor.

Al entrar en la sala de autopsias, el cadáver en cuestión ocupa una de las dos mesas. Paco se acerca y lo observa con interés. Javier, que está poco acostumbrado, nota un cierto encogimiento en la boca del estómago.

—Como podrá ver, aún no hemos empezado, —señala el forense—. Pero por deferencia a su investigación le comentaré lo que veo. Por supuesto, el informe será enviado mañana al juez y le enviaré copia del mismo a su superior en la UDEV para que, de forma oficial, le sea tramitado. Disculpe, pero no tengo autorización para hacerlo de otro modo.

—Perfecto, no se preocupe.

Una mujer joven vestida con bata blanca, con unas gruesas gafas entra en la sala con un saludo en voz muy baja.

—Buenos días. —Responde el forense— Prepáralo todo, empezamos en un rato.

—¿Qué me dice entonces? —Pregunta el inspector.

—Como imagino que sabrá, el cadáver se encontró en el acantilado el... —el forense lee unas notas que hay sobre una superficie metálica que bordea toda la sala— miércoles 15, hace seis días. Ha estado, entonces, en el tanatorio de San Gabriel unas 48 horas, y han cometido un error, desde mi punto de vista, grave. Lo han congelado. —¿Congelado?

El forense apaga la grabadora de notas.

—Sí. Es inusual e incorrecto, pero es lo que tenemos. Bueno, quizás le explique más tarde las implicaciones que tiene. —Poniendo en marcha la grabadora, continúa—: La desaparición del fallecido se produjo la noche del 3 de febrero. El aspecto del cadáver es compatible con *diem mortis* de dieciocho días, pero es prematuro aún decirlo. Que ha estado en el mar al menos varios de ellos es bastante obvio pues se observan mordeduras de animales y las excoriaciones propias de golpes contra las rocas. Aunque no puede descartarse otro origen, me inclino a pensar que no son heridas deliberadas y, desde luego, son todas *postmortem*.

Javier sale de la sala con la cara lívida. Mientras el forense sigue con sus observaciones.

—La ausencia de los dedos de los pies no es infrecuente en este tipo de situaciones en las que el cadáver ha estado varios días a la deriva, por decirlo así. —Vuelve a apagar la grabadora y se dirige al inspector—. Creo que, por ahora, es suficiente. ¿No le parece?

—No se ven marcas de defensa, ¿no? Ni en palmas de las manos ni en antebrazos.

—No parece, ni tampoco hay daños aparentes en el cráneo. Pero creo que debería dejarnos ya hacer nuestro trabajo, inspector.

—Sí, claro, pero ¿qué es aquello que me ha dicho de las implicaciones de haberlo congelado?

—Ahora mismo vengo, —le dice a la ayudante que dispone el instrumental junto a la mesa.

En uno de los pasillos del edificio hay una máquina de café con una mesita y un par de sillones pequeños. Javier está de pie atendiendo a la conversación que mantienen en voz baja y pausada el forense y el inspector:

—No es la primera vez que oigo este asunto. Hasta ahora no le había dado importancia, entre otras cosas, porque no es de mi incumbencia. Pero como usted viene de fuera y me cuenta lo que me cuenta, se lo dejo caer como si lo hubiera escuchado en la calle, ¿no? —Pregunta el forense.

—Claro, claro. Dígame.

—Tengo la impresión de que hay un cierto negocio extraño en el tanatorio de San Gabriel. Verá, es un poco tonto, pero se puede entender. Resulta que en la isla el pescado se consume mucho en verano, pero hay algunas especies que abundan más en invierno, como el besugo, por ejemplo. Bueno, el caso es que algunos evitan el tema de los cupos y las cuotas sacando de las capturas una parte como si fuera para consumo propio. Esto se tolera y nadie se pone a contabilizarlo. La cosa es que un besugo grande pescado hoy, vale diez veces su precio si se vende al restaurante en agosto. ¿Y quién paga el mantenimiento de la congelación? Porque ahí está gran parte de la ganancia.

—Ya me extrañaba a mí lo de los dieciséis nichos de conservación del tanatorio.—Dice el inspector.

—¿Dieciséis? ¡Qué barbaridad! Pues abra usted algunos al azar y verá más pescado que carne, se lo aseguro.

—Bueno, pero imagino que eso no tendrá nada que ver con mi caso, el fallecido era funcionario del Ministerio de Educación, no de Medio Ambiente.—Dice bromeando el inspector.

—Eso ya es cosa suya. Imagino que no, pero San Gabriel es mucho San Gabriel. Disculpe que me vaya pero tengo mucho trabajo.—Y dándole la mano, se despide.

Como el último ferri a San Gabriel ya ha salido, Paco pasa una noche anodina de hotel en Cartagena, mientras que Javier, con su permiso, viaja hasta Ocaña donde su novia le espera contenta.

—Sabes, Paco, tenemos pocas oportunidades y hay que aprovecharlas.

—Dale, dale, el depósito me lo dejas como está y ya está. Pero, oye, no se te ocurra llegar tarde, ¿eh? Me recoges y cogemos el primer ferri. Ya sé que a tu edad merece la pena recorrer 400 kilómetros ida y otros de vuelta con tal de echar un polvo. Pero el trabajo es el trabajo, ¿vale?

—Claro, seguro, hasta mañana.

☞ Esa extraña escuela (Miércoles 22 de febrero de 2017)

Al día siguiente, en la sala luminosa de la cafetería junto al castillo, se reúnen los tres policías. Paco ha abierto su portátil. No hay nadie más. Ni un solo cliente en esa mañana poco soleada de finales de febrero. La camarera les deja un pulsador inalámbrico en la mesa después de servirles los cafés.

—Llámenme si lo necesitan.

Alberto, poco acostumbrado a este tipo de sitios, está asombrado.

—¡Joder, jefe, menuda oficina nos hemos buscado!

—Venga, desembucha todo lo que hiciste ayer.

—Bueno, lo primero que hice fue desplazarme al lugar en el que se encontró el cadáver. Resulta que el lugar tiene su historia, la gente de aquí le llama El Despeñadero. Es un farallón que muere en el mar. Estuve recorriéndolo por arriba, ¿sabe?

—Pero, ¿no encontraron el cadáver en el agua?

—Sí, pero quise recorrer todo aquel acantilado, por si había pasado algo por alto. Por lo visto la costa bajo el Despeñadero que está más al este no era accesible hasta hace unos años. Antes pertenecía a la base y no se podía acceder desde la parte no militar de la isla.

—Vale, ¿y qué más viste? —Pregunta inquieto el inspector.

—Pues que, yo qué sé, es un lugar demasiado difícil de acceder. No sé si me explico, con la de calas y playas que hay en la isla, que justo se encuentre en ese sitio tan complicado...Con esa fama de «despeñadero»...cuentan historias chungas de la guerra civil y desapariciones cuando acabó.

—Bueno, eso son elucubraciones tuyas. ¿Qué más hiciste ayer?

—Después, a primera hora de la tarde estuve en el lugar donde desapareció.

—¿En la escuela?

—Sí. En el informe están los testimonios de tres de las personas presentes en la desaparición. La cuarta persona, una mujer, no estaba ya aquí, porque vino de Madrid, y por ahora no se ha visto nece sario tomarle declaración.

—No te habrás puesto a preguntar por tu cuenta, ¿no?

—No, solo he vuelto al sótano donde se produjeron los hechos. Y, claro, he tenido que hablar con uno de los conserjes para que me abriera.

—Bueno, ¿qué has visto?

—El precinto, por supuesto, estaba intacto y lo he vuelto a dejar igual. Lo que dice el informe, desde mi punto de vista, es cierto. Aquello es una especie de laberinto oscuro que da un poco de grima, la verdad, con tan poca luz y estando precintado no me puse a tocar nada. El conserje dice que como no se ha dejado limpiar ni quitar nada, que parece más desastroso de lo que en realidad es, que ese tipo de instalaciones artísticas son muy comunes en la Escuela. Al fin y al cabo es una Escuela de Arte. Cuando estaba a punto de irme llegó el director.

—Isidro González. —Apunta Javier.

—Sí, ese.

—¿Qué me dices de él?

—No hablamos mucho, me pidió que me identificara, lo hice y se marchó, dejándome tranquilo.

—Vale, ahora iremos a la Escuela, pero antes, dime, ¿la recorriste entera, por dentro y por fuera, como te dije?

—Estaban dando clases, Paco. La recorrí más por fuera que por dentro. Además, me he adelantado y le he hecho foto a los planos de las indicaciones contra incendios que hay en todas las plantas. Toma, ahí tienes las fotocopias, también te las mandé a tu correo.

—Eres un lince, chaval. Muy bien. ¿Y qué viste por fuera?

Alberto se siente muy orgulloso del halago del jefe y se crece.

—Es un edificio muy antiguo y un tanto complicado. Ya ves los planos. No soy arquitecto pero, ¿no os da la impresión de que son dos edificios unidos? La plaza desde donde se accede a la entrada principal es de la más grandes del casco antiguo, a diez minutos de la del juzgado. A diez minutos bajando, subiendo serían más.

—Se ríe.— Está al otro lado del puerto viejo, a espaldas de la iglesia de San Gabriel. La espalda de la parte baja de la Escuela da a una especie de arenal medio abandonado y lleno de barcas viejas. He preguntado, en su tiempo era una calilla donde dejaban las barquitas los pescadores mayores, ya sabes, pescadores viejos que salen un rato por sitios cercanos. Pero ahora es casi un vacie.

—¿Un vacie? ¿Eso no es un barrio de Sevilla?

—Bueno, un vacie es como una escombrera, ¿no? Pero sí, hay un barrio que era de chabolas cerca de donde nací, allí en La Algaba.

Alberto pronuncia 'Laargaba' con una mezcla de orgullo y arrepentimiento extraña de combinar. Paco, que también procede de lugares así sabe reconocer enseguida esa mirada.

—Entonces detrás de la escuela hay un arenal ¿que da al mar? —Pregunta el inspector.

—Sí, sí. Las mareas no son muy grandes aquí y, con el puerto viejo al lado que la protege, la cala casi no tiene oleaje. Pero el olor a mar medio podrido llega hasta los pasillos de la escuela, ¿eh? A primera hora de la tarde he visto a chavalería de la escuela pegada al muro blanco, tomando el sol, de morreo, fumando canutos y eso.

—Lo que harías tú si pudieras. —Le dice Javier, sonriendo. Alberto lo mira atravesándolo y se calla.

—No me jodas, Alberto, dime que no estaban a gustito, —añade Javier.

—Déjame, tío, que no me conoces.

—Vale, vale, no os piquéis. Oye, ¿hay alguna salida de la escuela aparte de la principal? —Pregunta Paco.

—Hay una salida por una calle lateral que da a uno de los patios del que era un antiguo monasterio. Esa salida no

se usa nunca según el conserje, aunque dice que en ocasiones se abre para que pase algún camión y cosas así porque el patio tiene algo de jardín con cuatro o cinco árboles y a veces se podan y hay que sacar toda la hojarasca y ramas. También hay un portón oxidado que da justo a la cala. El conserje dice que en los diez años que lleva no lo ha visto abierto nunca y que ni siquiera tiene idea de dónde está la llave. No lo he logrado localizar desde dentro, la verdad. No aparece en los planos que le dí pero debe andar más o menos a esta altura. Desde fuera no se nota que se haya abierto en años.

—Pues empiezo a ver claro el *modus operandi* , ¿y vosotros no?

Javier se siente en la necesidad de intervenir pero difícilmente se lo ocurre nada y murmura:

—Umm, es que, la verdad... no sé.

El inspector aprieta el botón de la mesa mientras dice:

—¡Nos vamos a la Escuela!

Durante el corto trayecto en coche, Paco les cuenta lo que van a hacer en su inesperada visita a la Escuela.

—Mientras me dedico al tema de hablar con el director y demás, vosotros os largáis. Va a ser difícil que nos controlen a los tres a la vez. ¿Vale? Os bajáis al sótano y con los planos estos hay que dar con la puerta de la cala. Javier, tú eres subinspector, ya sabes cómo proceder en estos casos. Si veis algo raro, os ponéis los patucos de plástico y no me tocáis nada.

—Claro, Paco.

Javier está entusiasmado, aunque lo disimula con elegancia. Por primera vez, ve cómo le encargan una tarea a la altura de sus estudios.

—Ahora, un poco de cultura, ¡coño! que sois muy jóvenes y no os viene mal.

Saca la guía y los pone al día de lo que se dice sobre los edificios de la Escuela:

«Cuando bajamos por las calles que en zigzag proceden del centro de la población, encontramos en la última cuesta, ya cerca del puerto, la torre del Reloj, del siglo XVI, de una antigua iglesia desaparecida y cuya denominación proviene de la instalación a principios del siglo XX de un reloj de péndulo en su planta superior. Actualmente se encuentra adosada a la Escuela de Arte de San Gabriel, de reciente construcción (1958), que utiliza también como edificación anexa lo que fue el antiguo ayuntamiento de la villa. Este último es un hermoso edificio con portada barroca, terminado en 1755, que ofrece una bella estampa con su interesante arquitectura, su campanario y los riscos que la enmarcan. La calilla que se sitúa tras este conjunto arquitectónico tiene de nombre Cala Boquilla o Cala Boquita, por la forma que tiene. Sirvió como puerto principal hasta la construcción del, que ahora se llama, Puerto Viejo a finales del siglo XVIII.»

Mientras aparcan en la plaza delante de la escalinata de acceso, Javier sentencia:

—Total, que tiene años la cosa.

—Todo lo que le dije al inspector Juan Carlos es lo único que puedo decir. —Contesta el director a instancias de Paco.

—Ya sabe usted que esto es molesto, pero es así, lo siento en el alma. Como le he dicho el caso ha pasado de manos y ahora está a mi cargo. De verdad que lo lamento pero va a tener que volver a recordar. —Dice el policía sin mucho convencimiento.

—Bueno, pregúnteme todo lo que quiera.

El inspector saca una grabadora pequeña, la coloca encima de la mesa y pregunta:

—¿Dónde estaba usted en el momento en que desaparece el Sr. García Rodríguez?

Con un tono aburrido, responde el director:

—Me enteré de su desaparición el lunes 5, cuando me llamaron de la comisaría para concertar una cita. Estuve allí esa misma mañana...

—Ya. Espere. Está diciéndome cuándo se enteró pero yo le he preguntado dónde estaba cuando desapareció, que no es lo mismo.

—Es que yo no sé cuándo desapareció.

—Pues se lo voy a decir. Para mis pesquisas, el Sr. García Rodríguez desaparece el día de la inauguración de la exposición porque ese día lo vio todo el mundo y, parece ser, que esa noche no llegó a su casa. Este hecho no es seguro al 100% porque vivía solo, pero es bastante plausible.

—¡Ah!, pues si usted lo dice...

—Bueno, vamos a reformular la pregunta: ¿vio usted al inspector la tarde del viernes 3 de este mes?

—Sí, claro. Vino a inaugurar la exposición junto con la señora vicepresidenta de Enseñanzas Artísticas del Ministerio.

—Cuénteme lo que recuerda de esa tarde.

—Los recibí aquí mismo. Bajamos a la cafetería, tomamos un café y a las siete y media nos fuimos a la Sala de Exposiciones del sótano donde nos estaba esperando el público que iba a asistir a la inauguración.

—¿Público? ¿Qué tipo de público?

—En su mayoría alumnos y alumnas de la Escuela, profesores, por supuesto, los del turno de tarde, pero también

algunos de la mañana, familiares y amigos, algunos periodistas y gente asidua de la casa... gente así.

—¿Muchos?

—Más de cincuenta, seguro. Pero menos de cien. ¿Sabe? El aforo del sótano es limitado, tenemos que tener cuidado con eso. Por eso el resto de la exposición se reparte por todo el edificio, el patio y demás.

—Siga, ¿se llegó a inaugurar?

—Desde luego, se inauguró. Y cuando llevábamos una media hora, eché en falta al inspector.

—El Sr. García Rodríguez, —apunta Paco— ¿así es como le llamaban?

—Bueno, es, era nuestro Inspector de Educación. Vamos, el único de la isla.

—¿Se conocían bien?

—Sí, sí. A Lucas lo conocí hace unos ocho años, cuando llegué aquí. Como le digo, hay tres colegios públicos de Primaria en San Gabriel, un instituto de Enseñanza Secundaria y nuestra Escuela. Lucas era el inspector de todos los centros educativos.

—Ya entiendo. Sería un personaje en la isla, ¿no?

—Aquí nos conocemos casi todos los que llevamos un tiempo. Todos somos personajes pasados los años.

—Estábamos en que a la media hora lo echó en falta.

—Sí. Pregunté si lo habían visto. Me extrañó su comportamiento, pero no di con él. Nadie sabía nada y le dije a Carlos, el conserje, si había salido. Me dijo que había subido al despacho de la secretaria y que la puerta había estado desatendida unos veinte minutos, que aparte de eso, no lo había visto salir. Nuestra Escuela, ¿sabe?, no es como un instituto cualquiera, tenemos unos doscientos alumnos de los que solo unos quince son menores de edad que los conocemos por su nombre y no

les dejamos salir. Esos solo vienen por la mañana, así que por las tardes somos, por decirlo así, relajados con el acceso.

—Sí, entiendo. ¿Entonces? ¿No se preocupó ni llamó al inspector esa tarde ni el sábado?

—Sí, lo llamé. Si apareciera su móvil vería que tiene dos llamadas mías. Lo llamé esa misma noche sobre las nueve, que estuve cenando con la vicepresidenta, y luego el sábado por la mañana, solo conseguía el mensaje de siempre: «Está apagado o fuera de cobertura». Preocupado, la verdad, no estaba. Lucas era un hombre muy particular, tenía sus cosas.

—¿Qué cosas?

—No hay mucha gente que disponga de yate aquí en la isla. Vamos, de mi nivel adquisitivo, me refiero. Lucas se iba con frecuencia en su yate a la península, incluso a Formentera, a veces. Imagino que la vida de soltero te permite movimientos que los padres de familia...

—Bueno, bien. Entonces, ¿qué hizo después de ir a comisaría?

—Desde allí llamé a la Escuela. Le pedí al conserje de la mañana que no abriera la exposición y me vine con Juan Carlos y otros policías que tomaron fotos y sacaron huellas y demás. Su compañero joven, el que vino ayer, ha sido el primero que ha entrado después de aquello.

Sin llamar, se abre una rendija en la puerta del despacho y la cabeza de una chica joven con el pelo pintado y rastas trenzadas con trozos de telas, también de colores, pregunta:

—Perdón, perdón, perdón. *Morremos de mi ntiçar*, Profe, ¿*gar ké faráy?*², —con una amplia y limpia sonrisa en los labios.

2 Estamos hartos de esperar, ¿qué hacemos?

—Anda, sí, lárgate, largaros todos. Mañana tenemos la clase.

Paco se queda en ascuas:

—¿Qué dice? ¿En qué habla? ¿Eso es *romandalusi*?

—¡Vaya! Ya está al tanto, al principio es chocante. Nadie sabe nada en la península de esa lengua tan minoritaria. En los 70 se pensaba que desaparecería en el siglo XX y ya ve, estamos en 2017 y cada vez más gente joven la usa. Solo por rebeldía, ¿eh? Ni se explica en la escuela, ni hay casi literatura, ahora un poco, pero nada. Un loco tradujo «El Principito» al *romandalusi* hace unos años y poco a poco tiene más hablantes.

—Pero ¿es legal hablar eso en la escuela?

—Bastante tenemos con lo que tenemos para abrir un frente más con los jóvenes, ¿no le parece? —Y añade—: ¿Quiere entrevistar al jefe de estudios que también estuvo en la inauguración?

—Ahora mismo no. ¿Quién es Camila Saldaña, por cierto?

—¿Camila? La Jefa de Departamento de Extensión Cultural y...

—¿Está aquí ahora? —Dice el inspector sin dejarle acabar.

—Imagino que...—Isidro consulta un momento en la pantalla del ordenador—...sí, está en clase. ¿Quiere que la llame?

—No. ¿A qué hora sale?

—En veinte minutos. Pero aquí no suena el timbre, no es como en los colegios en los que se forman muchedumbres en los pasillos. Está en el aula Picasso, tercera planta, junto al patio 2, le acompaño si quiere.

—No se moleste. Siga con sus cosas. —Paco se levanta mientras el director le dice:

—No se preocupe, no es molestia, yo...

—Mejor se queda aquí, si no le importa.

El tono amable y firme, medido pero contundente, del inspector de policía hace su función.

—Claro, claro, como desee.

Una mujer de mediana edad, de estatura baja y muy delgadita sale con los brazos cargando un montón de libros gruesos y un bolso enorme, teniendo en cuenta el tamaño de la portadora. Habla con un chico joven que le dobla en estatura y cuyo único conocimiento del concepto 'peine' lo tuvo en un dibujo que le enseñaron en la guardería.

—¿Camila Saldaña?

Con una sonrisa de sorpresa, responde:

—Sí. Las tutorías con los padres son los martes por la tarde, de cuatro a cinco en la Sala de Profesores.

—¿Me permite que le ayude y le voy explicando? —Paco le coge todos los libros de una manera tan habilidosa que ella solo nota el alivio de la falta de peso.

—¡Ah, muchas gracias! Sí, estaba rendida. ¿Y usted quién es? Hasta luego, Rafa, mañana seguimos. —Despide al alumno.

—¿Adónde vamos?

—A la biblioteca, pero ¿quién es usted?, por favor.

—Ahora el que no puede darle la mano soy yo, mi nombre es Francisco Castaño, soy inspector de la UDEV.

—¿UDEV? Disculpe es que yo de informática ando fatal.

—Nada de informática, es la policía, la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta.

—¡Joder! ¡Perdón, qué apuro! Traiga, traiga los libros.

—No se preocupe, los policías podemos también leer, ¿sabe? Tenemos mala prensa entre algunos pero le aseguro que esta Historia de la Escultura que acarreo puede ser un tema interesante. ¿Nos tomamos un café?

—Tengo biblioteca ahora.—Dice mientras saca del bolso un llavero enorme con el que abre la biblioteca de la Escuela.

—Estoy seguro que si pasamos por el despacho de dirección va a quedar todo arreglado, —le sugiere Paco.

Está diciendo eso cuando entra un joven y se sienta abriendo su portátil.

—No va a hacer falta. —Responde Camila y se dirige al recién llegado:— Juan, ¿tienes mucho rato aquí?

—Estaré hasta la una.

—¿Te importa quedarte a cargo?

—Claro, Camila, vete sin problemas.

—Te debo una. — Y dirigiéndose a Paco, pregunta—: ¿Vamos a la cafetería?

—No. Salimos fuera, pero antes pasamos por el sótano. ¿Se puede ir allí sin pasar por delante de dirección? —Pregunta el policía.

—En esta escuela casi se puede ir a cualquier sitio por tres caminos distintos.

—Sí, —asiente Paco—. ¡Menudo laberinto de escuela! ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Toda mi vida de docente. Este es mi curso número veintiséis. ¿Son años, eh?

Paco lleva cuarenta y un años en la policía pero prefiere callárselos.

—Sí. Son años.—Le concede.

Al llegar al sótano, que tiene la puerta abierta, le pide a Camila que no entre.

—Es por protocolo, ¿sabe?— Y desde la misma entrada, saluda:— ¡Compañeros! ¿Habéis acabado?

Alberto sale al encuentro:

—Sí, jefe, está todo listo. —Grita hacia dentro:— ¡Javier, nos vamos!

Los cuatro vuelven al que está siendo su centro de operaciones.

—¡Me halagáis! ¿Quién me iba a decir a mí que esta mañana gris de un miércoles de febrero me iba a tomar una cerveza con tres policías fortachones en la cafetería del castillo. ¡Cuando se lo cuente a mis amigas, no se lo van a creer!

Los policías jóvenes se ríen cuando Paco hace de agua-fiestas:

—Si no fuera porque hay un cadáver por medio, la cosa sería graciosa, sí. —Y añade—: ‘Nosotros’ no tomamos cerveza, pero pida usted lo que quiera, por supuesto.

Camila confirma casi por completo la versión que dio en comisaría y que coincide con la del director. Paco pregunta por el montaje de la exposición:

—¿Quién participó?

—¡Uf! Usted no sabe la de gente que participa. Aquí hacemos las cosas de una forma bastante caótica, la verdad. Queda resultón por lo general porque todos sabemos más o menos cómo trabajar, la mayoría, por no decir todos, somos artistas o queremos serlo y tenemos la oportunidad en este tipo de instalaciones de aportar un grano de arena. Es agotador y divertido a la vez.

—¿Le tengo que pedir que me haga una lista de los que entraron en el sótano a montar la exposición? —Precisa con algo de impaciencia el inspector.

—No creo que sea necesario. A ver, si solo nos limitamos al sótano, queda bastante reducido el número de gente. La exposición, ¿sabe usted?, tenía un tema: «El Umbral». ¿Ha visto el catálogo? —Sin darle tiempo a responder sigue hablando—: El umbral es como una metáfora de la isla, ¿comprende? Para la gente que viene del norte de

África, San Gabriel es como el umbral de Europa. Pero también es una metáfora de la juventud. La juventud es el umbral de la edad adulta. El paso de la infancia al adulto es como el paso por un umbral.

—Camila, soy un hombre tranquilo. No tengo una especial prisa, pero quisiera que se ciñera a lo que le pregunto, ¿entiende? —Le anima el inspector.

—Sí. Es verdad. La instalación de abajo la hicieron tres profesores y unos siete u ocho alumnos.

—¿Y sus nombres son...? Apunta, Alberto.

—Natalia, Sandra y Abel son los profesores. Los alumnos no son míos, no conozco sus nombres. Eran tres o cuatro chicas y otros tantos chicos, no sé.

—Vaaale. Voy a llamar al jefe de estudios. Espere, lo pongo en manos libres. Pregunte usted por él y dígame que mañana estén los tres profesores y todos esos alumnos a las nueve de la mañana para una reunión.

—Escuela de Arte, dígame.

—Hola, soy Camila, pásame con el jefe de estudios.

Después de una musiquita espantosa, se oye:

—Dime, Camila, ¿qué pasa? ¿Sabes que han estado los tocapelotas de los policías esta mañana?

Paco, con gestos, le quita importancia y le pide a Camila que siga.

—Pues mira, ellos me han pedido que cites a Natalia, Sandra y Abel, y a los alumnos que han participado en el montaje del sótano, a una reunión mañana a las nueve.

—¿Pero qué tontería es esa? ¿Quiénes se han creído que son estos tipos? ¡Serán gilipollas!

—Hola, soy Paco Castaño, inspector de policía de la UDEV, del Ministerio del Interior en Madrid. ¿Vale?

—¡Vaya, lo siento, disculpe! No sabía...

—Ya. Déjeme hablar, mire, puede convocar a esas personas mañana en la Escuela o puede usted recibir una notificación de la judicial para el viernes. Y nos quedamos usted y yo allí toda la tarde, que es lo que nos apetece hacer a los tocapelotas gilipollas los viernes por la tarde. ¿Qué prefiere?

—Mañana, mañana, por supuesto, ¿en el salón de actos va bien?

—No. Suspenda el uso de la biblioteca mañana por la mañana y los convoca allí. Dese prisa, tienen que estar todos, ¿de acuerdo?



Mientras Alberto lleva de vuelta a Camila a su casa, Javier y Paco llegan a comisaría.

—¡Hombre, Paco! ¿Qué cómo van las cosas? Me han dicho que estuviste en Cartagena. —Le recibe Juan Carlos al verlo entrar.

—A algún sitio habrá que ir a comer buen marisco, ¿no te parece?

—¿No nos pones al tanto del caso?

Paco no se espera una pregunta tan directa. Aún no ha tenido tiempo de hablar con el juez y está impaciente por ver el correo con el informe forense. Siente que todo va demasiado rápido y bien. Ya tiene en su cabeza más o menos una idea de por dónde van los tiros aunque el caso, de resuelto, nada de nada, por supuesto.

—Disculpa, Juan Carlos, eso tiene que pasar primero por el juez y luego ya veremos. Tú sabes mejor que nadie cómo son estas cosas.

—Vale, vale. Era una pregunta de cortesía.—Dice mientras vuelve a la sala.

Javier y Paco entran en el despacho.

—Pregunta cuándo puedo hablar con el juez, que mientras miro el correo. —Dice abriendo el portátil.

Como esperaba, el informe del forense le viene remitido de su oficina con una breve frase de Manolo, su jefe: «Se complica más de lo que esperaba. Lo siento. Mucho ánimo.»

—¿Qué cojones querrá decir con que se complica?— Se dice a sí mismo.

Paco lee con rapidez los elementos que más le importan del informe:

«[...] la causa probable de la muerte es la aspiración de hidrocarburo líquido compatible con ingesta de barbitúricos. Se descarta un hecho violento, no hay lesiones antemortem, se descarta la muerte por ahogamiento en el mar[...] Marcas de roce en espalda [...] El cadáver ha estado más de una semana en el mar, posiblemente atado por uno de los tobillos a un peso, pero por razones desconocidas, se ha liberado [...] El ocultamiento en el mar ha sido con total seguridad postmortem [...] Restos de hidrocarburos líquidos se encuentran en pulmones y aparato digestivo. También se han encontrado cantidades apreciables de metabolitos compatibles con barbitúricos y derivados [...]

—¿Hidrocarburos líquidos, barbitúricos...? ¡Cojones con el Lucas! —Piensa—. Aver, paquito, ¿a qué te suena todo esto? Paco empieza a descartar en su mente cualquier relación con el lugar de desaparición. Se plantea redirigir toda la investigación al puerto, donde hay surtidores y depósitos de gasoil y donde está el yate, cuando vuelve Alberto de dejar a la profesora:

- Paco, he visto algo en la Escuela que me hace pensar. No te he dicho nada porque estaba la señora esa delante.
- Dime, —dice levantando la mirada del portátil.
- Dos cosas: hemos encontrado el acceso al portón de la playa y, hemos visto una trampilla en una estancia pegada a la sala de exposiciones que estaba cubierta por un suelo como de plástico, pero grueso.
- Linóleo, puede ser.
- No sé lo que es eso.
- Es que eres muy joven. Sigue, ¿qué más?
- Hay marcas de arrastre en el suelo, eso es lo que nos ha llamado la atención. Hemos echo fotos a todo y en cuanto lo vimos nos pusimos los patucos, pero jefe, no hemos podido evitar que haya algunas huellas nuestras.
- Vale, no te preocupes. ¿Algo más?
- Bueno, ese local es el de la caldera de calefacción y la trampilla es un registro antiguo del depósito de gasoil. Las marcas de arrastre...
- ¡Coño! Blanco y en botella.
- ¿Qué? —Alberto no entiende nada.
- Pues que tenemos un bingo de cojones.

☞ Presentimientos (Jueves 23 de febrero de 2017)

—A ver, la cosa es muy fácil. Todos ustedes están acostumbrados a hacer exámenes. Unos porque los ponen y otros porque los escriben. Lo que van a hacer ahora es coger papel y responder a unas preguntas que yo les hago. Repártanse por la biblioteca, no vale hablar entre ustedes, háganlo como si fuera un examen, sin copiarse,

¿eh? Arriba del todo ponen su nombre, apellidos y número del DNI. Tómense esto en serio pues es equivalente a una declaración en comisaría. Están en su derecho a negarse y solicitar la presencia de un letrado, en cuyo caso yo solicitaría al señor juez que su estatus pase de ser testigo a ser investigado. Si es así, pueden marcharse después de dejarle los datos a mi compañero.

Paco mira a Javier que está en la puerta de la biblioteca. Nadie se levanta. Cuando todos están sentados manteniendo una prudente distancia entre sí, el inspector prosigue:

—Primera pregunta: ¿Cuál es su papel en la instalación «El Umbral»? Se la voy a aclarar un poco. Me refiero a qué ha hecho, cuándo empezó, cuánto tiempo estuvo, etc. Me interesa lo que hicieron en el sótano, nada más. Segunda pregunta: ¿Cuál es su relación con el señor Lucas García Rodríguez? ¿Conocía a la víctima? ¿De vista? ¿Amistad?

Paco se tira un farol y añade:

—Como tenemos su móvil, que afortunadamente se ha podido recuperar, les aconsejo que sean sinceros con esto. Última pregunta: ¿Cuándo vieron por última vez al inspector? Tienen todo el tiempo que quieran. Por favor, vayan al grano pero no se guarden nada. Ustedes me entienden. Mi compañero se quedará aquí con ustedes.

El jefe de estudios hace ademán de marcharse.

—No, no, usted también hace el examen, perdóneme, no se libra. —Dice Paco sonriendo.



Paco y Alberto con fundas en los pies, revisitan el sótano. Es la primera vez que Paco ve la instalación.

Le pide al conserje que encienda la iluminación tal y como estaba dispuesta para ser visitada y que se quede en la puerta. La instalación recuerda, en parte, a la escena del Amante Menguante de la película de Almodóvar. Al fondo, una inmensa vulva realizada en gomaespuma. La vulva, como «el umbral», por el que se viene al mundo que, como propuesta artística de los organizadores de la exposición, se recorre en sentido contrario al nacimiento y que en el caso de Lucas, literalmente lo sacó del mundo. Paco, con una extraña mezcla de miedo y excitación abre los labios de la inmensa representación y va a entrar cuando Alberto le dice:

—No hace falta que entre por ahí, Paco, se puede dar la vuelta por el lado.

Sin hacerle caso, apartando los labios aún más, penetra por la estrechez de la abertura.

— «¡Qué bien hecho está, coño! »— Se dice a sí mismo—. «Esta gente sabe lo que hace ».

La salida da a un pasillo oscuro cuya única luz es la de unos puntos rojos que como luces de emergencia iluminan tenuemente el encuentro del suelo y las paredes. El suelo es gomoso y Paco reconoce la blanda textura del linóleo al que se refería Alberto. Al final del pasillo, una puerta trasera deja escapar luz por debajo. Un rótulo verde fosforescente deja clara la SALIDA.

—Estoy aquí, —dice Alberto.

—¡Coño! ¡Qué susto me has dado, capullo! —Se siente incómodo al ver su reacción ante el policía joven.

Alberto está a menos de un metro de distancia a su izquierda, tras una puerta perfectamente disimulada en la pared, ya que carece de marco, de pomo y no se diferencia en color o textura de la misma.

—¿Ese es el cuarto de la caldera? —Dice mientras enciende la linterna del móvil.

—Sí. Este es, ¿qué le parece si voy afuera y enciendo todas las luces? Es que si no, no se ve un pijo.

—Dale, dale.

—Y ahí está, el escenario del crimen, evidente, —se dice Paco. Y dirigiéndose a Alberto—: Bueno, al menos ya tenemos escenario del crimen, algo es algo. Ayúdame a levantar el linóleo, anda.

La trampa no tiene cierre, simplemente un pasador que se queda al ras y que, con cuidado y unos guantes, logran levantar. El olor a gasoil es muy fuerte. Paco arroja el potente rayo de luz de la linterna mientras Alberto sostiene la trampa. Al fondo, entre los brillos del gasoil, se ve claramente un bulto de ropa.

—No digas nada de esto a nadie, ¿vale? Chitón. Hasta que hable con mi jefe. Ni siquiera a Javier. Ya se enterará a su debido tiempo. ¿Llevas guantes? —Alberto le enseña las manos enguantadas—. Vale, lo tapas todo y lo dejas como estaba. Asegúrate de que el precinto de entrada está intacto. Me largo a recoger los exámenes.

—Sí, jefe. —Alberto lo mira extrañado, pero no dice nada.



Paco pasea cerca de la entrada del puerto viejo. Con el móvil en la oreja, pues ha conseguido por fin hablar con su jefe:

—Mira Manolo, hemos hecho muchos progresos en muy poco tiempo. ¡Joder! Hemos pasado de no saber nada a saber el lugar del óbito, que el cadáver fue trasladado, el intento de ocultarlo en el mar. Una chapuza, porque los que lo hicieron ni siquiera sabían hacer un nudo en

condiciones.[...] Sí, sí, ya sé. ¿Pero tú me has mandado aquí para hacer un paripé o para investigar el caso, Manolo? [...] Pues de arriba podrán decir lo que quieran pero las cosas son así. [...] Te llamo porque aquí donde me ves aún no he visto al juez, que es escurridizo como una anguila. [...] Ya. Pero antes de hablar con él y enredar el asunto sin quererlo...[...] Espera, espera...[...] Eso, déjame hablar, ¡coño! [...] Tú llevas la voz cantante, desde luego, pero el gilipollas que está sobre el terreno soy yo, Manolo, escúchame. Esto no se acaba en dos días, ¿sabes? Esto acaba de empezar y me da la impresión de que el juez se lo quiere quitar de encima porque sabe lo liado que está el asunto. Si se le ofrece la oportunidad de... [...] Pues eso es lo que te quería decir, ¡cojones!, y no me dejas. Estamos de acuerdo. Completamente. Mi pregunta, la que te hago a ti como jefe de la unidad, a ver si te enteras Manolito, es si dejamos que sea el juez el que se inhiba, que así todo irá más rodado aunque puede que más lento, o eres tú el que lo propones en la audiencia. ¿Qué me dices? [...] Entonces estamos en onda. Yo opino igual, pero quería escucharlo de tus carnosos labios. Yo también te quiero, cabrón. ¿Cómo está el peque? [...] ¿Y Asunción, está contenta con su nuevo trabajo? [...] Me alegro mucho, dale recuerdos. Te tengo al tanto. Esta noche recibes mi informe oficial. [...] ¡Ah! Una cosa, ¿sabes si hay vacantes de subinspector por allí que se puedan cubrir en comisión de servicio? Hay aquí un colega que es canela en rama, ¿eh? [...] Bueno, bueno, ya hablamos.

El despacho del juez de San Gabriel es como un símbolo en sí mismo de la actividad de su propietario, D. Patricio Jiménez de la Fuente, más aficionado a la lectura y escritura que a su profesión, se mantiene en su cargo por los

emolumentos de la misma sabiendo que en pocos meses, con su septuagésimo cumpleaños se verá obligado a abandonarlo. En los círculos judiciales le llaman, de coña, D. Patricio «El despejador», pues es famoso por quitarse de encima los casos, bien pasándolos a Cartagena o a la Audiencia Nacional, según le convenga. De todos es sabido que aparece no antes de las diez de la mañana y que en muy rara ocasión no se le ve almorzando en un pequeño y escogido restaurante junto al puerto con el poco original nombre de «El Ancla». Haber conseguido una cita con el juez a las cinco de la tarde ha sido una clara muestra de persuasión y habilidad de Javier. Teniendo en cuenta lo que está viendo, Paco se pregunta qué estratagema habrá usado el subinspector para conseguirla.

—Usted dirá, inspector, sea breve, por favor, —dice el juez con el rostro cansado.

Tras el relato de los hechos, con deliberadas omisiones como la de la ropa en el depósito de gasoil y poniendo el énfasis en las implicaciones del caso, los datos sobre salidas y entradas del yate que acaba de recabar en el puerto y demás, le deja caer, como de paso, que quizás sea un caso a considerar en instancias superiores, sin menoscabo de la acreditada capacidad de este juzgado, por supuesto.

—Tiene usted toda la razón, ahora mismo dicto una providencia al secretario para dar traslado del caso a la Audiencia Nacional. Ni que decir tiene que acompañaré mención a sus indagaciones y daré cuenta a nuestra unidad policial sobre la decisión para que recopilen todos los datos en su haber, lo trasladen a la UDEV y se inhiban en sus investigaciones. ¿Le parece?

—Claro señoría. —«Música para mis oídos», se dice a sí mismo: «Mañana me voy a Madrid»— Es lo más oportuno. —Le responde al juez.

En su habitación del hotel, Paco lee 'los exámenes' de sus entrevistados. Las declaraciones de las profesoras, del profesor y del jefe de estudios son bastante coincidentes y anodinas, hasta cierto punto. Pero hay una declaración que llama su atención. No es que de una información especialmente importante, pero hay algo en su expresión y en su letra cortante, con forma de dientes de sierra que le inquieta. Tiene el presentimiento de que algo se va a cruzar en su camino y le va a impedir coger el ferri, como tiene pensado, al final de la mañana. ¡Qué cosa más rara! ¿Qué va a pasar? Por alguna extraña razón esa declaración le deja incómodo, muy incómodo. La extraña caligrafía y las, quizás, psicóticas respuestas:

«Catalina Ramírez Ríos DNI XXXXXXXXX 2º Curso

Cerámica Artística

Primera pregunta:

Participé en la instalación del coño. Sí. Me acuso de no saber nada de nada. A mi me gusta el arte pero ya mammà ši no leš a l-yinnah, altesa, morréy. No estoy bien, tengo a veces desvaríos. Ayudé al Chito a colgar todo, las piernas, el coño, a poner el suelo y eso. Fui como seis o siete tardes.. :Ya qorazoni, ke kérés bon amar! A liyorar laita ni 'obiese weliyoš de mar. Y allí me la metió, fue bonito, además estaba la gomaespuma que hizo de cama improvisada, no era dura como el suelo, ¿qué mejor sitio para estrenarse una, no? Ya tengo veintidós y todavía estaba sin estrenar. El coleguita sabía cómo: :Amanu, ya habibi, al-wah,š me no farás! Ben, beza ma bokella: io še ke te

no-irás. No me hizo gozar todo lo que esperaba, pero fue bonito.

Segunda pregunta:

El viejo ese se pavoneaba con su yate por todos lados.

Con esa pinta de adorador de Shiva millonario estaba todo el día buscando guerra. Y la encontraba, las pavas aquí están fritas de pelas. Pero no me gustaba su babeo, bastante inquietante. Se las daba de culto y eso pero no tenía idea de nada. Ni una puta palabra de la lingua, ¿habráse visto semejante zorro? Claro que lo conocía, todo el mundo conocía al Lucas, el conseguidor. Mala gente, s'abría speñado, probe! No me gusta alegrarme de los males ajenos, no. Pero al samariello le dieron de su medicina, probe.

Tercera pregunta:

Nosotros entramos delante de todos en el coño. Dicen que después se metió él. Visto y no visto. Vagina dentata.

Atomarpor: Alpormayor:»

—¡Joder! Voy a necesitar traductor. ¡No te digo! —Paco mira el móvil. Son las diez—. Voy a probar, se dice.

—Buenas noches, Camila. ¿Es tarde? Vale, gracias. Oye, ¿cómo te manejas con la *lingua*? ¡Ah, estupendo! ¿Te apetece cenar y me ayudas a traducir unas frases? Yo invito, ¿eh? Bueno, pues bien, donde tú digas. Vale, ¿en media hora? ¡Ah, que vives a dos pasos! Vale, voy para allá, lo que tarde en llegar andando.

—Una de las primeras cosas que enganchan de San Gabriel es el mar, omnipresente. La segunda es el roman-dalusí. Una vez que te enredas, no puedes dejarlo. Las jarchas, las muwaschahás, todo el repertorio amoroso medieval es maravilloso. Son fragmentos, líneas, pala-

bras sueltas a veces, pero llegas aquí y te las encuentras en boca de la gente. Cuando llegué en el 91 sabía algo de su existencia porque venía de veraneo desde muy pequeña pero nunca me puse a aprenderlo. —Cuenta Camila—. Solo lo hablaban las mujeres mayores, casi ningún hombre. Se había convertido en una lengua femenina, una lengua de cocinas, de lavaderos y poco más. Una de las mujeres que más han hecho por la recuperación y extensión del habla es Gracia Fernández.

—¿Gracia Fernández? ¿Que tiene un hijo que se llama Andrés?

—¿De qué la conoces?

Paco le cuenta su entrada en el ferri sin dar detalles escabrosos. Y añade:

—¿La conoces tú?

—Somos amigas íntimas. Ella me enseñó el *roman*, todo el *roman* que sé. Pero bueno, ¡qué rico está esto! —Dice mientras prueba el marisco—, dime qué quieres que te traduzca.

Paco le enseña una copia de la carta en la que ha borrado los datos de la cabecera.

Tras limpiarse las manos con toallitas de limón, Camila coge con cuidado, la hoja por una punta y lee.

—Esto lo ha escrito Catalina Ramírez seguro, ¿no? —Paco la mira y sonrío.

—Tú traduce, por favor.

—Bueno, taaa...taaa...taaaa. —Camila repasa rápido la carta buscando lo que hay que traducir—. A mí me gusta el arte pero *ya mammà ši no leš a l-yinnah, altesa, morréy* quiere decir «A mí me gusta el arte pero si no deja la locura, alteza, moriré» es una cita clásica de un poema de amor. Luego viene... ¡*Ya qorazoni, ke kéréš bon amar! A liyorar laita ni 'obiese weliyoš de mar*, que es otra cita, algo

así como «!Ay, corazón mío, que quieres amar bien! Para llorar, ojalá tuviese los ojos del mar!..». También hay otra cita clásica, son todas jarchas. Esta niña es un tesoro, mira: ¡*Amanu, ya habibi! al-wab,š me no faráš. ben, beza ma bokella: io še ke te no-iráš*, que quiere decir: «¡Merced, amigo mío! No me dejarás sola. Ven, besa mi boquita: Yo sé que no te irás». Ahora viene: *S'abría speñado* no es propiamente *roman*. ¿Sabes Paco? La juventud se empeña en inventarse expresiones que suenan a la *lingua* pero que no están registradas, Gracia les llama palabras bastardas. Y al final *samariello*, que sí es *roman*, significa morenito. ¿Eso es todo? ¡Te va a costar un perraje la traducción!

—Merece la pena tu compañía.—Sonríe y añade—: ¿Qué me dices de Catalina? Está como una regadera, algo psicótica, ¿no?

—Es una chica muy creativa. En nuestra Escuela tenemos que acostumbrarnos a tener alumnas como ella. No digo que todos sean así, pero son más frecuentes que, por ejemplo, en las enseñanzas de administración o las sanitarias. Imagínate una persona como ella estudiando automoción. Para mí sería impensable.

Paco se echa a reír.

—Eres muy amable con tu apreciación. Otro cualquiera diría sencillamente que está mal de la cabeza.

—Claro, otro cualquiera no estaría dando clase en una Escuela de Arte. Eso es lo que te digo, ¿entiendes? El pensamiento lateral y el pensamiento que va más allá de lo racional no es irracional, no es psicótico como me has dicho. Por supuesto que Catalina es incapaz, por ahora, de dar forma coherente a sus emociones y pueden parecer desvaríos. Pero no es psicótico ni irracional, te lo aseguro. Hay mucha verdad y mucho sentido en lo que dice. Lo que nos hace docentes excelentes de una insti-

tución artística como la nuestra no son nuestros conocimientos, que son importantes, ni nuestros métodos, que también lo son. Conocimientos y métodos se tienen en cualquier centro de enseñanza. Lo que verdaderamente nos hace únicos e indispensables es nuestra sensibilidad y apertura a lo distinto y lo nuevo. Cuando falta eso, podremos ser buenos pero no excelentes. Yo aspiro a eso, mis alumnos son el mejor y mayor acicate para mantenerme despierta como docente y como persona.

—Te gusta mucho la Escuela, ¿no?

—Si no fueras policía te diría que mataría por ella, pero como lo eres, pues no te lo digo.—Las carcajadas de Camila se levantaron por encima del murmullo del restaurante. Paco, que no sabe bien dónde meterse, le responde:

—Ando un poco sordo esta noche y no me he enterado de nada.

Al llegar al hotel enciende el portátil. Quiere dejarse enviado el informe para Manolo esa misma noche antes de dormir. En la bandeja de entrada del correo tiene una notificación oficial de la oficina. Al leer el contenido resopla con un bufido.

—¡Menudo cabrón! —Se queja—. Y lo que más me jode es que tiene razón, coño. Está haciendo lo que haría yo y lo que haría cualquiera que tenga dos dedos de frente. Pero enterarme así...

Cuando va a coger el móvil se da cuenta de que está apagado, lo que le tranquiliza. Lo enchufa y al rato lo enciende. Tiene quince llamadas perdidas, catorce de Manolo y una de Jacinta. No se lo puede echar en cara.

—«¡Coño, paquito, que te me enciendes muy pronto! Que no es de los jefes que van a joder. Venga, llámalo. No me-

rece la pena». —Se dice—. «Llama a la Jacinta, anda, que ella te espera seguro».

—Hola cariño, sí, sí. Es que se le acabó la batería. Estoy bien, pero tengo malas noticias, hija. Me acabo de enterar. He estado comistrajeando con los colegas. Nada, unas tapas. Bueno que he llegado y he visto el correo. Ya sabes, que me tengo que quedar. [...] ¡Venga, Jacinta, no te pongas así, mujer! Que no te voy a dar más detalles que ese, que no. Te llamo mañana, ¿vale? Que duermas bien. Besos. Que sí, claro que sí. Besos.

—«Me duermo, estoy cansado». —Se dice mientras cierra el portátil—. «¡Qué coño, mañana termino el informe! De todas formas la científica tendrá que hacer el suyo. Si llegan a la vez, pues mejor».

(Viernes 24)

La mañana del viernes, en la oficina, Paco vuelve a reunir a todos. Esta vez ha tenido la deferencia de hablar un buen rato antes con Juan Carlos. No le ha dado detalles del caso pero le ha permitido compartir la noticia de la llegada de un grupo de la científica esa misma tarde. Juan Carlos empieza a relajar su reticencia y a sentirse menos incómodo con Paco, pues ve claramente el talento del inspector.

—A ver, compañeros, esta tarde va a venir un grupo de la científica en el ferri. Vienen con su vehículo y Paco me ha pedido que os ponga al tanto. Vamos a hacerle la estancia agradable, ¿vale? Además se van mañana sábado, así que, si os parece, cenamos juntos esta noche. Nada especial, nos vamos a la pizzería esa que te gusta tanto, ¿no, José Alberto? ¿Te encargas de reservar para...?

—Disculpa Juan Carlos, yo no voy a poder, tengo a la suegra en casa estos días...—se excusa Ismael.

—Tu sabes que yo no voy a ningún lado que no sea de servicio. No va a poder ser. —Dice tajante Jaime.

—¿Cuántos vendrán, Paco?

—Tres. El equipo son tres.

—Pues seremos ocho, José Alberto, porque tú vienes, ¿no?

—Sí. Vale, mesa para ocho en La Siciliana, ¿a las nueve está bien?

—Que sean las diez. —Sugiere Juan Carlos.

Paco, Javier y Alberto se van a 'su oficina'. Paco tiene una idea. Todavía le queda la mañana para seguir los cabos sueltos que quedan pendientes, pero quiere poner a Alberto a trabajar de forma poco ortodoxa.

—Hace un buen día. Fresco, pero con sol. ¿Tienes tabaco de liar? —Le pregunta Paco a Alberto.

—No fumo, jefe.

—Ya lo sé. Llevo cinco días aquí y no te he visto fumar. Bueno, que no tienes, ni tú tampoco.

—No, jefe, no.

—Vaaale. Te compras un paquete, un librito de papel y unos filtrillos de esos, si quieres. Te me vas a la casa a media mañana, ¿a qué hora es el recreo en la Escuela?

—Pregunta Paco.

—Ahora, a las 11.

—Pues te vas para allá. Cómprate un libro. ¿Viste la librería de la plaza del Carmen? Mira a ver si tienen 'La apariencia desnuda' de Octavio Paz. Si no lo encuentras busca en la sección de arte, seguro que con una Escuela de Arte en la ciudad tendrán libros del tema.

—Por qué «La apariencia desnuda» de Octavio Paz? —Pregunta Alberto.

—Porque lo tenía Camila entre los libros que llevaba a la biblioteca. ¿No querrás comprarte el tomo XVIII de la enciclopedia Summa Artis, no? Tu hazme caso, cojones.

—Sí, jefe, era curiosidad. ¿Va de desnudos?

—¡Yo que coño sé! Por la portada parecía más Picasso o uno de esos. Desnudos, desnudos de los que te gustan, no creo que haya muchos. Para eso ya tienes internet— responde el inspector.

—El chaval lo dice por el ‘coñazo’, Paco. Usted me entiende.

—Coñazo el que me estáis dando. —Y sigue—: Te vas a la cala, te lías tus pitillos y te lees el libro. No te va a ir mal. A ver si eres capaz de charlar con alumnos. Léete esto también pero no lo enseñes. —Paco le da copias de las declaraciones del día anterior—. A mí me da la impresión de que nuestra víctima no era San Pancracio, ¿me entiendes?

—Divinamente, jefe.

—Si te invitan a canutos te los fumas, ¿vale? Que te veo muy rígido. Recuerda que el consumo es legal en España. El ferri llega a las cinco. Pero tú, ni caso. Desde ahora eres estudiante, chaval. Vuelves a tu condición de policía esta noche a las diez en La Siciliana, ¿l'avete capito?

—¿Ya está hablando en *roman*, Paco?

—¿Qué dices? Es italiano, ¡madre mía!, que no te enteras.—Paco se ríe a carcajadas.

—¿Me puedo llevar el coche?

Javier con mucha confianza le dice:

—¡No! ¿Adónde vas? ¿No eres estudiante? ¿Y bajamos nosotros andando?

—Es que son las once menos cuarto, y quiere que esté allí a las once...

—Alberto, hijo, suéltate el moño, tío. Que no vas a una fábrica, ¡joder! Pídete un taxi, si quieres, me pasas la factura. Pero que no te vean bajarte en la Escuela. Primero te pasas por la librería y desde allí vas andando, ¿vale?

Paco le da a Javier otras copias de las declaraciones mientras él va al baño. Cuando vuelve se desvía por una de las galerías que da a la impresionante vista de la bahía. Llega un grito y un llanto como de una chica joven que surge del piso inferior. Paco se asoma pero no logra ver nada.

—*¡Alsa-me de méw hale porqe hali qad bare!³¿Porké tú me qéres matare?*

Eso último no necesita traducción. Paco sale a recepción y pregunta por los clientes de la habitación que hay debajo de la galería.

—No está ocupada, señor. En cualquier caso...

Paco enseña su identificación y señala lo urgente de la situación. De recepción le acompañan a la estancia y llaman a la puerta. No se oye nada. Paco le pide que abra:

—Yo me hago responsable, abra.

En el interior, un hombre de mediana edad, con una cámara en mano, rueda a una chica joven semidesnuda en la cama. La chica, gritando, se tapa mientras que el hombre se dirige enfurecido hacia Paco con un trípode en la mano que blande como una porra. El inspector, con un aplomo que solo se puede tener después de haber estado en muchos, muchos fregaos, mete la mano derecha en el costado mientras enarbola la identificación con la izquierda gritando bien fuerte:

—¡Alto, policía!

Su grito da el resultado previsto, pues segundos después Javier aparece, él sí, pistola en mano. La chica está en shocky

3 ¡Sácame de cómo estoy, porque mi situación es desesperada!

tiembla sin saber qué hacer. El hombre, más calmado, baja el trípode mientras dice en un balbuceante castellano: —*She said me*, ser mayor, ella enseñó carnet. No problema, estaba *in a play*. ¿Como decir? *A movie...* no es de verdad. *No violence*.

—¿Por qué no llevas la pistola, jefe? Mira que cualquier día te puede costar un disgusto.—Le dice Javier un tanto preocupado.

—No dirás nada, ¿no?

—¡Qué voy a decir, hombre! ¿Quién soy yo para decirte si tienes o no tienes que cumplir con el reglamento?—Javier se ríe—. Además a ese hijo de puta lo habíamos visto por la isla y sabíamos que andaba metido en cosas pero nunca pudimos pillarlo. Fíjate. Ahora encima le hacemos regalitos a Juan Carlos. No, si vamos a ser famosos y todo en la isla; corrupción de menores, porque la niña tiene diecisiete años y seis meses, así que es delito, cien gramos de coca, que esa es otra, y pornografía infantil por todo lo que lleva en el portátil. Ese va a estar a la sombra unos años.

—Me parece bien, Javier. Si vienen periodistas, de mí ni hables, ¿estamos? Todo queda entre Juan Carlos y tú, ¿vale?

—¿Pero por qué, jefe? Al fin y al cabo tú fuiste el que escuchó cantar a la piba.

—Me da la impresión de que en esta isla hay ciertos caminos que suben más arriba. Tengo intención de tirar de los huevos desde aquí abajo y lo mejor para eso es ir pegado a la tierra como los lagartos. ¿Sabes por qué los lagartos no levantan mucho la cabeza?

Javier hace un silencio para que Paco termine su pregunta retórica.

—Para que no se los coma el gavilán. —Y añade—: ¿Nos vamos a comer al puerto nuevo y hacemos tiempo para que venga el ferri?

—Me gusta trabajar contigo, jefe. Depuuuutamadre.

—Ahí está el coche.—Dice Javier desde el muelle cuando ve descender de la panza del ferri una furgoneta blanca con el distintivo de policía científica. Algo extrañado, desde lejos, ve dos policías con gafas de sol y melenas sentados en los asientos delanteros. Les hace señas indicándoles el aparcamiento a su lado.

—Tranquilo, Javier, no te alteres. —Le apostilla Paco.

De la furgoneta bajan tres mujeres policías que parecen salidas de un pase de modelos. La versión femenina de los almanaques de bomberos pero vestidas con el uniforme reglamentario de la policía nacional.

—Cierra la boca, hijo, que se te nota mucho. —Le dice Paco por lo bajo.

—¡Hombre, Paco, qué alegría verte! —Una de las policías le saluda como colegas—. Mira, te presento a Martina y a Lucía compañeras de la unidad.

—Paco Castaño, encantado. —Dirigiéndose a su compañero, añade—: ella es Luisa, subinspectora de la científica de la UDEV. Este es Javier, Javier Peña, subinspector de San Gabriel.

—Encantado. Gracias Paco, eres muy amable por subirme de categoría. Pero todavía no tengo la plaza. —responde Javier con algo de timidez.

—¿Vamos al escenario, hacemos el trabajo y terminamos lo más pronto posible? ¿Os parece? —Propone Luisa.

—¡Al lío! —Dice Javier mientras se sube al coche. Una vez dentro se queja.— ¡Coño, Paco! Tenías que habernos

advertido. Seguro que mañana se tiran de los pelos por no ir a la cena.

—Que se jodan, por estirados.—Ambos se ríen a carcajadas.

Una vez en el sótano de la escuela, la situación empieza por ponerse un poco tensa. Carlos, el conserje, que ha encendido la iluminación de la instalación, mira a Isidro, el director.

—¿Pero de verdad que quieren entrar ahí? ¿No les va a ofender? —Le pregunta.

—Haz lo que te digan, Carlos.

Cuando las tres mujeres enfundadas en monos blancos entran con sus maletines en la Sala de Exposiciones se echan a reír. Sus carcajadas se oyen desde fuera pues han dejado claro que nadie debe estar presente. Minutos antes, en la cafetería de la Escuela, Paco les ha contado todo lo que Alberto, Javier y él han visto y registrado. Estaban avisadas, pero el impacto les ha causado risa.

Divino tesoro

☞ Abel y los suyos

Unos tres meses antes, en noviembre de 2016, Abel habla con sus alumnos sobre la victoria de Trump saliendo de clase. Camila le saluda desde el final del pasillo:

—¿Tienes un rato? Tengo guardia ahora, la firmo y tomamos café, ¿vale?

Abel no se siente cómodo con la propuesta. No le gusta tomar café en la Escuela. Evita en lo posible hablar en la cafetería porque sabe que sus opiniones no son bienvenidas en el centro. A Camila le dan igual las opiniones y tejemanejes de los compañeros.

—Mejor fuera, en la cafetería de la plaza. —Responde Abel.

—No, Abel, anda, no me hagas eso. No me gusta salir cuando estoy de guardia. Nos sentamos en una mesa tranquila. Quería contarte los avances de la exposición

de febrero y saber si puedo contar con vosotros.—Habla mientras estampa su firma en un estadillo con la fecha del día.

—¿Quiénes somos nosotros, si puede saberse?

—Tú y tu alumnado. No te hagas el tonto.

—Si solo es eso, ya sabes que sí. Pero ¿os pusisteis de acuerdo ya con el tema? Porque ahí está el meollo del asunto.—Señala Abel.

—Pues por eso no se trata de decir sí o no. Por eso quiero que hablemos con tranquilidad. Ya sabes que la propuesta de Natalia a todos nos pareció fantástica. A todos menos a Isidro, claro, que también hay que comprender su papel.

—La mojjigatería y el arte siempre han estado reñidas. Si no es capaz de aguantar el tipo, se podría dedicar a otra cosa.

—Vale, vale. De lo que se trata es de involucrar a toda la Escuela para que sea difícil oponerse, —apunta Camila.

—Sí. ¿Y?

—Pues que en eso tú tienes influencia, sabes cómo enredar a la gente.

—La gente ya está enredada, vamos, los de siempre. Lo que hace falta es algo de presupuesto y ahí damos en hueso, ¿no?

—Olvídate. No cuentes con eso, desde luego. A menos que presentes algún tipo de proyecto al Ministerio.—Sugiere Camila.

—Pues no es mala idea. Aunque suponga que haya que adelantar la pasta. No es mala idea.

Una chica de unos veinte años se les acerca:

—Seño, perdona, pero me han dicho que le avise, hay un compañero que se ha dado un martillazo en el dedo...

—Nos vemos, Abel, gracias por el rato.

—A mandar. Seguimos en otro momento. —Le responde.

(Verano 2016)

A Abel le gusta andar. Aunque vive bastante apartado del Purche, no tiene inconveniente en recorrer los siete kilómetros que separan su extraordinaria casa de la Escuela todas las mañanas. Ida y vuelta. Sin prisas. Vive solo y no da cuentas a nadie. También le gusta recoger cosas abandonadas por los caminos y calas, *l'objet trouvé*, les dice a sus alumnos. Es un admirador de Duchamp y sus obras. *La Maison Trouvée*, ha puesto con letras de hierro forjado sobre el muro blanco de la entrada. En San Gabriel no lo tiene difícil, por eso, quizás, después de una mala experiencia en una Escuela de la península, decidió pedir el traslado a esa isla que nadie quiere. Bueno, casi nadie.

—¿Qué le pasa a San Gabriel? —Preguntaba al principio, recién llegado en los noventa—. ¿Por qué hay tantas plazas vacantes?

Obtenía todo tipo de respuestas; que si está lejos, que si es muy pequeña, mal comunicada, cara, para lo poco que ofrece de servicios, un coñazo en verano y húmeda a más no poder en invierno... Todas esas razones son ciertas, se decía, pero como una novia que no se deja querer pero que uno nunca quiere dejar, San Gabriel ha sido para Abel el bálsamo de sus frustraciones a pesar de todo.

Pedro Antonio, uno de los pocos amigos que ha hecho en estos años, se marchó de la isla en el 2010 y solo lo vuelve a ver en algunos veranos, que ha pasado en su casa.

—Te estás haciendo viejo, Abel, en este erial. Lárgate de aquí, coño. ¿Cuánto hace que no vas al cine?

—El cine lo cerraron dos años antes de irte tú. La última función que vi, fue contigo, ¿te acuerdas? ‘Los girasoles ciegos’ con la Verdú y Javier Cámara. Después de esa solo he visto películas, y pocas, en la tele. Ahora con el *streaming* y eso, te aburres decidiendo qué película quieres ver.

—Pero no es lo mismo, —rebate Pedro Antonio—. ¿Cómo va a ser igual verlo en la sala que en tu casa? Por cierto, leí el otro día que van a rodar otra de gente escondida en la posguerra.

—Cuando la estrenen me avisas y quedamos en Cartagena, si quieres. —Concede Abel.

—¡Coño, qué alegría! ¡Qué magnánimo gesto de apertura mental! —Se burla Pedro Antonio.

—¿Has visto? Será que me estoy haciendo mayor, como tú dices.

—¿Y qué haces entonces? Todo el tiempo en la isla... ¿No te aburres?

—En verano, cuando no estás tú, me voy a Santa Úrsula.

—Con el lama.

—Sí, con Yangten.

—Menudo cuelgue tienes... —dice Pedro Antonio moviendo la cabeza.

—Tú eres helenista, profesor de Cultura Clásica, estás más cerca del lama que la mayoría de la gente de esta isla que solo tiene interés en ganar dinero haciendo felices a los alemanes y a los militares de la base naval. Así que, ¿cómo puedes decir que estoy colgado?

—¿Y qué puñetas haces allí, en Santa Úrsula?

—Meditar, escuchar enseñanzas, pasear, hablar con los amigos y alejarme del trasiego del verano.

—Pero, Abel, ¡con lo alejada que está la casa de todo y estas vistas a la Playa del Abedul que quitan el hipo, tío! ¿No tienes suficiente?

—¡Tú no sabes la de cosas que se ven desde aquí! El verano en el Purche me asquea. Me da la impresión de que todo lo que construimos en las mentes de los jóvenes durante el curso se echa a perder en verano. Aquí los jóvenes que valen, los que se cuestionan de verdad esta forma de vivir, se van de la isla. Es una pena, Pedro, esta sociedad es centrífuga.

—¿Centrífuga?

—Sí, expulsa a los mejores y los manda lejos, bien lejos, para no volver. ¿Quién se queda, dime? Los que parasitan a los viejos alemanes y las pequeñas élites locales que ganan dinero con el negocio inmobiliario que construyen urbanizaciones vacías todo el año.

—Estás un poco quemado. No todo es así.

—¿Y tú me lo dices? ¿No te das cuenta de la paradoja? Yo, que llevo aquí casi treinta años te digo lo que veo, pero sigo aquí porque he decidido que esta es mi tierra. Me permito el lujo de criticarla porque sé que me van a enterrar aquí. Y tú, que te fuiste a Valencia en cuanto conseguiste el traslado cerca de tu ciudad, me dices que soy yo el que estoy quemado. Piénsatelo, Pedro. Como dicen ahora mis alumnos: ‘háztelo mirar’.

Aunque se ríen, ambos saben que hay mucha verdad y un poco de rencor en esas palabras. Son buenos amigos que se estiman y han vivido muchas situaciones juntos, pero Abel no puede evitar sentirse incómodo ante la salida de Pedro de la isla. No puede evitar vivirlo como una traición.

—¿Qué enfoque les das ahora a tus clases? Siempre os he envidiado, con esas libertades que os gastáis en la Escuela.

—Hombre, no es lo mismo que dar clase en la ESO o en Bachillerato, es verdad. Pero trabajamos como cualquier otro.

—¿Pero qué estás haciendo ahora? ¿Sigues dando Historia del Arte?

—Sí, tooooda la Historia del Arte de la Escuela cae en mis manos. —Y añade cambiando de tema—. ¿Te parece que nos vayamos a Santa Úrsula mañana?

—¡Uf! ¿Quieres que vaya contigo a ver al lama? —Pedro pone una cara de pesadumbre.

—Con la de años que has pasado aquí, nunca has coincidido. Hay una exposición de arte de los Himalayas que inauguran el jueves. El catálogo lo he escrito yo, ¡venga, hombre, ánimo!

—¿Allí hay cerveza? —Pregunta jocosamente Pedro Antonio.

—En el centro no, pero en el pueblo hay por lo menos diez bares. ¿Conoces algún pueblo de España sin bares?

«Una vez entramos en el pueblo, nos encontramos inmediatamente a la derecha con la bella fuente principal del siglo XVIII, conocida como los Caños. Se trata del terminal, punto de salida o desagüe de la conducción de agua subterránea o 'qanat'. Este término es el empleado para este tipo de infraestructuras hidráulicas subterráneas. Aunque es de origen árabe, aún se sigue usando entre las gentes del lugar, igual que otros muchos términos del romandalusí.»

Mientras Pedro conduce su todoterreno por la tortuosa carretera que lleva a Santa Úrsula, Abel va leyéndole la famosa Guía de San Gabriel. Famosa no solo por su prosa limpia y elegante, sino por la profusión de detalles, informaciones útiles, planos y fotografías de toda la isla. Algo que no ha sido superado desde su publicación en 2010.

—¿Sigues empeñado en hablar la *lingua*? —Pregunta Pedro sin separar la vista de las curvas.

—Claro, no te voy a decir que hable la *lingua* de continuo pero la entiendo sin problemas. *Bay, ya raqi', bay tu biya, que non me ténes aniya*⁴. —Y pregunta—: ¿Cómo es que nunca te pusiste?, tú que eres lingüista.

—Esa explosión que hay, de unos años a esta parte, me parece más un asunto político que otra cosa. ¿No piensas que el Partido Insular está detrás de todo eso? ¿No crees que hay mucho papanatismo en la reivindicación de la *lingua*? ¿Cómo se llama ese tipo, el presidente del PI?

—¿Zacarías Frutos?

—Ese, ¿qué sabes de él?

—Bueno, mira, aquí entre nosotros, no es que sea santo de mi devoción. Estoy de acuerdo contigo en que dice muchas tonterías, pero parece honrado, claro que no ha tenido aún la oportunidad de demostrar lo contrario. Aún siendo simple su discurso, creo que daño no hace.

—¿Pero tú ves normal que una lengua con unos tres mil hablantes pretenda ser considerada al nivel del catalán o del euskera, Abel? ¡Además, quiere que se considere lengua cooficial en San Gabriel, vamos!

—Ese es un tema sensible, Pedro, y me duele que seas tú el que lo veas así. Con ese argumento, ¿qué coño haces dando clases de latín, griego y cultura clásica a chavales de quince años en Valencia? ¿Me lo cuentas?

Están llegando a la plaza mayor de Santa Úrsula en donde caben escasamente tres coches del tamaño del que conduce Pedro.

—Lo vas a tener que dejar abajo. Espera, bajo el equipaje. La casa es esa, la de las ventanas verdes, ¿vale?

4 *Vete, desvergonzado, vete por tu camino, que no me tienes ley.*

Mientras llega su amigo de vuelta, Abel relee algunos párrafos de la guía:

«El pueblo de Santa Úrsula tuvo un papel muy destacado en la revolución minera de 1917. Al amparo de las noticias que a cuentagotas llegaban de Rusia, los mineros de San Gabriel, la gran mayoría trabajadores de la explotación alemana de Santa Úrsula, declararon la isla como el soviet de San Gabriel. Estas son historias que han quedado relegadas en el olvido, de las que pronto van a hacer cien años. Unos desalmados de las llamadas Juntas de Defensa de Cartagena, comandadas de forma ilegal y sin el beneplácito del ministro Francisco Aguilera y Egea, formaron plaza en San Gabriel y pasaron por las armas a ochenta mineros y catorce mujeres de Santa Úrsula, produciendo daños en la iglesia y dando lugar al cierre definitivo de la mina.

No fue juzgado ninguno de los salvajes que participaron en la masacre. La mayoría de ellos pasaron obligatoriamente a formar parte del llamado Ejército de África. Ya sabemos en qué acabó todo eso.»

—No me acordaba de esto. El autor de la Guía se lo ha currado bien. —Abel ve venir a su amigo desde la ventana.
—Toma, léete esto, está interesante.

Al rato, tomaban el sol en una terraza de un bar de la plaza. En verano incluso Santa Úrsula está llena de turistas, por lo que resulta más fácil escuchar alemán o inglés que cualquier otro idioma. Abel conoce a la camarera que los atiende:

—Hola, Paula, ¿cómo andas?

—Buenos días, *ueme*, me alegro de verte. Todo bien. ¿Qué va ser?

—Dos cervezas, gracias.

—¿Ves, Pedro? A esta mujer le di clase hace ya unos años. ¿Y a qué se dedica? A poner cervezas a jubilados alemanes. Es una pena, era una chica brillante. —Dice Abel en voz baja.

Las largas, larguísimas, tardes de verano en Santa Úrsula terminan a las nueve y media, con una puesta de sol que, desde el alto de Los Coloraos, a diez minutos del pueblo, es un espectáculo. Es tan extraordinaria que ya se va haciendo costumbre la reunión de decenas de personas que se juntan a admirarla.

Desde el Cerro de los Coloraos al centro *Lhundrub Ling* se tarda muy poco en coche. Es la primera vez que Pedro acompaña a Abel a ver a su amigo el lama.

—¿Oye, no será tarde? Se va a hacer de noche en un momento y en un monasterio...

—No es un monasterio, Pedro. Es un centro de Dharma. El lama Yangten y yo nos conocemos desde que llegué a la isla. He estado viviendo aquí bastantes temporadas, asistiendo a cursos, de día, de noche, con lluvia, con sol, cuando él estuvo enfermo, cuando estuve enfermo yo. Fui testigo de su boda en Puerto España, no te apures, venimos a cenar, nada más.—Le tranquiliza Abel.

—¿De su boda? ¿Pero no es un lama?

—La gente tiene muchas ideas preconcebidas de lo que es un lama. Lama es una palabra tibetana para traducir ‘guru’, que es sánscrito. Lama, en realidad, también se podría traducir como ‘no hay nada más alto’ o ‘lo más supremo’. No se puede optar al título de lama. No hay algo así como unos estudios de lama. Por lo general, y

esto depende de las diferentes tradiciones, el epíteto de lama se lo dan a alguien, no es algo que uno adquiere con su esfuerzo o carrera. Ni todos los monjes son lamas ni todos los lamas son monjes.

—Entonces cuando tú lo conociste estaba soltero.—Afirmo Pedro.

—Sí, cuando yo lo conocí era un joven, como yo, despistado, canijo, que no sabía una palabra de castellano. Era monje y lo habían mandado aquí de su monasterio en India como traductor al inglés del lama fundador que falleció pocos años después. Pero él decidió aprender español y quedarse en el centro. Creo que esto ya te lo he contado varias veces, Pedro, ¡menuda mala memoria tienes!

—¿Eso fue antes de que yo llegara a San Gabriel, no?

—Antes de que nos conociéramos tú y yo, seguro. No sé si ya estabas tú por aquí, creo que no, pero da igual.

—¿Y cómo fue que se casó?

—Pues fue un puntazo, todo hay que decirlo. Se casó nada menos que con la sobrina del cura de Punta España,

—¡Toma ya! ¡Menudo panorama! ¿No?

—Pues tú me dirás, sí. Fui yo el que se la presenté, eso fue hace unos diez años más o menos. —Se ríe—. Sí, el niño tiene unos siete añitos ahora.

—¿Pero ha tenido hijos?

—Dos, un niño y una niña, que van a la escuela de Santa Úrsula. Son un encanto. María del Mar, la mujer del lama es encantadora, ya la verás. Mira, ahí están.

El coche se va acercando a un portal de estilo tibetano pintado de colores con un tejadillo a dos aguas, símbolos auspiciosos en ambas jambas y rematado en el tope por dos ciervas y una rueda. Junto al portal, el lama, de

complección atlética, lleva a una niña en brazos mientras un chiquillo cree que empuja la silla de ruedas sobre la gravilla del camino. Realmente es su madre la que hace tracción con sus manos enguantadas sobre las ruedas.

—¿Paro? —Pregunta Pedro sin saber bien qué hacer.

—Sí. Espera, me bajo y tú sigues y aparcas allí. ¿Ves el aparcamiento? Allí mismo nos encontramos.

La casa del lama es una vivienda rural austera y en nada diferente de las del entorno. En el centro de una cocina amplia, que hace además las veces de salón y sala de estar, se sientan todos alrededor de una mesa cubierta por un mantel a cuadros. Llama la atención la baja altura de los muebles que, excepto la mesa, están especialmente adaptados a las posibilidades de María del Mar.

—¡Deja a Abel, Lobsang! —Le dice a su hijo que se ha sentado en el regazo del recién llegado.

—No me molesta, Mar, hacía tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

El chiquillo, con los carrillos llenos y con patatas fritas en forma de palo en las manos, afirma con la cabeza.

—Como te decía, *ueme*, mañana viene tu amiga Mercedes a la inauguración, como es natural. Vienen todas las autoridades de la isla, ya te imaginas, el director de la sucursal de La Caixa, que son los que pagan, he conseguido incluso traer a un, ¿vicario, se dice? —El lama pregunta a su mujer.

—Sí, sí. —Le confirma María del Mar.

—Un vicario de Cartagena, porque San Gabriel pertenece al obispado de Cartagena y por ahí, la parienta tiene mano. —Y, levantándose, coge dos librillos y los reparte, dándoles un ejemplar a cada uno—. Mirad qué bien han quedado.

Pedro se sorprende de la habilidad del lama para hablar castellano con tanta naturalidad. El catálogo de la exposición es algo más que unas hojillas. Tiene el tamaño y condición de un libro. Catálogo en mano, empieza a leer el texto de su amigo, reconociendo su peculiar forma de escritura.

—¡Uau! ¡Qué gran trabajo has hecho, Mar! Ya sabía yo que íbamos a llegar a puerto seguro. —Admira Abel.

—¿Es tuya la maquetación? —Pregunta Pedro.

—Sí, pero vamos, es una cosa sin mucha importancia. Ya ves, el texto, las fotos y los pies, nada más. —Le quita importancia.

—Pues ha quedado perfecto. ¿Dónde está la sala? ¿La exposición es aquí?

—¡Qué va! Es en San Gabriel, en la Sala de Exposiciones de La Caixa. Ya está todo listo, se están encargando de todo la gente de la sala.

Pedro, por un momento se siente incómodo, se dice a sí mismo: —«Entonces, ¿qué hago yo aquí?»

Se le transparenta tanto su pensamiento que Mar, que está a su lado, coloca su mano sobre el antebrazo del recién llegado, diciéndole:

—Tranquilo, Pedro, este tipo de encerronas es propio de estos dos. Ya ves, yo vine aquí invitada por Abel a saludar a un joven lama y terminé casándome con él. —Y le añade en voz baja—, pero no te enfades que, aunque ellos no lo saben, son buena gente.

—Oye, oye, —dice el lama Yangten,— ¿qué secretitos os traéis vosotros dos?

—¿Has visto, cariño? —Le responde Mar, bromeando,— ¿ves como todavía estoy de buen ver como para que me tiren los tejos?

—Nunca lo he dudado, Mar.

Yangten se levanta y abrazándola a ella y a la silla le da un beso apasionado.

A las nueve de la tarde, el hall de la Sala de Exposiciones se encuentra repleto de asistentes. Una ciudad pequeña como San Gabriel en mitad de temporada, llena de turistas, no deja pasar un acto como ese, especialmente si viene precedido por un encuentro tan pintoresco como el que todo el mundo espera del lama Yangten con las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la isla. La mayoría de las fuerza vivas de San Gabriel conocen a Yangten. Los que tienen más de treinta años y han visto su trayectoria, han pasado de ignorarlo o mostrarse distantes a considerarlo uno de los suyos.

La familia de María del Mar no pudo comprender la decisión de casarse con un muerto de hambre, el hijo de unos refugiados tibetanos que, según sus propias palabras, había entrado en el monasterio porque sus padres no tenían qué darle de comer. Cuando su tío, el cura de Puerto España, les preguntó cómo iba a ser la boda, se quedó a cuadros con la inmediata respuesta de Yangten: —Por la Iglesia, por supuesto, —y mirando a Mar, preguntó—: ¿no, cariño?

Esos detalles y su actitud después del accidente, les dejó claro a todos los familiares el tipo de persona que es Yangten. En el último cumpleaños de su nieta, la madre de Mar, admitió ante sus amigas:

—¿Quién me iba a decir a mí que nos iba a caer un ángel venido de la India?

Mar, que la estaba escuchando, le dijo:

—De Tíbet, mamá, de Tíbet. Mira que te lo he dicho veces, Yangten nació en Tíbet.

—Ay, yo que sé, hija, la India o el Tíbet, ¿qué mas dá?

—Dí que sí, madre, —Yangten se negaba a usar la palabra suegra,— ¿qué más da? De Oriente, como los Reyes Magos.— Y se rió con una risa cantarina, un tanto infantil. La mayoría de las piezas de la exposición, que por su tamaño y montaje se podría considerar la más importante de este tema hasta el momento en España, procedían de préstamos de diferentes museos e instituciones del mundo. Su reunión, el trabajo más difícil de todos los necesarios para llevar a cabo la empresa, ha sido producto del empeño de Yangten y Mar, ayudados entre otros por Abel y con el apoyo financiero de los patronos de la sala. Tras las palabritas de rigor y la apertura de la exposición, los organizadores y autoridades recorren las dos amplias salas que conforman el espacio expositivo.

Aunque están en periodo vacacional, también asiste el director de la Escuela de Arte y Lucas, el inspector de educación, acompañado por una joven que llama la atención por su belleza y la escasez de vestido. Isidro, el director, lo presenta:

—Espléndido, Abel, un catálogo espléndido. Te tenías muy callado lo de la exposición, imagino que conocerás a Lucas, nuestro inspector y a...

—Andrea —dice la joven rápidamente para no dar pie a que se sepa que acompaña a alguien que ni siquiera sabe su nombre.

Andrea se adelanta hacia Abel para darle dos besos a modo de saludo. El extraordinario escote del vestido doado con textura de cota de malla, flota en el aire que los separa. Por un instante Abel observa la escena, como en una especie de viaje astral instantáneo, a cámara lenta y desde arriba. Se ve a sí mismo, con una mezcla en partes alícuotas de incomodidad, asombro y deseo, ante las preciosas tetas, duras y de aspecto amelocotonado, sal-

vando la corta distancia entre su propio rostro y el de la joven, mientras piensa interiormente: «¡Pero que tonto eres, Abel, coño!» a la par que, en el común y arriesgado gesto de los del sur, incluida San Gabriel, mueve la cabeza a un lado y otro sincronizándola con los movimiento propios de la muchacha.

—Tras esa dolorosa separación de la que tanto y tan bien habla Anne Carson, —piensa Abel, Andrea responde—: Encantada.

Abel ofrece su mano, mecánicamente, al inspector que sin mirarle siquiera a los ojos se la estrecha al tiempo que susurra a su acompañante:

—¡Ven conmigo!— tirándole bruscamente de la mano.

—¡Vaya tipejo! —Se dice Abel a sí mismo.

Isidro, como ausente de la situación que Abel ha vivido incómodamente, le dice:

—Es una pena que la exposición solo dure hasta mediados de septiembre, la mayoría de la gente de la Escuela se la va a perder.

—¿Es que te interesa el arte religioso budista?—Pregunta Abel sin mala intención, pero dándose cuenta, justo en el mismo momento que de sus labios sale la última sílaba '-ta', que se puede interpretar la pregunta en clave un tanto irritante.

Isidro no cae en la cuenta de esa interpretación. Se mantiene, como es usual en él, en la superficie de las cosas.

—Hombre, lo decía porque hacer una exposición así es un esfuerzo enorme. Os habrá costado muchos meses de trabajo.

—Años, no meses, años.—Le responde. Ambos se quedan rezagados mientras organizadores y comitiva forman un grueso pelotón que recorre las salas.

Cuando ya casi se da por acabado el acto de inauguración, Mercedes, la alcaldesa de Santa Úrsula, el pueblo

donde se encuentra el centro de Dharma, se acerca a Abel por la espalda. Recorriéndole los huesos del espinazo con la uña del dedo índice le dice al oído:

—Hace tiempo que no te cato. ¿Qué vas a hacer ahora después?

Volviéndose, Abel la saluda cariñosamente:

—¡Mercedes! Antes te saludé pero estabas distraída con tus colegas de partido. ¿Conoces a Isidro?

—Sí, claro. Hola, ¿cómo estás?

Mercedes lo saluda con los dos besos de rigor. Abel, rememora lo que ha ocurrido hace un momento con la acompañante del inspector.

—«Un ‘replay’: dos personas que, siguiendo las costumbres locales, tocan levemente las mejillas de forma que, sin necesidad de ensayar, sincronizan sus movimientos de cabeza. ¡Bueno! —piensa—, ‘sin necesidad de ensayar’ no sería lo correcto. Sería más bien lo correcto, decir, tras haberlo ensayado numerosas veces con primas y primos, hermanos, titas, titos, familia diversa, amigos y amigas que comparten la misma cultura, el mismo sentido del tiempo y el espacio, la coreografía del saludo se hace tan, tan natural, que pasamos por alto la anormalidad del gesto. Como cuando, las veces que he ido a Francia de intercambio, te quedas corto con el ‘segundo beso’ porque en algunos sitios de allí son tres. Y uno se dice para sus adentros: ¡Tres! ¡Qué exageración! Pues nada más hay que ver Fargo para conocer a gente que ¡uno!, ¡uno solo!, ya les parece clima caribeño».

—¿Te pasa algo, Abel? —Dice Mercedes mientras Abel vuelve en sí y ve como Isidro se va, dejándolos solos.

—No, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—¡Joder, tío! Isidro te ha dicho tres veces que si se podría prolongar la exposición hasta octubre y tú estabas como ido.

—Como ido, no. Estaba ido del todo.

—¿Has fumado algo? —Dice Mercedes medio en broma.

—No. Tengo un traje dorado metido en el ojo y no me lo logro sacar, —dice riéndose.

—No me entero de nada, ¿te vienes a casa?

—No. Esta noche ceno con amigos en el puerto y luego me voy a la mía con Pedro. ¿Te vienes? En casa hay sitio, si te quieres apuntar.

—¿Hay sitio en tu cuarto o en la casa?

—En donde tú quieras.

☞ Jóvenes cultas

Natalia y Sandra llegaron con solo dos años de diferencia a la Escuela. La primera, almeriense, tiene el aspecto de Patti Smith en los setenta. Huesuda, despeinada y batalladora. Sus estudiantes están encantados con ella. Más las chicas que los chicos, pero vamos, casi por igual. Sandra es como la noche y el día en relación con Natalia. Es de Castilla, vallisoletana, y 'gorda'. Sí, así como sueña, habla ella de sí misma, y con un finísimo sentido del humor que, también es su propia expresión, 'me hace temblar como un flan hambriento'.

Natalia es cuatro años mayor que Sandra, pero se puede decir que ambas son jóvenes y cultas, alrededor de la treintena. En cuanto se conocieron se entendieron a la perfección. Son dos profesoras que se complementan tanto en lo que se refiere a su forma de ser como en la manera que entienden su labor.

Aunque no tienen alumnado en común por lo dispar de sus especialidades, se vuelcan en las actividades de la Escuela a las que dedican muchas horas de trabajo, cuyo resultado todo el mundo ve y disfruta pero casi nadie está dispuesto a reconocer y mucho menos a recompensar.

No hemos hablado nada de las enseñanzas en la Escuela de San Gabriel. Aunque es pequeñita, tiene ya sus años pues se fundó en 1958 con el apoyo del entonces Ministro de Educación, Jesús Rubio, que era natural de Pamplona pero veraneaba en San Gabriel todos los años, y que según sus propias palabras para La Verdad de Murcia: «una Escuela de Artes y Oficios en San Gabriel elevará la cultura de sus gentes y proporcionará el necesario acicate para salir de la estrechez de miras que tanto daño ha hecho a su pueblo». El ‘buen’ señor se refería, sin decirlo, a los trágicos hechos de principios de siglo y a los más recientes e igual de trágicos de la guerra civil en donde la 4ª División de Navarra del ejército nacional tomó la isla el 30 de marzo de 1939, justo un día antes de la conclusión oficial de la contienda. La brutal represión posterior, adelantándose, aunque en sentido político opuesto a la Revolución Cultural China en treinta años, eliminó físicamente a muchos de aquellos que, no siendo falangistas o adictos al régimen, sabían leer y escribir. Pero vamos a dejar la historia del horror, por ahora, que quizás volvamos en otro momento. Todo esto viene a cuento de las enseñanzas en la Escuela. Allí se pueden realizar estudios de Bachillerato Artístico, Cerámica, Forja, Técnicas Escultóricas, Ebanistería y Tapices y Alfombras. En resumen: arte, barro, hierro, piedra, madera y textiles. Está claro que la escultura en todas sus expresiones es, casi, la dueña de la Escuela.

Natalia y Sandra son ambas licenciadas en Bellas Artes. Natalia pasa sus horas en el Taller de Tapices y Sandra hace lo propio en el de Cerámica. Sus horarios son prácticamente coincidentes. Cuando Sandra llegó tras aprobar las oposiciones hace tan solo tres años, enseguida Natalia le ofreció compartir piso, un extraño pero cómodo inmueble, una vez que se accede a él, junto al Puerto Viejo.

—¡Uf! ¡Madre mía! —Dijo Sandra cuando Natalia la llevó a la que, entonces, era solo su casa—: Natalia, hermosa, yo creo que este sitio no va a ser para mí, ¿no tienes ascensor?

El Puerto Viejo de San Gabriel está protegido por una roca inmensa en uno de sus laterales, parte de ella contacta levemente por arriba con la parte alta de la propia escuela, pero antes de eso, al otro lado de la Cala Boquilla y dando a la parte principal del puerto, una escalera larga, empinada y con escalones altos, da pie a un grupillo de casas que conforman una sola calle sin salida. En una de esas casas vivía Natalia y, ahora, viven ambas. Medio en broma, los estudiantes de la Escuela han rebautizado a la calle cuyo antiguo nombre era más que obvio: calle de los Pescadores. Una mañana apareció una placa de Cerámica esmaltada, de clara factura reciente, con el rótulo: «calle de las Profes, antigua calle de los Pescadores». Aunque el ayuntamiento ha tenido noticia del asunto, les ha parecido gracioso y han hecho la vista gorda de forma, que hoy día incluso los hay que, siguiendo la broma, han enviado postales con esa dirección que han llegado a su destino y todo.

Sandra, a pesar de la escalera, decidió finalmente irse a vivir allí en cuanto Natalia le enseñó el que, finalmente, sería su cuarto. Podría decirse sin exagerar que Sandra

iba a dormir colgada sobre un acantilado. Era tan sorprendente que al verlo le preguntó a su amiga:

—¿Tu crees que esto no se va a caer conmigo dentro?

—Según la dueña, —responde Natalia—, que vive en Valencia pero que la conocí el primer verano que pasé aquí, esta casa ha sido remozada y asegurada en los ochenta y cuenta con el visto bueno del ayuntamiento. Date cuenta que las otras son apartamentos turísticos pero como solo se alquilan en temporada alta, decidí alquilarme esta todo el año. Es muy grande para mí sola, ¿qué te parece?

Desde el puerto, las casas de los pescadores, como se conocen allí, son parte de la estampa clásica de San Gabriel del Purche. Las ménsulas trabajadas de forma similar a las de las famosas casas de Cuenca o a las no menos del Ponte Vecchio de Florencia, se han utilizado, incluso, como reclamo turístico en algunas de las publicaciones, hablándose de ellas en la famosa guía de San Gabriel:

«El rico patrimonio arquitectónico que fundamenta la declaración de San Gabriel del Purche como conjunto histórico-artístico es en gran medida herencia del apogeo económico que, en centurias anteriores, vivió esa localidad. Entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX, gracias al desarrollo de la pesca atunera en la zona, San Gabriel vivió una época dorada que solo ha podido recuperar con el turismo hace pocos años. Prueba de su esplendor es el sobrenombre con el que se le conocía: ‘Cartagena, la chica’. De esos esplendores procede el tallado de los remates de las ménsulas de las casas de los Pescadores que han servido y sirven como ejemplo de la espléndida artesanía local.»

Estos remates, de carácter antropomórfico, solo pueden ser disfrutados desde la cercanía que proporciona la, llamada, Escalera Alta. Una escalera empinada que da lugar de manera sorprendente a una calle sin salida. Una curiosidad, en la que el turista no suele fijarse, es que justo al pie de tan empinada escalera hay un conjunto de siete buzones para evitar, al pobre cartero del Purche, el ímprobo esfuerzo de subirla.»

Quizás ese sea el motivo por el que Sandra se toma salir de casa como si fuera de excursión a lo más profundo del Sáhara. Natalia se ríe:

—Venga, mujer, que no vamos a la guerra.

—¡Ah, no! ¿Qué te has creído? ¿Y si echo en falta algo? ¿Te piensas que voy a volver a subir a por kleenex? Tú lo que quieres es que adelgace, que pierda mis maravillosas y amplias curvas de mujer feliz. ¡Qué te lo has creído, rica!

A Sandra le gusta adjetivar sus expresiones dirigidas a sus amigas, a las mujeres en general, con palabras como: hermosa, rica, amor, dulce mía y demás. Natalia no lo soportaba al principio. No estaba acostumbrada a tal empalago en el hablar, procediendo en su caso de un caserío cercano a Rodalquilar, uno de los lugares más secos de Europa. Vamos, algo así como el Atacama de España. Pero ahora, en pocos años, cuando Sandra vuelve en vacaciones con su familia, y se lleva más de una semana sin oír sus amables y empalagosos trinos, la echa de menos. Todos esos lugares comunes y estereotipos de castellana enjuta y seria, y de andaluza generosa y dicharachera, se vienen abajo con Natalia y Sandra o, más bien, se vuelven del revés.

(Noviembre 2016)

Cerca de la Escuela hay una taberna que lleva ya unos años regentando un refugiado bosnio y su familia. Ibro hace unas tapas que cautivan por su sabor y buen precio a profesores y alumnos. Aunque en verano se dedica por entero al turismo extranjero de la isla, durante las primeras horas de la noche en temporada baja es el único local de esa zona poco transitada por encima del puerto viejo y está a rebosar.

Allí Natalia, Sandra y otras profesoras, se han reunido a la salida de clase. El ambiente es distendido y conversan cómodamente no solo entre ellas sino también con algunos de sus estudiantes. Laura, una joven profesora sustituta madrileña, recién llegada a la isla, se sorprende con la *lingua* que tan fluidamente, en apariencia, hablan algunos jóvenes.

—¡*Veni, habibi!* —dice una chica con rastas de apenas veinte años al chico que le acompaña.

—¡Qué fuerte! ¡Es que me suena a un rollo medieval, tú! —le comenta a una compañera.

—Terminas acostumbrándote, ¿sabes? A mí a veces me sale el '*ueme*' sin darme cuenta.

—¿*Ueme*? ¿Qué es eso?

—Pues como cuando dices, ¡hombre!, aquí es *jueme*! La verdad es que queda poca gente en la isla que use la *lingua* como única lengua. Quizás haya familias en Santa Úrsula o en alguna pedanía del centro pegadas a La Valla.

—Me dejas flipada, tú. ¡Menudo sitio! ¿Qué es La Valla?

—¿No la conoces? Es una valla metálica de varios metros de altura que parte la isla en dos y separa la base naval de la OTAN del resto. Incluso se mete varios metros mar adentro. ¿Quieres que vayamos a verla? Podemos pegarnos un viajito este finde.

La que habla es Sandra que quiere también enredar a Natalia en el plan:

—¿Qué dices, Nati, preciosa?

A Natalia le molesta mucho que le llamen Nati y se lo tiene dicho a Sandra, que la ignora completamente.

—No, Sandri, si mi llimis Niti vis i ir ti sili kin ti imigi...

Laura y Sandra se ríen a carcajadas, mientras Natalia añade:

—¡Joder, Sandra, de verdad, es que me fastidias con eso! ¡Que no me llames Nati, por favor! —Dice enfadada.

Por la fachada del bar, que es una cristalera con palillos de madera, de las pocas que quedan de más de cien años en la isla, pasa un hombre algo mayor con largas barbas y un portátil al hombro.

—Mira, es Matías, —le señala Natalia a Sandra— parece cansado últimamente—. Aunque lo saluda desde dentro, el profesor no se da cuenta y sigue su camino—. Le han hecho una putada, imagino que estará harto de las tonterías de la casa.

—¿Qué tonterías? —Pregunta Laura interesada.

—Pasa de eso, Laura, rollos burocráticos con la inspección y demás. Para los cuatro días que vas a estar aquí, mejor que no te enteres. ¿Nos vamos entonces este finde a Santa Úrsula? —Dice Sandra—. ¿Y dónde nos vamos a quedar? Es que, la mierda de sueldecito de la sustitución no da para mucho, disculpa, —se queja Laura.

—Espera que voy a llamar a Abel, que tiene una casa en Santa Úrsula —dice Natalia—. ¿Hola? ¿Abel? [...] No te oigo bien, espera que salgo del bar. [...] Ahora sí, mira, estamos en el Ibor, ¿estás por aquí? [...] ¡Ah, ya, bueno, no importa! Escucha, que hemos pensado en hacer un viajeito a Santa Úrsula, a enseñárselo a Laura, [...], sí, esa chica joven que sustituye a Anselmo. [...] No, no está

malo, tío, está de baja por paternidad. [...] ¡Coño, Abel! Estás fuera de juego, ¿eh? [...] Pues claro, ¿no sabías que ha sido padre? Bueno, va, ¿qué dices? ¿Nos dejas tu casa este finde? [...] Vale, vale. Bueno, perfecto, mañana hablemos, claro. Chao, chao.

Después de recorrer el sendero que une el Cerro de los Coloraos con la carretera que lleva a La Valla, las tres profesoras están exhaustas. Se quedan al borde de la carretera sentadas en unas piedras grandes que hacen las veces de asientos. Han sido unos kilómetros desde Santa Úrsula al Cerro, algo durillos, sobre todo la subida y algunos más de bajada, trasponiendo al lado contrario del cerro en dirección sureste. Laura se queja de sus pies. Mientras, Natalia llama a Abel que había quedado en unirse al grupo para comer al día siguiente:

—¿Dónde andas? [...] ¿Cuánto? [...] ¡Uf, tío, no me digas! [...] ¿Qué? [...] Estamos en las piedras, donde nos dijiste. [...] ¿A la derecha? [...] Es que Laura no ha traído buen zapato y le duelen...[...] Pero será llano, ¿no? [...] Ah, vale, sí, y sale enfrente del restaurante, ¿no?, estupendo. Vale, allí nos vemos. —Cuando cuelga les cuenta la noticia a sus compañeras—. Oye, que vamos a tener que andar un pelín más. Una media hora larga, pero por un camino llano que sale frente al restaurante. Es que Abel ha pinchado y le están cambiando la rueda en San Gabriel, que hoy domingo no es fácil.

Laura, a pesar de su queja, es la que va más ligera pues su juventud y buen estado físico compensa las rozaduras de unos zapatos inapropiados. Al pasar por un caserío que linda con el sendero que les indicó Abel, unos perros corren, ladrando, en dirección del grupo. Sandra se pone nerviosa. Natalia la tranquiliza, pero los perros se

envalentonan y colocan en mitad del camino. Un hombre corpulento de mediana edad sale de la casa gritando insultos a los animales. Natalia lo reconoce pero él, rápidamente y con soltura, recoge a los perros en la casa sin ni siquiera dirigirse a las mujeres.

—¿Sabes quién es? —Dice Natalia dirigiéndose a Sandra—.

—No, ni idea.

—Sigue, sigue, no te pares, —añade—.

—¿Qué pasa? —Se preocupa Laura.

—No pasa nada, es que el que ha recogido a los perros es el inspector. No me lo hacía por aquí. —Dice Natalia—, ¿no lo conociste cuando firmaste el contrato?

—No, yo no he firmado nada. Estaba en la lista, me llamaron por teléfono a casa y me dijeron que me presentara en la Escuela, no tuve el ‘gusto’ de conocerlo.

—¿Y por qué no te lo imaginabas por aquí? —Pregunta Sandra—.

—Me lo imaginaba más en la ciudad, con su yate, no sé. Se dicen tantas cosas de él.

Al pasar por la parte trasera de la finca, un portón enorme que se está cerrando pero que permite ver unos cuantos remolques, confirman sus aficiones marineras: motos acuáticas, lanchas y un container de tamaño mediano, como de unos seis metros de largo. De refilón, Natalia logra ver al que desde unos metros atrás parece que usa un mando a distancia. En voz baja dice a sus compañeras:

—¡Es él! ¡Es él!

El portón vuelve a abrirse sin haber terminado de cerrarse y sale, esta vez agarrando por el collar a uno de los dos perros, el hombre que antes los recogió:

—¡Perdonad! —Dice en voz muy alta antes de que terminen de alejarse—. Yo os conozco, ¿no?

Natalia no tiene más remedio que volverse para evitar que lo considere una grosería:

—¿Cómo? —Disimulando fatal la sorpresa, añade—, ¡ah, es usted! Discúlpeme, no lo había reconocido. Teníamos algo de miedo por los perros.

—¡Sí, sí! Tenéis motivos, es que estos animales no están muy acostumbrados a la gente, yo solo vengo algunos fines de semana y los cuidadores no siempre los atienden debidamente. —La pregunta de rigor no se hace esperar—, ¿y qué hacéis vosotras por aquí? ¿Turismo?

—Claro, claro, turismo. Vamos al restaurante de La Valla que hemos quedado allí.

—¿Andando por el campo? Pues queda como una hora más o menos. —Dice el inspector—.

—¿Una hora? —Laura, que no conoce demasiado al personaje, empieza a imaginar la posibilidad de ahorrarse la caminata—, ¿sería mucho pedir que nos acercara en coche?

Natalia y Sandra se miran incómodas. Lucas, que está vestido con ropas azul marino para trabajar en el campo, se excusa:

—No os digo que entréis porque está todo muy sucio de enseres del campo y demás, esperadme aquí un momento que me cambio enseguida. —Se dirige al perro con voz fuerte—: ¡A la caseta!

El animal baja las orejas temiendo un golpe y sale huyendo en dirección a una esquina del caserío en donde da la vuelta. En el patio trasero, que hay tras el portón, se pueden ver un todoterreno, una pequeña furgoneta y un espléndido sedán blanco inmaculado, además de los vehículos acuáticos y el container. A los pocos minutos, vuelve impecablemente vestido de ciudad e invita a las profesoras a subir al todoterreno.

—Como vamos cerca, si no os importa, os llevo aquí. Es que ese camino que va hacia el restaurante tiene algunos

tramos en donde el Mercedes se roza los bajos. —Dice en forma de disculpa.

Cuando llegan al restaurante, Laura, que ha sido la que ha propiciado el extraño viaje, se baja rápidamente y mientras aún está Lucas bajándose del coche, se acerca a él y le dice:

—¡Bueno! Muchísimas gracias, ¿eh? ¡Qué bien me ha venido! Espero no haberle causado muchas molestias.

Lucas termina de bajarse, sin pudor alguno recompone el cinturón del pantalón haciendo un gesto con las manos que recorren el pantalón por dentro hasta su espalda, mientras dice:

—¡Ah, no, monada! Yo me quedo con vosotras a comer, ¡faltaría más!

—¿Perdona? —Dice Laura—, ¿cómo me has llamado?

Se escucha un claxon que los saca a todos del inminente desastre. Natalia se da cuenta de que es Abel y le hace señas. Abel aparca su coche junto al todoterreno sin saber de quien se trata.

—¡Hola! ¡Hola! Disculpad el retraso...

En unos segundos se da cuenta de la tensión. Sin necesidad de que Abel abra la boca, Lucas, molesto, se mete en su vehículo y haciendo todo el polvo posible, con brusquedad, se marcha sin despedirse.

—Pero, ¿será gilipollas? —Dice Laura—.

—No merece la pena que te alteres, te tendríamos que haber puesto en antecedentes del personaje, un individuo impresentable, pero no te preocupes, en cuanto se incorpore Anselmo te vuelves a tu tierra y que le den al tipejo este. —Natalia intenta calmarla.

—Sí, pero ¿cómo podéis aguantar a un tipo así? ¡Se supone que es el inspector de Educación!

—Mira, ¿sabe cuál es el problema aquí? —Señala Abel—. Que en San Gabriel somos muy pequeños y estamos muy lejos de Madrid. En cuanto pasas de Albacete puedes hacer lo que quieras porque no importará ni le interesará a nadie. Mientras no meta la pata más allá de lo razonable, no hay nada que hacer. —Y, cambiando de tema, sigue—: ¿Has visto La Valla?

—No. Pero se me han quitado las ganas de verla. —Responde. Abel con una delicadeza y cuidado adecuados al momento, la sujeta por los hombros proponiéndole que se de la vuelta.

—¡Uau! ¡Qué horror! —Exclama Laura al ver como una valla inmensa de más de seis metros de altura se pierde en el horizonte hacia el sur.

Y allí, en el restaurante junto a La Valla, después de un incidente incómodo y peregrino pero aparentemente sin importancia, empieza a fraguarse lo que más tarde será la exposición «El umbral». Ya en la sobremesa, cuando llegan las últimas horas de sol y el restaurante pierde el pico de la actividad del domingo, Natalia les propone a sus amigos y colegas la idea que está rondando su cabeza:

—¿Visteis vosotros la película de ‘Hable con ella’ de Almodóvar?

—Yo tendría unos diez años o así, ¡qué va! ¡Ni idea! —Responde Laura.

—Ni yo. Creo que algunos de mis hermanos mayores sí, pero yo no.— Afirma igual Sandra.

—¿Y tú, Abel? —Pregunta Natalia.

—Sí, claro. No es santo de mi devoción el manchego, pero reconozco que algunas películas me han gustado y esa, con toda la polémica que siempre hubo en sus creaciones, tenía sus momentos.

—¿Recuerdas el corto en blanco y negro del ‘Amante menguante’ que está inserto en la película, el que ve el enfermero en la filmoteca? —Insiste Natalia.

—Lo tengo así como nebuloso en la memoria... Pero sí, algo recuerdo.

Natalia saca una tablet del bolso y les pone el fragmento del corto. La música de Alberto Iglesias se oye en la sala, los pocos clientes que quedan se van yendo y Abel, Laura y Sandra, miran atentos la pantalla. La escena dura pocos minutos. Al acabar Natalia recoge la tablet y la cierra, preguntándoles:

—¿Qué os parece?

—Muy psicoanalítico, ¿no? —Responde Sandra—. Hay mucho miedo masculino ahí. No sé si es de Almodóvar o de algo que él quiere señalar. Me has metido el gusanillo de ver la película. ¿La vemos luego entera, en casa?

Laura se siente incómoda. Se levanta bruscamente.

—¿Qué te pasa, Laura? —Pregunta Natalia.

Balbuzeante, tambaleándose mientras sorteando las sillas mal puestas de las mesas vacías del restaurante dice:

—Tengo que ir al baño.

—Te acompaño, —dice Sandra.

Cuando han vuelto recompuestas, observan como están limpiándolo todo y colocando las sillas vueltas sobre las mesas para poder barrer. Abel interviene:

—¿Os parece que recojamos las cosas de la casa y volvamos a San Gabriel? Si queréis terminamos allí la velada.

—Pero no hasta muy tarde, ¿eh?, que mañana tengo clase a las ocho y media, —dice Laura.

La casa de Abel tiene una amplia cristalera que da al norte. Desde allí, en un día limpio, se pueden observar los

navíos que llegan a San Gabriel desde el este que son en su mayoría pequeñas barcas marineras. El tránsito desde la península hacia el puerto nuevo queda completamente oculto a la derecha. La pequeña cala que se ve a los pies, objeto de su disgusto en verano, ahora mismo no pasa de ser una sombra oscura en la que no hay nada perceptible. El mar tiene, aquí y allí, como repartidos de forma azarosa pero prácticamente equidistantes, puntos de luz de barcas pesqueras de palangre, lo que convierte la cristalera en una especie de nocturno de Van Gogh siempre que la iluminación interior esté apagada. Abel, que conoce bien el efecto, les dice al entrar:

—Pasad al fondo, pero no encendáis las luces para no perder el encanto.

Las tres profesoras se dejan guiar por los contornos oscuros de muebles y paredes y al entrar en la sala todas, menos Natalia que conoce la estampa, se quedan maravilladas:

—¡Uau! —Dice Laura—. ¡Qué maravilla!

Abel enciende una lamparita que apenas permite distinguir los rostros de sus amigas.

—¿Qué os pongo?

Mientras hace su papel de anfitrión, Natalia vuelve a pedir colaboración para su idea del «umbral» con la instalación principal en el sótano de la escena del 'Amante menguante'.

—Es una pena que yo no esté aquí en febrero, me encantaría participar. —Se queja Laura.

—Cuenta conmigo, guapa mía, ¡claro que sí! —Se apunta Sandra.

—Me apunto, sí claro, Natalia, —sigue Abel—, pero la acompañaría con una proyección sobre una de las paredes laterales de una reflexión sobre la representación

de los genitales femeninos en la historia del arte. Pues eso, desde la genitalia prehistórica, el arte oriental, el arte clásico, las representaciones basadas en la mitología de la pintura europea, las Evas, etc., hasta llegar al impresionismo, Courbet (no puede faltar su Origen del Mundo), y demás.

—Eso es barrer para dentro, ¿no? —Señala Natalia,— ¿no impedirá el relato de la exposición? ¿No distraerá del concepto de umbral? Va a parecer entonces que la exposición es un canto al coño, no una reflexión sobre el umbral.

—Depende de como se haga, —interviene Sandra— es cierto lo que dices, Natalia, tenemos esa posibilidad, pero por otro lado refuerza el mensaje de la fascinación que ha ejercido ese umbral desde siempre.

—Yo lo veo de la siguiente forma —dice Abel—: si planteas el espacio del sótano como una especie de sancta sanctorum, como un templo griego con su clímax creciente desde el acceso, la rampa, el pronaos, la naos y, oculta a la mirada inicial, como velada, haciendo las veces de estatua de la diosa, la Gran Vulva del ‘Amante menguante’, ofreciendo una especie de síntesis entre el contenido psicoanalítico del corto y un enfoque más junguiano que lo relaciona con lo sagrado.

—Bueno, bueno. ¡Menuda apropiación de la idea! ¿No?

—Protesta, en tono de broma, Natalia.

Sandra se ve obligada a intervenir, pues no quiere que Abel se ofenda:

—Vamos, mujer, si quieres que la exposición sea colectiva y participe todo el mundo, tendrás que dejar que cada uno la interprete, ¿no?

—No te preocupes, Sandra. Estoy al tanto de lo que quiere decir y, viniendo de ella, me siento halagado. Si Nata-

lia piensa que me estoy apropiando es que he dado en el clavo.

—¿Tú crees? —pregunta Natalia sonriendo.

—Sí. Si crees que es apropiación es porque consideras la idea como tuya, como propiedad. Y vives que yo la comparto y la amplío como una amenaza, —añade Abel.

—Era coña, Abel, —Natalia recoge velas—, no te veo ni mucho menos como una amenaza.

—No, espera. Esto que nos ha pasado es bueno, es un momento de lucidez colectiva. Tu idea de exposición es potente. Me gusta. Pero, nunca se podrá usar la palabra ‘exposición’ con más propiedad. Ahora vamos a ponernos a proyectarnos hacia el futuro, ¿te puedes imaginar el careto del personal cuando vean el montaje en el sótano?

—Perdonadme chicos, pero estoy durmiéndome. Si queréis seguir, a mí no me importa, pero me tengo que tumbar en el sofá. No puedo más. —Dice Laura.

—No, qué va, yo estoy igual, nos vemos mañana, Abel. —Dice Natalia, y dirigiéndose a sus colegas, agita las llaves del coche en las manos mientras dice—: Yo conduzco.

☞ *Tauru scelvasu* (Toro salvaje)

Hay mil millones de mundos que, si uno está despierto, puede ver cómo se entrecruzan en las miradas de algunas personas. Lagos profundos, inmensas vaciedades carentes de estímulos, esperas eternas que se convierten en anhelos perversos. No siempre son mundos ricos de experiencias, a veces, como en la mirada de Raúl, se asoman desolaciones sin medida. Raúl no tiene una mirada torva, no. Más bien se podría decir que

es anodina, incluso algo ingenua. Pero en cuanto uno intenta conectar con algo más que el inmenso cuerpo de ese hombre, se encuentra con una especie de impenetrable torpeza de expresión. Raúl es capaz de hablar perfectamente, salvando el hecho de que el contenido de su expresión es pobre, plano, emocionalmente distante, de una neutralidad y frialdad impropia de un ser humano común.

Cuando Raúl nació, dos años antes de la entrada de España en la OTAN, no existía en San Gabriel ningún hospital. Había una especie de ambulatorio con unos pocos sanitarios, un médico residente y algunos otros que iban y venían pero que no duraban más de unos meses y se marchaban en cuanto encontraban la oportunidad. La madre de Raúl, que se había quedado embarazada con dieciséis años, tuvo que marcharse de Santa Úrsula a instancias de su familia para ir a casa de unos tíos que vivían en Puerto España. Allí, tras un intenso episodio de anoxia en el parto, Raúl entró en esta vida de mala manera, como dice su madre.

—Es que tú no tenías que haber venido tan pronto, chiquitín, —le dice a su hijo cuando ella cree que, todavía, no es capaz de comprenderla.

Aunque el tono y los cuidados son los de una madre insegura y torpe pero amable, Raúl va entendiendo que es un estorbo, y así se siente desde que tiene memoria. Cuando crece, sus compañeros del colegio le ponen de mote 'Data', pues aunque saca buenas notas, no entiende gran parte de las emociones, de la alegrías y penas de sus compañeros.

Con la edad que tenía su madre cuando él nació, ya en el instituto, los insultos y vejaciones de sus compañeros de clase le llevan en varias ocasiones a la orientadora

del centro que es la que le recomienda que estudie en la Escuela de Arte.

—Mira, Raúl, allí vas a estar bien. El bachillerato artístico te da acceso a muchos otros estudios, es lo que te aconsejo, de verdad que creo que es lo mejor para ti.

—La orientadora, con buena intención, quiere evitar el calvario que tanto para ella como para los docentes supone estar continuamente pendientes de su ‘diferencia’.

Raúl, por su parte, siente cómo desde pequeño, esa falta de adecuación social que no acaba de comprender, le hace sufrir. Aunque su lesión no le permite experimentar la tristeza como a los demás, sí se da cuenta de que ‘algo le falta’.

—¿Piensas que algún día seré normal? —Le pregunta, ingenuo, a la orientadora.

—Creo que esa pregunta está mal formulada, Raúl, —responde— la cuestión no está en si tú vas a ser normal, sino en si siendo como eres, puedes estar bien, y creo que la Escuela de Arte te va a sentar bien.

La antigua Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos ya no se llama así. La rebautizaron, sin cambiar casi nada más, sin darle los medios y sin proporcionar la necesaria renovación, y la denominaron de Escuela de Arte, así, en singular. Pero la gente de San Gabriel, la gente de siempre, sigue llamándola ‘Artes y Oficios’ sin escuela ni nada por delante. Los años que pasa allí son, en palabras de su madre, «lo mejor que le ha pasado a mi Raúl», pero el destino o el maldito azar, tienen previsto para él un cambio de rumbo bastante brusco. Cuando Raúl acaba el bachillerato artístico con buenas notas, porque a él lo de estudiar se le da bien, su madre está tan orgullosa que quiere que siga estudiando. Pero ni por

asomo va a dejar que su Raúl se marche de San Gabriel. Las escuelas de arte no tienen orientadores, parece ser que la ley no contempla esa necesidad entre el alumnado de estudios artísticos, de forma que, mal aconsejada por miembros de la dirección y por amigas que hacen el papel de confidentes y asesoradoras oficiales, decide que su Raúl comience los estudios de forja. El muchacho, siendo como es, ni siquiera hace el pequeño esfuerzo de dar su opinión porque, la verdad, de opiniones propias es exactamente de lo que carece.

Lo que la madre no sabe, por supuesto, es el motivo por el que el director del centro le insiste en que los estudios de forja es lo mejor para su hijo. Cada vez es más difícil encontrar alumnos jóvenes para esa especialidad que ha quedado relegada a una especie de centro de día de la tercera edad masculina de San Gabriel y el director hace lo que puede para llevar alumnado joven a la especialidad.

Los dos años del bachillerato y los dos siguientes de trabajo con el hierro han cambiado bastante la, ya de por sí corpulenta, figura de Raúl. Como si de un herrero medieval se tratara, Raúl se siente orgulloso de todo lo que aprende con el maestro del taller. Es uno de los docentes de mayor antigüedad en la escuela. Reservado, fumador, lo que le obliga desde hace unos años a hacer escapadas casi continuas a la calle, Ramiro cumple estrictamente con su trabajo. Igual que el martillo pilón que certera y rítmicamente cae sobre el metal conformándolo. Ramiro no falta ni un día a la escuela desde hace cincuenta y cuatro años. Los primeros como alumno de su padre, el anterior maestro de taller, que le pasó el testigo de una manera de enseñar al modo tradicional. Se queja, y con

razón, de que en dos años es imposible formar un profesional.

—No saben todavía cómo se coge el martillo y ya tienes que examinarlos para darles el título. —Le dice a sus colegas.

Pero las normas son las normas y están para saltárselas, de forma que todos en la Escuela saben, que si el alumno quiere, y la mayoría quiere, puede suspender hasta en dos ocasiones el taller y prolongar dos años más su estancia.

Pero Raúl no. Raúl tuvo la suerte o la desgracia de hacer amistad con un capitán de fragata retirado, que llenaba su tiempo como alumno del taller de forja. Estaba aprovechando sus estudios para hacerse unos bellos enrejados para su chalé. Como decía él mismo:

—Honradamente, ¿eh? Que los hierros los he comprado yo y todo.

Arturo, el marino retirado, a sus sesenta y seis años se encariña con la ingenuidad de su compañero y lo lleva a su casa con la excusa de ayudarle a montar una de las rejas.

—¿Qué vas a hacer cuando acabes, Raúl? —Arturo le pregunta, con una cerveza en la mano, en el porche desde donde puede verse parte del puerto nuevo.

A Raúl le resulta difícil responder a este tipo de preguntas. Para su forma de pensar las preguntas deben ir dirigidas a aumentar el conocimiento con datos o información relevante orientada a un resultado, pero no llega a comprender bien que una pregunta se dirija a conocer decisiones futuras basadas en gustos o proyectos. Por eso, sin pretender ser escurridizo, solo porque no sabe hacer otra cosa responde:

—Cuando acaba el curso empieza el verano. En verano ayudo a mi madre. Mi madre trabaja en un restaurante.

En verano el restaurante necesita ayudantes de cocina. Yo ayudo a mi madre en la cocina.

—Ya, Raúl, me refería a si vas a seguir estudiando. —Insiste Arturo—. Eres bueno con las manos y también se te da bien memorizar, que me han dicho que el examen de Historia lo clavaste. ¿Qué te puso Abel?

—Me puso un 9. Me dijo que todo estaba perfecto pero que mi redacción era demasiado literal. No sé bien qué es eso.

—Imagino que querría decir que era exactamente igual a los apuntes, ¿no? —Sonríe Arturo.

—¿Por qué quiere que no diga lo mismo que los apuntes? ¿Para qué nos da apuntes entonces?

—Hombre, Raúl, lo que quiere es que digas lo mismo pero con tus palabras.

—Yo no nací con palabras. Todas las palabras que digo las he aprendido en otro sitio. Yo no soy el que ha hecho las palabras. No soy el dueño de las palabras que digo. Siempre las he leído o escuchado en otro sitio. Mira, ahora sé lo que es un tas. Si no se me lo hubiera enseñado Ramiro, ¿cómo iba yo a inventarme esa palabra? Si le digo: el trozo de hierro cuadrado ese de la esquina del banco de trabajo me diría que no diga eso, que diga tas, ¿no?

Cuando Raúl quiere enfatizar lo que dice, por poco que sea, se le pone el cuello colorado y unas gruesas venas se hacen visibles. Arturo, que lo conoce del trato de estos dos últimos años, sabe que no es que esté enfadado, sino que para él y su cerebro, intentar explicarse es un esfuerzo extraordinario.

—Vale, tienes razón, —concede y piensa para sí—: «¡coño, es que tiene razón!»

—Pero cuando acabe el verano, ¿qué piensas hacer? —Insiste Arturo.

—El verano es largo. Quedan más tres meses para que acabe. El verano acaba el 21 de septiembre. No sé que voy a hacer el 22 de septiembre.

—Ya. Pero como no te has apuntado a ningún otro ciclo y tienes aprobado este, te pregunto si quieres seguir estudiando o te vas a poner a trabajar.

—No sé.

—Mira, Raúl, te lo digo porque, conociéndote, sé que puedes entrar fácilmente en la Armada. Aunque ya estoy retirado, creo que te puedo echar una mano. Con tus habilidades puedes conseguir un puesto de suboficial y ganarte la vida ahí. Claro que tendrás que viajar, pero como siempre me has dicho que te gusta el mar, ¿qué dices?

—Me gusta el mar. Cuando voy en ferri a la península me gusta ver el mar. Desde aquí se ve el puerto. Es bonito ver los barcos desde aquí.

Se oye un ruido de platos en el interior de la casa. Un chillido no muy convincente de una chica joven pregunta:

—Papá, ¿pusiste el lavaplatos?

Raúl muestra una sonrisa amplia, poco común en su rostro. Arturo responde en voz muy alta:

—¡Síííí! —Y añade preguntando a Raúl—: ¿Conoces a Ángela, mi hija?

—De vista.

En Cala Vacía, Raúl y Ángela charlan tumbados boca-bajo en la arena. Ella mueve sus piernas con un ritmo suave y algo tambaleante. Está apoyada en su brazo izquierdo cuya mano sostiene su cabeza vuelta hacia él. El cuerpo de Raúl se sitúa respecto a ella con una imperfecta simetría especular, tapándose los ojos con su mano izquierda.

—Dice mi padre que te vas en una semana y que no te voy a ver el pelo por lo menos en un año. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Me voy dentro de nueve días. Me han dicho que estaré fuera hasta junio del año que viene. No será un año, serán diez meses, —responde.

—Vale, ¡te has ganado un punto! Pero te falta responder a la última pregunta.

—Creo que por lo menos son dos puntos, ¿no? —La corrige—. Te lo iba a contar el día antes, para que no me esperaras en la cafetería de siempre.

—¡Joder, Raul! No llego a acostumbrarme, ¡cómo eres! —Acerca sus labios a los del joven y le da un beso cariñoso mientras enreda su mano en el cuello, trayendo su cabeza aún más cerca. Y sigue—, ¡y esto? ¿Te vas a perder esto?

—Creo que sí. Las ordenanzas no nos permiten besar a ninguna marinera ni suboficial a bordo. Los días de descanso en los puertos son pocos y...

—¡Si no estuvieras tan bueno, te iba a aguantar tu madre, Raúl!

—Mi madre ya no me aguanta. Desde que se fue a Madrid vivo solo. ¿No te acuerdas?

—Es una forma de hablar, hijo, —responde un tanto fastidiada.

—Lo mío era una broma, Ángela.

—¡Joder, tío, lo dices en un tono que cualquiera lo averigua! ¿Te vienes al agua, torito? Eres mi *tauru scelvasu*, mi amor.

A Ángela le gusta llamarle así. A él no le importa, aunque nunca habla *roman*. Piensa que con expresarse en español tiene bastante. Raúl disfruta con ella de la playa, de sentirse querido y por supuesto, de las tórridas noches

de amor. Todo lo que sabe de sexo lo aprendió con ella y ella ha sabido enseñarle bien todo lo que le gusta.

En el agua, medio abrazados, Ángela le pregunta:

—¿Y qué crees que voy a hacer yo sin ti todos estos meses?

—Estudiar, escribir, leer, salir con tu amiga Pili, terminar el máster en Museología y reñir con tu padre.

—¿Y si me echo un novio?

Raúl ha aprendido, a base de aguantar enfados, que bajo ningún concepto puede decirle la verdad: que le da igual, y miente de una forma poco convincente:

—No, no. Eso no. Tu novio soy yo y no se pueden tener dos novios a la vez.

Ángela sabe que Raúl está fingiendo, pero le gusta oír esas palabras de sus labios. El rizo final es que Raúl sabe que su fingimiento no convence pero prefieren mantener la ficción de que todo va por los cauces normales que dictan las frágiles normas no escritas de la gente de su edad.

«Desde que se construyó la base en Puerto de Moros en 1941, las dependencias militares han ido creciendo como un cáncer que se va comiendo la isla. La posición estratégica de ese lugar ha sido su condena desde siglos atrás. Puerto de Moros, como indica su nombre, está orientado en dirección sureste y se sitúa a unos 170 km al noroeste de Orán. Milenios antes, surgieron núcleos de población neolíticos similares a los levantinos de la península. Posteriormente, fenicios y griegos se fusionaron con las cultura ibéricas locales, restos de esas épocas yacen enterrados en la bahía de Puerto de Moros y otras zonas de la isla. El primer puerto del que se pueden encontrar restos que emergen en las mareas

bajas, es romano, del siglo II. En el centro de la base hay restos de una basílica bizantina, ya que toda aquella zona levantina perteneció a Bizancio durante siglos. Su separación de la península y el relativo aislamiento hasta la llegada del islam es lo que justifica que quede aún un rescoldo lingüístico en esas tierras: el roman. Pero, volviendo a la creación de la base naval tras la guerra civil, Puerto de Moros desapareció como municipio de la Isla de San Gabriel en el año 1945 en el que se ofreció vivienda a los apenas cuatrocientos habitantes en la capital de la isla. Esas viviendas nunca llegaron a construirse ni entregarse y fueron sustituidas por cantidades compensatorias irrisorias. Una parte importante de estos habitantes decidieron trasladarse con sus exiguos ahorros a Orán, que en aquellos momentos era colonia francesa, donde aún hoy forman una extraña comunidad de exiliados. Hasta 1982 el trasiego entre Santa Úrsula y la base de militares y trabajadores civiles era continuo, pero la permeabilidad del perímetro, que se había ampliado bastante desde sus orígenes, permitía un cierto comercio clandestino que se abastecía de los bienes que traían los marineros. Un menudeo sin demasiada importancia para las autoridades civiles y militares. Pero la entrada en la OTAN en 1982 y, sobre todo, la declaración de base naval de la OTAN en 1985, provocó un cambio radical en lo que se refiere a la vida del resto de los habitantes de San Gabriel. Lo que antes era una fuente de recursos y movimientos económicos, de golpe se convierte en la expropiación de facto de la mitad del territorio isleño. Lo poco que queda de esa época anterior es un restaurante enorme junto a La Valla que en rarísimas ocasiones, algunas cálidas noches de agosto, puede verse lleno.»

Tras diez meses y seis días de separación, Raúl atraviesa La Valla. Ángela le espera en el parking del restaurante. Ha ido a esperarlo en su ínfimo coche de dos plazas, una especie de trasunto mecánico de su propio cuerpo: pequeño, vivaz, elegante y bello. Ángela está aburrida. Recibió un correo escueto indicándole el día y la hora de su llegada con una de esas formulaciones simples propias de Raúl:

—«Me dicen que estaré libre el 25 de junio a las 10.00 h. Salgo por la puerta de La Valla a las 11.00, ¿me esperas allí? Si no puedes, iré andando a Santa Úrsula. Me gusta volver a San Gabriel. Me gusta volver a verte.»

—«Ni un ‘te quiero’, ni ‘un beso’, ni ‘cariño’, ni nada de nada, —se dice Ángela—, porque lo conozco y sé cómo es pero, ¿realmente es esto lo que quiero?»

Mientras piensa, sentada en su coche, ve venir la figura de Raúl, con una especie de petate al hombro y rápidamente se da cuenta con una alegría inmensa que sí, que eso es realmente lo que quiere, que ese *tauru scelvasu*, ese hombretón aparentemente insensible de sonrisa difícil es lo que quiere, es lo que desea.

Lo que le cuenta Ángela de esos meses, le abrumba. Ella conduce por la sinuosa carretera del centro de la isla sin parar de hablar mientras, como impropia música de fondo se oye al Niño de Elche, que dificulta aún más la comprensión de lo que habla. Acostumbrado a las horas interminables de silencio en el barco, a las benditas horas de mar, mar azul, mar verde, mar encrepado, mar marrón, mar liso, sutilezas de reflejos plateados a mediodía, manchas de sol de color al atardecer. Mar, ruidos de máquinas, mar, viento, viento, viento, mar.

—No me estás escuchando Raúl, bonito. Mírame, ¿qué he dicho?

—Es verdad. No te estaba escuchando. Es que hablas muy rápido y estoy como cansado. Te pido perdón.

Ángela lo encuentra cambiado. «¡Me pide perdón!» —Se dice.

—Claro, claro, estarás un poco aturdido con el viaje y todo eso. ¿Vamos a mi casa o a la tuya?

—¿Está el capitán en tu casa? —Raúl no se siente con ganas de ver a Arturo.

—Sí, claro.

—Pues entonces vamos a San Gabriel, que tengo ganas de volver a mi piso.

Raúl se lleva una grata sorpresa cuando ve lo limpio y ordenado que está, mucho mejor de lo que se lo dejó.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —Pregunta asombrado.

—Sí. Cuando te marchaste decidí que mis vacaciones las pasaría aquí. Mi padre está bastante cabreado con eso, ¿sabes? Está mayor y se siente solo y me dice que qué sentido tiene que yo esté aquí sola y él allí también solo. Nos vemos muy a menudo pero no tengo ganas de vivir a su sombra, —y sigue ilusionada—: te tengo que contar un cosa que te va a encantar. ¿Te acuerdas de Camila, la profesora de tu Escuela?

—Sí, claro. Ella me dio clase de Volumen en bachillerato y en forja. Me acuerdo de ella. Me cae bien.

—Pues resulta que nos hemos hecho amigos. No sé cómo decirte. Ella es mucho mayor que yo, vamos, pero me ha animado a meterme en el mundillo de artistas de la isla. Es un encanto y ha estado buscándome trabajillos y cosas así.

—Pero todavía tienes que acabar el máster, ¿no?

—Solo me queda el TFM. Lo presentaré en septiembre. ¡Pero ya tengo trabajo! —Ángela pega saltitos mientras grita.

Raúl está contento con sus risas e, intentando dar lo mejor de sí, se atreve a afirmar:

—Me lo tienes que contar todo.

Pero su rostro no es el que Ángela quisiera ver, es el rostro de alguien que además de cansado, ha visto el horror y la miseria de cerca. Se da cuenta de que necesita hablar, algo que a Raúl nunca la ha resultado fácil.

—He leído miles de veces tus correos, Raúl. Pero cuéntame, ¿cómo estás?

—El mar es bonito. Me gusta lo que he hecho. No me gusta lo que pasa allí. Mis compañeros lo han pasado mal. Lo peor es ver la pobreza y oír los disparos, —se le atragantan las palabras.

Raúl mira al suelo y resopla. El torrente de emociones que experimenta es mucho más fuerte que su cuerpo robusto. La respiración, agitada, ya no puede ser contenida y se derrama con dolor. Ángela nunca ha visto así a su novio. Le coge la mano y lo acompaña en silencio. Minutos después, más calmado pregunta:

—¿Qué trabajo es ese que dices?

Ángela sabe que lo mejor es dejar que esas emociones vayan calmándose y tomando forma poco a poco, decide entonces responderle sin volver a su relato.

—Me voy a encargar de las exposiciones en la sala de La Caixa. No pagan mucho, pero no está mal. Esto es como un oasis en estos tiempos de crisis que vivimos.

—¿Crisis? —Pregunta Raúl.

—¿No te has enterado? ¿No sabes nada del rescate bancario y todo eso? ¿No os llegan noticias en el barco?

—Sí. Podemos ver la noticias si queremos, claro. Pero prefiero ver el mar. ¿Sabes? Me he sacado la especialidad de Maniobra, yo también tengo un empleo, —dice Raúl orgulloso.

Sin palabras, con esa fuerza que le caracteriza y quizás con algo de brusquedad, coge a Ángela en brazos.

—¿Qué haces? —dice sonriente.

—Te llevo a la cama.

—Pero, ¡bueno! —Protesta sin mucho convencimiento.

Raúl la deja con cuidado en la cama y empieza a quitarle los pantalones. Ángela se deja hacer y acaricia su cabeza mientras dice:

—¡Qué maravilla, mi *tauru scelvasu* ha vuelto a casa!

(Verano 2016)

Varios años después, muchas misiones que han obligado a Raúl a estar meses fuera de casa, lo han convertido en un adulto serio cuyo corazón se ablanda solo ante Ángela, su mujer. La está esperando en la cafetería del castillo, un lugar querido para ellos pues fue allí el convite de su boda, un enlace celebrado tanto en San Gabriel como en la base. Raúl mira la línea del horizonte azul tras la bahía cuando ve vibrar el móvil con una llamada de ella.

—Hola, ¿cómo está? ¿Está mejor?

—No, cielo, no. Se nos va el capitán, —responde serena pero triste.

—¿Quieres que vaya...?

—No. Los médicos me han dicho que no es inmediato. Está sedado. Yo ya estoy en el coche, llego en quince minutos. Espérame ahí.

Cuando Ángela llega y se abrazan la cafetería está casi vacía. Un par de huéspedes toman una cerveza mientras

ven el magnífico paisaje. Raúl y Ángela se cogen de la mano y se miran en silencio. Ella ha aprendido el dulce silencio de Raúl. Entra en la cafetería Lucas, acompañado por una chica joven, y se sientan en el extremo opuesto, algo ocultos por unos de los pocos pilares de la estancia.

—No te gires, cariño, —le dice mientras le aprieta la mano— ¿has visto a esos que han entrado?

—Sí, claro. —Raúl no sabe hablar en voz baja y cuando su tono de voz se levanta en la sala, Ángela vuelve a apretarle la mano mientras le dice—: vale, no hables. Te voy a contar una cosa en voz baja pero no quiero que montes un pollo, ¿vale?

Raúl mueve la cabeza afirmativamente. Ángela se sorprende, a pesar de que lo conoce bien, de lo estrictamente fiel que sigue sus sugerencias. «Como lo que es, un obediente militar» piensa para sí, «lo que me convierte en una especie de ‘generala’»

—Hace tres días, tú todavía no habías llegado, tuve un rifirrafe con ese tipo, Lucas, el inspector de educación. No te lo he contado porque con el accidente de mi padre y todo lo que llevamos desde ayer que llegaste, no he tenido ocasión.

Raúl la atiende y le mira a los ojos asintiendo.

—Esa fue la última vez que vi a mi padre de uniforme. Se lo puso por deferencia conmigo, ¡ya ves!, con lo poco que me importan a mí esas cosas. Pero, bueno, como es la exposición más importante que se ha inaugurado en la sala en estos tres años que llevo, quiso vestirse para la ocasión, como en nuestra boda.

Raúl sonrío y sin palabras le pide que siga.

—Estaba yo explicando la exposición a las autoridades, el alcalde, el presidente del cabildo y algunas personas

importantes que habían venido de la península. También estaba Isidro, —Raúl asiente con la cabeza—, Camila, algunos profesores de la Escuela, gente así, y el capullo este que acaba de pasar. Vino con una chica despampanante y, la verdad, para mí que iba un poco puesto de algo. Yo qué sé.

Raúl mueve la cabeza de un lado a otro con un gesto de asco y pena.

—Cuando estaba contando a los presentes la complejidad de reunir piezas de cinco países distintos y de diferentes instituciones, la chica empezó a levantar la voz y Lucas la cogió del brazo de una forma muy violenta y casi a rastras la sacó de la sala. Todos nos quedamos con la boca abierta. Mi padre, que estaba junto a la puerta por la que salieron, ya sabes como es, —a Ángela se le rompe la voz mientras sigue relatando lo sucedido—, muy paternalista y muy caballero, veía la bronca por la cristalera de la fachada y no se le ocurrió otra cosa que intervenir. Yo seguía hablando como si nada, de la pintura sobre seda, de las esculturas de bronce, y demás. Le perdí la pista a mi padre hasta que una hora más tarde, cuando terminamos el recorrido y dejé a las autoridades, logré dar con él entre todo el bullicio de la exposición. Estaba muy agitado, el pobre, todavía no se le había pasado el berrinche con ese gilipollas.

—¿Pero qué te pasó a ti? Me dijiste que tuviste un rifirrafe, —pregunta Raúl intentando susurrar sin mucho éxito.

—Espera, espera que te cuente. Cuando le pregunté a mi padre en qué había quedado la cosa, me dijo que le llamó la atención a ese tal Lucas y se ofreció para acompañar a la chica a su casa o a donde ella quisiera. Parece ser que el muy cabrón le respondió no solo de mala manera a él sino también ofendiendo a la chica, tachándola de zorra

inútil. La joven se escabulló como pudo. Y ahora viene el rifirrafe. Estábamos hablando los dos en los escalones que llevan al parking un rato después cuando volvimos a ver al inspector dentro de su coche. A todas luces estaba maltratando a la chica que hacía esfuerzo por abrir la puerta. Mi padre hizo ademán de acercarse y yo cogí mi móvil y llamé a la policía. El tipo no paraba de gritar y de insultar a la chica y amenazarnos a nosotros. Lo más grave de todo es que cuando llegaron no hicieron gran cosa. Mi padre y yo declaramos allí mismo, la chica fue con la policía a poner una denuncia y el tipejo ese se fue a su casa de rositas.

—¿Pero no fuiste a comisaría después? —Pregunta Raúl.

—Al día siguiente a mi padre le dio el ataque. Me lo encontré en el suelo de casa justo cuando íbamos a ir a declarar. He estado en el hospital y no podía dar contigo...—Ángela se desmorona y se echa a llorar.

Raúl, nervioso y contenido, dice:

—Vámonos a tomar algo de aire.

☞ La presentación (Verano 1933)

—No creo que vaya a acompañar D. Agustín a tu hermano. Esta isla está demasiado a trasmano de todo, y Puerto de Moros más apartado todavía.

El que habla, un hombre mayor vestido de negro, con pajarita de lazo estrecho y una seriedad y formalidad impecables propia del luto de la época, es Isaac Habibe, el comerciante de paños más importante de la isla.

—Podemos esperarlo aquí, en San Gabriel. Quizás, padre, si usted le escribiera, estaría dispuesto a coger el barco con Elías. Digo yo que si...

—¡Tú no tienes que decir nada, mocosa! —Le grita enfurecido—. ¿Cuántas veces te he dicho que era muy mala idea? Además, a tu madre, que esté en la gloria, no creo que le hiciera mucha gracia este tipo de cosas. En la capital hay otras costumbres, tu hermano nos habla de una forma que cada vez entiendo menos, mira que le tenía dicho que dejara de meterte pájaros en la cabeza, ¡que bastante tengo ya con lo que tengo!

—Pero, padre, por favor...—la chiquilla, que insiste con en voz baja, sin ni siquiera levantar la vista, no ha cumplido aún los diecisiete, pero sabe que lo que su hermano le ha sugerido es la mejor forma que ella tiene de salir de ese rincón luminoso pero oscuro de España.

—Tendremos que esperar, pero mañana mismo, después de la llegada del ferri, venga o no venga tu hermano, nos volvemos al pueblo. ¿Tú sabes lo que nos cuesta vivir aquí cada día?

—Sí, padre, —acepta porque sabe que es la mejor forma de calmar a su padre, pero lo hace como el que se rinde en una batalla con la intención de ganar la guerra—, lo que usted diga.

Pero las tornas cambian al día siguiente pues su hermano Elías, su hermano del alma, baja del ferri acompañado por un joven caballero y ella, que es la primera vez que ve a Agustín, empieza a evaluarlo con una mirada entre calculadora y curiosa. Su padre, que está a su lado y se da cuenta del gesto de su hija, chasquea la lengua y le advierte mientras ellos se acercan:

—Tú calladita, ¿eh? Saludas a tu hermano y te metes en el coche.

En 1933 hay muy pocos coches privados en la isla: el del alcalde-presidente del cabildo, que en esos años es la misma persona, el de D. Froilán Santos Brübeck, terrateniente y dueño de gran parte de lo que eran feudos de Santa Úrsula y han pasado a ser aparcerías, el del Isaac, padre de Marujita, —único vehículo a motor en Puerto de Moros— y media docena más que pertenecen todos a familias acomodadas.

—Bienvenido hijo, —Isaac le ofrece la mano a Elías que, con un gesto, levanta la mano que debería ofrecer mientras responde abrazándolo:

—¡Ande, padre! ¡Déjese! ¿Pues no que me va a dar la mano como a un desconocido?

—Como a un desconocido, no, hijo, como a un hombre, —responde un tanto incómodo.

Mariem, que no le gusta usar su nombre y se presenta a sí misma como Marujita, se echa en los brazos de su hermano y le cubre de besos la cara.

Elías, apartando cariñosamente a su hermana pequeña, señala con la mano abierta a su amigo que se descubre con una ligera inclinación de cabeza:

—Os presento a Agustín Mojarro, compañero de fatigas en la Facultad.

Un gesto de D. Isaac, que casi pasa desapercibido, hace que Mariem entre en el coche. Un Hispano-Suiza enorme en donde caben cómodamente cinco ocupantes más el conductor. Siguiendo el criterio de su padre, se sienta atrás en el lado izquierdo que es, según su opinión, el más adecuado para una señorita. Mariem no acaba de comprender sus razones, pero se ha acostumbrado. Su hermano se sienta a su lado dejando al recién llegado y a

su padre enfrente. Los kilómetros de curvas hasta Santa Úrsula y la bajada más recta y suave hasta Puerto de Moros los salvan en apenas dos horas de trayecto. Hubieran sido menos si los rebaños abundantes no hubieran entorpecido su marcha.

Puerto de Moros nada tiene que ver con lo que uno esperaría de su nombre. El puerto propiamente dicho está construido en un estilo colonial germánico, si es que eso existe. Abandonado a su suerte en estos momentos, tuvo su apogeo a finales del siglo XIX con las minas de hierro de Santa Úrsula, de tan trágico final, que trajeron al pueblo un movimiento de mercancías y bienes que nunca se había visto antes. En el centro de uno de los grandes edificios que en otro tiempo albergara las oficinas de despacho de la mina, puede verse en esos momentos una lápida de piedra que, deteriorada, da fe de su constructor: —Este puerto se renovó y amplió gracias al empeño de D. Sigfrid Brübeck, director de las Minas de Santa Úrsula en el año de MDCCCLI. En su memoria, a los cincuenta años de su construcción, siendo alcalde-presidente del cabildo de San Gabriel, D. Francisco Gallardo, MCMI.

A la espalda del puerto, en la calle más importante del pequeño pueblo que ha crecido y se ha desarrollado evitando las ya inanes vías del ferrocarril de las minas, se encuentra la pañería de D. Isaac. Él, pensando que mantener dicho rótulo garantizaba el abolengo de su negocio, todavía le llama así: pañería, aunque todos aquellos que han viajado a la península encuentran ya la denominación y el propio negocio algo anticuados. La pañería ocupa una manzana entera del pueblo, repartida en varios edificios con un enorme patio central. Lo que en sus buenos momentos fue un gran almacén que proveía de telas a todos los trabajadores y cuadros de la mina es ahora un depó-

sito que amalgama todo tipo de enseres, de pesca en su mayoría. El edificio más noble, la vivienda del propietario, conecta con la tienda que ostenta el rótulo por una puerta casi invisible. La casa es cómoda pero no lujosa y aunque no es evidente, no es difícil darse cuenta de que sus propietarios son judíos, de los pocos que el flujo y reflujo de la historia de la intolerancia ha permitido asentarse en San Gabriel. La total ausencia de cuadros religiosos, tan común en las casas burguesas de la época es uno de los detalles que no pasa desapercibido a cualquier ojo adiestrado. Eso, y una profusión de signos que no son comunes en las casas de los demás señores.

En total más de diez personas dependen directamente de D. Isaac, al que consideran un hombre serio, autoritario, exigente y honrado. Cuando Isaac contrata a un trabajador lo recibe en su despacho, por muy básica que sea su función, le hace sentarse y le cuenta la misma cantinela: —Va a usted a firmar un contrato con nosotros. Lo cual nos obliga a ambos a cumplir con nuestra parte. Ningún trabajador de Paños Habibe ha pasado hambre ni penurias desde que llegué a esta isla hace 35 años. Cuando el trabajador no se comporta como es debido, cosa que solo ha ocurrido en una ocasión, se rescinde el contrato y cada uno sigue con su suerte en manos del que todo lo puede. Si quiere usted formar parte de la empresa debe comprometerse a hacer su trabajo, por supuesto, pero a algo más. Nada de vicios, ni siquiera fumar. No hay peor peligro que el fuego y el olor a tabaco para mis telas. Por supuesto que usted en su casa podrá hacer lo que quiera, pero un solo cigarrillo encendido en el recinto de la empresa supone el despido inmediato. Le aseguro que el sueldo será adecuado a su trabajo pero en cualquier caso suficiente para dar una vida digna a su familia.

Por lo general, esto genera una suerte de lealtad en la mayoría de las personas que le rodean aunque siempre hay excepciones de las que solo la envidia conoce su origen.

En el salón de la vivienda entra el aire del puerto con su aroma especiado a cáñamo y sal. Mariem pone la mesa ayudada por una sirvienta gruesa de cierta edad. Isaac, Elías y el recién llegado Agustín toman un aperitivo a la espera de que todo esté dispuesto.

—Las noticias de Alemania, padre, son inquietantes. Ese tal Hitler es un loco que va a llevar a la ruina a toda Europa, —señala preocupado Elías.

—Esas cosas son propias de los pueblos del norte, hijo. Acabarán con él de un modo u otro. Ya verás, la gente decente le parará los pies. En cualquier caso, estamos lejos de todo eso.

—Tiene razón, señor, —responde Agustín—, su hijo es un pájaro de mal agüero, siempre preocupado por cosas, digamos, demasiado lejanas o elevadas.

—¿Y cómo les va a ustedes en sus estudios? Porque me escribes poco sobre eso, hijo. —Isaac intenta conseguir algo de información veraz de Agustín porque imagina que las escasas noticias que Elías da de sus progresos como médico se deben más a la ausencia de estos que a su modestia.

Agustín mira a Elías como pidiéndole que intervenga.

—Padre, verá, Agustín y yo hemos decidido trasladar nuestros estudios a Granada. ¿Sabe usted? Madrid no solo es una ciudad cara y violenta sino que también es una ciudad, ¿cómo decirlo?

—Viciosa, hijo, —le interrumpe el padre—, viciosa será el adjetivo que estás buscando.

Agustín baja la vista y sonríe mientras con el rabillo de ojo observa el rostro asombrado de Mariem que interviene:

—Papá, creo que mejor nos marchamos nosotras dos y os dejamos solos.

—No hija, no es necesario. Tienes dieciséis años pero no eres tonta, no voy a decir nada que tú no sepas ya. —Y volviéndose a Elías, continúa—: me parece bien. Me parece muy bien, de hecho. Granada tiene una buena Facultad de Medicina, prestigiosa sin duda. Y como bien dices es una ciudad más económica. Tendrás que tener cuidado con el cólera, hijo, que por allí es muy común.

—Por eso no se preocupe, D. Isaac, —interviene Agustín— esas cosas se han acabado con las sanas costumbres higienistas que nos ha traído el progreso.

—Bueno, ya está todo, padre, —dice Mariem sentándose a la mesa junto a Agustín.

Después de una comida abundante y deliciosa, algo más retirados de la mesa, Mariem va a levantarse como es su costumbre para ayudar a recoger los platos.

—Espera, espera, no te levantes, —le dice su hermano con una sonrisa en sus labios—, quiero que escuches lo que quiere decir Agustín.

—Yo, ejem, con su permiso, señor, —Agustín necesita beber un sorbo de agua para seguir—, una comida excelente, D. Isaac, hacía mucho que no... Bueno, lo que quería era pedirle permiso para, estos días, si Marujita quiere, claro, poder hablar con ella y que nos conociéramos. Usted me entiende, con el debido respeto.

Isaac mira a su hija que tiene los ojos brillantes y alegres: —No esperaba que llegara este momento tan pronto, la verdad. Agustín, aunque Mariem tiene ya la hechura de moza, su cabecita sigue siendo la de una niña, a veces

la veo incluso peinando a alguna de sus muñecas, fíjese, ...

—¡Papá, por favor! —Le interrumpe en voz baja mientras Isaac sigue hablando sin interrumpirse.

—..., se lo advierto para que sepa en dónde se mete. Si ella consiente no tengo inconveniente siempre que vaya acompañada, por supuesto. Como estos días estáis de vacaciones, —dice mirando a sus hijos—, podéis pasear juntos los tres y así os vais conociendo. Por cierto, Agustín, permítame la pregunta si no es engorroso para usted contestarme: ¿es usted un buen judío? ¿estudia las escrituras?

—No, señor, no es que sea un descreído, pero hace mucho que...

—Padre, disculpa a Agustín, ya tendremos oportunidad de hablar de temas más profundos, ¿no te parece? Estamos algo cansados, ¿nos disculpas si nos retiramos?

—Claro, claro, hijo. Es verdad, que no quiero que esto parezca un interrogatorio, tienes razón, —accede Isaac.

Las conversaciones de Agustín y Elías despiertan la curiosidad de Mariem que, con entusiasmo, le pide a su hermano que le deje libros:

—Todo lo que tengo está reservado a los hermanos masones, lo siento Marujita, no tengo nada para mujeres.

—¿Es que no hay hermanas masonas, Elías? Estoy bastante aburrida en esta isla, tanto que desde que dejé la escuela no tengo nada más que hacer que limpiar y coser.

—Pues sí que las hay, entre ellas mujeres de renombrado prestigio, aunque la reserva debida a nuestra promesa no me permite desvelarte algunos de sus nombres. Ya te enterarás, que aún eres joven, —le responde con una

cierta condescendencia que aunque le molesta, está dispuesta a admitir pues se ve aún a mucha distancia de los conocimientos y madurez de su hermano, estudiante de medicina.

—Es que aquí, alejada de todo, me aburro. ¿No podría irme con vosotros a Granada?

Agustín, que sabe el papel que le tiene reservada la vida a una muchacha de dieciséis años en un lugar como aquel, quisiera intervenir pero piensa que es pronto aún y, a su pesar, se mantiene en silencio.

—¡Imposible! ¿Tu crees que nuestro padre te va a dejar así como así, a tus años? ¡Si ni siquiera tienes dieciocho! Además, cuando estemos en la universidad, ¿qué vas a hacer tú, sola en casa todo el día? ¿Y cuando hagamos guardias nocturnas? ¿Vas a estar toda la noche sola? ¡Ni hablar! ¡Vamos, qué cosas se te ocurren!

—Por eso no hay problema, puede venir conmigo Matilda, además así tendríais quien os hiciera de comer como a vosotros os gusta. Anda, Elías, ¿por qué no se lo pides tú a padre?

—¡Qué va! —Dice muy serio—, ni por nada del mundo, hermanita. Bastante enfadado lo tengo con mi lentitud al acabar la carrera como para irle con esas. Te mandaré libros y cartas que te tengan al tanto, lo prometo. ¿Quién sabe? Lo mismo puedes promover tú alguna tertulia con tus amigas, algo que te haga salir del aburrimiento que me cuentas.

Ese mismo año, Elías y Agustín son recibidos como aprendices en la Logia Patria Nueva 4. Llenos de juventud, ideales elevados y deseos de grandeza, Elías le escribe a su hermana:

—«Querida Marujita, las preciosas tardes del final del verano nos reciben con los tomos de *Anatomía Patológica*, llenos de litografías a cual más horrorosa, entre las manos. A finales de septiembre tengo un examen y he decidido ponerme a estudiar en serio. Desde la ventana de mi habitación veo la Alhambra que me deslumbra con su belleza de tal manera que a veces necesito ponerme de espaldas para no distraerme. Me alegra que vayas encontrando algunas lecturas de tu interés. ¿Qué tal la amistad epistolar con Agustín? Él no me cuenta nada de tus cartas, imagino que por prudencia y su obligada reserva de caballero. Aquí, sin que él sepa que te estoy escribiendo, lo tengo frente a mí, memorizando las características de la necrosis masiva del hígado. ¡Toda una diversión! Este verano hemos terminado los dos las prácticas de cuarto y en cuanto pasen los exámenes de septiembre, lejos de disminuir el trabajo, empezamos con el que se considera el curso más difícil y exigente. ¿Por qué no convences a nuestro padre para hacernos una visita?»

Hace unos días ingresé en la hermandad de la que te hablé y que el debido sigilo me pide no ponga por escrito. En calidad de aprendiz poco más que leer, ver y estudiar es lo que puedo hacer. Pregunté por tu intención de conocer hermandades femeninas y me señalaron a Carmen de Burgos, una autora muy conocida recientemente fallecida. No he encontrado nada escrito sobre estos temas, pero sí te envió algo que seguro te va a gustar. Con esta que tienes en tus manos te habrá llegado un libro que, como ves, tiene la cubierta cambiada. La portada es de una novela de Salgari que, curiosamente, traduce la misma Carmen. Parece que esta mujer hacía

de todo en lo que a letras se refiere. Si nuestro querido padre te pregunta, contéstale que es una novelita de aventuras sin importancia, de piratas y filibusteros que te permiten pasar el tiempo. Ni se te ocurra dejárselo a leer. Guárdalo como algo muy personal, como si fuera tu diario. Dime lo que te parece. Tiene un prólogo del Dr. Marañón que considero muy interesante y pertinente de leer. Esta editorial de Biblioteca Nueva ha publicado libros de psicoanálisis que, si no fuera porque creo que mi torpe cabeza no está a la altura, me encantaría leer. Pero el título de la obra que te envió, ya de por sí, te tiene que decir mucho: «Quiero vivir mi vida». Es toda una declaración de intenciones. Me ha costado un perraje y, no se lo digas a nadie, la cubierta cambiada ha sido un apaño no demasiado legal del que prefiero olvidarme. Cuídate mucho, espero que nos podamos ver a finales del otoño. Un abrazo fraternal, Elías»

A vuelta de correo Mariem le responde:

—«Hermano del alma.; ¿Qué alegría recibir tu paquete y carta. No sabes la de veces que al cabo del día me acuerdo de vosotros, cada uno en su papel. A Agustín le escribo tres veces en semana, que me lo tengo mareado. Estoy segura de que le aburro por más que él diga que no. No te preocupes por el libro. Nuestro padre no ve con buenos ojos, aunque tolera, que lea novelas de aventuras del Sr. Salgari. ¡imagínate lo que diría si me viera con el libro de Colombine! Porque es la misma ¿no? Tengo aquí una amiga, bueno, amiga es quizás una forma ligera de decirlo. Ella es bastante mayor que nosotros, vamos, que yo seguro, pero creo que incluso tendrá algunos más que tú. ¡En fin! Es maestra de nuestra escuela. ¿te acuerda

de Doña Francisca? Pues se jubiló y el año pasado vino Bernardina en su lugar. Este verano, poco después de que os marcharais paseaba con Matilda por la playa de los Muertos, que los días calurosos nos deja padre salir un poco al fresco del atardecer. Vimos a una mujer entre las rocas, en la parte que pega al espigón, red en mano. :No iba vestida de mariscadora, ni era mujer del pueblo, ni nada parecido: Tiré de Matilda para acercarme y allí nos conocimos. Bernardina es una mujer curiosa y divertida. Nuestro padre, cuando le hablé de ella, se sintió complacido en que nos visitara y nos hemos hechos muy cercanas. Vamos, como hermanas. Cuando le he enseñado el libro, ha mostrado interés en conocerte. ¿Sabes qué dice? :Que tener un hermano así es un tesoro para una mujer: :Yo no puedo estar más de acuerdo con ella: Ahora, te tengo que decir una cosa, que el tema del libro, espero que no vaya con segundas, ¿eh? Que yo no tengo nada de 'intersexual' o machorra, como diríamos aquí. Que te conozco y sé que ni te la habrás leído, que habrás visto que está dedicada a Marañón y como es médico, pues ya está. Pero bueno, bien escrito está y aunque no la haya acabado, ya se ha encargado el prologuista, :qué malaje., de adelantarme que ella mata a su marido. ¿Será cenizo el tío? No comprendo cómo el editor ha permitido semejante barbaridad, ni que sea D. Gregorio ni que sea el Papa, que eso no se hace. Pero bueno, me quedan unas páginas para acabarla. Bernardina y yo la estamos leyendo juntas y la acabaremos pronto.

Hermano, tienes que estudiar, sacar pronto la carrera y tenerme contigo de ayudante. ¿Qué te parece la idea? Yo recibo a los pacientes, llevo las cuentas y todo lo demás

y tú haces tu labor de médico, que tanta falta hace. ¿Te vendrías a vivir a Matranas? Sería un orgullo para padre mostrar a todos los de aquí a su hijo médico. Me tendrás que contar de esa hermandad de la que hablas, que sea de viva voz para que no rompas regla alguna. Y también de tus averiguaciones de las que haya femeninas por ahí, que seguro que las hay. Muchos besos, hermanito, cuídate. Marujita»

Las dos últimas asignaturas de la carrera se les atraviesan a Elías que, frustrado ante su incapacidad, decide trasladarse a Valencia, esta vez sin el conocimiento de su padre. Elías, más volcado en su afición a la hermandad y el cultivo de su espíritu a través de la lectura y la camaradería que en el estudio, justifica así su falta de empeño en terminar la carrera con su abstracto amor a la Humanidad. Pero por más que intenta prorrogar su incorporación al ejército no lo consigue y finalmente se ve obligado a cumplir con sus obligaciones militares. Un año después de su ingreso en el ejército, en los primeros meses de 1936, le escribe a su hermana:

«Querida Marujita, ¿Cómo está padre? Me quedé muy preocupado con las noticias de tu última carta. Esa afasia es un síntoma preocupante. Mi situación no me permite llamar por teléfono fácilmente y cuando lo he hecho me daban una espera de varias horas para localizaros por lo que va a ser imposible llamaros hasta que me den permiso a finales de mes. ¿Qué ha dicho Agustín? Me duele muchísimo no estar allí con vosotros, aunque es un consuelo que mi buen amigo esté cerca. Espero que, en la medida que os lo permita la enfermedad de padre, estés disfrutando de tu nuevo papel de ama

de casa. ¿Cuáles son vuestros planes? ¿Habéis hablado ya de boda? ¿Agustín está recibiendo allí en Matranas? ¿Ha puesto consulta? Como ves son todos interrogantes que me hago ante la imposibilidad de tener noticias inmediatas. Me han dicho que en breve ya instalarán teléfonos en casas particulares allí en la isla pero, claro, hasta que llegue de la centralita a casa pasarán unos meses. Cuídate mucho, Mariem. Cuídate y dale recuerdos a Agustín. Un abrazo, Elías»

A finales del mes de febrero, un alférez de complemento apuesto, con las insignias propias de la sanidad militar abraza con cariño a su joven hermana en el cementerio civil de Puerto de Moros o Matranas, como les gusta llamarlo a sus habitantes. A su lado se encuentra Agustín, serio y prudente. D. Isaac era conocido por todo el pueblo, pero su condición de judío y las estúpidas intolerancias del momento solo ha permitido reunir a un puñado de personas en su entierro. En la isla, la comunidad judía es escasa. Han esperado lo máximo posible para que un ferri procedente de Melilla traiga a unos pocos familiares de Orán y de esa ciudad. Tras la corta ceremonia, reciben a los recién llegados en la casa de Matranas. Los dos hermanos hablan con Agustín reservadamente:

—Yo no esperaré un año, Mariem. Esas costumbres no son nuestras ni nos debemos a ellas. Ahora vas a escuchar todo tipo de cosas. Ya sabes cómo son nuestros mayores, pero estos tiempos no son los suyos, son otros. Agustín es un buen hombre y vosotros os queréis, ¿qué tenéis que esperar? Por mi parte tenéis todas mis bendiciones.

Mariem, llorosa, lo mira con ternura. De repente se da cuenta de que todas las decisiones importantes de su

vida están en sus propias manos, cosa que no es fácil de sobrellevar con dieciocho años.

—¿Y el negocio? —Pregunta—, ¿quién se va a hacer cargo del negocio?

—Ahora mismo el encargado y el jefe de almacén están llevando el negocio bien, ¿no? No abras más frentes en tus preocupaciones. Agustín, ¿tú qué dices?

La mera idea de hacerse cargo de un comercio de paños en el Puerto de Moros le parece al joven médico un despropósito para el que no le ha preparado la vida, ni su formación, y en el que no está en absoluto interesado. Pero ve la necesidad que tiene su futura esposa de un apoyo y sugiere:

—No tengo intención de hacerme cargo del negocio, la verdad. Creo que sin prisas pero con firmeza deberíamos pensar en venderlo, ahora que está funcionando y por lo que me cuenta Marujita, va bien, —dice mientras coloca su mano sobre la de ella—. Por lo que dices de la boda, estoy completamente de acuerdo. Dado que tú nos has dado el permiso, —aparecen sonrisas en los labios de los tres jóvenes—, que eres el cabeza de familia ahora, solo nos queda poner fecha. ¿Qué te parece, Marujita?

—Es demasiado pronto para pensar en eso. Simplemente no puedo, quizás en unos días pueda retomar el asunto.

—Su voz se quiebra y comienza a sollozar.

Los dos jóvenes médicos, conscientes de la dificultad que acarrea la situación se miran preocupados:

—Será mejor que descanses, hermana. Anda, échate un rato.

—Lo dejo todo en vuestras manos, decididlo vosotros, estoy agotada—dice mientras se dirige a su dormitorio.

El fallecimiento de D. Isaac llega a oídas de D. Froilán, cacique de Santa Úrsula, cuyo instinto le lleva a pensar

que entre la desgracia asoma una oportunidad de negocio. Una parte importante del año reside en Madrid, desde donde controla sus dominios en la isla. Pero, el azar o los designios imponderables para la mente humana han hecho coincidir la noticia con uno de los escasos momentos del año en el que disfruta de su enorme finca en el centro de la isla. Allí, rodeados de los suyos, recibe la información que uno de sus muchos oídos de San Gabriel le trae:

—No sé si sabrá, D. Froilán, que el judío no tenía quién heredara el negocio y parece ser que no hay nadie detrás que vaya a hacerse cargo de la pañería. Quizás sea una oportunidad para ‘picotear’ como usted dice.

Catalina, una mujer aún joven, se siente incómoda presenciando los tejemanejes de su marido y quiere evitar a su hijo todo lo que se salga de lo conveniente:

—Vamos, hijo, que tu padre está ocupado hablando con estos señores, —le dice haciendo ademán de levantarse.

—Deja al hijo ahí. Márchate tú si lo deseas, pero es bueno que a su edad empiece a ver cómo se maneja su padre, mujer.

Su tono autoritario no abre ningún espacio para la duda. Algo molesta pero sumisa, Catalina se despide con un «como quieras» no muy convincente.

—¿Ves, Froilán? —Dice mientras aún se está marchando la madre—, las mujeres le tienen miedo a todo y siempre quieren hacer las cosas a su manera, pero ten en cuenta que nosotros, los hombres, y sobre todos los hombres de posición como en pocos años serás tú, hemos venido a este mundo a mandar. Mi abuelo era el dueño de las minas y estuvo toda su vida mandando, para que todo funcionara. Mi padre era el dueño de media isla. Era el temor de todos en San Gabriel. ¿Cómo se hace

eso?: mandando. El león no es el rey de la selva pidiendo permiso ni cumpliendo con las normas. Las normas las pone él. ¿Tú me entiendes, hijo?

El chiquillo, que no ha cumplido aún los doce años, asiente mientras va colocando unos soldaditos de plomo en fila. El padre, dirigiéndose a su encargado, añade:

—Pues entérate de cómo está el asunto. Si venden, si cierran o qué van a hacer. Por cierto, ¿no tenía una hija el judío?

—Una hija y un hijo. Esa es la cosa. Él es médico, médico militar en Valencia y ella está a punto de casarse. Eso dicen algunos de los que trabajan para la familia.

—Bueno, bueno. Está bien. Aunque entierro y boda suelen distanciarse, ¿no?, —se pregunta sin esperar respuesta el cacique.

Meses más tarde, la contienda más sangrienta de la historia de España, el más triste episodio de odio e intolerancia, deja a personajes como Froilán en una situación muy delicada. Al amparo de un pequeño ejército de leales mercenarios, él y su familia sabedores de la situación que se avecina, salen hacia Melilla a finales del mes de Julio, cuando aún las primeras soflamas del levantamiento no han desembocado en la guerra total.

Los años de guerra son años de trabajo para Elías como voluntario en el Equipo Quirúrgico del Hospital Provincial de Valencia. En un ínterin, regresa del frente y se presenta a las asignaturas que tiene pendiente para acabar la carrera. Ya como teniente médico tiene destino en la Jefatura del Detall del Parque Central de Sanidad. Le ascienden a capitán con destino en la Brigada Mixta y le nombran jefe de Sanidad de la 23 División. Su último destino en la guerra es el Parque Suansal de Villena,

desde allí, con igual tesón que dificultad, logra llegar a puerto de Moros a pasar los días de las fiestas navideñas con su hermana Mariem y su amigo, y ya cuñado, Agustín. Elías no sabe que será la última ocasión en que los verá.

—¡Menudo frío hace en Villena, hermanita! Últimamente nos está matando más el paludismo en verano y el hambre y el frío en invierno, que el enemigo, —cuenta Elías, demacrado, mientras una sopa ligera pero caliente, calma su necesidad convirtiendo el hambre del cuerpo en una infinita tristeza del alma.

—Estamos casi igual, ¿sabes?, aunque aquí, al menos, el pescado no nos falta, —dice Agustín mientras pasa una enorme fuente de sardinas—. Decimos en broma que la sangre de los sangabrieleños debe oler a masa de cristalero.

—Por ahora os habéis librado de la guerra propiamente dicha. Una Mariem físicamente exhausta le recuerda a su hermano con aire enfadada:

—Eso lo dices porque no estabas aquí el día del bombardeo del puerto, Elías. ¡No sabes cómo corría la sangre por las calles! ¡Menos mal que el grueso del combate fue en la mar! ¡Madre mía, qué miedo! Y la niña no tenía ni un mes! ¿Y sabes?, Bernardina fue una de la víctimas, ya ves, la maestra. Una buena mujer, una mujer fuera de lo común. —A Mariem se le saltan las lágrimas mientras Agustín le coge de la mano.

—La guerra es horrorosa, no sé cuando acabará. —Agustín oculta su rostro entre las manos.

—Hay que tener fe. Tenemos que resistir.

—Esas son consignas, Elías. Aquí, entre nosotros, —dice Mariem en voz baja—, todos sabemos que hemos perdido. Solo falta saber cuándo.

—Tienes que marcharte a Orán con la niña, a casa de los tíos. Orán está en manos de franceses, gente razonable. No esperes más. Tú, Agustín, tienes que hacerte la idea de que aunque sea hasta que las cosas se calmen, vas a tener que...

—¿Dejarlas a ellas? ¡Ni hablar! ¡Vamos! ¡Antes me veo muerto!

—No digas, eso, —le recrimina su esposa.

—Ya veremos. —Es el primer momento en el que el joven médico empieza a pensar que lo más razonable va a ser lo que su cuñado le plantea, por más que le desgarré por dentro aceptarlo.

La toma de Cartagena y de la isla de San Gabriel es prácticamente simultánea. Un destacamento de la 4ª División de Navarra del ejército nacional toma el puerto de San Gabriel del Purche a primeras horas de la mañana del 30 de marzo de 1939. Esa misma tarde, sin encontrar resistencia alguna, en el Puerto de Moros se arria, posiblemente, la última bandera republicana de un puerto español. Pocas horas después puede oírse en la radio el también último y famoso parte de guerra: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».

Para algunos, en efecto, la guerra ha terminado, para otros muchos ha empezado la guerra contra todo aquel del otro bando que logró mantenerse con vida. La derrota republicana en San Gabriel, como en otros muchos lugares de España, trae consigo represalias, venganza, represión y campos de concentración en los que el hambre y la enfermedad produce una infinidad de muertos.

Uno de los militares que más se destaca en esos primeros momentos de represión en la isla es el comandante Froilán Santos, que acompañado por su hijo de solo catorce años, siembra el terror en Santa Úrsula y alrededores. El «despeñadero», tristemente famoso en su tiempo y casi olvidado más tarde, es usado por las tropas nacionales para ocultar cadáveres resultado de las ejecuciones e incluso, en algunas ocasiones, para ahorrar munición, pues los treinta metros de caída a plomo sobre las rocas aseguran la muerte de los desgraciados que caen en sus manos. Agustín cae en los primeros días de abril junto otros muchos hombres, en su mayoría ancianos de Matranas, al menos, con la tranquilidad que le da saber que Mariem y la pequeña están a salvo en Orán. Semanas antes del final las despidió en el Puerto de Moros del que salió un viejo mercante francés sin luces en mitad de la noche, cargado hasta arriba de refugiados de todo tipo. La isla se estaba despidiendo prácticamente de cualquiera que tuviera un mínimo de formación. Comienza el largo periodo de oscuridad y «estrechez de miras» al que más de veinte años después se referirá un ministro de Educación del gobierno de esos mismos que, ahora, la están causando.

Las tropas franquistas, una vez tomada la isla, restauran el poder oligárquico que ha estado en suspenso, que no ausente del todo, en los últimos años. Don Froilán, licenciado con honores, vuelve a su posición social y hace pagar con creces a los pobres habitantes de Santa Úrsula sus posibles anhelos de justicia. No hay insulto que no sea devuelto multiplicado por mil, no hay desplante que no sea convertido en cárcel, incluso en ejecuciones sumarísimas. Un largo ejército de viudas y huérfanos es

aprovechado en las tierras de Santa Úrsula como mano de obra barata, casi en régimen de esclavitud y Froliancito, el muchachote que se pasea escopeta en mano por el pueblo, grande, moreno, fornido, deja de ser un niño y comienza su larga y negra historia de depredador. No son las gallináceas de los riscos ni las cabras montesas las que busca en su correrías. Froilán Santos Santos, el hijo de Doña Catalina tiene un mote en Santa Úrsula: 'El Rabo del Diablo' le llaman. Él lo sabe y lo tiene a gala. Mariem, en cuanto se reestablecen las comunicaciones, recibe la noticia de la muerte de su marido en un telegrama enviado por el único encargado del almacén, a través de un familiar de Melilla. Angustiada, busca inútilmente la manera de tener detalles. Casi sin salir, recluida en casa de sus tíos, cría a su hija en silencio. A finales de año recibe una carta de su hermano Elías que le escribe desde una prisión militar de Sevilla, atravesada por un rótulo sobrescrito en rojo con la palabra CENSURADA, puede leerse:

«Querida hermana: Por fin me permiten enviarte noticias mías. Caí preso junto con mis compañeros de retirada en Almería en abril, cuando se produjo el fin de la contienda. Como era el único médico entre cientos de heridos no logré llegar a puerto antes de que zarpara el último barco. Me tratan bien, pero todos comemos mal ahora mismo, tanto los presos como los demás. La falta de higiene en los primeros momentos fue dura de soportar, pero eso, ahora que ha llegado el invierno, se lleva mejor. Estoy a la espera de ser juzgado como otros muchos, no me queda más remedio que tener paciencia. No temas por mi vida. Han testificado a mi favor muchas personas amables a las que ayudé en distintos

momentos y situaciones. Algunos de ellos favorables al AN. Yo creo que eso, quizás, me va a salvar la vida. Ya sabes como soy, Mariem, siempre me he visto obligado por el sentido de lo que es correcto. Nunca le he hecho daño a nadie. He hecho muchos juramentos en mi vida, pero el hipocrático es el más hermoso: Te pido, si es que está en tu mano, que me respondas a vuelta de correo a esta misma prisión, pues la falta de noticias vuestras es la peor de mis desgracias. Ruego a lo Alto para que me dé fuerzas y logre algún día volver a veros. Tu hermano, Elías.»

En los tres años siguientes Mariem, a duras penas, logra tener noticias de su hermano. Son pequeñas notas que consiguen traspasar las distintas instancias censoras. Ahora es ella la que está en dificultades de comunicación y sometida a la censura del gobierno francés de Orán, que ha firmado un armisticio con Alemania. Europa está en guerra y Mariem vuelve a presenciar en la lejanía, esta vez sin bombardeo a posiciones civiles, la batalla naval de Mazalquivir, en la bahía de Orán. En verano de 1942 vuelve a recibir carta de su hermano que le da pormenores de su situación:

—«Querida Maruja, ¿Cómo estáis? Espero que tú y la pequeña estéis bien. Aquí pocas noticias nos llegan de la contienda mundial pero siempre me preocupa no saber nada de vosotras. Tengo que decirte que el Consejo de Guerra dictó sentencia en el mes de abril y que aún me quedan por cumplir tantos años que, la verdad, estoy bastante descorazonado. Además no solo se me juzga por pertenencia al ejército sino por mis antecedentes que ya conoces. Aunque intento ser de utilidad entre los

presos, paso la mayor parte del tiempo haciendo pequeños trabajos que, aunque no se pagan, redimen parte de la condena. Escíbeme que, aunque tarden en llegar y estén llenas de tachaduras, necesito mucho tus cartas. Dale recuerdos a los tíos. Un abrazo, Elías».

Muñecas inquietantes

☞ *Adi ad nosotres* (También a nosotros)
(Primavera 1960)

El permiso para volver a la tierra que la vio nacer no es fácil. Los antecedentes de su tío Elías, que aún vive en Sevilla, le complican mucho la autorización para viajar a San Gabriel. María, que evita el uso de Mariem desde pequeña, marchó a vivir a Melilla con su madre y sus tíos en cuanto acabó la Segunda Guerra Mundial. La situación en Orán era cada vez más tensa, la guerra abierta entre el ejército colonial francés y el movimiento independentista dejaba miles de muertos en las calles. Por su parte, la ‘paz’ impuesta sin discusión en la ciudad española en el norte de África, literalmente tomada por el ejército, aunque asfixiante, era preferible para ellos. La mayor parte de su infancia transcurre en esa ciudad, aunque le queda como recuerdo de Orán, algunas que

otras imágenes y el conocimiento del francés y del árabe que sus tíos se han empeñado en enseñarle. Con veintiún años y unos estudios de secretariado consigue trabajo en el hotel más prestigioso recién levantado junto a San Gabriel, en la Playa del Abedul, el Hotel Sol Palace. En 1960 a San Gabriel se llega, como siempre, en barco. O bien los dos transbordadores diarios desde Cartagena, o bien algunos de los semanales desde Melilla o Almería. Casi todas las personas de las que su madre le habló han fallecido. María le insistió a su madre que no quería darse a conocer ante nadie, que quería ir como María Mojarro, vecina de Melilla, eliminando el Habibe de sus apellidos, cosa que fue posible ya que todos sus papeles se perdieron en la guerra y fueron rehechos en Orán con ayuda de sus familiares.

La excitación propia de sus primeros años como joven trabajadora en un hotel recién abierto se topa enseguida con la cruda realidad de lo que se espera de ella. María se da cuenta de que la única forma que tiene de evitar, una y otra vez, las continuas insinuaciones de los hombres, que son mayoría entre el personal del hotel, limpiadoras y camareras aparte, es, como le dicen con frecuencia, 'echarse novio'. Una compañera de la centralita telefónica del hotel con la que comparte un minúsculo piso en San Gabriel le aconseja:

—Yo, porque tengo novio formal en Alicante, hija. Nos casamos en cuanto acabe la mili, que él tiene trabajo en una fábrica de juguetes, en donde su padre está contratado desde no sé cuando. Pero si no fuera así, habiendo, como hay, tan buenos mozos en el hotel...—dice mientras pasa con habilidad la lija sobre sus uñas pintadas. María se ríe y le contesta con un «¡qué cosas tienes!» aunque sabe todo lo que hay de verdad en lo que dice.

—No es que no me gusten los mozos, como tú dices, mujer. Es que no quiero meterme en eso tan pronto. Quiero vivir mi vida, ¿sabes?

—Pero es que no te van a dejar. Si fueras un callo, todavía podrías medio defenderte, ¿pero una chica mona como tú, con veintiún añitos, trabajando en la administración del hotel rodeada de hombres? Mira, lo más probable es que, tarde o temprano, acabes en la cama de uno de ellos y ya sabes lo que viene después. Pues si te van a hacer un bombo, por lo menos que pasen por la iglesia, ¿no?

Francisco Fernández es un joven reservado. Trabaja como jardinero en el hotel. Todas las mañanas, cuando María y su compañera de piso cogen la furgoneta que traslada a los trabajadores desde el Puerto de San Gabriel, se encuentran con él. Es un chico callado que aprovecha la media hora de recorrido para leer. A veces lo ve con alguna que otra lectura intrascendente, novelas de Marcial Lafuente de segunda mano, otras con *La Verdad*, aunque siempre un número atrasado porque no tiene recursos para otra cosa. Ellas van hablando y, por lo general, riendo y haciéndose bromas. En ocasiones él levanta la vista y, distraído las mira, especialmente a María.

—Se ve que le gustas, —le dice su compañera de piso por lo bajo.

—El muchacho no está mal.

—¿Eres tonta? ¿No ves que es jardinero? ¿Es que no aspiras a otra cosa con todos los idiomas que sabes?

—¡Qué pesada eres, mujer! Siempre pensando en lo mismo.

—Mira, rica, es que las que no tenemos posibles no nos podemos permitir el lujo de bajar la guardia. Ni tú ni yo

tenemos otra posibilidad. Hay dos salidas, pero entrada, lo que se dice entrada, no hay más que una, tú me entiendes. —Dice mientras deja caer su mano sobre el bajo vientre, disimulando.

—Prefiero no enterarme, la verdad. —María se siente ofendida por las tonterías de su compañera.

—Si quieres te lo explico, mona.

María se levanta del asiento y, buscando un hueco en medio del humo del tabaco que inunda la furgoneta como una neblina, encuentra que el único lugar libre está junto al jardinero que no levanta la vista de su novela.

—¿Te importa? —Le pregunta María.

—No, no, —Francisco se recompone un poco recogiendo las piernas y dejándole algo más de espacio.

—Tenéis los setos y parterres que da gusto verlos. —Comenta María rompiendo el hielo.

Francisco, levantando la vista de su novela, de esas baratas que se pueden enrollar mientras se van leyendo, responde:

—No tiene mérito. Aquí todo lo hace el clima. Nunca hie-la. No es como en Santa Úrsula, allí incluso he visto nevar a veces, en Los Coloraos. Pero aquí en la costa todo es más suave. En habiendo agua, las plantas crecen que da gusto.

—Se ve que te gustan. —Afirma María.

—A mí me gusta más el campo que esto. Pero el campo no da de comer, allí no hay nada más que miseria.

—No nos hemos presentado, mi nombre es María, María Mojarro. —Dice mientras le ofrece una mano delicada a los ojos de Francisco. Él, torpe, deja caer sin gracia la novela y le estrecha la mano con más fuerza de la que hubiera sido adecuado. Sin darse cuenta, responde torpemente:

—Francisco Fernández, para servirle.

María sonríe en su interior, pues esa fórmula de cortesía le parece impropia de esos tiempos y lugares, como si se la estuviera escuchando a sus mayores o a algunas de las argelinas o marroquíes que han trabajado con sus tíos en Orán y Melilla.

—Nos podemos tutear, ¿no? —Responde.

—Sí, sí, claro. —Francisco no se da cuenta de que ese ‘para servirle’, que lleva implícito el tratamiento de usted, es lo que ha dado pie a la pregunta de la joven y añade—: ¿Eres del Purche?

—No. Soy de Melilla, llevo aquí desde marzo nada más, ¿y tú?

La familia de Francisco tiene una pequeña parcela en Santa Úrsula. Son personas humildes, reservadas y muy devotas de todo lo que tenga que ver con la iglesia. Viven muy modestamente y como la madre dice, «no nos metemos con nadie». Ese perfil social de poca interacción, fruto del miedo más que de una convicción, ha construido la reserva como modo de vida, como una especie de canon a pagar por una seguridad imposible que tiene como única recompensa el orgullo de sentirse entre los buenos. El cura de Santa Úrsula, aconseja el matrimonio inmediato a la madre de Francisco en cuanto esta le informa del noviazgo de su hijo:

—Él está muy contento, padre, se le ve feliz. Nunca he visto a mi hijo sonreír de esa manera. Y ya sabe usted cómo son los *uemes*, ¿qué le voy a contar?

—Pues ellos dos solos, allí en San Gabriel, trabajando en un hotel. Eso no está bien. Deben casarse lo más pronto posible. Hoy día se ven cosas que están completamente en contra de nuestras buenas costumbres. Porque tu hijo

es un hombre cabal que conozco desde que nació, pero ¿quién se resiste con esa edad y los medios de hoy a las tentaciones de la carne, hija?

—¡*Ya, mamma!* Tiene usted toda la razón, padre.



—¿Qué es eso que habla tu madre, Paco? A veces la veo como mascar palabras que no conozco, el caso es que me recuerda cosas que he oído no sé donde. —María le habla a su marido mientras juega haciendo caracolillos con el vello de su pecho.

—La lengua de las mujeres. Aquí en Santa Úrsula y otras partes de la isla las mujeres tienen una lengua especial que solo usan entre ellas. Los hombres solo sabemos algunas palabras sueltas.

—¿Y querrá ella enseñarme?

—¿Qué no vas a aprender tú de lenguas, preciosa mía! ¡Si sabes de todo! ¿Más vas a querer saber? —Francisco, algo celoso de que su sueldo sea menor que el de María, se sorprende de las ansias de conocer de su reciente esposa y le da miedo lo que eso pueda llevar consigo.

—¿Qué dices? A veces me da la impresión de que tu madre está seria conmigo.

—¿Qué va! Mi madre es seria, contigo y con todo el mundo. Yo también soy serio, ¿no?

—Yo sé lo que me digo. —Dice María autoconvenciéndose.

—Lo que pasa es que tú, —dice mientras le besa— le has quitado a su hijito. Su único hijo. Y eso es posible que necesite tiempo. Tres meses de casados es poco y la mayor parte del tiempo estamos en San Gabriel. Todavía no se ha hecho a la idea, mujer. ¿Por qué no

le pides que te enseñe alguna receta? Lo mismo eso le gusta.

—Yo soy una patosa con la comida. ¡No sabes la alegría que me da todos los días poder comer en el hotel y no tenerme que hacer ni un huevo frito!

—Pues te tendrás que ir acostumbrando...

—Ya veremos quién se acostumbra a qué. ¿Has visto por dónde te tengo cogido?

Francisco se ríe y le dice bromeando:

—Suelta eso, que me haces daño.

Un ruido de nudillos se oye en el dormitorio:

—Paco, hijo, hay que levantarse, se nos hace tarde para ir a misa.

—Sí mamá, ya vamos.



—¿A quién le escribes?

—A mi tío Elías. Hace tiempo que no sé nada de él.

María no se ha sincerado del todo con su marido. Aunque ellos evitan hablar de la guerra, el tema forma parte de ese silencio forzoso que flota en todas las casas de San Gabriel y otras muchas de la geografía española. La madre de Francisco, incluso en las largas tardes de invierno en Santa Úrsula, cuando es propio contarse las historias del pasado, evita hablar de esa época con su nuera. Las dos o tres vecinas con las que se reúne en raras ocasiones tampoco tratan nunca el tema. Cuando nace Eloísa, su primera nieta, la ternura de convertirse en abuela propicia un trato más cercano y empieza a tratar a María como si fuera una hija:

—Mírala, hija, mi nietecita tiene *bokella de habb al-muluk*. ¡Qué hermosura de niña!

—Madre, —María sabe que le gusta que la llamen así—, ¿cuándo te vas a poner a enseñarme de verdad la lengua de las mujeres?

—Esas son cosas de vieja, hija, ¿qué más te da? Además, —aprovecha para enviarle una queja—, eso se aprende escuchando y hablando. ¿Cómo vas a aprender si siempre estáis trabajando en el hotel?



El Tribunal Especial para la represión de la Masonería y el Comunismo (TERMC) que fue el que condenó a Elías a doce años de cárcel y un día así como la inhabilitación para el ejercicio de la medicina por, según la sentencia, pertenecer a la Logia Patria Nueva 4 y promover las ideas criptojudaicicas en nuestro país, desaparece un año antes del nacimiento de Eloísa y viene a ser sustituido por el Tribunal de Orden Público. Elías, a pesar de haber cumplido nueve años de la condena en régimen interno y otros varios más en libertad vigilada, no consigue los permisos para poder ejercer de médico, cosa que resulta incomprensible para muchos, habida cuenta de la necesidad de facultativos en la creciente ciudad de Sevilla y su entorno. Hasta el año de 1955 pasa por todo tipo de trabajos y penalidades para que le permitan, sin salir de Sevilla y de la vigilancia policial, ejercer la medicina.

En 1970, con sesenta y tres años, recibe en su casa a su sobrina María que, acompañada de su marido Francisco y la pequeña Eloísa, le hacen una visita con un doble propósito, familiar y médico. Las lágrimas de alegría corren por el rostro bondadoso de Elías. Tantas son las penalidades pasadas y tantas las pérdidas que difícilmente logra articular palabra cuando, a través del rostro de su sobrina,

reconoce el de su hermana joven, a la que solo le han permitido hablar primero por carta y luego por teléfono; la hermana que falleció en Melilla sin que él tuviera permiso para despedirse ni siquiera ante su tumba.

—No sabes lo que te pareces a tu madre, —dice Elías con su sobrina nieta en brazos—. A tu madre y a tu abuela.

Eloísa, con seis añitos, lo mira con una cara entre asustada y curiosa. Elías, intentando agradar a su sobrino político le pregunta por el trabajo en el hotel.

—¿Hay muchos turistas ahora, Paco?

—En temporada baja tenemos poco trabajo, por eso hemos podido venir, porque noviembre es un mes flojo y he podido dejar unos días la faena. Pero en navidades volvemos otra vez a la carga. —Le responde.

—Desde que le nombraron jefe de personal, Paco está ausente de casa. Viene por Santa Úrsula una vez por semana, no hay quien le vea el pelo, tío.—Una María muy desmejorada habla con una benévola sonrisa triste y cansada y le pide a su marido—: Paco, por favor, ¿te puedes llevar a la niña?

La consulta de Elías es un despacho pequeño en el bajo de una casa de dos plantas en una calle estrecha del centro de Sevilla. Una mesa sencilla, un armario con puerta de cristal, un biombo y una camilla metálica y dos sillas es todo el mobiliario del que dispone. La luz penetrante del sol sevillano se cuele casi cenitalmente por la ventana. La calle no permite vista alguna pues justo enfrente hay un muro corrido de un edificio oficial. La celosía arroja cuadritos de luz sobre el suelo, jugando con las baldosillas de azulejos azules que separan las piezas de barro rojo.

—Bueno, sobrina, dime, ¿qué son esos dolores que tienes?

—Me han mirado allí, en San Gabriel y no me han dejado lo que se dice satisfecha, tío. Me han dado largas, al principio decían que era un mioma, que allí no se opera, que fuera a Cartagena... Allí me dieron muy malas noticias y cuando recibí tu última carta, Paco fue el que me dijo que por qué no veníamos a verte. ¿Sabes la alegría que me dio? Mira, no le había contado ni a él ni a su familia ni una palabra de lo que pasó en la guerra ni nada.

—Entiendo, —acepta Elías.

—Sobre todo porque ellos mismos nunca me había preguntado. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí, sí, ¡qué me vas a contar!

—Pues eso. Pero cuando murió mi madre y me llamaron los tíos, pues Paco y yo dejamos a la niña con mi suegra y nos fuimos a Melilla. En el ferri, que tarda sus horas, le puse al tanto de todo.

—¿Y cómo reaccionó? —Pregunta interesado.

—Estoy muy orgullosa de mi Paco. ¿Tú sabes lo que es ver que alguien te quiere de verdad? Paco es un buen hombre. Cuando volvimos de Melilla empezaron las primeras molestias que se han convertido en dolores intensos. Yo le decía en el barco que ¡hay que ver la de desgracias que le ocurrieron a mi familia en la guerra y después! Él, serio y preocupado, como si se adelantara a lo que más tarde me dijeron los médicos, me respondió:

—*Adi ad nosotres.*

—¿Habla *roman* tu marido?

—Su madre. ¿Tú también sabes la *lingua*, tío?

—Hacía más de treinta años que no escuchaba una palabra. Cuando pequeños una de las tatas lo hablaba.

Elías, que retoma su papel de médico, coge su pluma y comienza a escribir mientras pregunta:

—Eso fue hace un año, entonces.

—Sí, más o menos.

—¿Y la menstruación te ha cambiado?

—Como te dije por carta, es errática. A veces dura mucho, luego se pasa el mes... Lo peor son las crisis, los dolores, mira, —dice mientras le da una especie de expediente en un sobre grande—, esto es lo que me han hecho en Cartagena. Allí me han desahuciado, tío, me dicen que no hay mucho que se pueda hacer, —dice María entre sollozos.

Elías abre el sobre y saca las pruebas. Sus manos no son manos de médico. Son manos burdas más propias de un obrero. Los años que ha pasado aceptando todo tipo de empleos para poder sobrevivir no lo han hecho sin dejar huella.

—Échate en la camilla, hija. No es necesario que te quites nada, ¿llevas faja?

—No, qué va.

Elías le advierte mientras frota sus manos con energía, una contra otra:

—Discúlpame, tengo las manos frías. Te voy a palpar el abdomen, ¿vale?

—Claro, tío. No te preocupes.

Cuando termina de explorarla, le pide que se siente y sale de la consulta. Vuelve con Paco y les habla a ambos:

—Me duele en el alma estar de acuerdo con los médicos de Cartagena. Ahora mismo lo que puede hacerse es retrasar el desarrollo de la enfermedad y, lo más importante, evitar el dolor. Pero las posibilidades de curación están fuera de la capacidad de la medicina actual.

—¿Nos recomiendas ir a Madrid? —Dice Paco buscando un resquicio—, tengo un amigo que tuvo un cáncer del pulmón y lo trataron allí hace dos años. ¡Hasta se ha reincorporado a trabajar y todo!

—Esta enfermedad no es una sola, Paco. Son muchas y de muchos tipos. Lo que vale para una no tiene por qué valer para otra. Lo que se sabe del tipo que tiene María es poco y no da muchos resultados. La cirugía que a ella le puede venir bien no es terapéutica, ¿me entendéis?

—Claro, tío, te entiendo, —dice María cogiendo fuerte de la mano a su marido.

—La cirugía te va a aliviar algo el dolor. Pero la metástasis es muy clara. Te puedo ayudar, si quieres, con analgésicos pero eso tendrás que volverlo a consultar en Cartagena o en San Gabriel. Otra posibilidad es que te quedes aquí con Antoñita y conmigo y ser yo el que esté al tanto de tu enfermedad, pero claro, eso es algo que tenéis que decidir vosotros. Aquí, aunque no cuento con mucho apoyo, conozco a un par de cirujanos que se pueden hacer cargo. Pero ya te digo que no es para curar sino para detener algo el avance.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando, tío? —Pregunta María mientras se derraman las lagrimas sobre el regazo.

—Eso está fuera de mi alcance. Es muy fácil equivocarse. Meses, quizás un año. A veces se producen curaciones espontáneas pero, no te quiero engañar, son muy raras.



En la intimidad de su cuarto, Francisco escucha a su mujer:

—Nos vamos mañana mismo, Paco. Mañana mismo. Quiero estar este tiempo con vosotros como si no pasara nada, hasta que aguante mi cuerpo. Y a Eloísa, mientras podamos ni una palabra de nada.

☞ Ni una sola trompeta en la isla (Santa Úrsula 1968)

Desde la fundación de la base naval de Puerto de Moros, el pequeño pueblo de Santa Úrsula se ha convertido en el paso obligado por tierra. Las familias que no quisieron trasladarse a la capital ni salir de la isla, dedicaron sus exiguas compensaciones económicas a dar una entrada para alguna casita o alguna pequeña parcela en este pueblo que, poco a poco, se va haciendo con el sabor agridulce de pueblo fronterizo. Aunque la base sea española en esos momentos, Santa Úrsula es, al fin y al cabo, la población más cercana de un puerto militar lleno de hombres jóvenes deseosos de jolgorio en los escasos momentos de licencia. Eso convierte las afueras del pueblo en un objetivo fácil de inversiones en locales de dudosa reputación.

Froilán, un hombre de mediana edad, ya ha dejado atrás la sombra de sus padres ancianos que viven todo el año en Madrid y disfrutan de una posición privilegiada en las altas esferas del Movimiento. Ahora, salvo en la rendición anual de cuentas, él es dueño y señor de los dominios de Santa Úrsula y uno de los promotores de estos rentables negocios junto con otros de aprovisionamiento de la base. Rara es la familia que está dispuesta, ante ese panorama, a dejar que alguna de sus hijas entre al servicio de la casa del patrón. Las historias que se cuentan de desmanes y abusos no solo son la comidilla de todo el pueblo, sino que el propio cura llegó en varias ocasiones a escribir al Doña Catalina para que reconviniera a Froilancito por su comportamiento escandaloso y muy lejano de lo que una familia católica debiera permitir a sus vástagos. Pero los tiempos han cambiado y ni el jo-

ven cura es lo que era el anterior ni la anciana tiene ya ningún tipo de predicamento sobre su hijo.

Él mantiene una hipócrita actitud de sostenedor de la Iglesia, pero no tiene empacho ninguno en enviar a sus contactos a Campo de Níjar en busca de lo que, abiertamente les propone: 'carne fresca'. Este rincón de la provincia de Almería, seco, estéril y siempre castigado por la historia, se ha convertido desde hace unos años en el mercado de abastecimiento de todo tipo de chicas que trabajan para el 'señorito'. Porque Froilancito, para disgusto de Doña Catalina, no se ha casado. Ha permanecido soltero por decisión propia.



Del Barranquete sale Carmen Rodríguez con la promesa de un trabajo en casa de los señores Santos, que no los santos señores, buscando la forma de aliviar la carga de su numerosa familia. Siendo la mayor de siete hermanos, se despide de ellos y de su madre con lágrimas en los ojos mientras un camión con otras varias chicas le espera a lo lejos, en la carretera. Un claxon fuerte le da prisas. Lleva en un hato sus pocas pertenencias.

Los primeros días de asombro antes las novedades y riquezas del cortijo se pasan rápido. En cuanto Carmen se da cuenta del régimen de encierro que llevan los empleados de la casa, sabe que todas y cada una de las 'comodidades' y 'ventajas' de las que le hablaron cuando le ofrecieron el trabajo, se las hacen pagar con creces. No es un puesto como el de algunas vecinas y amigas le contaron, de casas de señores en Almería con dormitorio propio y un día de descanso a la semana, no. Carmen lo

mismo sirve la mesa que recoge aceitunas. Lo mismo da de comer a los cerdos que limpia la alberca. Enseguida llega a la conclusión de que mientras más tonta parezca, mejor le va a ir, y de que mientras más fea y desaliñada esté, menos requiebros e insinuaciones recibe de unos y otros. De esa forma, con cara de malas pulgas y ojos atravesados, logra defenderse aunque, como ella dice para sí misma, «a base de malas caras se me está agriando el carácter».

Comparte habitación con cuatro mujeres más, y eso la tranquiliza. No es que las toses y ruidos nocturnos de sus compañeras le hagan ninguna gracia, pero sabe que mientras mantenga ese estatus bajo, ese perfil de fregona insulsa y no reclame habitación propia, estará protegida de los peligros masculinos.

Los domingos tienen media mañana libre de las que media hora de ida y otra media de vuelta la gastan en recorrer la distancia que separa el cortijo del pueblo. Carmen, aunque no es muy devota, sabe que lo mejor es que la vean por misa. Su madre bien le dejó dicho que lo hiciera: «que no es por Dios ni la Virgen, hija, que es porque si vienen las cosa mal, que vienen, ¡vaya si vienen!, que te conozca el cura, que algo te ayudará».

Así que el poco tiempo libre que tiene lo gasta en andar al pueblo, ir a misa, y volver después de haber paseado un poco del brazo de una de las cocineras. *Pastora es una* mujer de mediana edad que se encariña con ella.

—¿De dónde eres tú, Carmencita? —Le pregunta con un fuerte acento granadino.

—Del Barranquete, ¿y usted?

—¡Ay, cuantos años han pasado ya de eso! Nací en Las Alpujarras, pero vine a San Gabriel hace mucho, después

de la guerra. Allí no había nada que hacer. ¡Qué te voy a contar! Oye, eso del Barranquete está por...

—...Cabo de Gata. En mitad de un secarral.

—¿Tu padre trabaja en las minas?

—No. La minas son en Rodalquilar. Mi padre tiene, tenía, quiero decir, un rebaño de cabras. Bien grande. Ahora mi madre y mi hermano..., —es la primera vez que habla de su familia en semanas y se le rompe la voz.

—Venga, mozueta, que te voy a invitar a un refresco.

—No, ¡que va! ¡Déjelo, que eso es muy caro, que es tirar el dinero, mujer!

—Dame gusto, anda, que entre tú y yo ni vamos a llegar a las dos pesetas y si no es por ti me quedo con las ganas de probar la gaseosa esa de la que todos hablan.

—Coca-Cola.

—¡Eso! La Coca-Cola esa que toma el señorito con güisqui. Pero nosotras sin güisqui, ¿eh?

Carmen y su compañera se echan a reír.

La niña, como la llaman sus compañeras de trabajo por lo delgada y bajita, no hace ascos a nada que sea trabajar. Con eso se gana el respeto de sus iguales, que siempre están deseando tenerla como acompañante de la faena. La organización del personal del cortijo, que no de los diferentes garitos propiedad de Froilán Santos, tiene una fuerte estructura piramidal. Por encima de todo están los caseros, una familia que lleva al servicio de los Santos desde ni se sabe. Doña Enriqueta, la casera, es la gobernanta, que se encarga de todo lo que tiene que ver con la estancia propiamente dicha. El marido, a su vez, hace lo propio con las labores del campo. Entre ellos dos llevan todo el personal del cortijo, tanto el fijo como, el más numeroso, temporal. Pronto llega a oídos de los caseros la

buena disposición y el buen talante para el trabajo de 'la niña'. Lo que había conseguido a base de no destacar en nada, manteniendo un perfil de fregona, lo ha deshecho por su pronta disposición al trabajo más exigente. Así que los halagos de sus compañeras han conseguido lo que los requiebros de los mozos no pudieron.

—Así que tú eres Carmencita, —dice Doña Enriqueta repasándola con la mirada.

—Carmen, si no le importa, señora.

—Está bien, Carmen. Te he mandado llamar porque aquí en nuestra casa hace falta una buena mano. Le he pedido permiso a D. Froilán porque desde que mi hijo mayor está en la mili y el pequeño se fue a estudiar a San Gabriel, mi marido y yo no damos abasto. Cuando llegamos a casa no tenemos ni tiempo para nada. ¿Cómo se te da cocinar? —Pregunta preocupada.

—No lo sé, señora. Yo les hacía la comida a mis hermanos en mi casa, no sé si eso bastará.

—Pues iremos viendo. ¡Ah! Que sigues estando a sueldo de D. Froilán, ¿eh? Esto es un apaño entre el señorito y nosotros, si te llaman del cortijo o te dice mi marido que ayudes en el campo, lo dejas todo y te vas al tajo. ¿Entiendes?

—Sí, señora, —Carmen baja la cabeza sumisa, como le han enseñado.

—Otra cosa, si te tienes que ir deja el fuego bien apañado. No vayamos a tener un disgusto, que ahora esto del butano y estas modernidades, me dan un miedo que para qué.

—¿Del butano, señora? ¿Qué es eso?

—¿No lo has visto todavía? Pues la fábrica de Cartagena lleva ya casi diez años, mujer. En el cortijo todavía tienen una económica porque Pastora, la cocinera, es mayor y

no quiere cambiar, pero nosotros, mira, —dice enseñándole la cocina a gas, tan blanca que resplandece debajo de lo que fue la antigua chimenea.

—Pues, me va a perdonar, señora, pero yo no sé usar eso, puedo hacer una candela en el patinillo.

—¡Qué va, mujer! ¡Con lo sucio que es eso! ¿Tú sabes cómo se ponen los peroles? Bueno, ¿qué te voy a contar? No. A usarla te enseño yo, que es mucho más fácil y más limpio que la económica de carbón.

—¿Puedo volver a dormir con las mujeres del cortijo, señora? —Pregunta Carmen un tanto preocupada.

—Sí, mujer, sí. Aquí no tienes nada que hacer en cuanto llegue mi marido. Te quitas el delantal y ¡hopo!

—Muchas gracias, señora.

—Oye, Carmen, igual que no te gusta que te llame Camencita, a mí no me gusta eso de señora para arriba y señora para abajo. Aquí la señora es Doña Catalina, que aunque esté en Madrid y casi no le vemos el pelo, sigue siendo la señora. A mí llámame Enriqueta, a secas. Lo de hablarme de usted, está bien, que eres una micurria pero algo educada estás. Por cierto, ¿sabes leer y escribir?

—No, Enriqueta.

—Está bien así. Y ahora vete, estate aquí mañana a las seis y te digo lo que hacer.

—¿Desayuno aquí o en el cortijo, Enriqueta?

—¡Pues buena pregunta es esa! En el cortijo, mujer. Aquí solo vienes a trabajar. Total, estás a cinco minutos del comedor de servicio. A mediodía tienes media hora para ir a comer, ¿vale? Mañana te cuento, anda, vete.

Entrar a trabajar a la casa de los encargados le ha proporcionado a Carmen un cierto estatus entre sus iguales. En

pocos meses ha pasado de ser la última en llegar, una canija muerta de hambre en la que nadie se fija, a ser la criada de Enriqueta, la casera. Una mañana de finales del año 50, Carmen estaba cantando, acompañada de la radio:

—«*Tengo que hacer un rosario
con tus dientes de marfil
para que pueda besarlo
cuando esté lejos de tí.
Sobre sus cuentas divinas
hechas con nardo y jazmín
rezaré pa que me ampare
aquella que está en San Gil.
Adios mi España querida
dentro de mi alma
te llevo metida,
y aunque soy un emigrante...*»

—¡Chiquilla, que estás en España, mujer! —Dice Froilán a través de la reja de la ventana.

Carmen, de espalda a la ventana, deja caer una olla de sus manos mientras deja salir un grito torpe:

—¡Ay, vaya por Dios! ¡Qué susto me ha dado! ¡Ay, Dios mío! ¿Cómo arreglo esto?

—No te apures, que yo se lo digo a Enriqueta, que ha sido mi culpa por escucharte así, sin avisar ni nada. ¿Dónde está la casera?

—Ha ido con su marido para donde los cerdos, para preparar la matanza de las fiestas. ¿Quiere que le avise? —Dice mientras recoge todo el estropicio.

Froilán, sabedor de que no debe entrar en la casa sin el permiso de sus caseros pero encandilado por la juventud de Carmen, responde:

—No, no hace falta. Pero dile cuando vuelva que tenemos que hablar. —La fina voz de Juanito Valderrama sigue su curso hasta el final. Por un momento Froilán y Carmen escuchan en silencio y se miran entre sí, con la verja de hierro y los abismos sociales como única separación.

*—«Yo soy un pobre emigrante
y traigo a esta tierra extraña
en mi pecho un estandarte
con la alegría de España,
con mi patria y con mi novia
y mi Virgen de San Gil
y mi rosario de cuentas
yo me quisiera morir».*

—Hasta luego Carmencita, ya nos veremos, —se despide Froilán.

—Carmen, si no le importa, señor, —corrige ella en voz baja pero firme.

—¡Anda, coño! Nos ha salido respondona y todo. Bueno, Carmen, ya te digo, nos veremos.

—Te ha dicho cuatro palabras, Carmen, eso es todo. No te lo tomes a la tremenda que así no vas a llegar a ninguna parte. —Su compañera de habitación intenta hacerle entrar en razón cuando ve a Carmen hacer una pequeña maleta encima de su cama.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quedarme aquí y esperar el envite? Con la fama que tiene el patrón...

—¡Schsss! ¡Chiquilla, que te va a oír alguien! ¿Y te vas a ir así como así sin la paga ni nada? ¡Anda, anda, ten un poco que calma! Se le pasará, mujer, ha sido un

requiebro sin más. Total, ¿qué te ha dicho? Según tú no ha pasado del «ya nos veremos». —Intenta calmarla Pastora.

—No son la palabras, tú lo sabes, hay muchas formas de decir «ya nos veremos». Esta mañana me voy para San Gabriel, vamos, que hoy mismo cojo el ferri, si es que llego a tiempo.

—Pero, ¿has hablado con Enriqueta?

—Ella dice que no quiere saber nada, que eso son cosas mías, que si ando buscando y no sé que mierdas más. Que me voy, que no me puedo quedar ni un segundo más.

—Espera, vamos a ver. ¿Qué ha pasado para echar a perder este trabajo y lo que te deben? Porque no pienses que te van a pagar así a mitad de mes. Mujer, estate tranquila que no va a pasar nada que tú no quieras.

—Pues eso, ¿ves? —Carmen apenas logra articular palabra con su respiración agitada y los mocos que le caen—. Tú misma lo has dicho, ¿no? Pase lo que pase todo el mundo va a decir que es lo que yo quería. Tú misma ya lo estás diciendo: «nada que tu no quieras» se convierte muy pronto en «es lo que tú querías». Y a una ni le preguntan ni le creen, ¿o tú piensas que en El Barranquete somos todos idiotas? Aquí la única palabra la tiene D. Froilán y ahora que si las navidades, que si la nochevieja, más trabajo, más vino, más juerga, que me lo veo venir, es que me lo veo venir.

Inesperadamente, Enriqueta aparece, cosa que no ocurría en mucho tiempo, por el austero dormitorio de las trabajadoras.

—A ver, ¿qué voces son esas? ¿Se puede saber qué te pasa, niña?

Carmen baja la cabeza y coge la maleta abrazada a ella sin decir palabra.

—Enriqueta, —dice Pastora—, aquí la chiquilla que se quiere marchar.

—¡Pero bueno! ¿Qué te pasa? ¿Es que echas de menos a tu familia?

Carmen, que ni había caído en la cuenta de pedir un permiso de unos días para ver a los suyos, ve el cielo abierto y la posibilidad de dejar todo aquello de buenas maneras:

—Sí, Enriqueta, es que he sentido un nudo en la garganta y una nostalgia cuando veo que se acercan las fiestas, que me he puesto muy triste, que echo mucho de menos a mi madre y mis hermanos.

—Bueno, mujer. Vamos a ver si eso se puede arreglar, pero no me hagas tonterías. Que eso de irse así como así no te beneficia, ni a ti ni a nadie, —dice mirando seriamente a la cocinera y añade dirigiéndose a las dos—: Anda, deja la maleta ahí y daros una vuelta por el pueblo.

—Mañana mismo te llevo en coche a San Gabriel. Tú no te preocupes que te dejo montada en el ferri a Almería que sale los lunes, ¿eh? ¿Qué te parece?

—No es necesario, D. Froilán, de verdad, que cojo el autobús en el pueblo.

—Mira, chiquilla, de todas formas, vengas tú o no vengas, mañana salgo temprano para San Gabriel. Tengo que ir a Madrid y coger el ferri para Cartagena, ¿qué más me da? Pero tú sabrás, si estás a las siete dispuesta, salgo del patio en coche.

Enriqueta, que está presente y sabe de las reticencias de Carmen, intenta ayudar torpemente:

—Claro que sí, ¿cómo no va a estar?

—Muchas gracias D. Froilán, por darme el permiso y dejarme ir con usted en el coche.—Se ve obligada a decir Carmen, muy poco convencida.

—Pues a mí no me ha dicho nada de ir a Madrid, Carmen, y es raro, —le habla en la cena el chófer— ¿quieres que le pregunte al casero?

—Déjalo, no. Que sea lo que Dios quiera.

—¿Y eso? ¿Tanto miedo le tienes al patrón?

—Más que miedo es que me da no sé qué, eso de ir sola en un coche...

—La moza tiene razón en preocuparse, estando las cosas como están. —Dice una mujer mayor, casi anciana, que suele hacer las veces de ayudante de cocina.

—¡Quiá! El patrón no se va a fijar en una flacucha fea como esta. —Los pocos dientes del chófer, amarillos del tabaco, sobresalen en una mueca que junto con la comida a medio masticar le revuelve el estómago a Carmen mientras este ríe a carcajadas.

—Tienes toda la razón, —Carmen le sigue la corriente—, no se fijará y si lo hace no hay nada que temer porque seguro que él es tan caballero como tú simpático.

—¡Qué graciosa, la moza! —responde él un tanto desairado.

Lo que ha querido evitar, de una forma u otra, al final ha terminado por producirse. Cuando Carmen ve el coche en el que van a viajar se le cae el alma a los pies. Ella esperaba el coche grande que Froilán usa con mucha frecuencia y no ese bólido azul que le recuerda a las carreras de coches que, algunas veces, ha visto en el cine. Es un Alpine deportivo, bajo, con un morro que, a sus ojos,

tiene una aire maléfico, como de nave espacial del malo de Flash Gordon, esa que le gustaba tanto a su hermano y que un verano vieron con su padre en San Miguel de Cabo de Gata. Los ojos de Carmen, sorprendidos, miran a Froilán que pregunta:

—¿Qué? ¿Te gusta?

—Pero, patrón, ¿ahí vamos a caber los dos?

Pastora, la cocinera, que ha acompañado a Carmen al patio después de un café rápido, torpemente, no logra contener la risa pues, verdaderamente parece imposible que el corpachón robusto y con algo de sobrepeso del cuarentón pueda caber en semejante vehículo.

—Tú súbete que nos vamos. —Le responde un tanto molesto por la risa de Pastora.

Carmen se sube dejando la maleta sobre sus piernas.

—Deja eso detrás. No vas a estar todo el rato con eso encima. Dame, —y cogiéndole la maleta la coloca justo detrás del asiento—. Mejor así, ¿no?

Un coche como ese no se tiene para ir despacio. Froilán hace alarde de su habilidad como conductor y las curvas pronunciadas, las idas y venidas y los cambios de rasante llevan a la joven a sentirse mareada. La falta de costumbre acaba por dejar su piel de un color amarillo ceniciento que no presagia nada bueno.

—Perdone, D. Froilán, pero tengo que salir, que el café me está...

—¡Venga, mujer, que no es nada!

—¡Pare, pare, por favor que...!

Froilán, a esa velocidad y entre tanta curva estrecha no logra encontrar a tiempo un lugar donde parar y el desastre termina produciéndose. Carmen, apurada, al menos respira más tranquila pues sabe lo poco glamurosa que es la situación.

—¡Ay, madre mía de mi alma! ¡Cómo le he puesto todo! Obligado por las circunstancias, a sabiendas de que si se retrasa mucho pierde el ferri, decide seguir hasta una fuente. Una fuente que conoce bien pues la ermita cercana es un lugar de romerías, juergas y algún que otro desmán nocturno en verano.

—Paramos al lado de la fuente de Los Coloraos. En el maletero creo que tengo algo para limpiar y quítate esa ropa, que huele que apesta.

Carmen no le hace caso, limpia lo que puede del coche y se echa agua sobre la falda varias veces hasta que, aunque esté empapada, no se ve sucia.

Una vez algo recompuestos del desastre, Froilán decide ir algo menos brioso para evitar que se repita.

—Bueno, Carmen, ¿y esto cómo me lo vas a pagar? —Pregunta insolente.

La muchacha calcula el tiempo que le queda por llegar y balbucea sin mucho éxito:

—Pues, no sé, D. Froilán, muy mal no ha quedado, el coche digo, de limpio. Porque lo más gordo me ha caído en la falda. El hombre baja la velocidad, mantiene una mano en el volante y coloca la otra sobre la pierna de Carmen.

—¿Te gusta esto?

Carmen hace ademán de abrir la puerta del coche.

—¿Adónde vas? ¿Estás loca?

—¡Estése quieto entonces, cojones! —Grita enfadada.

Froilán, acostumbrado a una sumisión de animal encerrado y a la facilidad que encuentra en las chicas de sus locales, recibe la respuesta de Carmen como un acicate nuevo, como una diversión añadida a su costumbre salvaje de cazador y de una forma un tanto extraña toma la decisión de ‘jugar’ con esta ‘pieza’ a un juego diferente, el de la seducción y no el de la caza.

—Vale, vale, disculpa, había entendido mal. Pensaba que si estabas dispuesta a venir...

—¿Ve usted' Se lo dije a doña Enriqueta, pero fue ella la que...

—¿Qué le dijiste? —pregunta extrañado.

—Pues que no está bien visto que una moza como yo se monte en un coche con un señor de su edad y posición, que podían pensar mal.

—Pues tienes razón, en parte. Pero yo no te voy a hacer nada que tú no quieras.

Carmen piensa: «otra vez con el 'nada que no quieras'. ¡Coño! ¡No me podrán dejar en paz!».

—Mira, ya se ve el mar, ¿lo ves?

—Sí. Está bonito de lejos.

—¿Sabes? Voy a hacer negocios importantes en Madrid, ¿te gustaría venir conmigo?

Carmen se ríe, asumiendo que es una broma:

—¡Qué cosas tiene! Yo no sirvo para eso. Además mi madre y mis hermanos me esperan en Almería, ¡menudas bromas se gasta usted!

—Te voy a decir una profecía, como la de las gitanas del barrio: antes de que pase un año tú y yo vamos a ir juntos a Madrid.

Carmen, con las manos en el regazo, sobre la falda empapada tiembla un poco.

—Pobrecita, tendrás frío con la ropa mojada, —reconoce y añade—: te tienes que cambiar.

Antes de entrar en San Gabriel, Froilán aparca en una venta:

—Coge tu maleta, ¿llevarás ropa de repuesto, no?

—Sí, claro.



El viaje en ferri desde San Gabriel lo pasa Carmen mirando desde la ventana el encrespado mar. No se le acaba de ir de la cabeza que ese D. Froilán al que tanto temen, después de todo, no es muy diferente de otros muchos hombres que ha tratado. En casa, al pie de la lumbre, cuando todos los hermanos pequeños se han acostado, Carmen no puede evitar contar a su madre todo lo que ha vivido en San Gabriel, muy especialmente el viaje en coche con el patrón.

—¿Por qué son así? —Se pregunta—. ¿Por qué no son capaces de tratarnos como...? ¿Como me tratan mis hermanos? Son más chicos, claro. No sé, pero padre... Padre no era así, ¿no?

—Tu padre no era así, no. Tu padre tenía sus defectos como todo el mundo, pero conmigo nunca fue así. El hombre me respetó hasta que nos casamos y nunca tuve ningún disgusto con él. Tú me entiendes. Lo que quiere ese hombre no sé si es bueno para ti. Si no quieres no vuelvas, aunque esas dos mil pesetas que nos mandas todos los meses nos dan la vida, hija. Pero no te obligues, ya vemos cómo nos las apañamos.

—No, madre, no. Eso no. Creo que puedo valerme. Es que no lo entiendo, yo solo quiero trabajar y que me dejen en paz. Porque trabajar, trabajo mucho, que Pastora, ya sabes, la cocinera, me ha cogido cariño. Y el patrón, con sus cosas, tampoco es que se haya portado mal, me ha dejado estos días de navidades de permiso, que no es lo que cualquiera ha conseguido y me ha pagado el ferri y todo, ¡un ida y vuelta, encima!

—Pues lo mismo el hombre es que no quiere que dejes la casa, estará contento con tu trabajo. —Dice la madre orgullosa.

Carmen, que no tiene secretos para su madre, le cuenta la propuesta de ir a Madrid y que ella se lo tomó a broma. —Si te lo vuelve a pedir, le dices que sí, pero con la condición de que te lo diga delante del cura y de que lo primero sea ir a presentarte a sus padres. Así le espantas cualquier idea mala que tenga. ¡Ay, mi niña! ¡A ver por dónde sale la cosa!

—Mamá, yo no me hago ilusión ninguna, ¿eh? Que ese hombre es muy mayor para mí, que lo único que tiene es dinero y posición.

—Bueno, al principio eso no llama mucho la atención, pero deja tú que pasen unos años y verás la importancia que tiene.



El 2 de enero de 1969 aún no ha bajado Carmen del ferri y ya ha visto el deportivo azul aparcado en el puerto. El corazón le da un vuelco y no sabe muy bien qué hacer. Casi se queda parada en mitad de la tabla:

—Señorita, por favor, siga adelante. —Le piden desde atrás.

Dando un ligero traspiés reconoce la sonrisa de Froilán apoyado en el Alpine que la saluda agitando la mano.

—¡Qué casualidad! Llegué esta mañana, iba a marcharme cuando me dijeron que estaba apunto de entrar en ferri de Almería. Me dije, ¿pero no era hoy cuando volvía esta chica? Y aquí me ves.

—Buenos días, D. Froilán. No tenía que haberse molestado. Los autobuses Vera son muy puntuales y, ahora más modernos que las Alsinas de Almería, ¿eh?. ¡Cómo cambia todo!

—¡No me digas! ¿Aquí en San Gabriel son mejores los autobuses? —Froilán se echa a reír.

—Pues sí señor, no me pregunte por qué. Pero es así.

—A Carmen le ha cambiado la cara. Estos días en El Barranquete le han dado alegría y se la ve más repuesta y contenta.

—Pues será por el negocio en el que me he metido, que está renovando la isla con unas alegrías que no se veían por aquí nunca. ¿Tú conoces el Hotel Sol Palace, en la Playa del Abedul?

—¿Qué voy a conocer? Yo no conozco más que el cortijo, la iglesia de Santa Úrsula y la plaza del pueblo, D. Froilán. No he recorrido la isla.

—Pues hoy vamos a ir al hotel, antes de volver al cortijo. Pero antes tienes que cambiarte esas pintas de pueblerina que me traes.

—¡Pero qué está diciendo, hombre! ¿Cómo va a ser eso?

—Carmen se ríe porque empieza a verse como si fuera una de esas actrices de Hollywood y solo la idea de verse así le parte de risa. Conducen por la ciudad, en dirección al centro. Froilán aparca pero no se baja del coche.

—También tiene gracia la cosa. Mira, esta es la Plaza del Carmen. Eso que ves allí son los Almacenes Álvarez. Toma, —Froilán saca un billete de cinco mil pesetas de su cartera, más de lo que gana ella en dos meses, y se lo mete en un bolsillo del abrigo usado— vé tu sola, te compras lo que quieras, pero dile a la señorita que quieres estar bien, ¿vale? Yo te espero aquí para que no te sientas incómoda, ¡venga, vamos!

—Pero D. Froilán, es que ya me siento incómoda.

—No seas tonta, mujer. ¡Ah! ¡Y ni se te ocurra escatimar ni traerme nada de vuelta! ¿Eh? El tique de caja, sí, me lo traes, que me viene bien para las cuentas. ¡Venga, venga, vamos! No me tardes mucho.

Una hora después, con varias bolsas en las manos, Carmen vuelve al coche. Está cerrado y tiene un papel cogido en el limpiaparabrisas.

Un chico joven, con una cartera de cuero en los hombros pasa a su lado.

—¡Eh! ¡Chiquillo! ¿Me puedes leer el papel, que me he dejado las gafas?

El crío, responde:

—«Estoy en la confitería La Isla. Ven a tomar café». —Y sin necesidad de preguntarle, el niño le dice—: es allí, al fondo de la plaza.

Un Froilán exultante le hace señas cuando la ve acercarse con las bolsas.

—¡Madre mía! ¡Eres otra!

Carmen sonrío mientras se dice a sí misma: «Esto se va a poner feo de un momento a otro. No me puede estar pasando gratis».

Minutos después aparcan en la puerta del Hotel Sol Palace. Desde que entra, Froilán no para de saludar a unos y otros. La cafetería, con su inmensa lámpara de tubos dorados que es leimotiv de un diseño algo pretencioso y recargado, es enorme. Sus vistas a la playa son impresionantes y el paisaje un tanto anfractuoso de sus mesas, pasillos y diferentes alturas son una tortura para las camareras que trabajan allí.

—Conoce usted a todo el mundo. —Dice Carmen mientras se sienta, incómoda y fuera de lugar ante tanto lujo, en el mismísimo borde del sillón de la cafetería.

—Te presento a Ruiz Pérez, el gerente del hotel. —Y dirigiéndose a él, que se mantiene de pie—: Siéntese, por favor, con nosotros.

Ruiz Pérez, también algo incómodo por la situación, le pregunta:

—¿Consiguió usted aquello de que lo que hablamos por teléfono, D. Froilán?

—¿Lo de la orquesta?

—Sí, sí. Es que, ¿sabe usted que no hay una sola trompeta en la isla? ¿Cómo vamos a montar una fiesta, por Dios?

—La orquesta viene este mismo fin de semana, no se preocupe.

☞ Los olvidados (Santa Úrsula 1979)

En los escasos kilómetros de carretera que unen Santa Úrsula con La Valla hay un desvío que, dirigiéndose al este, culmina en un pequeño núcleo de población que llaman La Rana. Debe su nombre a una charca natural que carece de agua desde hace más de cincuenta años. En algunas semanas lluviosas, cada vez menos frecuentes, suele llenarse, lo que ahora es casi un basurero, con una capa de sucio limo verdoso. Alrededor del estanque vive lo que queda de una comunidad marginal. Aunque algunas familias son gitanas, no se puede decir que sea la razón que los reúne a todos en La Rana. Son gente dura, hecha a la segregación que nunca ha encontrado un horizonte despejado para ellos ni para sus hijos. Algunos de sus abuelos trabajaron en las minas y fueron reprimidos en el levantamiento del 17. Otros lo hicieron de peones en Puerto de Moros, pero con la llegada de la base ni siquiera recibieron la escasa contrapartida pues no figuraban como residentes, viviendo como vivían en campamentos a las afueras del pueblo. La que más y la que menos ha trabajado junto a los suyos no solo cuidando de la prole sino también como temporera, recogiendo

aceitunas en invierno y garbanzos en verano, ayudantes de la matanza a finales del otoño, amenizadoras de las fiestas en navidades, alegría de los campos en primavera, pero recibiendo siempre la misma moneda: desprecio, temor y malos tratos.

La miseria, las malas condiciones y la falta de comunicación natural con el resto de los habitantes de San Gabriel, ha provocado que estas gentes sostengan códigos que a comienzos de la década de los ochenta se viven como anticuados, provocando de nuevo la incompreensión y alimentando un círculo vicioso de distanciamiento y marginación. Pero lo que ocurre con la gente de La Rana se parece más al mundo de donde proceden los que los marginan que a cualquier otra cosa. Pues si la honra y la decencia son 'cosas del pasado' que se califican de anticuadas o ignorantes por los progresistas de poco antes de los ochenta, es porque sus capacidades económicas así se lo permiten. De algún modo, todos en ese momento pueden mantener su estatus con un coste limitado.

Los que los don Froilanes de las épocas pasadas conseguían mediante las fuerzas políticas y sociales que se encontraban a su favor sobre el terreno, ahora lo hacen de forma invisible y generalizada en los despachos de Madrid, Bruselas o Nueva York.

En La Rana, el tiempo y las lógicas de dominación son bien distintos y la honra, especialmente el símbolo por antonomasia de la honra masculina, que es la integridad de la hembra, es sagrada. Prácticamente cualquier varón con más de catorce años está dispuesto a matar y morir por ella. Lo que, quizás es una característica especial de los habitantes de La Rana es que nunca vuelven la violencia contra los suyos. Lo que un desliz de una moza con

uno de sus iguales supone el matrimonio acordado o el destierro del varón, cuando se produce con un extraño -y aquí 'extraño' es cualquiera de cualquier condición que no sea de La Rana- es prácticamente una sentencia de muerte. No de la moza sino del que se ha atrevido a cometer semejante delito.

Pero, ¿y al contrario? Al contrario está no solo tolerado, sino que se reconoce como un símbolo de estatus, hasta el punto que las mujeres mayores llevan un registro oral pero muy detallado de todos los 'hijos de La Rana' que hay en la isla, aunque ni siquiera ellos mismos lo sepan. Si se mantuvieran estas normas no escritas de conducta durante mucho tiempo, el fantasma de la endogamia empezaría a pasar su factura. Como otra regla no escrita de La Rana, las llegadas de mujeres de fuera siempre es bien vista. Esto crea un entramado de relaciones con el exterior que no siempre es fácil de comprender ni tolerar lo que hace que la pequeña comunidad de La Rana sea mal vista en toda la isla.

Esta peculiar característica les ha enseñado algo a los miembros de esta comunidad que el propio conocimiento científico ha puesto en duda muchas veces: la importancia de la cría, como ellas mismas dicen.

—¿Qué es eso de la cría, Ana? —El que pregunta es un joven antropólogo que vive en La Rana desde hace ya seis meses. Ana, una anciana desdentada, está sentada en una silla baja de anea junto al hogar de su casita.

—La cría es la crianza, ¿no?

—Sí, pero aquí le dais un sentido especial. No sé, el otro día me hablaste de la lista de los hijos de la Rana, los que nace fuera de aquí.

—Sí, claro. Pero de eso no te voy a hablar, ¿eh?

—Ya, ya lo sé, pero me dijiste que eso demuestra lo importante que es la cría.

—Yo no sé de esas palabras que usas, lo que dije es que una cosa es la condición y otra es la cría. Que aunque los hijos de La Rana son, por el padre, de la misma condición, luego tu ves de mayores lo distintos que salen. Esa es la cría. —Responde la anciana.

—Vamos, la educación. —Intenta aclarar el joven.

—No, nada de educación. Aquí en La Rana nadie tiene de eso. Eso son cosas de payos y ricos. Mira, te voy a poner un ejemplo: ¿conoces al cura?

—¿El de Santa Úrsula?

—Sí, ese.

—Alguna vez he hablado con él. —Admite Peter.

—¿Qué dirías tú? ¿Es educado, como tú dices?

—Sí, claro.

—¿Lo has visto alguna vez por aquí?

—La verdad es que no.

—No lo han criado bien. Es educado pero no está criado como Dios manda.

—¿Pero el cura es ‘hijo de La Rana’?

Ana se ríe a carcajadas. Sus tres únicos dientes destellan a la luz de la lumbre con la caverna oscura de la boca de fondo.

—¡Ay, si nosotras habláramos! —Y añade—, oye, que me dijiste que esto queda entre nosotros, no me vayas a salir calabeoso.

—No te preocupes, Ana. Ya sabes que ni siquiera el nombre de la isla saldrá en ninguna parte.

Peter, que aunque viene de la universidad de Oxford habla un perfecto castellano con acento andaluz, es gibraltareño. Tiene una habilidad lingüística que le permite expresarse con facilidad en nuevas lenguas con mucha

rapidez. A veces no se da cuenta que habla en llanito y las mujeres mayores de La Rana le dicen:

—¿Pero qué estás diciendo, hombre? ¡Habla en cristiano! ¿Pues no que me dice que el pollo está frozen?

Peter se ríe y se divierte. Los hombres de La Rana lo admiten porque ven en él a un muchacho torpe, desgarbado y poco atractivo. Pone todo su interés en los ancianos y ancianas con los que pasa todo el rato charlando y haciéndoles recados, teniendo un cuidado exquisito sobre todo con las mujeres pues bien sabe cómo se las apañan en La Rana con esas cosas. Eso, y que deja a su paso buenos recursos y la buena disposición de ayudarlos con su furgoneta. Peter vive en casa del hijo de Ana, Juanillo, uno de los pocos habitantes de La Rana que está medrando gracias a sus iniciativas como vendedor de cualquier cosa que pueda conseguir.

Peter ve a Eloísa en el mercadillo de Santa Úrsula por primera vez. Hace poco que ha dejado la escuela porque su padre y sus abuelos no quieren que vaya al instituto que está en San Gabriel. Aunque hay transporte escolar, ellos prefieren que se quede en casa ayudando a los suyos y con los animales y los pequeños trabajos de la tierra 'hasta que tenga novio y se case'. Francisco, que está toda la semana en el hotel, vuelve cansado los viernes por la noche, pero nunca falta a la cita obligada con su hija del mercadillo de los sábados por la mañana.

Eloísa, a pesar de haberse quedado sin madre siendo pequeña, es una joven alegre y dicharachera. Su padre piensa con mucha frecuencia que quizás lo mejor para ella es irse a vivir con él, en una de las habitaciones del personal, pero le da algo de reparo quitarle la única nieta a su madre y exponer a su hija a la vida loca del turismo de la costa.

—Papá, mira, las zapatillas de las que te hablé. ¿Qué valen? —Pregunta a un Peter que siempre que no hable puede pasar desapercibido en el puesto de Juanillo.

—¿Esas tenis?

—Sí, estas.

—Cien pesetas, pero por ser para ti, las dejo en ochenta.

—Responde Peter.

—¿Dónde vas, sandio? ¡Que me arruinas! —Le grita Juanillo desde el lado opuesto del puesto.

En realidad, esos son trucos acordados entre ellos para llamar la atención, trucos que cualquiera con algo de edad y luces reconoce al instante pero que encandilan a la joven Eloísa:

—Anda, papá, cómpramelas. Se parecen a las Converse, imitación de las americanas, vamos, pero tienen muy buen precio.

Francisco, que intenta sustituir sus ausencias con mimos, le da un billete de cien pesetas a Peter que, bien enseñado en las técnicas de Juanillo, se va a otra parte del puesto y comienza a atender a otra compradora. Francisco, con su carácter seco, se queda cortado y Eloísa interviene.

—¡Oye, la vuelta!

—¿Qué vuelta? —Responde Juanillo que ahora está más cerca de ella.

—Ese me ha dicho que para mi son ochenta. —Señala a Peter. Francisco no tiene ganas de jaleo:

—Déjalo, hija, es igual.

—¿Pero cómo va a ser igual? ¡Eh, tú, canijo! —Dice dirigiéndose a Peter—. ¿Y la vuelta?

Juanillo se parte de risa viendo a Peter sorprendido.

—Perdone, mileidi, que estaba buscándola en la caja.

—Deja caer veinte pesetas en su mano. A Eloísa no le

pasa desapercibido el calor de las monedas en las manos cuando él dice—: ¡Vaya, lo bien que te manejas en el mercado! —Y dirigiéndose a su padre, continúa—: Cuídela que una chica así puede llegar a cualquier parte.

Francisco ya está abandonando el puesto cuando su hija, sin que él se entere, le contesta con una amplia sonrisa en los labios:

—Llegaré a donde haga falta, canijo, a donde haga falta.

—¿Qué hablas? —Le pregunta el padre.

—Me despedía nada más.

—Últimamente vas mucho por el pueblo, ¿no? —Le pregunta Ana a Peter mientras pone en marcha la grabadora.

—Hay allí una gachí que me trae loco, Ana.

—¿Pero tú no tenías novia en las inglaterra esas? Que me dijiste que estabas comprometido y todo.

—Sí. Pero le he contado por carta cómo me siento y me ha dado aire.

—¿Aire? Que se ha enfadado, vamos.

—No. Que se va a tomar un respiro, que me dice que haga lo que quiera, vamos.

—¡Juventud, divino tesoro!

—Bueno, ¿seguimos? —Pregunta poniendo en marcha la grabadora.

—Tu dirás, hijo.

—Cuéntame cómo viviste tú la guerra, que de eso no hemos hablado.

—Ozú, ¡qué cosa más triste! Esos años pasamos muchas penalidades. Muerte, hambre y miseria. ¡Madre mía, por lo que preguntas!

—¿Cuántos años tenías cuando empezó la guerra?

—Yo nací en el ocho, haz la cuenta. Mi hombre trabajaba entonces en donde D. Froilán, con el padre, no este de

ahora. Era temporero pero cuando no era por una cosa era por otra, siempre tenía trabajo. Cuando se puso fea la cosa, tú sabes lo que pasó en ese año...

—El 36.

—Sí. El patrón se cagó patas abajo y cogió a su gente y se largó.

—Espera, ¿que se marchó a San Gabriel?

—No. Que se fue de la isla, no sé adonde. Algunos dicen que a Melilla, no sé. El caso es que nos quedamos desangrados. Porque, claro, no se fue de vacaciones, que dejó a gente a cargo con la orden de no contratar a nadie...Y ahí empezó el hambre.

—Un cierre patronal, vamos. —Apunta Peter.

—No sé qué es eso. Yo en aquella época ya tenía a mi Juanillo, chico chico, y estaba embarazada de Ana, mi segunda, que la pobre se me murió.

—¿Y qué hizo tu marido?

—Juan se tiró al monte. Como no había nadie que controlara a los furtivos, que cuando estaba el patrón era terrible, te metían en la cárcel por un conejo, pues se tiró al monte y cuando no era conejo, eran cabras montesas, y cuando no, las que no eran montesas. Mi Juan era listo y dejaba rastros como de perros salvajes, ¿sabes?

—Hasta que vinieron del Purche, ¡malas puñalás les den! Y lo convencieron de que tenía que alistarse. Mi Juan era cojo, tenía sus papeles de cojo y todo, que por eso no fue a la mili. Metió el pie en un hoyo de chico y no le curó bien. Pero el muy tonto se dejó engatusar y allá que se fue con otros a defender la república.

—Murió en la guerra, me dijiste.

—Mira, —Ana se levanta y busca, levantando una madera vieja, en una especie de arcón de obra—, esto es todo lo que recibí de mi Juan.

Peter lee un telegrama:

—¡Pero esto está en catalán! ¿Te lo trajeron a la Rana?

—Sí. El telegrama y esto, que he guardado desde entonces. —Dice enseñándole la identificación como cabo del ejército de la república.

—Llegó a cabo, y entonces murió en Cataluña...

—Sí, en noviembre del 38. Y entonces lo pasamos mal, muy mal. Aquí no nos llegaba ya la paga. Juanillo y yo vivimos gracias a la caridad de los pocos que quedaban. Mi parto fue horroroso y la niña murió dos semanas después de nacer. Después de eso, cuando acabó la guerra, volvió el patrón. Tengo que decir que con el patrón, hambre, lo que se dice hambre, no pasamos. Penalidades todas las que te quieras imaginar. Pero, ¿habráse visto? ¡Lo que me estás obligando a recordar, malnacido!

—Dice sonándose los mocos en un gurrño de pañuelo pequeñísimo

—Bueno, mujer, lo dejamos para otro momento. —Dice Peter calmándola.

—No. Pregúntame de esa época todo lo que quieras hoy, pero no vuelvas a preguntar más de esos años. ¡Por la gloria de mi madre que si lo haces no te vuelvo a hablar! Así que, ¡hala!, termina y cuando apagues el cacharro lo olvidamos del todo.

Peter, que no ha visto así a Ana desde que él llegó a La Rana, sigue preguntando impelido por el prurito profesional de conseguir la información. Ana no sabe muy bien el porqué de tanta pregunta, y mucho menos el interés que pueda haber en los relatos de una vieja gitana, pero le halaga, de cualquier modo, ser ella el centro de atención del joven gibraltareño.

—Vamos a dejar atrás ese periodo. Lo doy por acabado.

—Ana relaja su rostro y deja caer una mirada triste pero

calmada sobre las ascuas del hogar de donde emana un fuerte olor a garbanzos. ¿Cómo fueron los cuarenta? Los años cuarenta, quiero decir.

—En esa época La Rana casi desaparece. Solo quedaban ancianos y niños. Ningún hombre joven, pocas mujeres. Yo me fui a vivir con Juanillo a una especie de almacén en lo de D. Froilán. En la nave malvivíamos unas cuarenta personas. Al principio sin separaciones ni camas ni nada. Un horror. Mi Juanillo y otros críos no paraban de llorar sobre todo de frío en invierno y de las picaduras de piojos y liendres en verano. Pero, ¿sabes? Nadie quería irse de allí. ¿Irse a dónde? ¿A pasar más hambre? Porque la libertad y todo eso es muy bonita si eres joven y estás solo. Pero una mujer con un niño pequeño no tenía dónde acudir en aquella época.

—¿Y cómo era el patrón?

—Don Froilán, el padre, volvió unos años hasta que se fue a Madrid. El niño, el de ahora, cuando llegó después de la guerra era un mozo peligroso. Le llamábamos ‘El Rabo del Diablo’. ¿Tú sabes eso que dicen que cuando el Diablo está aburrido caza moscas con el rabo, no?

—Sí, sí.

—Pues el Froilancito, el ojito derecho de Doña Catalina, en aquella época era un mal bicho. De todas formas yo no tenía trato con él. A los encargados sí les tenía miedo que con tal de hacer méritos para los de arriba, hacían de todo. Al patrón, de todas formas, todos le temían. Ahora se ha domesticado, ¡lo que no haga la edad!

—¡Ah! ¿Pero vive en el cortijo?

—Yava poco al cortijo. A veces se pasa, pero está mucho más tiempo en el Purche. Tiene negocios por toda la isla y allí en San Gabriel, dicen que tiene una casa grande. Aunque de eso no me preguntes que no sé mucho, lo que me cuentan.

—¿Y cómo te volviste a vivir aquí?

—Cuando Juanillo creció me obligaron a dejarlo ir a la escuela de Santa Úrsula. Eso sería a finales de los cuarenta. Al cura se le metió en la cabeza que los niños del cortijo tenían que aprender a leer y a escribir y allí que fue el pobre. Siendo un grandullón como era, ¡no lloraba nada! Pero eso le vino bien, así aprendió a hacer cuentas y sus mercadeos, que ya desde muy joven ha sabido valerse con eso. Entonces me dijo que por qué no nos íbamos a La Rana, que pondríamos en luz la casita y podríamos vivir los tres divinamente.

—¿Lo tres?

—¡Ah! Claro, es que no te he hablado de Marcela, la pobre.

—¿La mujer de Juanillo?

—Eso. La mujer de Juanillo. ¡Era tan buena moza y murió tan joven! Mi Juanillo, mira que han pasado años, que eso fue en los sesenta, no ha vuelto a tener pareja. A veces se va por ahí y tarda semanas en volver, que no sé lo que hará, pero ¿no lo ves siempre vestido de negro?

—Sí.

—Pues es por su Marcela.

En los primeros meses tras su llegada, Peter salía poco de la Rana, en ocasiones se dejaba ver por Santa Úrsula en donde le conocen sobre todo en Correos. Todas las semanas miraba en su apartado por si había noticias de su casa. El correo de Gibraltar, con unas cosa y con otras, le llega vía Londres, y de la universidad recibe alguna que otra respuesta de su director de tesis. Pero desde que conoce a Eloísa, es un cliente habitual del bar más concurrido de la plaza. Peter se hace el encon-

tradizo en todo momento y ya conoce bien sus hábitos. Por otro lado, ella se siente poderosa al ver el interés que pone el inglés. Santa Úrsula, aunque se va haciendo algo más grande, sigue siendo un pueblo y todos conocen a Peter por 'el inglés' a pesar de su acento gacitano.

La abuela de Eloísa no tiene ya edad ni energía para seguir sus pasos por el pueblo. La única arma que tiene es mantener a la joven ocupada. Hace años que el pequeño huerto no ha estado más limpio y bien trabajado. Los dos ancianos son conscientes de que una joven de la edad de Eloísa necesita algo más que trabajar con sus abuelos y esperar la llegada de su padre los viernes por la tarde y, como suelen suceder estas cosas, se van relajando a la vez que la realidad se va imponiendo. Francisco les lleva a sus padres una televisión y con ella entran muchas cosas en la casa: las imágenes de los famosos, los anuncios, las nuevas costumbres, otros aires y más sedentarismo. Eloísa, en contra de lo que su padre pretendía, no solo no se queda pegada a la tele sino que aprovecha la hipnosis que produce en su abuela, sobre todo, para poder salir sin su compañía. Y de esa forma, Peter deja de ser el inglés del puesto del Juanillo y pasa a ser su amor secreto. Es secreto a ojos de sus abuelos y de su padre, que no a ojos del pueblo pues, aunque tienen cuidado con sus encuentros, todo termina sabiéndose en un pueblo pequeño.

Una tarde de viernes cuando Francisco se acerca en su coche a la casa de sus padres, ve con sorpresa a Eloísa y al joven inglés esperándole en la puerta. Extrañado, casi preocupado, pregunta enseguida:

—¿Pasa algo, hija?

—No, qué va, que me ha acompañado con las cestas desde el camino del huerto, que pesan mucho, —dice señalando dos espuertas grandes a sus pies—, y ya de camino...

Peter extiende su mano presentándose. Francisco, algo incómodo, la estrecha mientras le dice a su hija:

—Anda, entra en casa.

—Papá, que Peter quiere hablar contigo.

—Pues que pase también, claro.

Un rato después, tomando una cerveza, Peter intenta explicarse ante Francisco.

—Aquí todo el mundo me llama el inglés, que a mí ni me molesta, claro, pero ya ve usted que hablo el español divinamente. Estas costumbres se han perdido en Gibraltar, esto de pedir permiso para salir con una muchacha, pero su madre me mira con muy malas caras y yo no quiero molestar a nadie, usted me entiende.

—Te entiendo, ¿cuántos años tienes, si puede saberse?

—Pregunta directamente Francisco.

Peter lo vive como una muestra de descortesía, de rudeza innecesaria pero, adoptando un cierto papel de distancia antropológica de la situación responde sin protestar:

—Veinticinco años.

—¿Y tú sabes cuántos tiene ella?

—Claro, dieciséis.

—Pues eso. —Dice el padre mirándole fijamente a los ojos.

Peter no puede evitar pensar que en La Rana esa mirada vendría seguida, automáticamente, de un conflicto serio, casi un duelo a muerte. Por un instante está a punto de marcharse sin más, pero hay algo que le lleva a bajar la mirada y decir, sin mucha convicción:

—Entonces, ¿da usted su permiso para salir con ella?

Eloísa interviene bastante molesta:

—Pero ¿qué es esto, papá? Vamos a dejarnos de rollos medievales, ¿no?

La abuela, que aunque está en la cocina y vuelta de espaldas, está al tanto de la conversación, interviene:

—No le hables así a tu padre, niña. Anda, ven, échame una mano con esto.

Eloísa la ignora, no le responde porque está su padre delante y no quiere ofenderle. Mientras, Francisco se levanta y le ofrece la mano a Peter. Él levantándose se la estrecha. El padre le dice:

—Respétamela, hijo.

Eloísa, sin querer entender lo que pasa, se escabulle de la escena con un grito:

—¡Menudo par de gilipollas estáis hechos! —mientras la abuela con cara asustada se queja:

—¡Pero bueno! ¿Será descarada? ¡Paco, hijo, como no le pares lo pies, esta se te pierde!

Francisco acompaña a Peter a la puerta y le pide:

—Deja que pasen unos días, ¿vale? A ver si se calman las cosas.

Dos semanas más tarde Francisco ve a la pareja en el hall del hotel. Con los años, su inteligencia y laboriosidad han hecho de él la mano derecha del gerente. Impecablemente vestido, es un hombre de mediana edad bastante atractivo pero con esa frialdad de carácter que le caracteriza que le da un aire un tanto ausente:

—¿Qué hacéis por aquí? ¿Están bien los abuelos? —Dice dirigiéndose a Eloísa.

—Sí, papá. Están bien. Es que he acompañado a Peter a la oficina del registro, que tenía que hacer papeles para prolongar su estancia. Y al acabar me ha dicho que podíamos venir a verte.

—Pues muchas gracias, Peter. Os invitaría a algo en la cafetería pero hay mucho trabajo, no puedo quedarme con vosotros, pero pediros algo, yo invito.

La enorme lámpara los recibe con sus destellos brillantes en mitad de la mañana. Se sientan en una mesita pequeña junto al ventanal. Tras la espalda de Peter una joven de unos treinta años desayuna con un crío y le insiste en que se termine toda la comida:

—¿Cuándo va a venir? —Dice el chiquillo.

—¿Tu padre? No sé. Me dijo que le esperaríamos aquí el tiempo que hiciera falta.

—¡Uf, qué aburrido!

—Venga, cómetelo todo.

Eloísa, que tiene a la mujer frente a ella, se fija en su forma de vestir pensando:

—«Yo no tengo valor para ir vestida así. Vamos, me ve mi padre y le da algo»

—¿Qué te pasa? Te has quedado pasmada.

Bajando la voz, le coge la manos mientras le dice:

—No te vuelvas. Pero es que la mujer que está detrás de ti tiene un vestido minishort de color amarillo que es la mínima expresión, vamos, ¿te has dado cuenta?

—Pues, no, pero si no quieres que me vuelva...Pero ¿lo dices porque te gusta o porque no te gusta?

—Lo digo porque yo no sería capaz de llevar un vestidito como ese. —Dice Eloísa con una sonrisa pudorosa en los labios.

Peter, interesado por ver de que habla, le responde:

—Voy al servicio y ahora vuelvo.

Mientras Peter hace el paripé, un camarero se acerca a la mesa junto a Eloísa:

—D. Froilán nos ha llamado. Le espera a usted y al niño en el parking. Nos dice que se de prisa, por favor.

—¿Pero han bajado las maletas?

—No lo sé señora, imagino que sí, pero...

—Compruébalo, anda.

El camarero se cruza con un Peter con cara de distraído. El generoso escote apenas tapado por un pañuelito blanco de lunares azules anudado al cuello llama poderosamente su atención. La pose de la mujer, distendida, separada de la mesa, con su rebequita blanca sobre los hombros y sus largas piernas cruzadas que terminan en unas toreras del mismo color amarillo limón del mono minishort, hacen comprender a Peter el comentario de Eloísa. Sentándose, le responde:

—Pues seguro que te sentaría muy bien. No eres tan pechugona como ella, pero eso te haría estar más elegante, — su acento gaditano y su habla rápida se hacen notar mucho.

—¿Tú crees? —Eloísa se sienta halagada y sorprendida pues habría esperado otra respuesta del inglés.

Froilán entra en la cafetería gritando al camarero que no sabe dónde meterse. La mujer se levanta como un resorte y coge de la mano al niño. Peter reconoce enseguida al personaje pues su fotografía ha ocupado las vallas de la ciudad en las elecciones de marzo por la UCD. Froilán, con muy malos modos le grita:

—¿Qué tienes tú que preguntar de las maletas? ¿Se puede saber? Si digo que vengas, vienes y ya está. ¿Para qué tienes que pensar tanto?

El niño, asustado, no sabe que hacer y mira a la madre expectante. La mujer, bastante hecha a este tipo de situaciones, saca de su pequeño bolso amarillo un cigarrillo, encendiéndolo.

—Vale, vale, ya vamos, no te pongas así, hombre, que no es para tanto.

Al los gritos de Froilán, ha acudido Francisco que estaba en recepción:

—¿Algún problema, señor?

—No, no se preocupe, está todo resuelto. —Responde la mujer en su lugar.

Eloísa, con los ojos como platos comete la torpeza de dirigirse a su padre a pesar de que Peter, con algo más de mundo, la coge de la mano queriéndola parar.

—Pero, ¿adónde vas...?

Francisco, algo incómodo, la aparta con un «ahora no hija» en voz muy baja.

—¡Anda, Paco! ¡Te lo tenías bien callado! ¿Es tu hija? ¿Cómo te llamas, jovencita?

—Eloísa.

—Pues trátela más por aquí, Paco, que se bañe en la piscina y disfrute de esto. Ya mismo la tienes trabajando, ¿no? ¿Qué estudias?

—Ayudo a mis abuelos en el pueblo. Allí hay mucha faena.

—Bueno, bueno, Paco, ¿qué hablamos el otro día? A la juventud hay que darle estudios. Tú a tus padres los puedes mantener con el sueldo de aquí, incluso ponerles sirvienta, ¡coño! A esta moza le tienes que dar estudios, ¿verdad Luquitas? —Dice alborotando el pelo del chiquillo que no sabe qué responder.— ¡Ea, vámonos ya que se nos hace tarde!

Peter se ha mantenido al margen de la conversación y se siente aliviado cuando ve que las circunstancias no le han obligado a intervenir.

☞ *¿Ad ob l' iréy demandā're?*
(¿Adónde iré a buscarlo?)

Eloísa está intrigada con la tarea que lleva a cabo Peter en La Rana. Él intenta explicarle en qué consiste su trabajo, pero conforme va delineando más el objetivo de la disciplina que está estudiando y que se va a convertir en su profesión, ella se va sintiendo más cerca del estatus de un insecto observado por un entomólogo, cosa que la desconcierta.

—Entonces tú estudias a la gente para luego escribir sobre ellos y con eso hacer tu carrera. Vamos, que al final, son ellos los que te dan la posibilidad de tener una posición en la universidad sin saberlo, ¿no?

—Pues sí, visto así, parece un poco extraño, pero no te falta razón.

—Y según dices tú, da lo mismo que sea un poblado de los mares del sur, como le pasó a ese Malinowski del que me hablas tanto, a que sea una aldea de San Gabriel o un caserío de Albania, ¿no?

—No es lo mismo, pero sí, en cuanto al método da igual. Los dos están volviendo del huerto despacio. Se han despedido del abuelo que no quería se hiciera muy oscuro pues las tardes de febrero son aún cortas.

—Nosotros nos vamos en un rato, —le dice Eloísa a su abuelo.

—No tardéis. Que ahora se hace de noche muy pronto. Los pocos minutos que hay entre el huerto y la casa se recorren por unas estrechas veredas que parecen -casi- excavadas entre los huertos. Los muretes que separan los huertos del camino quedan muy por encima de sus cabezas y salvo que encuentren a alguien de frente, impiden ver nada de lo que ocurre en ellos. Son propicios

por tanto al ligoteo y los requiebros propios de una pareja joven. Eloísa está apoyada contra el muro y Peter pasea su mano por el muslo. Juguetea con el borde algo más tenso de la braga de ella, llevando sus dedos algo más allá. Eloísa se ríe pero coloca su mano sobre la de él y se la retira:

—¿Puedo ir contigo a La Rana? Porque mira que he vivido cerca toda mi vida, que sé dónde está y he pasado por delante del camino miles de veces, pero nunca he llegado a ir.

—Aquello es muy miserable, no te va a gustar, pero sí, claro que puedes venir. ¿Te espero mañana a la entrada de Santa Úrsula a las diez?

—Allí estaré, —una Eloísa intrigada, un tanto nerviosa, sale en dirección a su casa y se despide con un beso.

Eloísa no es una joven que se amilane fácilmente. Está hecha al trabajo en el huerto, a tratar animales, a las matanzas y demás tareas propias del campo que ha ido haciendo junto a sus abuelos pero lo que ve en La Rana la deja impactada. Llegan en la furgoneta de Peter y en cuanto se bajan un grupo de unos quince chiquillos descalzos de distintas edades los rodean. Sucios, gritones y faltones no paran de tirar de la ropa a Eloísa, que se ríe a carcajadas.

—¡La no-via de Peter! ¡La no-via de Peter! ¡La no-via de Peter! —Gritan rítmicamente, corriendo por todo el poblado.

Peter la lleva a su casa en La Rana para presentar Ana, a su casera e informante, la madre del Juanillo. La casita de Ana es una estancia alargada, de apenas cinco metros de largo por tres de ancho, dividida en tres partes con cortinillas de canutillo, de las que se utilizan en las ca-

sas de San Gabriel en verano. Los niños se quedan a una prudente distancia de la puerta, como si un poderoso talismán impidiera la cercanía mientras Peter, que observa y registra el comportamiento espacial de la chavalería como algo a destacar, entra con Eloísa.

—Ana, está aquí mi novia.

La estancia tiene la chimenea que hace las veces de hogar justo enfrente de la puerta. Las cortinas dividen el espacio en tres partes, la central, algo más grande que las otras dos, tiene una mesa con cuatro sillas. Ana viene de la izquierda y de los bolsillos del amplio delantal salen unas manos gruesas con varios anillos dorados en los dedos. Unos anillos que, a la vista de Eloísa, parece que llevaran ahí decenas de años sin quitar pues la piel ha crecido a su alrededor casi cubriéndolos.

—Buenos días, chiquilla. Soy Ana, la casera de Peter.

—Encantada, —Eloísa piensa en lo lejos y lo cerca que está de ella. En cómo ha podido vivir toda su vida a apenas unos kilómetros de un lugar así sin saber nada de ellos. En lo diferente y parecida que es a su abuela.

—Siéntate, que te voy a poner un café.

—No se moleste, Ana, no hace falta.

—Tú verás como te va a gustar, —interviene Peter—, Ana hace un café que quita el sentío. —Peter, con su acento gaditano y su aspecto de extranjero desgarbado hace reír a la anciana.

—No sabes tú lo gracioso que es tu novio, niña, —y enseguida se corrige a sí misma—, bueno lo mismo sí lo sabes y por eso es tu novio, ¡qué te voy a decir yo!

Ana cuele el café a través de un colador de tela. El chorro negro de agua cae sobre el vaso y cuando levanta el colador, este se trae consigo la zurrapa del café. Con un gesto firme y practicado miles de veces Ana sube y baja el

colador con rapidez pasándolo de un vaso a otro sin que se derrame una gota.

Peter, que ha leído «El crisantemo y la espada» de Ruth Benedict, que lo puso en contacto con la ceremonia del té, una bebida tan querida por su padre y que tantos disgustos le ha dado en su vida, reflexiona con su mirada inquisitiva sobre el misterio glamuroso que encierra lo oriental del té. Es misterioso por ser lejano pero, sin tanta pompa ni tanto exotismo, Ana, la vieja gitana de La Rana ha desplegado el mismo espíritu de hospitalidad, que hace que Eloísa se sienta recibida y en casa. En silencio, en unos instantes, ha convertido una situación liminar, un tanto incómoda, en un momento de encuentro entre dos mundos o entre tres, según se mire, limpio y amable. Ha convertido la incógnita en acogida y la tensión en comodidad.

Tras una mañana en donde Peter le enseña a Eloísa lo que conoce de La Rana, su trabajo allí y todo aquello que ella ha querido preguntar, la joven se despide de Ana:

—Ven siempre que quieras, niña. —Le dice la anciana—. Aquí no tenemos de nada, ni comodidades ni otras muchas cosas, pero siempre te vamos a recibir con los brazos abiertos y con café, que aunque no sea del mejor, hoy por hoy no nos falta.

—Muchas gracias, de verdad, claro que sí, además, estando aquí Peter... seguro que vuelvo.

Las semanas siguientes, con gran enfado de sus abuelos, Eloísa visita con frecuencia La Rana.

—Que tu novio esté allí haciendo sus estudios y sus cosas, tiene un pase, pero que te vayas tú sola para allá, eso no, eso hay que decírselo a tu padre, niña, —la abuela con el teléfono en la mano marca el número del despacho en el hotel.

Eloísa, haciéndose la fuerte le responde:

—Por mi como si llamas al Papa. Tengo ya edad para poder ir a donde quiera.

—Paco, que esta niña me mata, hijo. Que tú no sabes lo difícil que es llevarla, que no me echa cuenta ninguna. [...] Pero, ¿cómo la voy a dejar ir a La Rana? ¿Es que no conoces a esa gente? [...] ¡Ay, hijo! Esto me puede, ¿eh? [...] Bueno, cuando vengas el viernes hablamos, pero que por mi no ha quedado. Que ya no tengo edad de ir detrás de la mozueta ni de encerrarla. [...] Tú sabrás, hijo, tú sabrás. [...] Bueno, adiós, adiós.

La abuela, seria, enfadada, cuelga el teléfono y arrojando una mirada de disgusto y juicio sobre su nieta le dice:

—Haz lo que te dé la gana pero luego no me vengas por problemas.

Las semanas siguientes son semanas de amor y aprendizaje para Eloísa. Los abuelos ya no cuentan con ella para las faenillas del huerto. En esa época del año, además, no hay muchas. Eloísa lee, devora, lo poco que en español tiene Peter, pues la mayoría de lo que él se ha traído y de lo que ha escrito está en inglés.

—Podías empezar a aprender algo, —le invita.

—¡Déjate! Si ni siquiera hablo bien la *lingua* y mira que mi abuela algo me ha querido enseñar, no me voy a poner con el inglés.

—¿Qué es eso de la *lingua*? —Pregunta Peter interesado.

—Es una habla de aquí, de San Gabriel. Es cosa de viejas, lo mismo Ana te sabe contar.

Ana, que maneja milagrosamente los pucheros sentada en su silla baja de anea, responde a Peter a su pregunta:

—Eso son cosas de payos. La he oído hablar a veces, en el cortijo de los Santos, hay una buena mujer que sabe mucho de eso. Lleva allí muchos años trabajando, cuando

yo estaba allí y mi Juanillo era ya un zagal, años antes de volvernos a La Rana, pues sería...—Ana se queda con el cazo en el aire, mirando al mugriento techo de la chimenea—, no sé, poco antes de que conociera a la Marcela que en paz descanse. El caso es que esa mujer era más o menos de mi edad, Matilde, se llamaba. Matilde ‘la Flores’ le llamábamos. Esa mujer casi no hablaba nada más que la *lingua*. Le costaba trabajo a veces hablar en español. Había nacido en una cortijada a las afuera de Puerto de Moros, lo que ahora es la base.

Peter, que no quiere dejar pasar el hallazgo antropológico, se acerca con su furgoneta al cortijo y pregunta por Matilde. Habla con los caseros, una pareja de mediana edad.

—Pues mire usted, —le responde el hombre—, tendrá que preguntarle a mi madre porque ahora mismo no hay ninguna Matilde aquí. Pase, pase, háblele alto que está un poco sorda.

Una anciana medio adormilada toma el sol bajo una ventana de la casa.

—Buenos días señora. —Saluda Peter.

—Se llama Enriqueta, —le aclara el casero—. Mamá, que este hombre viene preguntando por una tal Matilde que trabajó aquí —le grita.

—Matilde ‘la Flores’ le llamaban. —Precisa Peter hablando muy alto.

—Claro, sí, la Mati, niño. ¿No te acuerdas de la Mati?

—No mamá, no me acuerdo.

—Se murió cuando estabas en la mili, hace ya tiempo.

—Dice la anciana.

—Ya ves, más de diez años.

Peter, un tanto descorazonado, pregunta:

—¿Y tenía familia?

—Creo que sí que tenía una hija en San Gabriel, pero no sé más, hijo.

—¿Sabe usted hablar la *lingua*, Enriqueta?

—Como todas, la chapurreo un poco pero mi memoria es cada vez más mala.

—Dígame algo en la *lingua*, por favor.

—*Šin al-ḥabīb non bibrē'yo: ¿ad ob l' iréy demandā're?*

—¿Y qué quiere decir?

—Son quejas de enamorada: Sin el amigo no viviré yo: ¿adónde iré a buscarlo? La *lingua* es cosa de mujeres, secretos de amigas que se cuentan en voz baja. No está bien hablar de esas cosas a los hombres. —Enriqueta sonrío levantando con esfuerzo el rostro hacia Peter y, aún a sus años, muestra una mirada pícaro de moza traviesa.



—¡Chiquilla, que no me voy a la guerra, que en tres meses estoy de vuelta! —Peter tranquiliza a Eloísa en la entrada al puerto viejo.

El olor a salitre y pescado, a cáñamo viejo y gasoil, se mezcla con las lágrimas de la joven que con ternura besa Peter.

—¡Venga, mujer, que me dejas con muy mal cuerpo! ¿Qué va a decir tu padre cuando te vea con esos ojos?

—Pues que he llorado porque te has ido. La verdad.

—Ya, Elo, pero es que antes de que empiece el verano estoy de vuelta.

Una cadenita metálica, que separa más simbólica que materialmente el acceso al ferri de la zona de espera de los pasajeros, se desliza entre los rudos dedos de uno de los ayudantes. Un hombre muy mayor que todos se pre-

guntan qué hace todavía viajando en el barco ida y vuelta dos veces cada día a Cartagena.

Peter prefiere hacer el viaje por tierra desde Cartagena a Gibraltar que ir a Melilla, de allí a Málaga, para terminar viajando a La Línea, finalmente, ya que no hay viajes directos por barco desde España a Gibraltar. De cualquier modo, es prácticamente un día entero viajando. Eloísa, con lágrimas en los ojos le dice adiós a su novio mientras este se mantiene apoyado en la baranda del ferri agitando la mano.

El viaje en autobús que une el puerto con el hotel le permite recomponerse un poco. Eloísa viste de manera bastante informal; vaqueros, camiseta y zapatillas deportivas es su ropa más cotidiana. Pero hoy, para despedir a Peter ha querido arreglarse un poco aunque el tiempo ventoso y algo desabrido de febrero no acompañe. En vuelta en un abrigo de paño azul oscuro, apoya su cabeza contra la ventanilla mientras va pensando en la de cartas que le va a escribir a Peter estos meses. Él le ha pedido que le escriba a Inglaterra, que es donde va a pasar la mayor parte del tiempo.

—Con mis padres estaré solo una semana, mejor escribe a la uni, —le dice dándole las señas del departamento.

—¿Dónde vas a vivir allí? —A Eloísa le preocupa que vuelva con su antigua novia.

—Allí tengo muchos amigos, no te preocupes.

—Que sean amigos, ¿vale, cariño? De amigas nada, ¿eh?

—No, mujer, claro, de amigas nada.

Cuando llega al hotel está aterida de frío. Pregunta por su padre en recepción y le invitan a pasar a las oficinas en donde trabaja. Eloísa se sorprende al ver a su padre

riendo con una de las secretarias. Cuando ella llega, en vez de entrar directamente, se queda unos instantes mirando desde un pequeño distribuidor cuya puerta de cristal permite ver en parte el interior de la oficina. Empieza a sentirse molesta al ver a su padre en una actitud demasiado cercana a la compañera de trabajo, una actitud que le desconcierta. Por primera vez en su vida cae en la cuenta de la soledad afectiva de su padre y empieza a preguntarse qué habrá hecho él todos estos años desde que su madre falta.

—«A ver, han pasado nueve años y él va a cumplir los cuarenta y tres», —piensa.

Eloísa nunca ha considerado a su padre como un hombre con sus necesidades como los demás, sino solo en el papel que tiene en relación con ella. Ha ignorado por completo una mirada más objetiva y ahora que su novio se ha marchado dejándola sola, se da cuenta de lo injusta y torpe que ha sido juzgándolo al verlo en esa situación. Molesta consigo misma y con sus juicios sale al pasillo de entrada y se topa de frente, casi dándose un golpe con Froilán:

—¡Vaya, tú por aquí! Qué, ¿vienes de ver a tu padre? —Le pregunta a Eloísa.

—Creo que está ocupado, vamos, que eso me han dicho, —miente torpemente.

—Entra conmigo, anda. —Le dice abriéndole la puerta para que pase en un gesto de deferencia.

Eloísa aprovecha para hacer ruido dejando caer aparatosamente el bolso. Dentro de la oficina miran hacia la puerta.

Francisco, algo estirado, se dirige hacia la entrada de la oficina. Tiene forma de ele, por lo que hay una parte, en la que están los dos despachos, el del gerente y el suyo, que no se ve desde la entrada.

- Aquí te traigo a tu hija, Paco, que andaba buscándote.
—Hola, —se limita a decir ella.
—Ahora te atiendo, Elo. —le contesta el padre—. ¿Me buscaba usted, D. Froilán?
—En realidad venía a ver a Ruiz Pérez.
—El gerente no está, pero si le puedo ayudar...
—No te preocupes. Voy a irme unos días a Santa Úrsula que tengo el cortijo un tanto abandonado últimamente y hay que cerrar la campaña del olivo y todas esas menuencias... le dices que me llame, ¿vale?
Cuando Froilán todavía no ha salido por la puerta, Eloísa mira a su padre y le pregunta en voz baja:
—¿Me puedo ir con él a casa?
—D. Froilán, disculpe, ¿tiene inconveniente en que mi hija le acompañe? No sé si será mucha molestia, si es que ya...
—No, hombre, será un placer. En veinte minutos salgo del parking, el tiempo justo de terminar unas cosas aquí..

Francisco, Eloísa, e incluso el propio Froilán no conocen las consecuencias insospechadas de esa decisión. Consecuencias que, como las ondas que forman la caída de una piedra en el agua, se extienden, amplían y rebotan recuperando la energía perdida a lo largo de los años y las geografías de San Gabriel y más allá.

A Francisco no se le puede pasar por la cabeza que, habiéndolos visto todos en la oficina y en el hotel y siendo un cincuentón como es, Froilán vaya a intentar una de las suyas con su hija. Eloísa, por su parte, ni siquiera reconoce en él un peligro sino más bien la oportunidad de ahorrarse horas de espera hasta que su padre acabe la jornada de trabajo o, lo que es peor, hasta que salga el autobús. Froilán, que algo se ha domesticado en los

brazos de Carmen y cuya imagen política le obliga a un comportamiento público diurno correcto, no tiene en mente el viaje a Santa Úrsula como una oportunidad para una de sus correrías. Vistas así las cosas, los kilómetros que separan el Purche de Santa Úrsula deberían recorrerse rápida y serenamente. Eloísa, sin muchas ganas de hablar, revisa un *playmobil* que ha encontrado en un hueco de la guantera.

—¿Tienes hijos? —Le pregunta levantado el muñeco a la vista.

—No, es del hijo de una amiga.

—¿La que estaba el otro día en el hotel? ¿La de las maletas?

—¡Ah, sí! Esa. No recordaba que tú estabas delante. — Froilán se hace el despistado.

Eloísa recuerda perfectamente la conversación de la mujer con el crío en la cafetería y cómo hablaban claramente de Froilán como su padre. Imprudente, insiste poniéndole en un aprieto:

—Pues, se llama Lucas, ¿no? ¿No se llamaba Lucas?

—Sí.

—Pues eso, que daba toda la impresión de que...

Froilán aminora la marcha y sin señalarlo con el intermitente entra de forma brusca en un camino de tierra. Aún faltan diez minutos para llegar a Santa Úrsula y Eloísa no entiende lo que está pasando:

—¿Adónde va?

—Es que tengo que recoger unas cosas de una huerta que tengo más arriba. ¿No te importa, no?

Eloísa, desarmada, acepta la excusa de él como válida, pero no deja de sentir una cierta tensión que la mantiene callada.

—Sabes, chica, todo iba bien. —Le dice con un gesto que va más allá del enfado contenido—. Yo estaba dispuesto a dejarte en tu casa y todo, como hija que eres de uno de mis empleados.

Escucha por primera vez ese término pues, para ella, su padre está empleado en el hotel, vamos, más que empleado lo considera parte del propio hotel pero nunca se le hubiera pasado por la cabeza que fuera empleado de ese hombre. Sorprendida, se dispone a hablar cuando Froilán le corta:

—No digas nada, con el camino que llevas lo vas a empeorar.

Llegan a una cancela alta cerrada con un candado. Froilán se baja y la abre. Al entrar en la finca vuelve a bajar y cerrar la cancela. Eloísa, insegura, no sabe qué hacer. En ese momento empieza a sentirse verdaderamente amenazada. Froilán que ve su cara, la tranquiliza con un comentario:

—Aquí tenemos ganado y perros y no quiero que se escapen. Tardo poco, si quieres te quedas en el coche. —Dice bajándose ante una casita de una planta con una puerta metálica verde.

Eloísa, extrañada, se queda en el coche. A los pocos minutos dos hombres vestidos con mono azul de trabajo salen saludándola. Le abren la puerta y, amablemente, le invitan a bajar:

—Dice el patrón que va a tardar un poco más, que si quieres tomar algo.

La alarma se le dispara a la joven hasta el punto de que casi es incapaz de hablar:

—No, no hace falta, le espero aquí.

Los peores temores de Eloísa se empiezan a cumplir y tiran de ella sacándola del coche. La arrastran de cualquier forma y la llevan al interior.

Cuando ‘el Rabo del Diablo’ ha consumado la violación, están los dos en una pequeña habitación. Una minúscula lumbreira deja pasar un cuadrado de sol que se derr

ma sobre el cuerpo desnudo de la joven. Eloísa, llorando, temblando, no es capaz de articular palabra. Froilán, con un tono y gestos que Eloísa nunca había visto le dice:

—De esto no tiene que enterarse nadie, ¿estamos? A no ser que quieras que tu padre y tus abuelos tengan, digamos, alguna desgracia. ¿Entiendes? Tú calladita. Y de lo de antes, tampoco se te ocurra decir que tengo hijos, porque no los tengo, ¿estamos? Si tienes cualquier problema, o ¿quién sabe?, lo mismo hasta te ha gustado y quieres más, me llamas. ¿Vale? Ahora te vistes y te dejo en casa, venga, —y dándole un cachete en los glúteos termina diciendo—: Rápido, ¿eh?, que esos dos, dice señalando la puerta, tienen ganas de fiesta y no sé cuánto tiempo seré capaz de aguantarlos.

Eloísa se viste con rapidez y sumisamente va detrás de él sin darle tiempo a que le diga ni una palabra más.

—Bueno, señores. Veo que esto funciona como siempre, hasta pronto.

—Hasta pronto, D. Froilán. ¿Esta es una nueva para ‘Los Lirios’? Lo digo por ir a catarla.

Eloísa no podrá olvidar el extraño acento del hombre que habla. No sabría decir muy bien de dónde es pero, desde luego, no es de San Gabriel.

—¡Qué va! ¿Serás patán? Esta no está a tu alcance. — Mientras dice eso, coge a Eloísa del hombro y colocándola delante con un tortazo en el trasero le dice:

—¡Súbete al coche, coño, ya!

La abuela enseguida nota algo. No sabe ponerle palabras, pero el silencio y el carácter esquivo y huraño de su nieta no es el de siempre. Un par de días más tarde Eloísa llama por teléfono a su padre:

—Hola papá.

—¿Qué? ¿Cómo fue el viaje con D. Froilán?

—Bien, bien. —Dice con la voz rota—. Oye, que...quería ver...

—Dime, ¿qué pasa?

—Que si puedo llamar a Peter, que ya debe estar en Londres y tengo ganas de hablar con él.

—Pero, esas llamadas a Londres nos van a costar mucho, mujer, ¿no te vale con las cartas?

—No es lo mismo, papá.

—Claro que no es lo mismo, pero yo sé lo que son los hablars de los novios, que no es un recado, ¿a que no?

—No.

—¿Por qué no te vienes el lunes conmigo y llamas desde aquí, que como no pasa por centralita es más barato? —le dice el padre que nota algo extraño en la voz de Eloísa.

—Déjalo, papá, no pasa nada. Le escribo y ya está.

Eloísa, le envía a Peter una carta con borrones, arrepentimientos, tachaduras y lágrimas que, explicándole lo ocurrido, le pide que la saque de allí. Dos semanas después, su misma carta le viene devuelta con una única nota en el reverso del servicio postal del Reino Unido: MISSING.



Eloísa se presenta una mañana en casa de Ana.

—¡Anda, mira quién está aquí! —Dice Ana a su hijo que toma café con ella sentado a la mesa—. Pasa, mujer, pasa. Te veo desmejorada.

Aunque se ha negado a sí misma la posibilidad de hablar, sus nervios se desmoronan y toda la entereza que ha mantenido estas semanas se derrumba. Medio mareada se deja caer en una de la sillas. Ana, con esfuerzo se levanta y la abraza.

—¡Ay, mi niña! ¿Qué te ha pasado, cuéntame?

Moqueando, mezclando lágrimas y mocos, tragando rabia y mostrando una rudeza que no se ha permitido expresar con palabras hasta ese momento le cuenta todos los pormenores de la violación, la amenaza, el embarazo y la falta de respuesta de Peter. Lo que no ha sido capaz de contar ante su propia familia se permite compartirlo con aquella mujer mayor que, en esos momentos, representa para ella la madre que perdió con siete años. Juanillo, nervioso, mira a su madre. Su respiración agitada mueve el voluminoso vientre que asoma entre la hilera de botones de la camisa negra.

—¡Malnacido! ¡Hijo de puta! ¡Aprovechase de esa forma de la gachí! —Se acerca a un mueblecito que hay junto a la chimenea en donde coge un crucifijo que está pegado, simulando salir de un canto rodado, regalo reciente de él a su madre.— Por estas, te lo juro ante la cruz, Eloísa. Ese hombre no va a ver la siguiente luna. ¡Vaya, que me lo llevo por delante! Y de tu inglés, ya veremos, habrá que darle tiempo al guiri.

—¿Qué dices, hijo? No te me metas en líos a cuenta de esto. Que esta historia es muy triste, pero son cosas de payos, hijo. ¡Qué vas a hacer tú metiéndote en esto!

—Mira mama. Un hombre no puede permitir que ese hijo de puta siga vivo en la isla. Pero tú, niña, de esto no digas nada. Y otra cosa, no vuelvas por aquí. Ese cabrón tiene muchos enemigos en la isla, así que con que nadie ate cabos, será bastante.

Francisco habla con sus padres una noche de viernes. Eloísa les ha contado su embarazo y la devolución de la carta semanas atrás.

—¡Ay madre mía de mi alma! ¡Ya sabía yo que de ese extranjero y de tus visitas a La Rana y toda esa gente, no se podía esperar nada bueno! —Dice la abuela, desatada, fuera de sí.

Eloísa no quiere sacar a su abuela del error por miedo a las consecuencias lo que aún le entristece más, repitiéndose para sus adentros: «Y encima de todo el cuidado que tuvimos Peter y yo, encima, nos llevamos la culpa».

—¿No te responden tampoco en la universidad? —Pregunta Francisco.

—Papá, yo no sé inglés. He llamado al teléfono que me dio y me hablan en inglés y Peter no se pone. La única dirección que tengo es la que él me dio y no me escribe desde hace un mes. ¡No sé qué le ha pasado ni dónde está! —Dice llorando.

—Dame el número, el lunes le pido a una buena compañera de la oficina que habla inglés perfectamente que se entere y mientras, creo que lo mejor es que te vayas con los tíos a Puerto España.

—¿A Puerto España? ¿Qué hago yo en Puerto España, papá?

—Tu tía Pilar ha montado allí una peluquería y necesita una aprendiz. —Le dice la abuela.

—Pero yo no quiero tener un hijo, abuela, y hoy día...

Recibe una bofetada que no se esperaba, que nunca había visto en la casa y mucho menos de manos de su abuela.

—No se te ocurra ni pensarlo. Te vas a casa de mi hermana, que ya he hablado con ella y te está esperando. Aquí no se habla más, Paco.

Ni su abuelo ni su padre se atreven a añadir palabra alguna. Eloísa, confusa, llorando sin consuelo, se encierra en su cuarto.

Eliosa ve bajarse del coche a su padre desde el balcón de su cuarto en la casa de sus tíos en Puerto España. La casa, que cuando la construyeron estaba completamente a las afueras del pueblo, es ahora una finca codiciada por las inmobiliarias por su tamaño y buena ubicación. Eloísa, al verlo llegar, se asoma y le grita:

—Espérame en el patio, que ahora bajo.

El patio, con dos limoneros, un pomelo y multitud de plantas en macetas y parterres, está muy limpio y cuidado. Un pozo que en tiempos daba agua y ahora mismo es meramente ornamental divide el espacio dejando una amplia zona de estar en los abundantes días secos de San Gabriel. En una de las sillas de hierro forjado pintadas de blanco vestidas con cojines también de motivos vegetales se sienta un Francisco con aspecto derrotado.

—¿Qué pasa, papá?

—Tengo malas noticias, hija.

—¡Ay, Dios mío, no me digas! ¿Le ha pasado algo al abuelo?

—No, Elo, los abuelos están bien.

—¿Y entonces?

—Rafaela, la secretaria que sabe inglés y que tenía el encargo de llamar al teléfono que me diste consiguió, después de varios días intentándolo, que se lo cogieran.

—¿Qué ha pasado, papá? Dime qué ha pasado, —Eloísa no es capaz de escuchar y agarra a su padre de la mano como no está acostumbrada a hacer.

—Ese teléfono no es de la universidad. Por no ser, ni siquiera es de Londres. Ese teléfono es de una ciudad del norte, de Leed o algo así. Es una casa particular y no han oído hablar nunca de Peter Strawlitt, de hecho, me dice Rafaela que ese apellido no le parece auténtico, que recuerda a una canción infantil, la de los tres cerditos.

¡Qué quieres que te diga! Me da toda la impresión de que tu Peter te ha tomado el pelo, hija. Lo siento.

Eloísa, perturbada, le grita:

—No puede ser, papá. Seguro que hay una explicación, que tiene que ser un error. Peter no me haría eso. ¿No podría Rafaela buscarlo en una guía de teléfonos de Gibraltar? ¿O buscar un teléfono en la dirección que me dio de Londres?

—Entiendo que sea doloroso, muy doloroso, Elo, pero hemos hecho lo que hemos podido. Creo que ahora lo mejor es pasar página y cuidarte.

Eloísa sale corriendo escalera arriba entre lágrimas. En la sala de estar, sus tíos, que no quieren estar presentes en los problemas de su sobrina le sugieren:

—Dile a tu padre que suba, anda. —Y asomándose al balcón interior que da al patio, le dice—: No te quedes ahí, Paco, que hace fresco. Ven a comer algo.

El telediario comenta el próximo referéndum de autonomía de Andalucía, el reciente atentado sin víctimas al Palacio de la Moncloa... Rosa María Mateos con su voz serena y pausada se mantiene de fondo mientras los tíos de Eloísa ofrecen una cerveza a Paco.

—En la tarde de ayer han sido encontrados en una finca cercana a la población de Santa Úrsula en la isla de San Gabriel los cadáveres de tres hombres, uno de los cuales ha sido identificado como Froilán Santos Santos, número dos de la UCD en las últimas elecciones, perteneciente al cabildo insular. Froilán Santos, conocido empresario de hostelería, era propietario...

—Ponlo más alto, Pilar, por favor. —Dice Paco.

Eloísa, que está aún con los ojos húmedos, de pie junto a la mesa no da crédito a lo que está escuchando, pero ve las fotografías de archivo de su agresor en la anterior

campaña. La que le repugna ver en los escasos carteles que aún quedan en toda la isla de las elecciones del 79.

—...la policía ha descartado por completo que se trate de un atentado terrorista no solo por el modus operandi sino porque los escabrosos detalles del caso así lo señalan. Froilán no estaba casado, en este momento se desconocen los pormenores que están aún bajo investigación policial.

—¡Coño! —Disculpadme, dice Paco levantándose a toda prisa—. Me tengo que ir al hotel, a ver si me dicen algo. Esto es muy gordo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué es muy gordo, papá?

—Porque hace dos días que D. Froilán había vendido su parte del hotel y seguro que la policía debe andar por allí.

—¿Pero que tienes tú que ver con eso?

—¿Yo? Nada, pero seguro que me necesitan. Bueno, ya os contaré.



El verano pasa y las esperanzas de volver a ver a Peter se desvanecen con el calor. La barriguita de Eloísa empieza a despuntar ligeramente y aunque su padre la visita con frecuencia no consigue de ella la más mínima sonrisa. Se pregunta a sí mismo cómo puede ser que él que solamente ha tenido ojos para ella, reciba en pago un trato tan duro como si, por el mero hecho de ser hombre ya tuviera puesto el estigma de la culpa.

—Elo, por favor, escúchame. Tus abuelos quieren venir a verte, pero les he dicho que cuando esté más repuesta porque veo que con la tristeza que tienes casi mejor es que se queden allí. Pero ellos no se merecen...

Eloísa le interrumpe violentamente:

—Mira papá, cada uno tiene lo que tiene. ¿O tú te crees que yo me merezco esto? —Dice señalando su vientre—. La abuela me largó de casa. Vale que es su casa. ¿Pero entonces dónde coño nací yo? ¿Dónde me crié? ¿A qué colegio fui? Yo tengo allí mis amigas, las pocas que tengo. Ese también es mi pueblo y la abuela, para mantener limpia su honra de santurrona, me ha botado. Ahora quiere venir a verme. Lo único que tengo para recibirla es mi amargura, si quiere venir que venga, al fin y al cabo esta no es mi casa, pero sonrisas no se va a llevar ninguna de mi parte.

Su padre achaca el enfado, lógicamente, al desamor de Peter. Eloísa mantiene su silencio sobre Ana, Juanillo y su visita a La Rana. Aunque por un momento se ha sentido orgullosa de la respuesta vengativa de ellos, tampoco es algo que le permita cambiar su carácter. La alegría vital de la joven nunca volverá a ser la misma. La abuela, que ve el embarazo de su nieta como ‘fruto del pecado’, después de muchas misas, novenas y charlas con el cura, está dispuesta a ‘perdonarla’ pero Francisco la convence de que carece de sentido:

—Mira, mamá, si te plantas allí con esa idea, te vas a encontrar con algo peor de lo que ya tienes. Dale tiempo, déjala. Con tu hermana se lleva bien, está atendida. Dale tiempo, por favor. Cuando llegue la criatura será otra cosa.

Demasiadas piezas sueltas

☞ La Siciliana

(Viernes 24 de Febrero de 2017)

La pizzería La Siciliana tiene éxito en el Purche por tres razones. La más importante es el encanto y ubicación del local, pero además el trato amable y sus precios -la gran contradicción inesperada- algo elevados que provocan que la clientela no sea la usual en este tipo de locales. Juan Carlos, el jefe de policía de San Gabriel le explica a Luisa, la policía científica llegada de Madrid, el motivo por el que les gusta ese local:

—En La Siciliana nunca va a encontrar una troupe de adolescentes armando jaleo ni una familia con niños corriendo entre las mesas y pegando gritos. Aquí una pizza te cuesta lo que vale y eso desanima a cierto público. Y están las vistas, —dice volviendo la mirada a la bahía repleta de lucecitas.

Paco, que vuelve del aseo en donde ha dado buena cuenta de sus miserias prostáticas, observa, algo incómodo, el único lugar libre que le han dejado. Está flanqueado por los dos policías de San Gabriel que no colaboran con él y, para colmo, en una esquina de espaldas al mar de la que para salir o entrar tiene que levantar a algunos comensales. Lo último del mundo es hacer notar su necesidad de ir al servicio cada poco rato. Aunque sabe que es precipitado y que no es el momento, venía con la intención de comentar algunos detalles del caso con las científicas, como él las llama. Pero por la manera en que se han sentado los comensales lo ve imposible; las tres compañeras están juntas justo en el extremo opuesto de la larga mesa. Las conversaciones cruzadas y el carácter más abierto de Javier, que está situado frente a Paco, hace que finalmente sean ellos dos los que hablan entre sí, dejando a José Alberto algo colgado. Juan Carlos y Alberto, sentados junto a las recién llegadas, les dedican toda su atención. José Alberto, que es el que ha encargado la mesa y conoce mejor el local, eleva el volumen de voz desde el extremo opuesto:

—Bueno, vamos a brindar en honor de las compañeras que han venido a trabajar.

Tras una cena copiosa y agradable, los más jóvenes deciden cambiar de local y de actividad. Juan Carlos se despide de todos y Paco y Luisa, la mayor de las tres policías, pasean de vuelta en dirección al hotel:

—No he tenido oportunidad de hablar en toda la cena, Luisa, cuéntame, ¿qué has visto por ahora?

—Poca cosa. Hemos recogido muestras que son las que nos van a dar más información.

—Claro, mujer, pero con tu experiencia en este tipo de escenarios...

—La verdad sea dicha, el escenario no deja de ser peculiar, ¿eh? —Se ríe a carcajadas.

—Desde luego...—Le acompaña.

—No veas la cara que pusieron mis compañeras cuando se encendió la luz. Bueno, bromas aparte. Signos de violencia no hay. Eso ya lo has visto tú. Las marcas de arrastre de las que me hablaste, yo no las veo tan claras como tú. En principio no está claro que no puedan ser anteriores. Ahora, el procesado de las ropas, y veremos si podemos sacar algo del móvil, nos va a decir mucho.

—¿Por qué dices las ropas? ¿Qué ropas habéis encontrado?

—Ropa interior de hombre, un pantalón, una camiseta, una chaqueta, un abrigo y un sujetador y unas braguitas de talla S.

—¡Cojones! —Exclama Paco.

—¿No te esperabas la ropa de mujer?

—No. No te dije nada de lo que vi en el depósito de gasoil porque no quería predisponerte, pero no me imaginaba...

—Las braguitas estaban en el bolsillo del abrigo, el sujetador lo encontramos flotando, pero pudo haber estado también guardado. ¡Ah! Y una bolsita con algo que, a primera vista, una de las chicas, que es experta en drogas, ha aventurado que es ketamina. La bolsita estaba empezando a deteriorarse con el gasoil, pero afortunadamente estaba protegida por una cajita metálica, un pastillero. —¡Vaya, que D. Lucas García Rodríguez andaba metido en cosas!

—Mira, antes de que volvamos a Madrid, lo de sacar muestras de ADN de las ropas, despídete. Eso ya lo hemos hablado y con tanto gasoil y habiendo pasado tanto tiempo... en principio, lo hemos descartado.

Paco chasquea la lengua emitiendo un sonido de fastidio.

—Pero no te cabrees que hay buenas noticias: huellas tenemos para reventar, hay un resto ínfimo pero suficiente de piel en el marco del hueco de la tapa del depósito que casi seguro proceden de la víctima por lo que he leído del informe forense y...—Luisa hace un silencio retórico.

—No me jodas... Dale, anda.

—¡Hay globitos!

—¿Qué? —Dice Paco incrédulo.

—Que hay globitos y no uno, sino varios y de varias... antigüedades.

—¿Cómo se nos ha podido pasar a nosotros eso?

—No te extrañes, el lugar está sucio y oscuro. Debajo de la caldera, ¿habéis mirado?

—¡Joder! —Dice Paco entre apurado y enfadado.

—Es normal, Paco. Nosotras nos dedicamos a esto exhaustivamente a diario, es normal. Y luego, el cuartucho que hay a la izquierda, ¿te acuerdas? —Pregunta Luisa.

—Nos dijo el director que aquello llevaba cerrado años. Uno de los compañeros entró y me dijo que no había nada que destacar. Yo ni siquiera me preocupé de saber dónde estaba la llave.

—¿Uno de los compañeros que han venido esta noche a la cena?

—No. No lo conoces, se llama Jaime y es de Puerto España, un pueblo a unos kilómetros de aquí, en la isla.

—Pues tenlo apartado del caso. Que no sepa nada de nada. No hay mucho que podamos concluir ahora mismo pero si te ha dicho que no había nada destacable es que oculta algo. Puede ser irrelevante para el caso, eso se verá. Hemos encontrado la mayoría de los condones usados allí. ¡Menuda trabajera se van a llevar los de ADN!

Ahora, Paco, que procesar todo esto se lleva. como poco, diez días.

—¿Y me vas a poder adelantar algo conforme lo tengas?

—Pregunta Paco poniendo cara de gatito asustado.

—¿Cuándo te vuelves a Madrid?

—Tenía pensado quedarme pero ahora que me lo estás preguntando, creo que será mejor irme lo más pronto posible y hablar con el juez de la audiencia, por cierto ¿sabes a quién se lo han largado?

—Has tenido suerte, a Rulfi Martínez, la jueza de la Tercera. —Señala Luisa.

—¿A Engracia? ¿Pero no estaba de baja? —Paco abre los ojos, incrédulo.

—Paco, se curó, joder, que la gente se pone mala y se cura.

—Ya, pero me habían dicho que era para rato. Bueno, me alegro por ella y por mí. Tener a una buena profesional de directora de orquesta hace que la música suene bien, ¿no?

—¡Qué metafórico te has puesto! Parece que te ha sentado bien San Gabriel.



Engracia Rulfi mantiene su puesto de jueza de la audiencia desde hace más de una década. Aunque aún no ha cumplido los sesenta, la enfermedad que acaba de atravesar le ha dejado una huella de cansancio del que difícilmente ha logrado reponerse. Sin embargo, el consejo de los médicos que le han atendido es unánime: «necesitas actividad, necesitas trabajar para que la dolencia física no se convierta en aislamiento y depresión». En su oficina se encuentran varias personas. A su señoría no le

gusta eso de estar encerrada en su despacho y siempre mantiene una relación muy abierta con las personas que trabajan con ella. Paco, que la conoce desde que él entró en la UDEV, que ha almorzado muchas veces con ella, sabe cómo trabaja y lo fácil que resulta mantener una comunicación fluida.

—Paco, ¡hombre!, me alegro de verle. Entre al despacho, que hay muchas cosas que ver.

Engracia evita tutear a Paco en público. Se acerca a una ayudante de la oficina:

—Imprímeme el expediente de San Gabriel, dos copias, las necesitamos ahora, gracias.

Paco, que espera de pie en el centro de un despacho no muy grande y lleno a rebosar de papeles, en cuanto la jueza cierra la puerta se acerca a ella saludándola con dos besos:

—Lo primero de todo, bienvenida, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias. Se me hace raro que me saludes así, que llevo ya incorporada dos meses. —Le responde.

—Bueno, pero como he estado fuera unos días y antes no te había visto, te hacía todavía enferma. Ha sido Luisa, la de la científica, ¿la conoces?, la que me ha dicho que instruyes el caso. He tardado lo mínimo en venir después de hablar con mi jefe.

—Sí, sí. La conozco de haber trabajado en un par de casos. Cuando Manolo me dijo que estabas en la isla a cargo del caso, me alegré, la verdad. Siempre que hemos trabajado juntos ha sido fructífero, ¿no?

—No soy yo quién para ponerlo en duda. Estoy a sus órdenes, señoría.

—¡Déjate de coñas! Siéntate, por favor.

La ayudante entra con las dos copias del expediente justo en el momento en que tanto la jueza como Paco se sientan.

—¿Lo has leído? Lo recibimos ayer pero no he tenido tiempo. —Dice la jueza señalando los papeles.

—Esta mañana, antes de venir, he hecho los deberes, sí. Pero no he podido cotejar mis notas y relacionar el asunto al detalle.

—¿Me das unos minutos? —Pregunta la jueza pasándole una de las copias impresas a Paco.

Paco, que no ha comprendido bien la pregunta, coge los folios y se levanta.

—¡No, no, quédate ahí! Te pedía tiempo para leer, no es necesario que te vayas.

En el silencio de la lectura de la jueza, Paco aprovecha para consultar el móvil. El encuentro con Jacinta, su mujer, la noche anterior le llena de pesar.

—«¡Qué difícil resulta envejecer juntos!» —Se dice.

Jacinta, con sus amigas y sus gatos, se va alejando cada vez más del área de intereses y visión del mundo de su marido. El pilates, las infusiones, el grupo de lectura y ahora todo eso del *mindfulness* que a Paco le toca mucho, pero mucho, las narices.

—Es que tu llevas una vida muy insana y muy plana de relaciones, siempre con gente malvada, con crímenes y todo eso. —Le dice su mujer.

—Pues bien que tú te dedicas a leer libros y ver series de intriga y crímenes. Que bien que te gustan esas cosas.

—No es lo mismo, Paco. Eso es ficción, hijo.

—Paco, que ya he acabado. ¿Dónde estás? —Le saca de su ensimismamiento la jueza.

—Disculpa, estaba un tanto ido. Entonces, ¿qué ves?

—Por más que tu jefe me haya contado las presiones procedentes de sus superiores, tú ya sabes que esta casa no se deja presionar... hasta donde yo quiero saber.

—Ya.—Paco baja la mirada al suelo.

—La víctima -según el informe forense, y el de la científica lo corrobora,- tiene toda la apariencia de un adicto y posiblemente traficante. Eso en un personaje de bajos fondos no es de extrañar, pero ¿en un inspector de educación? Ahí hemos encontrado un hueso gordo. Luego está el jaleo de los ADN. ¡Menudo follón de alelos y marcadores! Se han encontrado ADNs de diez varones diferentes, cosa que tampoco es de extrañar porque da toda la impresión de que aquel cuartucho del que se habla en tu informe y en el de la científica era un picadero, vamos.

—Eso parece.

—¡Joder! En un centro escolar, —exclama la jueza.

—Bueno, no quiero quitarle importancia, pero casi todos los alumnos son mayores de edad.

—Nos vamos a centrar en el caso, que ya veremos hasta dónde llega, pero por ahora nos centramos en lo nuestro. Porque, vamos a ver, ni el forense ni la científica quieren afirmar con rotundidad que se trate de un crimen.

—Pues esa es la cosa, que puede ser un accidente que se haya querido tapar por miedo a...—Paco se ve interrumpido por la jueza.

—A que se sepa el puterío que hay montado en la escuela...

—Puede ser.

—Y ¿qué me dices del ADN del familiar? La científica da una probabilidad del 99.9% de que no es de la víctima y sí de una familiar directo. ¿Pero no dices tú que no se le conocen familiares en la isla?

—¿Qué te voy a decir? Eso es lo que he conseguido. Pero, habrá que entrar a fondo a registrar el piso, el yate y las fincas que están a su nombre.

—¿Un inspector de educación con yates y fincas? ¡Pues vaya caso! Por cierto, en el informe previo de la policía

de San Gabriel se habla de un registro en el piso. ¿Tú has estado allí? —Engracia se quita las gafas para mirar a Paco tras la lectura del expediente. Mientras le habla, con algo de juego en su pose, las hace girar alrededor de la patilla.

Paco piensa en ese gesto con una mirada profesional y no puede evitar ver en él algo de coquetería, incluso de flirteo. Él sabe que ella está soltera. Cuando ambos andaban por los cuarenta y estaban recién llegados a sus respectivos puestos, hubo algún que otro achuchón sin más consecuencias, pero donde hubo fuego siempre quedan cenizas.

—Te veo un poco despistado. Siempre has sido un hombre pensativo, pero te me has vuelto a ir. —Le recrimina Engracia.— ¿Estamos en lo que estamos?

—Disculpa, te sigo el hilo, es que estaba pensando en el tema de Jaime. Recibiste mi correo extraoficial, ¿no?

—¿Extraoficial? No. ¿Cuándo lo has mandado?

—Ayer tarde.

—¡Uf! Es que con tanto trabajo acumulado mi correo de Gmail lo abro cada dos o tres días, perdona. Bueno, no me voy a poner a abrirlo teniéndote aquí. Dime qué es eso que necesita salir de los cauces.

Paco le pone al día de la actuación irregular de Jaime.

—...y no sé si se trata de negligencia, que todo puede ser, de intentar ocultar alguna historia que tenga en la escuela, que también o si se trata de algo más gordo. Tú me entiendes.

—¿Lo has comentado con alguien más? —Pregunta la jueza.

—Luisa, la compañera de la científica y posiblemente las colegas que fueron con ella están al tanto. Por mi parte solo lo he comentado contigo. ¿Crees que hay que ponerlo en conocimiento de Asuntos Internos?

—Por ahora no. Déjame eso a mí, lo hablaré con tu jefe. Espera, voy a llamarlo a ver si puede pasarse en algún momento.

La jueza levanta en teléfono:

—Ponme con Manuel Pérez, de la UDEV, gracias.

Minutos más tarde suena el teléfono que la jueza deja en manos libres.

—Le paso con el inspector, Engracia. —Suena la voz de una de las secretarias.

—Dígame, señorita. Manuel Pérez al habla.

—Hola, Manuel, estoy aquí en mi despacho con Paco Castaño.

—Sí, sí, por lo de San Gabriel.

—Eso. Y ya sabe usted, conversando, y cotejando la información que tenemos, han salido algunos datos que es necesario compartir con usted presencialmente. ¿Cuándo podría pasarse por aquí?

—Cuando usted diga, señorita. Esta misma mañana si le parece.

—Me parece, nos tomamos un café y le damos tiempo para venir. ¿Con media hora tiene?

El relato de las intervenciones de la judicial de San Gabriel, de las de Paco, y de la policía científica contado por el inspector Pérez le cansa un poco a la jueza. Al haber sido ella la que ha solicitado su presencia, le sabe mal interrumpirlo y lo escucha atentamente varios minutos. Le deja explayarse y agotar su discurso que, por otro lado, llevaba bien preparado. Tras felicitarlo por una exposición tan completa y pormenorizada del caso le llama la atención sobre el tema de Jaime, el policía que ha ocultado información.

—No me extraña. Paco no me ha contado nada aún. —Confirma Manolo—. Pero desde el principio se veía algo raro en el modo en que se llevaban las cosas en la isla.

—¿Qué se sabe de ese Jaime? —Pregunta la jueza.

—Lo primero que hice, antes de empezar, es ver los expedientes de los miembros de la judicial allí en San Gabriel, —contesta Paco—. No me gusta meterme en este tipo de cosas sin saber qué terreno piso. Pedí el permiso correspondiente para leer su expediente, claro, a Manolo. Jaime Cenizo tiene 45 años, es de un pueblo a pocos kilómetros de la capital de la isla. Ha terminado la carrera de Derecho y lleva veinte años en el cuerpo. Estuvo destinado en Baracaldo a finales de los noventa.

—¿Cuánto tiempo lleva en San Gabriel? —Pregunta la jueza.

—Unos diez años, creo recordar. —Responde Paco.

—Es algo a tener en cuenta, pero es otro fleco que tenemos que dejar ahora mismo en suspenso. Le decía a Paco Castaño, —dice dirigiéndose a Manolo—, que tenemos que centrarnos en el caso a pesar de que le vemos ramificaciones por todas partes que habrá que poner en conocimiento de la fiscalía cuando el procedimiento lo exija, pero ahora mismo vamos a centrarnos en averiguar quién es, quién era, la víctima. Familiares, si los tiene, que según la científica los tiene que tener, amigos, socios, amantes... Aquí quedan muchos huecos sin mirar, ¿qué quieren que les diga?

Manolo se siente incómodo ante los comentarios de la jueza, que toma como un tirón de orejas, y se pone a la defensiva:

—Le aseguro, señoría, que estamos haciendo todo lo posible, Paco es el activo más experimentado que tenemos. Le vamos a dar a este caso...

—No hace falta que me haga usted política, —le interrumpe Engracia— conozco bien a Paco desde hace muchos años y sé cómo trabaja. Quiero que él tenga las riendas de

este caso, que aunque usted esté informado como le corresponde, él trate directamente conmigo. ¿De acuerdo?

—Claro, claro.

—Por supuesto que quiero contar con usted y con toda la UDEV, porque tengo la impresión, no sé si ustedes también, de que este crimen, si es que finalmente lo es, tiene más enjundia de lo que a primera vista parece. — Afirma la jueza.

—Me gustaría comentarle, señorita, —Paco mantiene el trato respetuoso delante de Manolo y la jueza le deja hacer— sobre algunas particularidades del caso que difícilmente se pueden enfatizar en un informe.

—Dígame.

—Habría leído el tema de la congelación del cadáver.

—Sí, sí. Estoy al tanto.

—Pues lo que el forense me indicó, e insistió en que lo negaría ante cualquiera, es un negocio turbio de congelado de pescado en el tanatorio.

Engracia y Manolo esbozan una sonrisa.

—¡Vaya tela con San Gabriel! —Mueve la cabeza la jueza de un lado a otro.

—Pero lo que yo me pregunto es si no merecería la pena pedir al SEPRONA que hiciera una inspección en la que me gustaría estar presente como mero testigo. A veces por hilillos así se deshace toda la madeja.

—¿Cuándo quiere que lo hagamos? —Pregunta la jueza.

—Podría estar allí mañana por la tarde. ¿Pasado mañana, miércoles?

—Me hace falta un día más. Lo llevamos a cabo el jueves 9 a las 9 horas. Este operativo queda solo entre nosotros, ¿eh? ¿Qué más necesita? —La jueza mira a Paco.

—Órdenes de registro para las propiedades de la víctima y para la escuela.

—Eso ya lo tienes, ¿no?

—La orden que tengo no me permite acceder a papeles del despacho de dirección ni de secretaría, señoría, solo a lo que es estrictamente el escenario del crimen.

—Vale, eso lo tienes esta misma tarde. ¿Algo más?

—Nada más, todo lo demás ya lo hablo con Manuel. — Dice mirando a su jefe.

—Bueno, pues vamos a seguir investigando. Ya sabe usted las líneas importantes a seguir, aparte del tema de los congelados, ¿no?

—Sí, señoría. Una última cosa: ¿sería posible contar con los mismos colegas de San Gabriel que me acompañaron estos últimos días? Liberarlos, vamos, para que trabajen conmigo.

—Eso es cosa suya, —dice mirando a Manolo—, hagan lo que sea mejor. —La jueza se dirige a la puerta de su despacho desde donde los despide.



—¿Otra vez? Le has cogido gusto a la isla, hijo. —Jacinta viste unas mallas de colores vivos tan ajustadas que no ocultan sino que exhiben descaradamente las cartucheras propias de la edad. Acaba de llegar de su clase de pilates.

—Como es tan cerca, —dice—, no me merece la pena vestirme de calle.

Paco se siente en parte molesto, en parte aliviado y se permite el lujo de proponerle, sabiendo que no va a aceptar:

—¿Por qué no te vienes conmigo? Aquello es bonito y, al menos por las noches, podremos estar juntos.

—¿Yo allí sola aburrida todo el santo día? ¡Ay, chico, no! ¿Qué me quieres, de descanso del guerrero? ¡Tu estás fatal!

Fingiendo una contrariedad que no siente, Paco responde a su mujer:

—¡Vaya por Dios! Yo te estaba ofreciendo unas vacaciones en la playa, ¡joder!, y te lo tomas como un insulto.

—Mira, bonito, —le dice cogiéndole la barbilla—, estamos en marzo. ¿Sabes? ¿Quién veranea en marzo en la playa? Los ingleses y alemanes viejos que no tienen otra cosa que hacer.

Con cara compungida, como de fastidio, responde:

—Bueno, mujer, pues nada. Allí tengo faena para una semana o dos y aeropuerto no hay, así que...ya veremos cuando vuelvo.

En la oficina de la UDEV, Paco habla con Manolo:

—Esta vez me voy al hotel del Castillo, yo pago la diferencia de lo que supere la dieta. Otra cosa, se te olvidó contarle a su señoría la intervención que tuve en el hotel con el tema del pornógrafo de menores.

—¡Hostia, es verdad! ¡Qué manera más rara de hablar tienes, Paco! Perdona, pero como me dijiste que oficialmente todo había sido un asunto de la gente de allí. Pero, claro, ahora con esto que ha sacado la científica, debería haberlo comentado. Discúlpame, Paco, que sabes que no te quiero hacer sombra de nada. Es que yo soy un tío de manejar papeles, que me los he leído con todo detalle, y como me contaste...

—Ya está, Manolo, ¡coño! Ya te has disculpado, no pasa nada. Pero te lo digo porque es justo en ese hotel a donde voy donde pasó aquello. Así que de camino puedo meter un poco la nariz y ver si queda algo que...

—Bien, bien. Voy a ver si puedo justificar con eso tu dieta de alojamiento, no creo que tengas que pagar la diferencia.

Paco se dice: «¡bingo!» y una sonrisa se le transparenta en la cara.



El segundo viaje a San Gabriel lo tiene mejor organizado. Ya no entra con la sirena puesta en el puerto ni con apuros urinarios. Además, ha decidido portarse consigo mismo como un señor, coger el tren hasta Cartagena y dejarse de miserias. El viaje de tres horas y media le permite leer con todo el detenimiento del mundo los informes realizados hasta la fecha. Espera prudentemente a que sean las diez de la mañana para llamar por teléfono y no hacerse demasiado pesado ante sus compañeros de la isla:

—¿Paco? ¿Qué hay?

—¡Coño, Javier! —«Todavía no me hago a que averigüen mi nombre antes de abrir la boca», piensa—. Todo bien, ¿y tú, cómo vas?

—Pues aquí en la oficina rellenando formularios.

—¿Pero no has leído mi correo?

—Sí, pero decías que llegabas a las tres y media, ¿no?

—Sí, sí. Tengo que esperar al ferri, pero estás a mi cargo desde hoy.

—Bueno sí, pero me ha dicho Juan Carlos que como no llegas hasta mediodía y hay mucho tema atrasado...

—¿Está ahí Juan Carlos contigo?

—Sí, ¿quieres que te lo pase?

—Sí, sí, pásamelo.

—Hooool Paco, dime.

—Buenos días, compañero, —Paco intenta ser lo más amable y tranquilo posible aunque no logra evitar una cierta tirantez en la voz que el jefe de la judicial de San

Gabriel nota enseguida—, necesito que Javier y Alberto empiecen a trabajar ya en algunos flecos del caso.

—Claro, claro. Son tuyos, por supuesto,

Dos días antes, Engracia Rulfi ha dejado caer en una reunión con algunos de los responsables de la Secretaría General en la que se reconocía el trabajo de un compañero recién jubilado, que en la judicial de San Gabriel hay un cierto desmadre y que quizás un aviso a navegantes no les vendría mal.

—Antes de que la cosa vaya a mayores, —dijo textualmente.

En esos contextos informales, sin mediar papeles firmados ni órdenes ejecutivas, se consigue a veces, lo que hecho de otra manera puede suponer una labor incómoda y cuyos resultados inesperados siempre son molestos.

La respuesta de Juan Carlos deja el camino libre para que Paco pueda seguir su conversación con Javier.

—Mira, Javier, varias cosas: ¿apuntas o tienes memoria?

—Si no es una lista de números de teléfono tengo memoria. Tú larga que ya veo, venga.

Paco comienza a darles trabajo a los dos policías jóvenes. Fundamentalmente porque los quiere tener centrados en el asunto cuando él llegue. La lista de encargos es bastante larga y Javier se ve obligado a tomar notas.

—¿Lo has cogido todo? —Pregunta Paco mientras el paisaje amarillento minutos antes de pasar por Albacete se mueve ante sus ojos.

—Sí, todo. Pero esto no lo abarcamos Alberto y yo en un día.

—Ni lo pretendo. Empezad por el puerto, ¿eh? Siempre siguiendo los pasos que conoces. Todo bien atadito, sin prisas.

—Vale.

—¡Ah! Otra cosa, si tenéis tiempo os pasáis por el hotel del Castillo. Asegúrate de que la habitación que me dan está bien.

—Paco, allí todas las habitaciones están bien.

—Tú, si puedes, pásate. Que tenga vistas a la bahía, ¿vale?

Un poco molesto por la petición, acepta:

—Vale, ¿algo más?

—¡Hala! Nada más, chao, chao.

Cuando cuelga Paco se da cuenta de que quizás se le ha ido un poco la mano. Sabe que es bueno apretar al principio para ir soltando después que hacer lo contrario, pues una vez que se crean ciertos cauces, recomponerlos es más difícil, pero piensa que habiendo trabajado juntos ya, quizás se ha pasado un pelín.

—«¡Bah! No hay nada que una buena cena no pueda reconducir», —piensa mientras las manchas verdes de cultivos pasan raudas entre un mar ocre de tierra baldía.

A principios de marzo hace un tiempo suave en Cartagena. Algo ventoso, que por algo lo dice el refrán. Paco recorre el paseo que separa la estación de tren del puerto en apenas quince minutos. El muelle de donde sale el ferri está algo más alejado, pero como tiene tiempo, estira un rato las piernas frente al mar. Al llegar al Faro de La Curra se encuentra completamente solo. Tras elegir un bloque de cemento del espigón cuya superficie está más o menos horizontal, decide subirse encima como un chiquillo y largar una meada cara al mar. Una familia hace fotos desde el otro lado del puerto, en un restaurante. Cuando se da cuenta, algo incómodo, aunque sabe que a unos trescientos metros de distancia no se logra

distinguir nada, se gira en dirección contraria con tan mala fortuna que el viento devuelve hacia él el líquido elemento.

—¡Joder, joder, joder! ¿Es que no voy a poder entrar en San Gabriel sin pagar el peaje de mearme encima? ¡Coño, paquito! Que no eres más tonto porque cuesta dinero. ¡Cooooño! —Mientras brama contra sí mismo en mitad del espigón, mira el reloj. —Me da tiempo a cambiarme, se dice.

Y esta vez sí, tras pasar por una cafetería, consigue entrar en el ferri limpio, recién cambiado, como un bebé al que unas toallitas y un pañal nuevo devuelven al mundo de los aseados.

Jacinta, que está acostumbrada a la torpeza de su marido, se lo tiene dicho:

—Paco, hijo, que pareces un chiquillo, es que eres muy desastrón, que cuando no vas con lamparones vas desareglao.

Y Paco, que sabe que no le falta un chispa de razón, ve que a su Jacinta no la baja del burro nadie y que, a pesar de los años de vivir juntos, y a pesar de habérselo dicho muchas veces, no es capaz de callarse ante los desarreglos de su Paco ni en privado, ni lo que es peor, en público. Paco ha terminado por interiorizar tanto su torpeza que, como él mismo se dice a veces, «llevo una Jacinta dentro». De esa forma ya no necesita que nadie le riña por lo torpe que es:

—Para, Jacinta, para, que ya me riño yo solo, —le dijo en una ocasión con tan mala fortuna que a ella, que estaba en ese momento llevándose a los labios una copa de vino, le entró un ataque de risa y, ¡por una vez al menos!, fue ella la patosa que derramó todo sobre su pechera. Lo peor fue que, también en ese caso, la culpa del desastre

fue suya porque «no me puedes decir eso cuando estoy bebiendo».

La bajada del ferri también fue más exitosa que la de semanas atrás; seco y limpio, sin lluvia y con sus dos colegas jóvenes sonrientes en el Seat ranchera de la comisaría.

—Buenas tardes, compañeros. ¡Habéis lavado el coche y todo! Me vais a emocionar.

—Eso no se lo hacemos a nadie más, ¿eh?

—Ya veo, ya. Como sigáis tratándome así me pido el traslado a la isla, —dice Paco entre risas, y añade —. ¿Habéis comido? Porque yo traigo hambre.

☞ *Scen anniya komencari liaborari*
(Sin intención de empezar a trabajar)

En la cafetería del hotel del Castillo vuelven a ‘montar su oficina’ los tres policías. Es tarde y el camarero les advierte que, aunque se queda abierta toda la noche, la cocina y el servicio del bar deben cerrarse:

—Si quieren algo más, pídanlo ahora porque en quince minutos cierro.

Paco mueve el whisky mientras les cuenta el plan a sus colegas:

—Mañana estáis aquí sin falta a las siete y media. No os voy a adelantar nada porque es un operativo que no depende de nosotros y al que tenemos acceso como testigos y apoyo, si se diera el caso.

—¿Tema de drogas, Paco?

—No preguntes lo que no debes y te irá mejor la vida, Alberto. —Le responde.

Javier, que tiene algo más de experiencia mira a su joven compañero con cierta condescendencia.

—Oye, ahora que me acuerdo, ¿qué tal te fue con ‘La apariencia desnuda’?

—No me enteré de nada. Duré diez páginas. ¡Vaya muermo de libro!

—¿Pero dio el pego allí en la sala de la escuela? Es que después de la cena no tuve oportunidad...

Javier y Alberto se miran y se ríen a carcajadas.

—¿Qué os pasa? ¿He dicho algo gracioso?

—Después de la cena fuimos a tomar unas copas y nos llevamos hablando un rato de lo a gustito que os fuisteis Luisa y tú al hotel. —Dice Javier.

—No seáis cabrones, que estoy casado, joder. Sois unos mal pensados.

—Pues aquí al menda, —dice Javier señalando a Alberto—, parece que una de la científica le hizo una inspección profunda después del bailoteo.

—¡Vaya, Alberto! ¿Y eso?

Alberto, tímido, no llega a articular ni siquiera bien una frase.

—Este hombre...No dice más que... decir tonterías.

—¡Uy, uy, uy...! Cuando se traba...es porque he acertado.

—Insiste pesado Javier.

—Mañana a las siete y media. —Les recuerda Paco yéndose a su habitación.

Aunque el operativo está acordado a las nueve, Paco y sus colaboradores aparcan en un ensanche a cien metros del tanatorio a las ocho.

—¿Qué vamos a hacer aquí, jefe? —Pregunta Javier.

—Esperar a que me llamen del SEPRONA. He quedado con ellos en que apareceremos todos juntos. Ahora mismo estamos esperando una llamada.

Más de media hora después suena el teléfono móvil de Paco. —¿Sí? [...] Aquí estamos. [...] ¿En el parking? ¡Ah, perfecto! Diez minutos. Bien. —Cuelga y le dice a Javier, que conduce—: Vamos para allá. Quédate en el parking.

Un rato después aparecen dos vehículos del Servicio de Protección de la Naturaleza. Una furgoneta y un todoterreno. Seis agentes jóvenes y bien entrenados, dos de ellos armados que cierran el paso al tanatorio. Paco y los jóvenes de la judicial, que han aparcado de forma que ven todas las entradas se bajan enseguida.

—¡Buenos días, compañeros! —Se presenta—, Paco Castaño de la UDEV.

El que lo recibe, un sargento de unos cuarenta años, le estrecha la mano y sin más preámbulos le dice:

—Sígueme. Sus acompañantes, ¿pueden quedarse con ellos? — dice señalando a los efectivos de la entrada.

—Sí, claro. Pero los nichos de refrigeración están abajo, —se permite sugerirle Paco.

—Veo que está al tanto, —le dice el sargento.

—Yo soy el chivato, compañero, —ambos sonríen.

—Sánchez, —dice el sargento mirando a uno de los guardias civiles.

—Sí, mi sargento.

—Que nadie entre ni salga de las oficinas, —ordena mientras, acompañado por Paco y dos de los números baja la rampa de acceso a la zona de carga y descarga del tanatorio.

Después de un día intenso de trabajo Paco se deja caer vestido y con los zapatos puestos sobre la inmensa cama del hotel.

—«¡La madre de Dios!» —Piensa—. «Estoy hecho polvo. No he llamado a Jacinta, anda, paquito, hijo, estira la mano y coge el móvil, venga hombre».

—¿Paco?

—Sí, mujer, soy yo.

—¡Ay, Paco! ¿Pues no que me ha llamado la vecina diciéndome que te ha visto en la tele? Me lo tenías que haber contado tú primero, que te lo callas todo.

—¿En qué tele? Porque hoy he tenido un día lleno de cosas y, la verdad, he visto cámaras y eso pero...

—Esta vecina, ¿cómo se llama? La del cuarto C...tú sabes. La de los mellizos...

—Carlota.

—Esa. Pues que te ha visto esta noche en la 2. ¿Ahora te dedicas al medio ambiente?

—¿Qué dices del medio ambiente? Hemos participado en un operativo del SEPRONA a petición de...,—Jacinta le interrumpe:

—¿Ves? La última en enterarme soy yo. ¿Y es verdad eso que dicen?

—Como no lo he visto no sé lo que dicen. Pero ya sabes que de los casos abiertos no hablo, ¿eh?

—Que se han encontrado una tienda de congelados del Mercamadrid, allí en el tanatorio. ¡Qué barbaridad! Y qué susto, ¿no?

—Exagerando como te gusta exagerar, lo de los congelados es correcto.

—¿Quién va a comer ahora pescado en San Gabriel, si los tienen mezclados con los muertos?

—¡Hala! ¡Jacinta, por favor! Mira que eres...

—Habréis detenido a mucha gente, ¿no? Porque me ha dicho la vecina que ha visto que la guardia civil se llevó detenido al director y otros trabajadores. Paco, ¿estás ahí?

Por un momento se le pasa por la cabeza hacer como que se ha cortado la llamada. Prolonga su silencio mientras sigue escuchando las preguntas de su mujer.

—Paco, ¿me escuchas?

—Sí, sí, te escucho.

—Te tenía que haber hecho caso.

—¿En qué?

—Haberme ido contigo y estar ahí presente viendo todo eso del tanatorio, que da mucho morbo. —Jacinta no puede aguantar una risita nerviosa.

—Lo primero, Jacinta, es que de estar presente nada, ¡coño!, que esto no es una serie. Además el tanatorio no da morbo, la cosa va del aburrimiento a la tristeza en un viaje de ida y vuelta. Eso para los vivos, para los muertos solo de ida.

—¡Hijo mío! ¡Cómo eres! Le quitas el glamour a todo.

—Jacinta, te pongas como te pongas un tanatorio no tiene glamour y si encima están los nichos llenos de besugos, atunes y miembros humanos congelados, menos.

—En cuanto ha dicho esas palabras se ha dado cuenta de que ha metido la pata. Con la esperanza de que su mujer no se haya coscado, sigue hablando—. La mayoría del trabajo que hacemos es aburrido, esperar es una parte muy importante.

—Bueno, vale, no te pongas así. ¿Y tú cómo estás?

—Cansado pero satisfecho de haber destapado el tema. Y no me tires más de la lengua.



Los interrogatorios a los detenidos señalan sin lugar a dudas a un personaje desconocido que hace el papel de intermediación al que todos llaman 'el Gordo'. Aparte de

la descripción física acorde con su apodo y de la cantidad de dinero en metálico que también se ha encontrado en el tanatorio, no hay ningún dato añadido que les permita identificar al sujeto.

—No me puedo imaginar que en una isla pequeña como esta nadie diga una palabra de este tipo. ¡Alguien le habrá tenido que ver! —Comenta Paco, un tanto cabreado, a sus colegas.

El director del tanatorio, un hombre bastante anodino que se refugia, siguiendo los consejos de su abogado, en escasos monosílabos, no es capaz de aclarar el motivo de los descuartizamientos.

—¿Para qué se utilizan los miembros y a quién se les entrega? —Le interroga el policía.

—No sé. —Es toda su respuesta.

—Pero ha dicho usted antes que todo estaba pagado por el Gordo.

—Sí.

—Sabe usted que no le beneficia mucho la falta de colaboración. —Insiste—. ¿Desde cuándo pasa esto en el tanatorio?

—¿Qué es 'esto'?

—El uso irregular de los nichos de conservación.

—Ya ocurría en el tanatorio anterior, desde mucho antes de mi llegada, años, quizás.

—O sea, que me está diciendo que llevan años guardando pescado y restos humanos sin control...

—Lo de las manos y eso es más reciente. —El detenido mira a su abogado que, sin decir palabra, afirma con la cabeza.

—Bueno, ya tiene el permiso, —venga, hable.

—Hace unos dos años, un artista inglés, Damien Hirst, ¿lo conoce?

—Pues no, pero siga. —Paco toma notas aparte de la grabación.

—Este hombre, que es famoso en el mundo del arte contemporáneo, expuso en la sala de la Caixa. Tuvo mucho éxito. Quizás haya oído hablar de sus obras. Expone animales conservados en formaldehído, como un tiburón, una oveja, una vaca partida por la mitad, cosas así. No sé si es que es ecologista, pero el caso es que, poco después de la exposición, el Gordo apareció por aquí y me propuso... —la voz del director se hace más débil.

—Mi cliente está cansado, —dice el abogado—, ¿podemos hacer un receso?

—¿Pero hay algo que una al artista con este hombre? —Pregunta Paco ignorando la petición del abogado.

—No. Yo creo que el Gordo simplemente vio una oportunidad de negocio. Hasta donde yo sé, que tampoco sé mucho, era una cosa, digamos, local.

—¿Cómo era el funcionamiento de sus encargos? Quiero decir, ¿cómo se llevaba a cabo ese trabajo?

—Tanto el chico de la sala de conservación como uno de los conductores se encargaban de, por decirlo así, el trabajo sucio. Cuando el Gordo lo decidía, normalmente en fin de semana, venía con una nevera llena de billetes de 50 y se llevaba la mercancía.

—Bueno, vamos progresando. Así que usted solo hacía labores de, digamos, cobrar por mirar para otro lado, ¿no?

—Algo así. —responde bajando la vista.

—Le voy a enseñar unas cuantas fotografías, dígame si reconoce a algunos de estos como 'el Gordo'. —Paco le muestra cinco fotografías entre las que se encuentra una reciente del inspector de educación Lucas García antes de su fallecimiento.

Sin dudarle, de forma inmediata, lo señala:

—Ese es el Gordo.

Paco, incrédulo, le pregunta:

—¡Vamos hombre! ¿De verdad que usted no sabía quién era ese hombre?

—No, ¿por qué tendría que saberlo?



—Las pesquisas que hemos llevado a cabo en el registro notarial de San Gabriel y en el piso de la víctima del Purche convergen en una misma persona: Carmen Rodríguez, natural del Barranquete, Almería, con 66 años de edad, con última residencia conocida en Playa Blanca, El Farallón de Chirú, Panamá, la cual figura como única heredera de los bienes del finado D. Lucas García Rodríguez.

—¿Y que dice el Registro Civil de su nacimiento, Alberto? —Pregunta Paco

—¿Del de Lucas?

—Claro, claro, de la víctima.

—Que nació en 1969, de padre desconocido. Lo registró una gestoría. En la ficha de nacimiento figura solo el nombre de la madre: Carmen Rodríguez y el representante de la gestoría que hace entrega de la documentación al registro es un tal Antonio García.

—¿Ese le dio el primer apellido?

—Pues parece ser que sí. Hemos ido a la gestoría que aún existe. Se traspasó a finales de los ochenta pero conservan la documentación. Antonio García era un trabajador, en efecto, que se jubiló en el 75 y falleció a mediados de los ochenta.

—Aha, ¿piensas que pueda ser el padre?

—Me extraña, Paco. Por lo que he averiguado era un oficinista que simplemente, cumplió con el trámite, al fin y al cabo, ‘garcías’ hay a millones en España.

—¿De dónde le venía la pasta a este, entonces?

—Pues será de la madre, ¿no? Vive en Panamá, digo yo que podemos tirar de ese hilo.

—¿Qué dices, Javier? Te veo muy callado.

—Me he adelantado a vuestro razonamiento y he hecho averiguaciones en el consulado de Panamá en Valencia. Estaba esperando a que llegais ahí.

—Pues venga, ya hemos llegado, cuenta.

—Bueno, en el consulado, como es normal, no tienen noticias de Carmen Rodríguez, me derivaron a la embajada. Me han confirmado su residencia legal en el país desde 1999 y tiene la nacionalidad panameña desde 2004. He conseguido su dirección postal y estoy a la espera de que me den más datos. La legislación panameña exige el consentimiento de la interesada para poder ponernos en contacto con ella. Según he podido saber no somos los primeros en intentar localizarla en El Farallón de Chirú.

—Pues esto se complica, compañeros. ¿Lo tenéis todo eso por escrito? —Les pregunta Paco y sin darles tiempo a responder, continúa—: Poneros a redactar un memorándum conjunto con todas las actuaciones, detalles y datos que me habéis dado.

—Espera, Paco, otra cosa. —Le dice Javier mientras pone encima de la mesa de la cafetería del hotel una caja de cartón.

—No lo abras ahora, —dice viendo que el camarero está en la barra— pero lo he encontrado en un altillo de la casa de la víctima y creo que es...pertinente.

—Venga, hombre, ahora me pones en ascuas. —Paco le pregunta—: Bueno, ¿qué es?, déjate de misterios.

—Un cubo de resina transparente de poliéster que tiene en el centro unos...cojones.

—¿Unos qué?

—Unos testículos humanos, de hombre, varón, de sexo masculino, ¿cómo quieres que te lo cuente?

—¡Pero este tío estaba mal de la olla! ¿Quién cojones querría tener eso?

—Como un pisapapeles pero... con premio.

—¡Madre mía! Entonces lo que ha dicho el director del tanatorio es la pura verdad. El 'Gordo' es nuestro Lucas.

—Hola, buenos días Camila, —saluda Paco por teléfono.

—¿Quién es? Disculpe, no tengo grabado su número.

—Soy Paco Castaño, el inspector de la UDEV.

—¡Ah, sí! ¿Qué hay? ¿Todavía por aquí?

—Bueno, no exactamente. Me fui y volví, pero si te refieres al caso, sí, todavía con eso.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Pues mira, que tengo una pregunta...artística, por decirlo así, y he pensado que quizás me podrías echar una mano.

—Pues, claro, pregúntame lo que quieras. Sí, dime. —
Responde Camila expectante.

—Es que, no es algo a hablar por teléfono. Además tengo una...pieza...que quisiera que vieras. También me gustaría preguntarte por una exposición que hubo hace unos años. En fin, que si no te importa, me paso por la Escuela y hablamos.

—¿En la Escuela? —Camila no parece estar cómoda con la idea.

—¿Dónde si no? No quiero molestarte demasiado. Si prefieres venir a comisaría, no tengo inconveniente.

—¡Uf! ¿No podría ser en otro sitio? Un terreno neutral, por decirlo así, como cuando nos vimos en la cafetería del castillo, ¿recuerdas?

—Lo siento, Camila, lo que tengo que mostrarte me exige que no sea en ese tipo de entorno.

—Ya entiendo, —responde la profesora sin saber muy bien qué está entendiendo—.

—Mira, te puedo enviar un coche a donde quieras para que te recoja, entras en comisaría de forma discreta por el aparcamiento del sótano y te volvemos a dejar en tu casa o donde te venga mejor.

—No te molestes, voy yo a comisaría. Salgo a la una, ¿te va bien a y media?

—Estupendo. Te espero a la una y media en la plaza del Carmen. Tú sabes, ¿no?

—Allí estaré.

Javier se ha apuntado a la entrevista con Camila. En cuanto se ha enterado de su cita ha dejado a Alberto en el puerto viejo y se ha vuelto a comisaría. Es la tercera vez que Alberto repasa el yate de Lucas, en esta ocasión sabiendo algo mejor qué es lo que está buscando:

—Tengo la impresión de que aquí debe haber algo, —le dice a su compañero Javier.

—Como no lo pongamos en seco, no sé qué más vamos a ver aquí. Bueno, te dejo, tú insiste, lo mismo me equivoco.

Javier llega un poco tarde. Camila y Paco ya están ambos en el despacho. El cubo transparente con los testículos humanos está encima de la mesa cuando él entra en el despacho. La escena tiene un aire onírico que le incomoda.

—Pasa, Javier. Acabamos de empezar.

Camila se vuelve a saludarlo. La presencia de esas partes encima de la mesa tampoco le deja indiferente, se siente incluso algo avergonzada mientras piensa:

—«¡Qué tontería! ¿Por qué tengo que sentir vergüenza?»
Lo cierto es que algunos objetos, al fin y al cabo aunque sean restos humanos se han objetivado al convertirlos en algo separado y solidificado, se convierten en una especie de tótem con vida propia, como los que algunos antropólogos llaman «agencia». Camila le pide al inspector:

—¿Te importaría devolverlo a la caja, por favor?

—Sí, tienes razón. Una vez visto, sobra su presencia. — Dice mientras lo devuelve a su caja de cartón. En ese momento se da cuenta de un detalle que le había pasado desapercibido. Antes de devolver el objeto a la caja, se la acerca a Camila, preguntando:

—¿Conoces esa marca?

—¿Ferpol? Sí, claro. Fabrican resinas transparentes y otros productos tipo epoxi y demás.

—¿Ves lo que veo yo? — Con un gesto le ofrece la caja mientras deja en el suelo el cubo transparente.

Camila mira uno de los laterales de la caja que aún conserva parte de la etiqueta del transportista. Parece que alguien ha querido quitarla y en los restos rotos de la misma puede leerse con algo de dificultad: «...rte de .S.. G..briel. Depto. ... de ...cultur... Plaz...».

Camila, algo nerviosa, le concede:

—Está claro. Esta caja viene del Departamento de Escultura de la Escuela. ¡Joder! ¿Quién podría pensar que...? Javier mira seriamente a Paco. Él, más sereno, interviene:

—Vamos a aclarar ciertas cosas, Camila. Estás aquí en calidad de colaboradora. No estás siendo investigada. Estás en tu pleno derecho de marcharte. Pero, sinceramente, no creo que sea necesario que te diga que esta investigación puede cambiar radicalmente e involucrar-

te. Si no tienes nada que ocultar te aconsejo que seas lo más sincera y colaboradora posible.

Ofendida, responde:

—¿Pero qué voy a tener yo que ocultar? ¡Por favor! Todo esto es un desatino absoluto.

—Bien, estupendo. Vamos a calmarnos y a repasar este asunto. —Afirma Paco.

—¿Has visto usar este tipo de resinas en la Escuela?

—No. Nosotros no usamos ese material porque es muy caro. Para el tipo de escultura y reproducciones artísticas que hacemos en el departamento nunca gastamos un material tan costoso, más propio de la bisutería o de la joyería contemporánea, si me aprietas.

—Pero este tipo de material lo habrás visto alguna vez en la Escuela, ¿no?

—La Escuela no es un centro de enseñanza normal y corriente. Me explico. Allí hay estudiantes que tienen sus recursos y dedican sus estudios a hacer cosas que luego se llevan a casa. En ese caso se compran ellos los materiales y pueden, si quieren usar materiales más sofisticados...

—Pero la caja viene a nombre del departamento de escultura...

—Sí. Eso no sé cómo explicarlo. Desde luego en el mío no tenemos dinero para...

—¿El suyo? ¿Pero no es usted profesora de escultura?

—Sí. Cuando digo el mío me refiero al del que soy directora, el de Extensión Cultural.

—¡Ah! ¿Quién dirige el de Escultura?

—Mire, el de escultura es un departamento atípico. El jefe de estudios es profesor, yo también pertenezco y luego hay dos profesores más: Julián que está a punto de jubilarse y hace las veces de director de departamen-

to y Anselmo, un profesor que lleva poco tiempo en la escuela.

—Vale. —Paco se dirige a Javier—. ¿Estás tomando notas?

—Sí, jefe. Todo controlado.

—Pero, déjame que te diga, me extraña que el departamento haya comprado eso. Ese cubo que me ha enseñado debe pesar...

—Unos diez kilos, —responde el inspector.

—Eso son más de 100 euros. Ten en cuenta que nuestras clases son de unos quince alumnos. Hazte cargo del total si lo multiplicas por quince solo para un ejercicio. El material que nosotros usamos es muchísimo más barato y feo pero para aprender es suficiente.

—Bueno, Camila, dejamos este tema por un momento. ¿Conoces a un artista inglés llamado Damien Hirst?

—Sí, claro. Expuso aquí en el 2014, en la sala de La Caixa. ¿Tiene algo que ver con ese macabro hallazgo?

—No, no. Pero es posible que haya un vínculo entre su obra y el hallazgo, como dices, ¿no?

—Todo puede ser. Siempre he visto la obra de Hirst como bastante metafísica, la verdad. No tanto como una obra escultórica propiamente dicha sino como una especie de poesía visual. De todas formas unos lo consideran un embaucador y otros un mediocre. Se hizo rico con sus obras. A mí simplemente no me interesa su propuesta, demasiado comercial y vana para mi gusto. Por otro lado...

—Está bien, Camila, no hace falta que me des clase. Entonces dices que hay mucho dinero por medio.

—Sí, sus obras se cotizaron muy bien e imagino, aunque no le sigo mucho el hilo, que lo siguen haciendo. —Le contesta la profesora.

—Bueno, no te robo más tiempo Camila. Muchas gracias por todo. ¡Ah! Sé discreta, por favor. No hables con nadie

de esto y si te fueras a ausentar mucho tiempo de la isla, dímelo primero, ¿eh?

—Claro, no te preocupes.



Los avances en la investigación y la cantidad de derivaciones del caso mantienen a Paco en un estado de alerta constante. Hacía años que no tenía un caso tan complejo. Se pregunta, no sin cierta razón, si su capacidad para recordar y atar cabos no estará algo mermada por la edad. La noche de mediados de marzo en el puerto viejo es tranquila. Paco está bien protegido del viento y la humedad. Un chaquetón azul oscuro lo envuelve. A lo lejos, cree reconocer el paso y la figura de una mujer que camina en su dirección. Unos metros antes de encontrarse levanta su mano mientras saluda en voz alta:

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, me alegro de verte, Gracia. —Responde el inspector.

—¿Has vuelto por aquí? —Sin darle tiempo a responder, continúa—: Te he visto en la noticias.

—Pues sí. Todavía con el caso que me trajo hace casi un mes. ¿Y tú? ¿Dando un paseo?

—Acabo de salir de estar toda la tarde sentada y estoy estirando la piernas, ¿me acompañas?

Las luces de la bahía acompañan también con sus ligerísimos movimientos a Gracia y Paco que recibe una llamada de móvil.

—Disculpa, —dice mientras saca el teléfono que muestra a Jacinta sonriente. Le responde con un mensaje de texto diciéndole que está ocupado—.

—Cógelo, no te preocupes.

—Está bien así. ¿Cómo le va a tu hijo?

Paco intenta ser amable y entablar una conversación que no se centre en el caso. No quiere que su acompañante piense que solo le interesa hablar de eso. Aunque ella responde conforme aconsejan las normas no escritas de la educación, de forma que no se dé cuenta del interés un tanto morboso que ella tiene en el caso, hay una cierta tensión informativa que se nota en el ambiente. Cuando llegan al final del paseo del puerto, al pie de la Escalera Alta, giran ciento ochenta grados y se vuelven por donde han venido. Justo en el lado opuesto de la bahía, a una media hora de allí, se encuentra el restaurante «El Ancla» uno de los más antiguos y afamados de San Gabriel. —Hace unos días, —comenta Paco—, una profesora de la Escuela de Arte me habló muy bien de ti.

—Esa tiene que ser Camila.

—En efecto.

—Acabo de estar con ella. Nos reunimos algunas tardes para preparar las fiestas de Santa Cornelia, la patrona del Purche. —le informa Gracia.

Paco, algo extrañado, pregunta:

—¿Pero no es San Gabriel el patrón?

—Sí, eso es a finales de septiembre, pero también tenemos patrona y esa es Santa Cornelia.

—No me hacía yo a Camila en actividades parroquiales, —comenta.

—¡Qué va! Nada de parroquiales, son las fiestas de la ciudad. Hace ya dos años, desde que el Partido Insular de San Gabriel ganó las elecciones aquí, en la capital, nosotras dos participamos en la preparación de algunas actividades. Andrés es miembro del partido y colabora en la concejalía. A Camila y a mí nos gusta echar una mano, sobre todo en lo que se refiere a recuperar

algunas de las tradiciones, ponerlas en valor. Por ejemplo, la música. Casi nadie sabe la riqueza de la música de san Gabriel, y de la gastronomía, y de los relatos y la historia de la isla... También queremos promover la Memoria Histórica en San Gabriel, en fin, todo lo que sea devolver a nuestra tierra las buenas cosas que en un tiempo tuvo sin pretender alejarnos del progreso en el buen sentido.

Paco no es muy proclive a hablar de cuestiones políticas con personas de las que pueda necesitar información para un caso, y mucho menos a dar opiniones propias, pues sabe, por experiencia, que la más de las veces se equivoca uno. En este caso, dado que se trata de una partido insular, cree poder mantenerse algo al margen.

—¿Cómo va el caso? ¿Se puede contar algo? —Pregunta Gracia con una sonrisa franca.

Paco, que no suele leer la prensa ni ver la televisión para saber lo que han transmitido los medios, pregunta ingenuamente:

—¿Qué han dicho los medios?

—Poca cosa. ¿No lo sabe?

—No suelo preocuparme por eso salvo que el caso lo requiera. —Contesta el policía.

—Pues del caso ya se habla poco, ahora que lo del SEPRONA ha sido sonado y se te vio allí, en el tanatorio en primera línea. —Paco sonríe y se alegra de que ella no haya vinculado una cosa a la otra—. ¿Tiene algo que ver o ha sido casualidad?

—¡Qué va! No hay muchos compañeros y fui a echar una mano cuando me enteré del operativo.

—Camila me ha contado que estuvieron unas policías de la científica en la Escuela.

Paco responde escuetamente:

—Sí, sí. Vinieron de Madrid porque había detalles en el sótano que no estaban claros y necesitaban de aparataje especial. Todo de lo más normal en estos casos. Me dijiste que conocías a la víctima de vista, ¿no?

—Te dije que era un personaje bastante peculiar y conocido por casi todo el mundo en la isla.

—Por cierto, ¿le llamaban ‘el Gordo’? —Pregunta Paco.

—Puede, no sé, nunca escuché ese apodo pero quizás en Santa Úrsula... porque ese señor tenía fincas por allí, creo.

—¿Nació aquí, en la isla?

—Mira, es posible que tú sepas más de eso que yo. Te voy a contar lo que sé. Las mujeres mayores que conozco de aquí de toda la vida dicen que Lucas era hijo extramatri-monial de uno de los caciques de Santa Úrsula, el que mataron en el 80 y de una chica de Almería que trabajaba en el cortijo de allí de Santa Úrsula...

—A ver, a ver, ¿qué es eso de que mataron al cacique de Santa Úrsula en 1980? —Paco no da crédito a lo que está oyendo—. ¿Tú estás segura de eso?

—¡Hombre! De que mataron a Froilán Santos claro que estoy segura. Yo tendría unos diecisiete, estaba en ese momento en COU. Fue noticia a nivel nacional, puedes consultarlo si quieres en internet. Lo de que era el padre de Lucas, son cosas de viejas, pero que la gente aquí las da por ciertas. ¿Conoces el Hotel Sol Palace, junto a la Playa del Abedul? Es uno de los primeros que se construyeron aquí en los sesenta. Ahora está ahogado entre edificios de dudoso gusto, pero en su momento era el más grande y lujoso. —Comenta Gracia.

—Perdona que vuelva de nuevo sobre lo del asesinato. ¿Se detuvo finalmente al causante, al o a los asesinos?

—Pregunta Paco.

—No. Hubo todo tipo de hipótesis, detenciones e historias pero no se llegó a acusar a nadie. No me preguntes mucho más, yo era una chiquilla más interesada en el color del bikini y en los guiris con pasta que venían en verano que en cosas de esas. Pero, tú, siendo policía, seguro que tienes acceso a toda la documentación del caso, ¿no?

—Sí, desde luego. Lo que me abochorna es que no me acuerde de nada, que no haya sido capaz hasta ahora de enterarme.

—¿Dónde estabas tú en 1980, Paco?

—En Madrid. Yo he estado casi toda mi vida laboral en Madrid. Salvando un año en Zarauz, que prefiero no recordar y algo más de dos en Zaragoza, donde conocí a mi mujer..

—Pues es normal que no te acuerdes, eran años moviditos. Imagino que en Madrid ya tendrías tus cosas como para recordar un asesinato en esta pequeña isla levantina, —justifica Gracia—. Al principio los periódicos pensaban que había sido un móvil político pero la policía dejó claro que por el tipo de crimen y los detalles que no se pusieron al público, se trataba más de una especie de crimen mafioso. La UCD lo tapó todo lo mejor que pudo.

—¿La UCD? Claro, era el gobierno en el poder. —Señala el policía.

—Era el gobierno en el poder y el partido por el que el muerto se había presentado a las elecciones.

—Hablando de otra cosa, ¿tienes hijos?

—No. En eso hemos coincidido Jacinta y yo desde que éramos jóvenes.

—¡Ah! Pues es raro, quiero decir, que aunque de joven se tengan esas ideas...con el tiempo, tú sabes, lo normal es cambiarlas.

—Pues sí. Eso es verdad pero...

—Oye, discúlpame, es un tema muy personal, es que soy una bocazas. ¿Quién soy yo para preguntarte nada de esto?

—No, no. No pasa nada. Está bien. —Paco no se siente a disgusto con esa conversación—. Lo que te iba a decir es que cuando nos entró el gusanillo, ya casi a finales de los ochenta, Jacinta tenía más de treinta y cinco y la naturaleza parece que se negó. Desde entonces no hemos hecho nada por evitarlo pero ni ella ni yo teníamos las ganas suficientes como para hacer de eso un tema vital. Tú me entiendes, ¿no?

—Perfectamente. Yo, sinceramente, ya que estamos hablando de cosas tan personales, si no fuera porque me quedé preñada tan joven tampoco hubiera tenido hijos. Es que hay muchos niños que viene al mundo porque así estamos hechos los seres humanos, no porque lo hayamos decidido.

—¿Estás casada? Porque no te veo el anillo...

—No. Soy madre soltera. Andrés es mi más querido error. El error que me ha dado una razón de vivir cuando más lo necesitaba.

—¿Te apetece cenar? —Le propone Paco cuando llegan a la altura de «El Ancla».

—Sí. Pero ahí no me vas a ver ni en pintura.

—¡Ah! ¿Y eso?

—Es el sitio más rancio y caro de la ciudad. El cocinero es primo mío y no sabe ni freírse un huevo, —dice Gracia lanzando una carcajada. Con una cara algo pícara añade—: ¿Te apetece venir a casa? Está a diez minutos.

—Bueno, pero no quiero...

—Déjate de tonterías, estoy hablando de un picoteo, una cerveza, nada del otro mundo. ¡Ah, y está mi hijo! ¿Eh? Todo muy decente. —Dice sonriendo—. Yo soy como mi

primo, no cocino bien, pero al menos tengo la decencia de no trabajar de cocinera.

—Oye, de eso no me has hablado, ¿en qué trabajas?

—Hago un poco de todo, pero soy modelo de manos. —
Responde Gracia.

—¿Modelo de manos? ¿Se puede vivir de eso?

—Ahora no. La cosa tuvo sus años buenos. Muchas de las manos femeninas que has visto en productos publicitarios desde los noventa para acá son mías. También he hecho pies, aunque de eso no había tanto trabajo. Ahora me gano la vida, en parte, con el *roman*, ¿quién me lo iba a decir?

Suben en el ascensor de un bloque de pisos que da a la bahía, pasado el puerto viejo pero aún en el centro de San Gabriel. Un edificio construido en los ochenta con aires de un Sáenz de Oiza algo venido a menos pero con una disposición, respecto a la bahía, extraordinaria. Al llegar al rellano del octavo piso, Paco observa con algo de alivio que hay seis puertas por planta. Por un momento ha pensado:

—«Esto tiene que ser fruto de una herencia. Ser modelo de manos no te da para tener este pisaco». —Pero al ver que un edificio relativamente pequeño tiene seis pisos por planta, todo le encaja.

Gracia hace su entrada con un:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Has cenado?

Su hijo está de espaldas a la puerta de entrada, el piso es, en efecto, muy pequeño, casi podría calificarse de estudio, pero las vistas al puerto viejo y la bahía detrás son maravillosas.

—Hola, mamá. ¡Hombre! Traes invitado.

—¿Te acuerdas de Paco?

—Claro, *al-habib mubalal*. —Dice Andrés que se ha levantado y le ofrece la mano sonriente.

—Disculpa, no te entiendo.

Gracia se ríe y mira a su hijo con cara de regañarle:

—No le hagas caso, es que no puede evitar ser un payaso. Te ha dicho «el amigo mojado» por como te recogimos en el puerto nuevo, ¿te acuerdas?

—Sí, todavía me da repelús cuando paso por allí. ¡Menu-da entrada que hice! —Recuerda Paco.

Mientras Gracia prepara algo para cenar, Paco conversa con el joven:

—¿A qué te dedicas, Andrés?

—Bueno, se supone que soy historiador. Estoy haciendo un doctorado en arqueología, pero lo que de verdad me interesa es la submarina.

—¿Hay trabajo de eso? —Pregunta inocentemente el policía.

—Bueno, ahora mismo estoy, como quien dice, *scen anni-ya komencari liaborari*, perdón, sin intención de empezar a trabajar. Pero, sí, sí hay trabajo de eso. La arqueología submarina está considerada por algunos algo así como la prostituta de la arqueología.

—¿Y eso?

—Porque no todas las intervenciones de arqueología de pecios están orientados, precisamente, al conocimiento y puesta en valor del patrimonio sino más bien a otras actividades orientadas al lucro, ¿no? Pero lo que a mí me gusta no es ese tipo de trabajos, que, desgraciadamente son los mejor pagados, sobre todo en América.

—Me comentó tu madre que estás metido en política. — Paco se sorprende a sí mismo con ese comentario que rompe con todas sus barreras profesionales. Piensa en Andrés como un alter ego del hijo que no ha tenido y eso le ha hecho bajar la guardia. Gracia, que está escuchan-

do la conversación desde la pequeñísima cocina que está separada de la sala por una simple barra de desayuno, se siente cómoda con la charla del invitado y su hijo. —El 15M me cogió en Murcia y desde entonces, de una forma u otra, he estado ligado a movimientos sociales, más que políticos. El Partido Insular no es solo un partido, Paco, es la expresión política de un movimiento ciudadano de San Gabriel. Estamos cansados de tanto mangoneo.

—Ya. Entonces, si haces arqueología submarina y no te gusta el trabajo de recuperación de barcos, ¿qué es lo que te gusta? —Pregunta Paco que quiere reencauzar la conversación a terrenos en donde se sienta más cómodo. —¿Has oído hablar alguna vez del Despeñadero? —Responde Andrés con una pregunta.

—Sí. Está en el acantilado sur, ¿no?

—Sí. El Despeñadero es una formación geológica natural que se produce como consecuencia del derrumbe parcial de una cueva. Hace dos años se realizó un trabajo arqueológico en esa zona. Al Despeñadero se puede acceder por dos sitios: por arriba, descendiendo en un trabajo vertical bastante complejo pues los restos que se encuentran forman como una especie de medio cono contra la pared, y por el mar, que después de atravesar varios sifones nos permite llegar al pie de ese medio cono del que te hablo.

—¡Ah! —Paco finge mostrarse sorprendido ante el entusiasmo del joven—. Y tú entraste por el mar.

—Por lo dos lados, pero sí, tuve la suerte de participar en la excavación como buzo y estudiante de arqueología mientras duraron los fondos. Pero la política no nos permitió ir más allá.

—¿La política?

—La arqueología, como todo, es política. —Responde Andrés.

—¡Hombre, exageras un poco! ¿No?

—Considerar la arqueología como algo que no tiene nada que ver con la política es compartir la visión de aquellos que consideran que el fútbol tampoco se debe mezclar con la política. Quienes piensan esto no se preguntan por qué hay una selección nacional que compite tras escuchar el himno nacional, o por qué existen las federaciones de fútbol. Todos ellos son conceptos políticos, evidentemente. Y esto no lo digo yo, ¿eh? Lo dicen Alfredo González y Xurxo Ayán, profesores de arqueología.

—Pues dicho así tienes razón. ¿Pero qué es lo que pasó en El Despeñadero?

—Pues que en la unidad stratigráfica superior, vamos, en lo que estaba más arriba, que en estos conos de deposición no significa más alto sino más superficial, se encontraron los restos de treinta y cinco represaliados tras la guerra civil. Algunos ejecutados, con muestras de fracturas y heridas mortales de bala, otros que posiblemente murieron en la caída y unos pocos que quedaron atrapados allí posiblemente murieran de inanición.

Gracia, que empieza a sentirse incómoda con la conversación, interviene:

—Bueno, Andrés, ya sé que es tu tema favorito, pero vamos a tomar algo sin tener presente tanta desgracia, ¿vale?

El joven se calla mientras abre los botellines de cerveza:

—¿Quieres una, Paco?

—Sí, gracias.

—Discúlpame, Gracia, quisiera hacerle una última pregunta sobre el tema a tu hijo, ¿te importa?

Gracia lo mira y se encoje de hombros mientras responde:

—Es que se puede llevar hablando horas del asunto y una termina un poco cansada. Tú verás.

—¿Se llega a identificar a las víctimas?

—Ese es un asunto que la ley en este momento no exige y que debería exigirse. Pero el análisis de ADN es caro. España tiene el dudoso mérito de ser ‘medalla de plata’ en el ranking de países con desaparecidos sin identificar.

—¿Medalla de plata?

—Sí, el segundo lugar. La de oro la tiene Camboya con los muertos del régimen de Pol Pot.

—¡Joder! No lo sabía, —Paco se siente un tanto avergonzado ante su ignorancia.—¿Cuándo se acabaron los fondos de la excavación? —Pregunta.

—Yo estuve allí trabajando hasta fin de año. En enero ya no era posible seguir trabajando, las cuentas había que cerrarlas a 31 de diciembre. —Le responde el joven arqueólogo.

—Oye, ¿hay algún camino que lleve al Despeñadero o es muy exigente llegar allí?—Pregunta.

—No, es fácil. Cuando te diriges a La Valla desde Santa Úrsula, hay un camino que sale a la derecha que es paralelo a la antigua valla. Esos terrenos se ganaron a la base en el 83, cuando se declaró de la OTAN. Yo no había nacido aún, mi madre te puede contar. Bueno, pues si sigues ese camino hasta el mar llegas a la Playa de los Muertos. Si no llegas hasta el mar, como un kilómetro antes sale a tu derecha un carril que ya tienes que coger en todoterreno o hacer andando. Ese carril termina en El Despeñadero.

—¿Te vienes conmigo mañana? —Paco quiere tener a Andrés como colaborador y piensa que puede ser una

oportunidad ver lo que ya Alberto le señaló que merecía la pena.

—Claro, encantado. ¿A qué hora quedamos?

—Hago algunas gestiones a primera hora. ¿Te viene bien salir sobre las doce?

☞ Más muñequitos (Diciembre 2016)

—Ya va siendo hora de que recojáis. Hay que dejarlo todo limpio. Tal y como os lo encontrasteis, ¿vale?

—Sí profe.

—La evaluación no solo tiene que ver con vuestro trabajo, con el resultado final ...

—...*sini kin il pricisi*. —Dice por lo bajo Catalina, burlándose. Es una chica alta con rastas y varios piercing que pasa una esponja húmeda por la mesa eliminando los restos de barro.

A su lado, muy seria, hace algo parecido una mujer de mediana edad que lleva unas gruesas gafas de pasta sujetadas por una cadena dorada. Mueve la cabeza y suspira, dirigiéndose a la joven también en voz baja:

—¡Qué mala eres, mujer!

—Dime que no te da *mā'lē*, anda, con lo que se repite. Pero no seas *ar-raqibe*, no te vayas a *gibbar*, *habiba*.

—Me hablas en esa lengua que tienes y no me entero de nada, hija.

—Que no te vayas a chivar, ¡coño! Parece mentira, ¿cuántos años llevas en San Gabriel? —Pregunta airada Catalina.

—Más que los que tú llevas en este mundo, hija. —Responde la compañera mayor.

—¿Y todavía no entiendes la *lingua*? ¡Joder!

—¿Qué os pasa a vosotras? —Pregunta Sandra viéndolas discutir.

—Nada, profe, ¿qué va a pasar? Tonterías nuestras. — Dice la mayor quitándole importancia.

—Solo tuyas, *yöd*: *¿kuánd šabrád?; Tan māl me dölöd!*

La alumna de más edad la deja por imposible. Tanta afectación, tanta representación continua de un modo de ser que no entiende la dejan exhausta. Acaba de limpiar y recoger su mesa y se despide de la profesora:

—Hasta mañana, Sandra.

Poco a poco el taller va vaciándose y Sandra se queda a solas con Catalina. La joven, aunque es bastante excéntrica, airada y molesta con sus compañeros y docentes, es un primor en lo que a su ejecución y limpieza. Sus manos revolotean con habilidad. Sandra disfruta viendo la danza que, tan armoniosamente, gobierna el movimiento de sus manos. Catalina es una joven muy especial que no pasa desapercibida. Todo el que la conoce termina admirándola o evitándola, porque es muy fácil sentirse poca cosa o incómoda a su lado, si se es insegura, o simplemente fascinada si la mente de la que contempla sus movimientos es suficientemente abierta. Y ese es el caso de Sandra.

—¿Acabas? Está suficientemente limpia la mesa, ¿no? — Pregunta la profesora.

—Mira profe: —Catalina llama la atención de Sandra sobre lo que está haciendo— ponte aquí, baja la cabeza y mira cuando paso la esponja.

Sandra, un tanto cansada de las excentricidades de la alumna pero sabiendo de su genialidad, le sigue el juego algo reticente.

—¿Ves el brillo del agua y cómo se va evaporando? ¿Ves cómo por mucho que limpie se forman esos dibujos por los cambios de temperatura del barro que he tenido colocado todo el rato?

—Claro, Catalina, ¡venga! Me lo cuentas mañana, anda, que me tengo que ir.

Natalia, la profesora de tapices amiga de Sandra, entra en el taller:

—¿Nos vamos?

Catalina no es alumna de Natalia pero la saluda efusivamente pues ambas se conocen desde hace tiempo de trabajar en las actividades culturales de la Escuela.

—Hola Natalia, mira, ven.

—¡Ah, no, no! No la vayas a enredar ahora con estas cosas, Catalina, hija, que nos vamos a ir. —Sandra se teme lo peor y coge su bolso dejando claras sus intenciones. Para quitar tensión al tema le dice:

—¡Cuéntaselo en el Ibor, anda que te invito a una cerveza!

Cuando llegan las tres al bar solo hay una mesa libre. El Ibor consigue que los alumnos se traten entre sí de una forma que, como suele ser lo usual, no lo consigue la propia Escuela en donde estudian. Las cervezas, la música y el ambiente de viernes noche se nota desde la calle.

—¿De dónde eres, Catalina?

—De aquí, del Purche.

—¿Sí? ¿Naciste en San Gabriel? Pero...

—Ahora me vas a venir con que tengo pinta de hippie del norte, *babiba*.

—Oye, disculpa, no quería ofenderte. Es que tan rubia, con esos ojos azules y esa altura, ¡qué quieres que te diga? —Intenta aclarar Natalia.

—Pues tú también eres alta y delgada...

—Yo nací en Almería, aunque mis padres son franceses.

—Se explica ella. —Natalia quiere hacerse comprender y sobre todo evitar que su pregunta se interprete como una intromisión.

—Pues los míos llegaron al Purche en el 94. Les gustó tanto la isla que se quedaron a vivir aquí y aquí nací yo. Ellos son alemanes pero yo soy del Purche. *Šay?*

Sandra interviene en la conversación:

—Pues ¿qué queréis que os diga? Yo creo que esta isla está sobrevalorada. Que no digo que no sea bonita, tiene su encanto, pero le pasa un poco como a las islas griegas que en cuanto sales de la costa y los pueblitos es un seccarral sin gracia ninguna. Que siempre me he preguntado qué beberían esa gente poniendo los templos donde los ponían.

—Es que tú vienes del norte, Sandra, allí todo es más verde y lo echas de menos.

—Eso será. Desde luego esto no difiere mucho de Almería, —acepta—, pero, ¿tú no echas de menos Alemania?

—*Nein*. No, *niet, koniec*. —Catalina se ríe sola—. A veces paso con mis abuelos semanas enteras. Alemania me parece aburrida y previsible. Todo demasiado correcto. Para mí San Gabriel, y el Purche más todavía, tiene la mezcla perfecta de orden y caos. Esto que vivimos aquí sí que es *Sturm und Drang* y no lo que predicaban los románticos alemanes. Al menos aquí en la isla, con la *lingua* podemos decir aquello de: *Gar ké faré'yo, kómo bibré'yo?* Por mucho que quieran ser *naturphilosophen*, los alemanes de hoy viven demasiado cómodos. La *nature* no es cómoda, es salvaje, como la *lingua*.

—¿Por qué decís el Purche? Todavía no me he aclarado, —pregunta Sandra algo extrañada.

—Toda la isla se llama San Gabriel y la capital San Gabriel del Purche, por eso cuando quieres referirte solo a la capital, si eres de aquí, no dices San Gabriel, sino el Purche. —Le explica Natalia.

—¿Y qué significa eso de Purche? ¿Es de la *lingua*?

—No sé, ni idea. —Reconoce Natalia.

Catalina se ríe.

—¿Veis? ¡Os lo tengo que explicar yo! ¡La malnacida teutona flacucha de ojos azules! Las palabras de la *lingua* proceden la mayoría del latín pero tiene muchos préstamos del árabe. *Al Burj*, de donde viene el vocablo, significa la torre. El nombre le viene justo de la formación rocosa en donde está asentada vuestra casa. Así que vosotras dos vivís en el Purche del Purche. *Habibas!*

—¿Vas a colaborar en la exposición, Catalina? —Le pregunta Natalia.

—No sé nada de eso, cuenta. —Demanda interesada Catalina.

—Bueno, quizás no soy yo la que debo contarte, mejor Sandra que es tu profe.

Catalina mira a Sandra de una forma tan intensa que se siente algo incómoda. Ver esos dos lagos turquesas fijos en ella le hacen bajar los ojos y empezar a jugar con el dedo en los círculos de agua que los vasos de cerveza han dejado en la mesa.

—Pero, Nati, la idea es tuya.

—Como me llames Nati me voy. ¡Pesada, que eres una pesada!

—Sí, perdona, Natalia. Es que...

—¿Qué más da quién me lo cuente? —Impaciente, Catalina pega un manotazo en la mesa. Sandra y Natalia, poco acostumbrada a ese carácter se miran algo inquietas.

—Camila, la profe de escultura es la que lleva todo el tema, ¿sabes? Aunque la idea en sí es de Natalia. Bueno, de ella y de otros profesores.

Sandra va desgranándole todos los detalles de la exposición, el tema del umbral, la idea de Natalia para el sótano, el corto del Amante Menguante de Almodóvar y todos los espacios de exposición que están por aclarar y de los que algunos están dedicados al alumnado de Cerámica que quiera participar.

—Vale, sí. *Interesting!* Contad conmigo. *¿Cuand començara? jtan bōnah l-bišārah!*

—Después de Navidades. —Le responde Natalia.

—¿Pero tú te enteras? No entiendo cómo...

—Llevo más años que tú en este extraño lugar, rica.

—¿Está la silla libre? —El que pregunta es un joven con el pelo rizado, moreno, y vestido de una forma que bien podría, sin cambiarse, hacer un número de malabarismo en un circo.— ¡Anda, Cati, si eres tú! ¿Qué haces aquí?

—Hola Chito, pues mi Escuela está al fondo de la calle, *ueme*. Acabo de salir de clase.

Las profesoras le saludan.

—Estas son Natalia y Sandra, son profes ¿eh? —Aclara Catalina—. No vayas a decir muchas tonterías.

—No te preocupes, ¿te vienes luego con nosotros? —Dice cogiendo la silla.

—Ya te digo si eso. —Es la respuesta evasiva de Catalina.

—¿No es alumno de la Escuela? —Le pregunta Natalia.

—No, ¡qué va! Vive a mitad de camino entre *Ya'asmar* y el Purche. ¿Conoces el tanatorio? Pues en las *kobas* de más arriba.

—¿Qué es eso de *Ya'asmar*? —Pregunta Sandra.

—Oficialmente le llaman Puerto España, pero nosotros le llamamos así, *Ya'asmar*, Puerto Moreno.

—¡Anda, coño! ¿Y hay cuevas camino de Puerto España?

—¿No te has fijado que todo el monte que hay frente al mar más allá del puerto nuevo, a la altura del tanatorio, está como moteado de blanco? —Catalina la mira sorprendida.

—Llevo solo unos meses, hija, no te asombres tanto.

—Pues es la cal que se usa para fijar las cuevas. Si no usas cal se terminan desmoronando. Las puertas también se suelen pintar de cal como las que se pueden ver en Granada.

—Y en Almería también. —Añade Natalia.

—Eso.

—Pues volviendo al Chito, —continúa Natalia—, me parece haberlo visto muchas veces por aquí.

—Es que tiene un negociete con Ramiro, el de forja.

Natalia saluda levantando la mano en un gesto alegre a alguien que pasa tras la cristalera. Un hombre mayor con largas barbas y un portátil al hombro sonríe y devuelve el saludo desde la calle.

—¿Qué negocio es ese? —Pregunta Sandra.

—¡Ay! ¡*No me perkontari!* Tiene algo que ver con dar clases allí en las *kobas* para que la gente se haga sus cancelas o no sé qué. El Chito ha estudiado arquitectura y está montando un proyecto de autoconstrucción comunitaria ayudando a la gente a hacerse sus casas a la antigua.

Natalia se sorprende al escuchar esa noticia pues siempre ha visto a Ramiro como una persona bastante aburguesada. No puede imaginárselo en las cuevas con esa comunidad tan poco común.

—«¡Que callado se lo tiene!» —Piensa.



Las reuniones del consejo escolar de la Escuela suelen ser, como todas las de este tipo, muy aburridas. El trío calatrava, como Abel denomina al director, el jefe de estudios y la secretaria son los últimos en entrar. Abel, Camila y dos profesores más ya están sentados a la mesa. El inspector de educación, Lucas, asiste como representante del Cabildo insular, Carlos, el conserje y dos alumnas también están presentes. Entre los temas a tratar se encuentra el plan de actividades culturales para el año 2017, la necesidad de reparaciones en la zona de la Sala de Exposiciones y la petición de nuevos estudios para el curso 2017/2018. La secretaria, profesora de Organización Industrial y Legislación, es una mujer de mediana edad con aspecto cansado y mirada de ir pidiendo permiso por la vida. Reparte un pequeño dossier a la vez que pide disculpas por los cambios a última hora respecto al documento que acompañaba la convocatoria:

—El presupuesto del arreglo de la caldera y el depósito de gasoil ha crecido considerablemente porque los técnicos no se habían dado cuenta del estado del depósito actual. —Aclara.

—¿Qué le pasa al depósito? —Pregunta Abel.

—Que tiene pérdidas considerables. Compramos 2000 litros al año y los técnicos dicen que debe haber una fisura porque no está justificado el gasto para los pocos días que se enciende. —Responde Isidro.

—Estas instalaciones antiguas..., —deja caer el inspector.

—Yo no entiendo mucho de esto, pero el gasoil que yo sepa no se evapora, deberían notarse las manchas en algún sitio, ¿no? —Insiste Abel.

—Al estar enterrado y tan cerca del mar..., —vuelve a intervenir el inspector y, sin terminar la frase, añade—:

Pero este presupuesto es una exageración. Vale lo que todo el gasoil que se consume en una década. Habría que pedir otro. En esos términos deciden posponer el arreglo.

Camila ha ocultado deliberadamente la parte más conflictiva de la exposición «El umbral» y quiere presentarla a posteriori como hechos consumados. Al fin y al cabo, las exposiciones de la Escuela se saben de qué van a ir en un principio pero nunca se conoce muy bien lo que se termina exponiendo finalmente. El permiso para llevarla a cabo con el dinero conseguido por Abel y sin coste para la Escuela es fácil de conseguir y así lo hacen.

Lucas recibe una llamada al móvil y, sin ni siquiera excusarse, se levanta de la reunión justo cuando se va a tratar el tema que, como inspector, más le incumbe.

Abel irritado, después de una espera de diez minutos impuesta por el director, solicita que conste en acta la ausencia del mismo y que se prosiga con el orden del día. Tras varios minutos de tensión, Isidro se levanta en busca de Lucas. Al cabo del rato, frustrado responde:

—Se ha marchado.

—¿Cómo? —Un murmullo de voces llena la pequeña sala de profesores.

—Me dicen en conserjería que se ha marchado, que ha salido por la puerta y no ha dicho nada. Hablaba por teléfono cuando se marchó

—Este tío es gilipollas. —Afirma Abel.

—Vamos a cuidar el lenguaje, compañero, —le corrige el jefe de estudios, mirándolo.

Abel, enfadado, le responde señalando su propia boca:

—Lee mis labios: Este tío es gi-li-po-llas.

—Es inusual, —pretende mediar el director—, habrá tenido una urgencia.

—¿Inusual? No le eches capotes, Isidro, todos hemos sido testigos de estos desplantes en más de una ocasión.

Así las cosas, las vacaciones navideñas se acercan y durante unos quince días la escuela permanece cerrada. Bueno, cerrada para los alumnos y la gran mayoría de profesores pero los escasísimos vecinos del laberinto de edificios de la escuela saben bien que tanto por el portón del jardín como por la Cala Boquilla las entradas y salidas a altas horas son muy comunes.

No puede decirse que San Gabriel sea ajeno a las fiestas navideñas pero la superficialidad que impregna estas fechas en los últimos tiempos unido al colonialismo cultural anglosajón de papanoeles, trineos tirados por renos y estupideces por el estilo, indignan a Abel que no sabe bien cómo gestionar la vorágine de estímulos brillantes, lucecitas y *brilli-brilli* como se ha puesto de moda decir ahora.

Su amigo Pedro, que ha venido a pasar unos días con él, le acompaña a una visita de la excavación que la Asociación por la Memoria Histórica de San Gabriel está promoviendo en El Despeñadero.

—Estas fechas, si fuera por mi, las borraba del calendario.—Dice Abel mientras conduce.

—No seas burro, hombre. Gracias a estas vacaciones estoy aquí. Ya sé que te fastidia todo el aparato publicitario de las bolitas de navidad y los abetos y demás, pero con pasar de eso y disfrutar de lo tuyo tienes bastante, ¿no?

El desvío que lleva al Despeñadero se va haciendo cada vez más estrecho. En un recodo hay aparcados varios vehículos y lo que era un camino de cabras desaparece en un ensanche, parecido a una era. Abel y Pedro Antonio se bajan del coche. A cien metros, los faldones de una carpa

blanca pequeña se mueven impetuosos con el viento. El día está bañado por el tenue sol de diciembre, pero es algo desapacible, húmedo y frío, por el viento que procede del mar que trae una mezcla salitrosa. Es un fenómeno extraño al que cuesta trabajo acostumbrarse y ni Abel, ni muchos menos Pedro, lo han hecho.

—¡Joder! —Se queja Pedro levantando el cuello de su chaqueta, — ¡vaya vientecito!

Desde lejos puede verse con claridad cómo sale del suelo, que pisan algo más adelante, una mezcla vaporosa de gotitas de agua, como si se tratara de los gases de un volcán. Conforme se acercan a la carpa la humedad que flota en el aire va creciendo.

—Buenos días, —saluda Abel a una joven completamente protegida de pies a cabeza por una especie de chubasquero verde.

—Buenos días.

—¿Andrés Fernández?

—Está abajo, pero ten cuidado al asomarte. Hemos instalado una protección allí, ¿ves? —Una cinta amarilla y negra, visible con dificultad desde lejos, rodea El Despeñadero. La joven señala enfrente de la carpa. A unos metros hay construida una plataforma donde está instalada una pequeña grúa, como las que se colocan para las mudanzas. Al lado, hay una especie de atril de director de orquesta hecho en cemento gris del que surge un quitamiedos—. Te aconsejo que sólo te acerques a ese punto. Es peligroso hacerlo por otro lado y los desprendimientos pueden poner en peligro a los de abajo.

Pedro y Abel se acercan con precaución y suben a la plataforma en donde caben uno junto al otro. La oquedad es bastante impresionante. El ruido del mar se amplifi-

ca de forma exagerada y resulta realmente inquietante pues es imposible saber, si uno no conoce la isla, en qué dirección está. Abajo, a unas decenas de metros, varias personas embutidas en monos como los de la joven trabajan en la excavación. Todos llevan arneses de escalada y están atados y protegidos con cuerdas y cascos. La joven se acerca a ellos:

—En diez minutos paramos. Tenemos que hacer turnos porque el esfuerzo de estar ahí colgados termina pasando factura, ¿sabes? Andrés es ese, el de más abajo. Es el único que entra a veces por el acantilado, Aunque ese trabajo submarino ya está terminado.

En la carpa, con un café caliente en las manos, Andrés habla con los profesores.

—Es emocionante y triste a parte iguales, Abel. Esta mañana hemos recogido restos de dos personas. El problema que tenemos, que es lo que dificulta más la tarea, es que esto no es una fosa con depósitos horizontales sino que los depósitos han caído y se han mezclado por gravedad con el paso de los años, produciéndose desplazamientos. En la parte más baja del cono de deposición hay una mezcla que es muy compleja de entender. No sé si me explico.

—Sí, claro. ¿Y habéis encontrado algo más, aparte de restos óseos?

—Objetos metálicos muy corroídos por el salitre: casquillos de bala, claro, alguna petaca, botones, hebillas, cosas así. —Responde el joven arqueólogo—. ¡Ah! Lo más interesante ha sido una especie de cajita metálica que Alfonso ha identificado como una mezuzá.

—¿Mezuzá? ¿Qué es eso? —Pregunta la joven que, interesada, sigue la conversación.

Abel, dirigiéndose a ella le responde:

—Es una cajita que contiene unos versos de la Torá y que se coloca en las jambas de las puertas de las casas de las familias judías practicantes.

—¿Tú sabías que en San Gabriel había familias judías antes de la guerra? —Pregunta Andrés.

—Sí y no. Vamos, quiero decir que no lo sabía con seguridad ni tengo datos concretos pero tanto en Melilla como en Orán o incluso en Cartagena hay aún familias de procedencia sefardí. ¿Por qué no iba a haberlas en san Gabriel? ¿Podría ver la mezuzá?

Andrés se levanta. Con la taza de café rodeada por sus manos se dirige al extremo opuesto de la carpa en donde unos caballetes y una tabla corrida soportan gran parte del material y las cajas en donde se guardan los restos pequeños. Andrés habla con el responsable del equipo y vuelve con una bolsita de plástico transparente.

—Aquí está. No la saques de la bolsa, por favor.

Una cajita alargada con dos pletinas horadadas en sus extremos y una letra hebrea ש 'shin' en el centro. Por detrás, muy poco visibles y como si se hubiera hecho raspando con alguna punta metálica, puede leerse: I.H.

—¿Habéis llegado a saber quién era este I.H.? Por lo que tengo entendido, pero de esto no sé nada, la verdad, las mezuzót no suelen llevar iniciales y menos en letras latinas.

—Alfonso opina lo mismo que tú. Espera, que te lo presento.

Tras las presentaciones y el intercambio de ideas ambos llegan a la misma conclusión:

—Lo más probable es que el que llevara la mezuzá en el bolsillo tuviera la intención de ocultarla por miedo a las represalias o bien de devolverla a sus dueños si tuvieron tiempo de huir. Muy posiblemente no fuera practicante

y no supiera que no se debe escribir por detrás. —Opina el arqueólogo mayor.

—¿La habéis abierto? —Pregunta Abel.

—No. Tampoco lo veo muy necesario. Sabemos bien qué es lo que contenía. No nos va a decir nada que no sepamos. En el laboratorio tomaremos la decisión. Ahora queda un trabajo de hemeroteca, a ver si damos con algún Isaías, —dice mientras sonrío.

—O Ismael, —apunta Pedro.

—O Isaac, —remata Abel.

☞ *Elli kabcatori* (El cazador)
(Marzo 2017)

En el despacho de Paco de la sede de la policía judicial de San Gabriel del Purche no cabe un papel más. El teléfono móvil suena, oculto bajo todo ese papeleo de informes, carpetas y fotografías de los ochenta. Paco tantea por encima de la mesa para dar con él.

—Hola Engracia, ¿cómo estás? [...] Me alegro. Dime, ¿qué necesitas? [...] Estoy en eso, sí. [...] Te cuento, [...], claro, claro, pero si lo ves bien te adelanto algo de lo que hemos...[...] Bueno, tú mandas, ya veo, ya, [...] No. Lo entiendo, es que el caso está teniendo ramificaciones en otro caso que se quedó sin resolver en el 80. [...] Ya sé que ha prescrito, pero si quiero entender lo que pasa en este...[...] Vale, vale. [...] Tendrás pronto un informe preliminar, pero no llevo aquí ni siquiera una semana, compréndelo. [...] No sé, dame dos días, ¿te parece? [...] Eso, gracias. Un saludo, adiós, adiós.

Javier abre la puerta, asomándose, mientras dice:

—¿Se puede?

—¿Para qué dices ‘se puede’ si ya has entrado? ¡Coño!

—Disculpa, Paco, es que te esperan afuera.

—¿Quién es? —Pregunta Paco molesto por tener que dejar en suspenso la lectura de todo el informe.

—El secretario de su señoría, de D. Patricio.

—Dile que pase, entonces.

—No, Paco, creo que será mejor que salgas, no vayamos...

—¡Joder! ¿Cuándo voy a tener tiempo para leer esto con detenimiento?

Paco sale y se topa en el pasillo con el secretario.

—Buenos días, dígame.

—Buenos días, me dice su señoría que necesita hablar con usted urgentemente. Pero no quiere hacerlo de manera formal, digamos que prefiere tomarse un café, si no le importa.

Paco, extrañado, asiente:

—Claro, ¿dónde y cuando?

—Le espera en La Isla, está allí ahora mismo.

Paco dice por lo bajo:

—Está bien, vamos para allá, —y piensa para sí—, «menu-
da mierda de misterio se trae el viejo».

—¡Hombre, Paco! ¡Qué pronto ha llegado! Me hacía yo que usted me iba a tener aquí tomando torrijas toda la mañana. Siéntese, siéntese. ¡Camarero! Pídase algo, aquí en La Isla hacen los mejores pasteles de todo San Gabriel.

—Un café solo y un tocino de cielo.

—Buen gusto, sí señor.

—¿Qué necesita su señoría? —Pregunta Paco queriendo ser solícito aunque se le nota bastante el fastidio.

—Bueno, verás, es que me ha informado el secretario sobre la solicitud del informe del crimen de Froilán Santos

del archivo y claro, como intervine en primera instancia en el caso, he sentido la obligación moral y personal de comentarle.

—Pues coménteme, D. Patricio.

—Mire, yo acababa de entrar en la judicatura, pues saqué las oposiciones en el 78. Como usted comprenderá, el caso, al ser primer caso importante de mi carrera, lo recuerdo bien. Aunque finalmente se juzgó en la Audiencia Nacional, por supuesto, como habrá podido leer.

—Sí, —y piensa para sí—: «si me dejan».

—Yo no le daría muchas vueltas..., ¿sabe? Es que me ha comentado el secretario que está pensando...

—«¿Quién cojones se ha ido de la lengua?» —Piensa Paco mientras muestra su rostro cara de póquer.

—...en exhumar el cadáver para...para...

—Extraer una muestra de ADN. —Le termina la frase el policía.

—Eso. —Y añade—: Mire, yo entiendo su celo, pero esas cosas no se toman a bien aquí en San Gabriel.

—No se preocupe, D. Patricio, seremos discretos.

—¿Cómo en el registro del tanatorio? ¡Venga, hombre! ¡Que bastante trabajo nos está dando! Desde luego de mí no va a sacar la autorización, eso téngalo por seguro. Le aconsejo por su bien que no se meta en eso. Aquí la gente puede tomarse muy a mal el tema de los muertos.

—Tomo nota, su señoría. ¿Algún comentario moral o personal más? —Dice antes de engullir el tocino de cielo que entra entero, de una sola pieza, en su boca.

—Me está usted tocando mucho...

—No se moleste en acabar la frase D. Patricio, buenos días. Muy bueno el tocino de cielo, muchas gracias. —Tirando el papelito blanco encima de la mesa, sale por la puerta de la confitería sin molestarse en pagar su cuenta.

Al salir por la puerta coge el móvil y llama a Engracia, la jueza de la Audiencia Nacional. Tras un buen rato intentándolo, el suficiente para bajar de la Plaza del Carmen en dirección a la Escuela, logra contactar:

—Discúlpame. Es urgente. Acabo de recibir una amenaza en toda regla de su señoría D. Patricio Jiménez de la Fuente. [...] Así, como lo oyes. [...] No te preocupes, yo me cuido solo. [...] Sí, sí, claro que te tengo al tanto, pero necesito una autorización para realizar una exhumación. Te envió los datos ahora mismo. [...] Engracia, no te vas a arrepentir, te lo aseguro. Es que es la única forma de cotejar el ADN. [...] Sí, sí.

Alberto espera a Paco en el patio principal de la Escuela. Un seto rodea el claustro que hace de pasillo de distribución. El centro del patio, a rebosar de macetones, es un descanso para la vista. Dos palmeras altas luchan por sobresalir por encima del edificio sin éxito.

—Buenos días, jefe. ¿Qué le trae por aquí?

—¿Has hecho lo que te dije?

—Sí. Catalina y Camila le están esperando en la biblioteca. El director está al tanto.

—Pero no ha visto la caja, ¿no?

—No, no la ha visto ni sabe nada. Tome—: Alberto le da una bolsa de basura azul que no permite ver en su interior.

—Vale. —Paco, que ya conoce el laberinto de pasillos, plantas y escaleras de la Escuela, se dirige a la biblioteca mientras le dice a Alberto.

—Tú ve a secretaría y le pides que te den las facturas de los dos cursos pasados y todas las de este curso aunque estén sin pagar. Me las traes a la biblioteca, ¿vale? Si se ponen tontos, échale huevos, que para eso tenemos la orden de registro.

Al entrar en la biblioteca Paco se sorprende de ver al jefe de estudios que no esperaba:

—Buenos días. ¿también usted por aquí?

—Es que su compañero mandó llamar a Catalina y claro, yo, como jefe de estudios...

—Ya le llamaré, déjenos solos, por favor.

—Como quiera.

Paco saca el cartón de la caja de resina doblado. Está dentro de otra bolsa de plástico transparente y se lo da a Catalina después de saludar:

—¿Sabes qué es esto? No lo saques de la bolsita, por favor.

Catalina lo observa con detenimiento. Paco piensa que esa forma tan interesada e intensa de mirar formaba parte de su propia infancia y la ha perdido.

—«Ya no miro el mundo de esa forma, bueno, excepto cuando estoy trabajando, sí, entonces, quizás sí.» —Pienso.

—Creo que es una caja de cartón en donde venía un paquete de resina transparente de la marca Ferpól, ¿no?

—Responde la joven.

—¿Lo habías visto antes?

—¿La resina?, claro. Pero el bote pequeño, es el que venden en la droguería de la calle Bodeguita. He hecho bisuta con eso. Ya sabes, pendientes como de ámbar y cosas así para el verano. A los guiris les gusta, *ueme*.

—¿Y aquí en la Escuela nunca la has visto?

—Al jefe una vez.

—¿Al jefe de estudios?

—Sí. Le gusta hacer experimentos.

—¿Qué experimentos?

—No sé, piezas grandes, pero no de las cosas que hacemos nosotros.

—¿Has visto las piezas que él hace?

—¡Qué va! ¡Pues anda que no es nadie con sus cosas! Casi nunca abre el armario grande del final de la clase. Ahí guarda sus cosas.

—¿Qué le viste hacer al jefe de estudios con resina transparente?

—No le he visto hacer nada: Lo que he dicho es que una vez le vi guardar en su armario un bote grande esa resina Ferpol que me ha enseñado, la de la caja.



La detención del jefe de estudios no estaba prevista esa mañana. Flanqueado por Paco y Alberto, lo introducen en el coche para, apenas unos pocos minutos más tarde, entrar en el despacho de comisaría.

—Quiero un abogado, —dice con la voz cortada

—Vamos a ver, le hemos traído aquí dentro de un proceso de investigación. Técnicamente aún no está detenido pero, como consecuencia de lo que averigüemos, puede que decidamos ponerlo a disposición judicial en breve. Lo malo de las películas americanas es que la gente pide el abogado muy pronto. Pero no va a ser así. Cállese, y siéntese, —le dice Javier mientras señala una silla—, ¿quiere algo de agua o prefiere un café?

—No quiero nada,—dice lloroso y derrumbado—. Todo esto es un malentendido.

—¡Ea! ¿Ve? Usted nos explica en qué consiste el malentendido y nosotros le dejamos en paz. ¿Ve cómo no está detenido?

—Le juro que hace dos semanas que no abro ese maldito armario.

—O sea, que el armario es suyo. ¿Quién más tiene llave?

—Ese armario es de la clase, no es mío.

—¿Por qué pone un cartelito con su nombre y debajo NO TOCAR en grande?

—Bueno, lo uso yo, pero... hay un armarito en dirección con duplicados de todas las llaves. Así que todo el que tenga acceso al despacho de Isidro puede haber abierto el armario.

—Bien, comprobaremos eso. ¿Sabía usted el contenido del armario?

—No. ¿Qué va!

—¿Entonces por qué intentó evitar que se abriera? Otra cosa: ¿compró usted la resina transparente?

—No. Puede hablar con al tienda si quiere, ni la compré ni la encargué.

—Pero tenemos testigos que afirman haberlo visto trabajar con esa resina y en el albarán de la factura pone claramente J.E. —Aclara el policía.

—Yo recepciono muchos paquetes que no abro y los paso a los compañeros. Pero eso no quiere decir que fuera para mi.

—¿Quién le hacía ese tipo de encargos macabros?

—No sé de qué me habla. No había visto esas piezas en mi vida.

—Hemos hablado con Carlos, el conserje, y con dos de las limpiadoras que afirman con rotundidad que en los fines de semana se realizaban trabajos en Escultura por la suciedad del suelo y algunos detalles como colillas y demás que no suelen ser comunes en el centro. Porque aquí no se fuma, ¿no? ¿Sabe algo de eso?

—No. —Y añade—, ya no voy a hablar más.

—Está en su derecho. ¿Quieres que llamemos a alguien de su familia?

—Quiero llamar yo.

—Eso no es posible. Dígame el número o la persona y nosotros avisamos. Pero aún no ha llegado a decir en qué consiste el malentendido.

—Se va a liar una gorda en San Gabriel con esto y, como siempre, van a pagar justos por pecadores.

—¡Déjese de gilipolleces! Si quiere aclarar el asunto lo aclara y si no, cállese. —Le grita Javier.

Paco atiende al interrogatorio desde la mesa de su despacho, a través de una cámara web. Javier, lo escucha por el micrófono adosado a su oreja:

—Mira, Javier, he hablado con su señoría. Tenemos autorización para trasladarlo a la Audiencia, pero a ver si podemos sacar algo más antes. Dile que cómo un jefe de estudios de un centro de secundaria hace seis meses que no saca más de trescientos euros al mes de su nómina. Pregúntale de qué vive, que cómo es tan ahorrativo. Tiene hijos ¿no?

Tras preguntarle, se derrumba y sin parar de llorar, insiste:

—Quiero un abogado.

—¿Quiere que llamemos a alguien o le asignamos uno de oficio?

Paco recibe una llamada de Alberto:

—Dime, ¿cómo siguen las cosas por ahí?

—¡Joder! ¡No me digas! ¿Pero...[...] Sí, sí. Voy para allá. Que no toquen nada.

—Javier, —dice por el micrófono—, deja a este custodiado, que tenemos que ir a la Escuela otra vez.

—¡Cojones! —Dice mientras el Seat ranchera sale con la sirena azul del aparcamiento del juzgado todo lo rápido que permite la estrecha rampa.

—¿Pero está muerto? —Pregunta Javier.

—Cuando nos lo dejamos estaba bien vivo, pero Alberto ha ido ahora a su despacho a decirle que el precinto del aula no se debe tocar en varios días y se lo ha encontrado fiambre. —Temeroso de que con las prisas vaya a tener un golpe, le advierte—, cuida, Javier, que no va a resucitar, ¡coño! A ver si nos matamos nosotros.

Cuando llegan a la plaza delante de la Escuela hay un número considerable de alumnos y curiosos. Paco sube la escalinata de acceso mientras le dice a Javier:

—Toda esta gente fuera, ya. Llama a Juan Carlos y que se traiga a más gente. Esto hay que despejarlo.

La puerta del despacho de dirección está abierta. Alberto le espera bajo el dintel. Varias trabajadoras de secretaría y algunos profesores, consternados, miran hacia el interior. Detrás de Paco, entrando unos segundos después, corren unos sanitarios.

—¿Quién ha llamado a estos, Alberto?

Uno de los paramédicos, robusto, de mediana edad, intenta apartar a Paco:

—¡Quítese, hombre!

Paco, tranquilo, saca su identificación:

—Policía, inspector de la UDEV. Es el escenario de un crimen. No entre.

—Pero...—Otro chico joven vestido con el uniforme de Cruz Roja con gafas redondas y dos grandes aros colgando de sus orejas que se identifica como médico, balbucea—: tenemos que entrar, para

Alberto responde al inspector.

—Yo no lo he llamado, jefe. Ha debido ser alguien de aquí, pero por mis muertos que está fiambre.

Paco responde al médico:

—¿Lleva guantes, no?

El joven médico levanta las manos azules.

—Pase. Compruebe el estado tocándolo lo menos posible, ¿de acuerdo?

Poco minutos después sale, nervioso, le dice a sus compañeros que le han esperado junto a la puerta abierta:

—Hemos terminado. No hay nada que hacer.

—Papeleo. —Responde Paco.

—¿Qué?

—Que va a tener que hacer mucho papeleo. No se pude ir así como así. —Paco mira al compañero que le pidió que se apartara. — Está empezando, ¿no?

El hombre baja la vista y, con un gesto cercano a encojerse de hombros, responde:

—Para todo hay una primera vez.



—Paco, Paco, ¡ay, hijo! ¡Mira que me dijiste que fuera y todo! Lo orgullosa que estoy de mi Paco que te veo en las noticias un día si y otro también. ¿Pero qué hay en la isla esa?

—Pues que va haber, mujer, lo mismo que en Madrid. Bueno, no, que aquí hay mar. Pero, ¿qué has visto? — Paco está tumbado en la cama de su habitación del hotel. Ha abierto la ventana y el estor se bambolea con el viento, inflándose y volviendo a caer.

—En La Cinco. Ha salido todo en La Cinco, que sabes que a mí me gusta. ¡Con un muerto y todo! Y dicen que estaba todo rajado y las vísceras por ahí...¡qué horror! Paco, que no quiere ni le gusta hablar de los casos abiertos con su mujer, no puede evitar enfadarse y desmentir las noticias.

—¡Qué barbaridad, Jacinta! ¡Eso es una barbaridad! Nada de rajado ni vísceras. El muerto estaba enterito y no te puedo decir más por el secreto el sumario... Pero no te creas ni la mitad de lo que dicen en la tele.

—¿Oye, quién es esa señora tan recompuesta que estaba a tu lado?

—Será su señoría, Doña Engracia, la jueza, mujer.

—¡Uy! ¡Qué gorda se ha puesto! ¿No? ¡Está muy mayor, por Dios!

—Por todos pasan los años, no solo por mi y por ti. — Acaba de decir la palabra ‘ti’ y se da cuenta de que ha metido la pata—. «¡Joder, paquito!» Piensa. «¿No puedes callarte?» Aunque es capaz de controlar lo que dice en el contexto profesional, a veces baja la guardia hablando con Jacinta y se le transparentan los pensamientos.

Ella, que no perdona una, responde:

—O sea, que yo estoy gorda y vieja como esa, ¿no?

—¡Venga, mujer! Yo no he dicho eso. Tú estás de muy buen ver. El que está gordo y viejo soy yo que me duelen los pies que revientan.

Jacinta cambia el tono de voz:

—Oye, cariño, ¿sigue en pie lo de las vacaciones en la playa?

Paco respira hondo. No quiere asustar a su mujer con las amenazas que ha recibido y con lo complicado de la situación, pero tampoco quiere ofenderla. El estor sigue inflándose y desinflándose dejando pasar una brisa cada vez más intensa. El olor a mar llega hasta allí, solo las luces lejanas del pueblo se ven desde su posición cuando el estor se levanta. Un zumbido grave, seguido de un chasquido y una lluvia de fragmentos de escayola caen del techo. Paco se tira al suelo, sabe que el disparo errado puede repetirse si se le

vanta, del móvil que ha caído de sus manos se oye la voz de Jacinta :

—Paco, ¿qué ha sido eso? ¡Paco! ¿Estás ahí?

El inspector se arrastra hasta el móvil y, esforzándose por mostrar normalidad, le contesta:

—Es que se me ha caído el móvil. Estaba distraído. Mira, llaman a la puerta. Mañana te llamo.

—¿No será la jueza? ¿Eh?

—No, mujer, no sé que será. Mañana te cuento y seguimos hablando. ¡Hala! Adiós, adiós.



—¡Joder, jefe, tendría que haber llamado ayer noche!

—¿Y estar hasta las tres de la mañana con gente entrando y saliendo de mi habitación? ¡Tú estás fatal!

—¿Está al tanto su señoría?

—La jueza ha decidido prolongar su estancia veinticuatro horas más. Han puesto vigilancia redoblada en el hotel y a los de balística los he dejado mirando el techo de mi habitación cuando bajé a desayunar. Y me he puesto esto, —dice Paco levantándose el jersey para mostrarle el chaleco antibalas—. ¡Un coñazo! ¡Y he accedido porque no es verano! —Añade—. ¿Compraste el ramo que te dije? —Sí, está ahí detrás. ¿Por qué vas vestido así? Pareces el Padrino, ¡coño! ¿Qué hacemos camino de Santa Úrsula? ¿Es necesario que vayas?

—Tú conduce y no preguntes tanto. Los que sean que están detrás de esto pretenden amedrentarme, ¿no? Pues no les voy a dar el gusto, ¡fíjate!

—Pero la exhumación habrá empezado cuando lleguemos, Paco, ya son las once.

—Mejor. Yo no quiero estar presente en el acto. Quiero verlo desde lejos y olfatear, ¿me entiendes?

—Como tú mandes.

Al llegar al pequeño cementerio de Santa Úrsula no advierten nada especial. La acostumbrada tranquilidad del pueblo se duplica en aquel lugar reservado a los muertos. La puerta de acceso principal, con una amplia reja abierta sostenida sobre dos pilares encalados, está vacía.

Javier va a aparcar enfrente pero Paco lo disuade:

—Sigue, sigue, no pares.

En cuanto pasan de largo un camino estrecho se abre a su izquierda rodeando el cementerio.

—Coge por ahí, —le dice.

Al final de la tapia pude verse una puerta pequeña de color verde oscuro que está entreabierta.

—Para. —Bajándose del coche le dice—: espérame aquí. Paco no suele vestir de negro y nunca lleva sombrero. Incluso los que lo conocen tendrían dificultades en reconocerlo vestido así y con un ramo de flores. El cementerio es pequeño, cuatro calles con nichos, dos a cada lado y unas treinta tumbas familiares en el centro. Desde la esquina de una de las calles se observa todo el centro. Allí dos operarios tienen levantada una losa que han apartado hacia uno de los lados. En la esquina opuesta, bajo un ciprés alto, una mujer vestida elegantemente con traje de chaqueta y tacones altos, habla por teléfono.

—«¿Quién será esa?» —Piensa—. «Nadie me ha avisado de su llegada».

Detrás de ella un hombre algo más joven se mira las uñas con aire de aburrimiento. Dos compañeros de la policía están presentes y toman las muestras. Al acabar se acercan a la señora que firma unos documentos que ellos le presentan.

—«¡Coño, Paco! Se te ha metido gente por medio».

Paco deja las flores en la primera lápida que ve y sale en dirección al coche con el móvil en la mano.

—¿Señoría? [...] Sí, ¿Engracia? [...] Todo bien, estoy en Santa Úrsula y... [...] Es mi trabajo, por eso... [...] No, no, estoy seguro. Espera, por favor, ¿tú sabes algo de que haya llegado alguien...? [...] ¿Cómo? ¿Que se te olvidó? [...] Pero, ¡señoría, por favor! [...] Sí, claro que estoy enfadado. [...] No, tú eres la que mandas y llevas el control pero... [...] Está bien, tendrás tus razones. [...] Pues no me lo creo, ¿qué quieres que te diga? ¿Que se te olvidó algo así? Bueno, está bien. ¿Puedo abordarla o prefiere usía que me inhiba? [...] Vale, vale, es gracias que espero alcanzar de su recto proceder cuya vida guarde Dios muchos años. Adiós, adiós.

Todavía no ha llegado a entrar en el coche cuando ve salir por la puerta verde pequeña a la señora. Acercándose, le pregunta:

—Disculpe, ¿representa usted a la familia Santos?

—No quiero nada, déjeme. —La señora intenta deshacerse de ese hombre de pueblo, mayor, con un afeitado sin mucho apurar, sombrero negro y una barriga incipiente que parece salido de la película «Zorba el griego».

Paco se da cuenta de la situación y saca su identificación:

—Perdóneme, soy Paco Castaño, policía de la UDEV.

La señora sostiene la identificación con una de sus manos y la trae hacia su cara. Paco, sin soltarla, comprende que no ve bien:

—Es que esto de no llevar gafas por estética...—dice sonriendo.

Ella suelta su mano y responde:

—Soy Carmen Fernández. Froilán y yo fuimos pareja hace muchos años.

Paco no acaba de creérselo. La noticia acaba de hacer prácticamente innecesario el cotejo de ADN.

—¿Tiene vehículo?

Acaba de preguntarle cuando un coche de alquiler se cruza al principio del camino. Su conductor hace sonar el claxon.

Carmen le ofrece la mano al policía y se dispone a marcharse:

—Encantada.

—Espere, espere. No puede marcharse tan pronto. ¿Dónde se aloja?

—Estoy en el hotel Sol Palace, en la Playa del Abedul.

—Debo decirle que es necesario que esté localizable y a disposición de la investigación por...

—Por el asesinato de Lucas García, ¿verdad?

—Sí. En efecto.

—No se preocupe, la señora jueza ya me ha retenido el pasaporte. Hasta pronto.

En la cafetería del hotel la jueza y el inspector están cenando. Ambos hablan muy bajo a pesar de que son los únicos que cenan en ese momento.

—No puedo contártelo todo. Primero, porque no, y segundo, porque tengo muchos más temas y a veces se me pasan algunos detalles. ¡No te lo tomes a mal!

—Pero que no me digas que ha venido Carmen Fernández y que hemos cerrado el círculo sin necesidad de recurrir al ADN...

—Bueno, ya tienes tus sospechas confirmadas y un sinfín de motivos por los que quitarse de en medio a la víctima. ¿Y ahora qué? Te recuerdo que tu cometido en todo este asunto es dilucidar la muerte de Lucas García Fernández y de eso has avanzado poco.

—Ya. Pero hemos destapado el tema del tanatorio, hemos destapado el asunto de los ‘pisapapeles macabros’...

—Muy grandes para llamarles pisapapeles, ¿no te parece? —Apostilla la jueza.

—Sí. Es verdad, es una forma de hablar.

—Creo que un poco de credibilidad a nuestra labor nos merecemos, ¿no?

—Sin duda, Paco, sin duda. Pero esto está saliéndose de madre, más con el suicidio del director.

—Oye, que ese señor no se ha suicidado por nuestras presiones, que él habrá tenido sus razones...que ni me apetece imaginar.

El móvil de Engracia no para de vibrar. Ella lo mira sin darle demasiada importancia. Paco hace por no mirar las notificaciones que con cada vibración encienden la pantalla. En una de esas, la jueza le pide disculpas y coge el teléfono:

—Perdona, es importante. —Mientras lee un mensaje le comparte la información—: Es suicidio. Completamente acreditado. Ha dejado una nota para su familia pidiendo perdón.

—¿Una nota? En la mesa no había nada.

—Por whatsapp, —dice con el rostro serio.

—¡Joder! ¿Conoces el contenido de la nota?

—Sí, me la han rebotado: «Lo siento. Soy un cobarde. Os quiero mucho».

—Pues habrá que tirar del hilo, ¿no? Un suicidio en estas situaciones es casi una declaración de culpabilidad.

—O estaba siendo chantajeado o amenazado, ¿quién sabe? —Llevándose el tenedor a la boca, mastica lentamente, saboreando la comida—. ¡Qué bueno está esto!

—Sí, no es mala la comida aquí.

—Mira, respecto a lo tuyo...

—¿Lo mío?

—Sí, hombre, el disparo. Yo creo que no han tenido intención de liquidarte, sino más bien de amedrentarte. ¿No te parece?

—Puede ser. Pero es lo que menos me preocupa de toda esta historia ahora mismo.

—¿Qué es lo que te preocupa entonces?

—Si te soy sincero me preocupa Manolo, me preocupan las autoridades del ministerio y, aunque mucho menos, me preocupas tú.

—¿Yo? —La jueza suelta una carcajada—. ¿Por qué tendría yo que preocuparte?

—Por lo que tengo entendido la familia Santos y sus ramificaciones está tan imbricada en la isla y su política que más pronto que tarde vamos a dar con hueso. ¿No te has dado cuenta de cuál es el segundo apellido del Presidente del Cabildo?

—Sí, sí. Pero no te preocupes por mí.

—En cuanto llegemos a poder aclarar algo el tema, vas a tener a Manolo al teléfono quitándome de en medio. Y de eso quedan horas, ya verás. No me preocupa que vayan por ti, sino que no tengas las herramientas para destapar esto con la rapidez suficiente para que...—Paco no es capaz de acabar la frase y, muy serio, se encoge de hombros y suspira.

—Disfruta de la cena, hombre. Mañana amanecerá de nuevo y verás que vamos a poder encauzar esto.

—¿Qué vas a hacer con Carmen Fernández? —Pregunta Paco.

—Tomarle declaración y devolverle el pasaporte.

—¿Puedo estar presente?

—No. Pero te enviaré copia de la declaración que firme. Ella ha venido fundamentalmente a deshacerse de las propiedades de la víctima según tengo entendido por su abogado. Así que declarará, se dejará sus representantes con poderes y se volverá a Panamá, eso tenlo por seguro.

A la mañana siguiente, en comisaría, Alberto y Javier se dirigen a Paco en cuanto entra por la puerta.

—No te hemos querido molestar, pero conviene que vengas. En una salita aneja, un joven policía de uniforme habla con una anciana de pelo blanco como la nieve. Puede tener entre sesenta y setenta años, pero su piel tostada por el sol y su complexión fibrosa con músculos marcados, son las de una mujer hecha a estar en la calle. Sin embargo no está todo lo desaliñada que podría imaginarse.

—Vamos a ver, señora, me dice usted que es española pero no me habla en español.

—*Kalen. No fablo español, sculu lingua.*

—Buenos días, —saluda Paco—. ¿Qué ha pasado?

El policía joven le cuenta a los presentes que esa mañana se encontró a la señora con dos bolsas grandes de rafia, una en cada mano, caminando mientras gritaba sola por la mediana de la carretera que sale del Purche. Él la había visto en ocasiones pero nunca en ese estado de alteración. Al pararla y meterla en el coche empezó a hablar en la lingua, cosa que él no entiende.

—¿Y qué tengo yo que ver con esto? —Pregunta Paco mirando a sus compañeros—. ¡Llamad a asuntos sociales y que se la lleven!

—Espera, Paco, que llegue al final.

—Entre lo poco que he entendido, y por eso he llamado a Javier, es que al parecer tiene información relacionada

con su caso. —Dice el joven policía con cara de pedir permiso.

—¿Qué te ha dicho?

—No sé muy bien pero estaba gritando el nombre de Lucas García y decía no se qué de un cazador y de que conocía al demonio. Pero cuando dijo tantas veces lo de Lucas, pensé que debía saberlo. Espero...

—Has hecho bien. Gracias.

La anciana se levanta de la silla y pregunta:

—*Las bolsas? Mías algiabairas? Garme a ob legar! Vilito elli kab-catori! Beni morto, chanzi ueme!*

—Un momento, señora, siéntese. —Paco coge el teléfono—: ¿Gracia? ¿Sí? ¿Tienes un momento? [...] Mira, tenemos una señora mayor aquí que se niega a hablar en español y solo habla la *lingua* y encima desvariando. [...] Ya. Es que nos la hemos encontrado andando por la mediana de la carretera, poniéndose en peligro y diciendo cosas...[...] ¿Cómo? ¿«La pelitos blancos»?

—*Eu. Así nomnarei. Capeli albu.*—Dice la anciana orgullosa, con una sonrisa en los labios.

—Señora, —dice Paco colgando el teléfono—, una amiga suya viene para acá. ¿Vale? En poco tiempo está aquí, ¿quiere un café? —Paco, como tantos otros, le levanta la voz y le habla despacio como si fuera tonta o sorda.

—*Kal habiba?*

—Gracia Fernández, ¿la conoce? —Los policías se miran entre sí. Extrañados de que Paco le siga la conversación.

—*¡Klaro! ¡Ella ninna!*

—¡Coño, jefe! ¿Ahora también sabe hablar la *lingua* esa?— Le pregunta Javier.

—Lo que haga falta para resolver este embrollo.

Lo que se ve desde arriba

☞ Pico Boumama
(Navidad 2016)

«Desde el castillo de San Gabriel hasta el Pico Boumama hay poco más de diez kilómetros en línea recta, lo que no impide que el ascenso, sinuoso, difícil y exigente, tome más de seis horas andando. Los deportistas preparados del Purche se vanaglorian de hacerlo en cuatro y hay uno, amigo del triatlón y del deporte de riesgo que dice haber recorrido esa distancia corriendo en tres horas, pero nadie se lo cree. Desde arriba, a más de mil doscientos metros de altura, se distingue perfectamente el horizonte de la Sierra de La Muela a la derecha, la mancha blanquecina de la ciudad de Cartagena al frente y un hilillo ocre que señala los comienzos de La Manga. En días claros, los doscientos kilómetros de costa que

median entre Cabo de Gata y Cabo de Palos pueden abarcarse perfectamente con unos buenos prismáticos ocupando casi ciento ochenta grados de visión. Entre San Gabriel y el continente, se encuentra el azul del silencioso mar, desde esas alturas. Aunque no es propiamente dicho una bahía, algunos marineros se refieren a esas aguas protegidas por la isla como Bahía de San Gabriel o simplemente, 'La bahía'. Mirando al sureste, en dirección a Argelia, tras la inmensidad del Mediterráneo sur, un horizonte polvoriento y no del todo recto señala a duras penas la costa del mar de Orán separado por no más de ciento sesenta kilómetros.»

Abel, acompañado por un grupo de jóvenes estudiantes y docentes de la Escuela, en un descanso del camino lee la guía de San Gabriel, la mejor publicación de senderos y turismo sobre la isla.

«El sendero asciende, en un duro recorrido hasta la cumbre de la Serranía de San Gabriel: el Pico Boumama. Es la máxima altitud de la isla y junto con el Puig Major de la isla de Mallorca, es sin duda alguna, una de las cimas más espectaculares a las que se puede acceder por un sendero de la Red de Espacios Naturales de nuestras islas mediterráneas. Un lugar donde, subiéndonos en el mojón del vértice geodésico allí instalado y alargando hacia arriba el brazo, podríamos imaginar estar con nuestros nudillos, llamando a las puertas del cielo.»

—¡Vamos, profe! —Le dice una joven animosa—, que ya queda poco.

Abel está acostumbrado a andar y, casi con seguridad, tiene más fuelle que la alumna pero se deja animar sonriente. Acelera algo el paso y en pocos minutos se la deja atrás. Ella, dándose cuenta del reto que le propone intenta seguir sus pasos y al poco rato, jadeante, recupera sus sitio poniéndose a la par.

—¡Anda! ¡Tú por aquí! —la saluda Abel—. Yo te hacía ya en la cima.

—¡Uf! ¡Vaya cuesta! ¿No?

—Sí. No es un camino para charlar mucho.

Cuando llegan los primeros del grupo al vértice geodésico de la cumbre no están solos. Una pareja joven hacen una especie de picnic de desayuno mirando en dirección sur hacia el mar. Mientras Abel y algunos de los más jóvenes y en forma llegan a la cima, la pareja empieza a sentir que sus anhelos de soledad se ven un tanto frustrados y comienzan a recoger un poco todo lo que estaba desperdigado a su alrededor.

—¿Raul? ¿Raúl Fernández? —Pregunta Abel.

—¡Anda, profesor! Este sitio suele estar vacío y ahora te encuentro aquí.

—¡Sí! Ya es casualidad. —Abel está acostumbrado a las extrañas frases de Raúl que, por obvias, parecen un tanto absurdas—. Y tú eres Ángela, ¿no?

—Sí, —dice la joven levantándose y luchando con el viento en su falda.

—Camila me ha hablado a veces de vosotros. La última vez que te vi fue en verano, estabas bien liada con la exposición del Himalaya.

—¡Es verdad! ¿Tú estabas con Yangten y María del Mar? ¿No? ¡Vaya nohecita!

—¿Y eso? ¿Qué pasó? Porque la exposición fue un éxito, ¿no?

Ángela, sin entrar en detalles, le comenta el encuentro con Lucas y el episodio del parking.

—Ese hombre se va a encontrar un día con la horma de su zapato, ya verás. —Afirma Abel—. Ya le quedan pocos en la isla con los que no haya tenido problemas.

—¿Qué pasa cuando uno se encuentra con la horma de su zapato, Ángela? —le pregunta Raúl por lo bajo.

—Es una forma de hablar, *tauru*, es algo así como decir que recoges lo que siembras, ¿sabes?

—Que si uno hace daño recibe daño, ¿no? —Aclara Raúl.

—Algo así, sí.

Abel y Ángela conversan sobre la exposición «El Umbral», la que tienen previsto montar en febrero. Raúl, que se queda algo al margen, ve cómo el rostro de su mujer se ilumina, resplandeciendo con la conversación y enfatizando sus palabras con un vuelo de manos a la italiana que, aunque él no es capaz de ponerle nombre, le parece sorprendente y hermoso. Hasta los más rezagados han llegado ya a la cumbre, entre ellos Pedro y Andrés, el arqueólogo. Abel hace las presentaciones necesarias y al llegar a él, Raúl se le abraza como si fueran hermanos.

—¡Coño! ¿Os conocéis? —Pregunta Abel.

—¡Claro! Raúl me enseñó a nadar de chico y me acompañaba al cole algunas temporadas cuando mi madre no podía. —Responde Andrés.

—San Gabriel no es muy grande. Mi madre y Gracia tienen la misma edad. Mi madre estuvo trabajando en un restaurante donde trabajaba también Gracia hasta que se fue a Madrid. Mi madre y la madre de Andrés siguen siendo amigas aunque ahora no se ven tanto.

—El mundo es un pañuelo, —comenta con poca originalidad Abel.

—Es más grande, pero si lo que quieres decir es...

Ángela interviene:

—Ya, Raúl, eso es lo que quiere decir.

—Bueno, ayer en las honduras y hoy en las alturas, —comenta Andrés.

—¿Y eso? —Pregunta Ángela intrigada—. ¿Es que estuvisteis en «El despeñadero»?

—¿Estás al tanto? —Interviene Abel.

—Bueno, sé que trabaja con la AMH y que hay una excavación allí. ¿Alguna novedad?

Andrés comenta con los presentes los hallazgos de restos en la excavación y la palabra ‘mezuzá’ sale de sus labios. Raúl, que estaba de espaldas, se vuelve y con su vozarrón pregunta:

—¿Una ‘mezuzá’? ¿Como las que se ponen en las puertas de las casas judías?

Andrés, extrañado de que Raúl conozca la palabra, le pregunta:

—¿Tú sabes lo que es?

—Mi madre me hablaba de mi abuela María. Ella era judía. Y me contaba cosas y costumbres de la familia.

—¿Eloísa?

—Sí.

—¡Coño, Raúl! Eso es muy importante. Tenemos que hablar con tu madre sin falta. —Dice Andrés.

—Pues tendrá que ser por teléfono. Ella está en Madrid. Desde nuestra boda solo ha venido dos veces.

—¿Hay cobertura aquí? —Pregunta Andrés. Abel saca su teléfono y responde:

—Parece que algo hay.

—Llámalas, anda. —Le anima Ángela.

—¿Mamá? [...] Sí, es que estamos en el Pico, en el Boumama, sí y hace viento. [...] No, ¡qué va! No pasa nada

malo, mamá. [...] Es que me encontrado aquí con Andrés y...[...] Está bien. [...] es que quiere hablar contigo, te lo paso.

—Hola Eloísa, ¡cuanto tiempo! [...] Ya, mi madre me dice que te ve a menudo. [...] Sí, ahora está por allí. [...] ¿Que la viste ayer? ¡Qué cosas! [...] Oye, sabes que estoy trabajando para la AMH, ¿no? [...] Y comentando aquí con Ángela y tu hijo, resulta que ha salido en la excavación una ‘mezuzá’ y Raúl...[...] ¿Cómo? ¿Tus abuelos? ¡No me digas! Tenemos que vernos pero, mientras tanto, ¿te importaría decirme los nombres de tus abuelos? [...] Apunta, por favor, —le pide a Abel que saca el móvil—, Agustín Mojarro y Mariem Habibe. ¿Y sabes algo más? [...] ¡Ah! ¿Mi madre tiene el libro? [...] Si se acaba de publicar estará en librerías, ¿no? [...] Dime, [...] apunta, apunta, —dice mirando a Abel—, ‘Médicos republicanos y masones en Andalucía contemporánea. La represión franquista’. ¿Y el autor? [...] ¡Ah, autora! Maria Victoria Fernández Luceño. [...] Oye, otra cosa, ¿cómo dices que se llamaba tu tío abuelo? Elías Habibe. [...] Me hace muy feliz escucharte y mucho más tener estas noticias. [...] Gracias, Eloísa, por último, ¿sabes por casualidad el nombre de tu bisabuelo? El señor Habibe, vamos. [...] ¿Isaac? ¡No sabes la alegría que me das! Hemos encontrado posiblemente la ‘mezuzá’ de la casa de tus abuelos, Eloísa.

Los presentes han hecho un corro alrededor de Andrés. Su interés por la historia viva que se ha desvelado en su presencia le lleva al joven arqueólogo a darles una prolija explicación del trabajo que hacen en las excavaciones como la de «El despeñadero» y otras similares en la isla. Tras su corta charla, alarga el brazo por encima del hombro de Raúl, la diferencia de altura y de corpulencia es

notable pero su amistad es antigua y se tratan casi como hermanos.

—¡Bueno, Raul! No sé si lo sabías pero eres judío, del ‘pueblo elegido’.

—¿Elegido? ¿Quién lo ha elegido?

—¿Pues quién va a ser, tío? ¿Es que no lo has escuchado nunca? Dios tiene a su pueblo elegido, que son los judíos.

—El único ‘El Ejido’ que yo conozco es el de Almería. De allí es un sargento de la base, buena gente, el hombre. No pueden evitar reírse a carcajadas. Raúl está acostumbrado a causar extrañeza, risas y comentarios, con la parsimonia del que vive situaciones similares con frecuencia, le dice a Ángela:

—Luego me explicas, ¿vale?

—Claro, cariño.



—Sé lo que ella me ha querido contar, —responde Raúl un tanto desconcertado.

—Pues en el libro se cuentan muchos detalles de la vida de tu tío abuelo. ¿Lo has leído? Mira:

«[...] Al acabar la guerra, lo cogieron preso en Almería en abril del 39, lo trasladaron a Sevilla (prisión militar de San Antonio en Dos Hermanas) y le instruyeron Consejo de Guerra Sumarísimo que dictó sentencia el 5-VI-42. No hay duda de que debió de ser un hombre de carácter, justo y bueno, tolerante y comprensivo, cariñoso con todo el mundo independientemente de sus ideas, además de un gran profesional, lo demuestra el hecho de que once personas de derechas testimoniaron

ardientemente a su favor, entre ellos religiosos y falangistas. Podemos citar algunos nombres que están en el proceso: El alcalde-presidente de la Comisión Gestora de Alfara del Patriarca, porque lo ocultó y le salvó la vida; Pilar del Arco viuda de López porque la salvó a ella, a su marido y a otras personas; el doctor Enrique Fillol de Valencia aboga por él porque había salvado a su suegro muy adicto al GMN; Antonio de Sousa, estudiante de Medicina de Valencia al que también salvó; Albertina Luque que vivía en su misma casa de la calle Colón 10 de Valencia afirmó que no pertenecía a ningún partido político; el párroco de Santa Cruz de Valencia, que escribió de él “que se ha manifestado como persona de mucha honradez y muy amante de la justicia...”; seis compañeros de Villena (Valencia); Luis Ramírez de Valencia que escribe a su favor porque lo salvó cuando estuvo detenido en la guerra; Francisco González, etc....»

Raúl se siente incómodo con esos datos. Algunos compañeros de la base, reviven historias del pasado con otra perspectiva y él, cansado de repensar su pasado, prefiere ignorarlo.

- ¿Qué te pasa? —Pregunta Ángela mirándolo a los ojos.
—Eso pasó hace mucho tiempo. ¿Cuánto hace que murió mi tío Elías?
—¡Uf! Más de treinta, en el 84, según esto. Tú tenías...
—Cuatro años, —responde Raúl algo entristecido.
—¿Lo fuiste a ver de chico?
—No. Creo que no. No tengo recuerdos. No sé, mi madre sabrá. Me da igual, en cualquier caso. Todo esto no tiene sentido para mí. ¿Qué más da lo que pasó en la guerra de nuestros abuelos?

—Bueno, según como lo mires, ¿no? Está eso de no repetir los errores del pasado y, claro, lo mejor para no repetirlos es conocerlos y luego está el tema de la reparación, ¿no? De que no queden en pie de igualdad verdugos y víctimas.

—Esas son cosas que yo no acabo de entender, Ángela, cariño. Tú sabes. Son cosas...complicadas.

Cuando Raúl toca ese mundo de emociones y ambigüedades se siente incómodo y Ángela lo sabe. No añade más dificultades al momento y cierra el libro.

—Hay que responderle algo a tu madre, ¿no?

—¿Qué quieres tú? —Pregunta Raúl—. ¿Quieres que venga?

—Es tu madre, yo estoy encantada pero creo que la respuesta se la debes dar tú, ¿no te parece? Puede pasar la nochevieja, ¿te parece?

—¿La llamas tú? —Pregunta Raúl con la cara un tanto desencajada.

—Claro, *tauru*, cariño. Pero ¿qué te pasa con tu madre? Cada vez te resulta más difícil hablar con ella.

Raúl va poniéndose algo más nervioso. Ángela lo nota y lo deja solo mientras le dice:

—Bueno, no hay que tratar esto ahora mismo, cariño. Luego lo vemos, me voy a vestir y salimos, ¿vale?

—Espera—, las venas del cuello de Raúl se marcan en un esfuerzo por expresarse. —Yo he estado allí, ¿sabes? En Puerto de Moros. Todavía hay algunas ruinas de lo que fue, aunque ahora la usan para ejercicios de tiro y operativos de rescate. Pero he estado allí y saber...—la voz de Raúl se empieza a romper— ...saber que allí vivieron mis bisabuelos y pasó lo que pasó. No sé, se me hace raro. Difícil. La mezuzá que encontraron estaría en unos de esos dinteles sin puertas, vacíos y llenos de desconchones.

—No me habías contado. Creía que la base...

—Esa era la base vieja. Los edificios de la nueva los construyeron más al este y dejaron la antigua para... otras cosas.

—¿Sabes qué sería maravilloso? Que pudiera ver la gente de la isla lo que fue el Puerto de Moros. ¿Crees que sería posible? —Pregunta Ángela.

—¡Qué va! No, imposible. Ahora el mando operativo ni siquiera depende de la Armada española, ¿sabes? Creo que el rango más alto es un belga, pero no me hagas mucho caso. Nosotros ni siquiera hablamos de eso.

—Si estuviera aquí mi padre...

—Ya. Pero el capitán tampoco podría hacer mucho. A lo mejor Andrés a través de la AMH y las excavaciones pueda hacer algo. Pero es muy difícil.

—Me haría mucha ilusión visitar con tu madre lo que fue Matranas. ¿No le llamaban así?

—Sí. Algunos viejos de Santa Úrsula aún usan ese nombre. —Raúl coge el teléfono mientras Ángela se está vistiendo—. Cariño, voy a llamar a mi madre.

Ella le sonrío, se da la vuelta y le dice:

—¡Qué alegría! ¡Súbeme la cremallera, anda, que la de este vestido me cuesta mucho!



La noche de fin de año de 2016 no cabe un alma en la Plaza del Carmen. Andrés y Raúl, enredados hombro con hombro y con sendas botellas de champán en las manos cantan:

—«Y se formó la gozadera, Miami me lo confirmó. Y el arroz con habichuelas, Puerto Rico me lo regaló».

En el corro de jóvenes bailando que forman ellos dos y otras chicas y chicos más, Eloísa siente que está fuera de lugar. Había querido venir con Gracia, la madre de Andrés, pero se lo impidió el trabajo. Hace ya varios años que dejó San Gabriel, pero lo único que echa de menos es a su hijo y al mar.

—«La que ha nacido junto al mar, la que ha levantado la vista para ver el mar enfrente de pequeña, nunca puede olvidarlo». —Piensa. Eloísa mira la hora: ¡Madre mía, las dos de la mañana!— Exclama en voz alta. Hace una seña a Ángela que, aunque está cerca, no es capaz de oír-la con el bullicio. Ángela se acerca y se ofrece a llevarla a casa.

—No te preocupes, hija, voy dando un paseo. Esta noche, si algo tiene las calles es gente, y vosotros estáis muy a gusto. Esta noche es para la gente joven. Yo ya he tenido bastante. He estado muy a gusto. Despideme de Raúl, nos vemos en casa.

La plaza abarrotada da lugar a unas calles algo más cómodas de andar. El ayuntamiento ha cerrado al tráfico todo el casco urbano hasta el Puerto Viejo, el recorrido, aunque húmedo y ventoso, no es desagradable. Eloísa se levanta el cuello de su chaquetón y mete las manos en los bolsillos. Con tristeza, una vez más, repasa los momentos que ha vivido desde que dejó San Gabriel en 2009.

—«Es que tengo mala suerte con los hombres o no sé qué me pasa. Solo les he visto el lado malo, digo yo. Porque algún lado bueno tienen que tener, si no la gente no se casaría. Pero para mí no son. Tuve lo que tuve y ya está. Ese muchacho del metro tenía buena pinta, bueno, digo muchacho pero por lo menos tendría cincuenta, ¿no? En fin, pero, ¿te diste cuenta? En cuanto empezamos a conocernos, lo único que quería era follar. Y, vamos, que

podría haber sido, que no es que sea una estrecha, pero digo yo que iba demasiado rápido, que me decía. ¡venga, mujer, ánimate y vive la vida! ¡Total, si ya no tienes que tenerle miedo a quedarte! Pero, no sé, no me acababa de entrar por la vista. Me he convertido en una solterona con un hijo mayor, como dice Gracia de sí misma. ¡No quiero hombres en mi vida que no los haya parido yo! ¡Qué mujer! Con ella sí que me lo paso bien, no me importaría que viviéramos juntas. Ahora eso de las amistades femeninas se lleva mucho, vamos, que ha sido así de siempre, pero que han salido muchas del armario. Pero yo no, ¿eh? No. Nada de eso. A mí me gustaban los tíos en su momento, solo que no he tenido suerte. ¡Coño!»

A punto ha estado de tropezarse cuando llega a la puerta de la casa de su hijo. Deshaciéndose de los zapatos de tacón que le molestan y del abrigo, enciende mecánicamente la televisión. La programación de fin de año llena con su música y alegría forzada el salón. Eloísa, que no ha bebido casi nada, cree no tener sueño. Sabe además que sus hijos llegarán tarde. No los va a esperar pero tampoco quiere levantarse demasiado temprano. Deja la televisión casi en silencio. Como no ha encendido la luz, los colores de la enorme pantalla se derraman sobre la mesa llevándola a una especie de trance hipnótico que la deja finalmente dormida. Hacen ya muchos años que se acabaron las pesadillas. Hacen ya muchas décadas que la pena por no saber de Peter se fue también con él. Cuando su padre Francisco murió y decidió dejar San Gabriel sentenció el extraño modo de vida que mantuvo más de veinte años. Vivir para Raúl, solo pensando en su beneficio y en su felicidad. Porque Raúl, su Raúl, era ya un hombre que no quería estar bajo el ala de su madre.

En la sala de espera del Puerto Nuevo Eloisa insiste en que Ángela y Raúl se despidan sin esperar más.

—No me gustan las despedidas, hijo. Cuando llegue a Madrid te llamo. Lo he pasado estupendamente. Formáis una pareja muy linda. A ver... —decide callarse pues sabe que el tema que sigue no es del agrado de ellos, a mitad de camino, antes de que el silencio sea elocuente, cambia de tercio— ...si venís vosotros por Madrid, ¿os parece?

—Ya va a tener que ser a finales de año, mamá, que en febrero me vuelvo a embarcar.

—Es verdad, ¡qué tonta! Una y otra vez se me olvida que eres marino. Bueno, pues cuando vuelvas en noviembre, ¿no?

—Eso haremos, Eloisa, no te preocupes, —la tranquiliza Ángela.

—Una última cosa, Raúl. He dejado en tu mesita de noche, antes de salir, una carta. Lleva escrita desde antes de que nacieras. Estaba embarazada de ti. Creo que ha llegado la hora de que la leas. No iba para ti pero...—a Eloisa se le quiebra la voz— ¡Ya vez que tonta, después de tantos años! ¡Hala, hala! ¡Marcharos ya! ¿Pues no, que la tontería...? —Se reprocha a sí misma.



Sentado en su cama, acompañado de la silenciosa presencia de Ángela, Raúl abre parsimoniosamente la carta. Un letrero con la palabra MISSSING en rojo atraviesa la carta por el revés. El color amarillento del sobre y las arrugas de un pliegue sostenido varios años no logran empañar la sensación de novedad para Raúl. Se acerca a un mundo borroso que nunca llegó a comprender del

todo. Ángela sabe del alcance de la carta pues, aunque su suegra nunca le ha contado con detalle los hechos de la época, siempre ha sabido que eran tristes y que por ese motivo los guardaba para sí.

—«¿Por qué habrá querido, —piensa— justo ahora, compartir esto con Raúl? ¿Estará enferma?»

«Santa Úrsula, 12 de marzo de 1980

Querido Peter,

Todavía tengo en la mente tu partida. He intentado por todos los medios localizarte. Esta es copia de otras cartas que han venido devueltas. ¿Dónde estás? Han ocurrido cosas espantosas que me han tenido llorando días y días. Te echo de menos y no comprendo por qué no logro dar contigo. Ahora mismo estoy viviendo en Puerto España. Respóndeme a la dirección del remite. Mi padre está muy triste y enfadado conmigo y no sé muy bien qué puedo hacer. La mañana que te marchaste volví al hotel con mi padre... »

La carta cuenta con detalle el asalto de Froilán, la violación, la visita a La Rana, los acontecimientos que se sucedieron después, incluso un recorte de periódico que ha transferido en parte la tinta sobre una de las páginas en donde, como una extraña broma, los titulares con la muerte de su padre pueden leerse al revés encima de la propia letra de Eloísa. Luego sigue contando el embarazo y su traslado a Puerto España con una llamada urgente de un auxilio que nunca llegó.

La respiración de Raúl se va agitando. Ángela no puede dar crédito a lo que lee junto a él y piensa:

—«¿Será cabrona? ¿Por qué tiene que venirle ahora con estas historias?».

No se da cuenta de que el dolor que Eloísa lleva en silencio tanto años, está luchando por salir de cualquier forma, aunque se lleve por delante la tranquilidad de los demás.

—Esto explica muchas cosas, —dice Raúl—, muchas cosas.

—¿Qué, cariño? Es algo del pasado. No tiene que ver con lo que somos ahora.

—Soy el hijo de un cabrón, un violador, ¿te parece que no tiene que ver conmigo? —le pregunta asustado.

—Raúl, esas cosas no se heredan. Ese Froilán no te ha tratado. No te ha conocido, tú no tienes nada que ver con él. —Ángela le acaricia el pelo mientras le habla.

—¿Me dejas solo? —le pide Raúl.

—Claro, cariño, pero no te tortures, por favor. Mejor olvídale todo, anda. ¿Salimos luego?

—Déjame un rato. Luego hablamos.

Raúl coge el teléfono y queda con Andrés en el puerto. Sale del dormitorio y le dice a Ángela que la ve más tarde, que llamará. Ángela se preocupa:

—¿A dónde vas? ¿Necesitas algo?

Raúl que sabe que no está acostumbrada a que salga solo de esa forma le aclara:

—Tengo que hablar con Andrés.

Recorriendo el paseo marítimo, Raúl aclara sus ideas con Andrés. Él le escucha atento. Ensimismado por los enredos de la vida y la muerte, haciendo ahora arqueología del corazón de su amigo. Escucha, identifica y pone nombre a las emociones, señala los hechos y ayuda a su amigo mayor a racionalizar la cascada de sentimientos encontrados que lo arrastran.

—Mira, Raúl, esas familias vienen siendo dueños de las vidas de las gentes de San Gabriel desde hace vaya

usted a saber cuándo. En realidad se han mezclado de mil formas con todos los habitantes. Si nos pudiéramos y pudiéramos investigar nuestros antepasados, más pronto o más tarde encontraríamos violaciones, crímenes, víctimas y verdugos, santos y soldados crueles, curas abusones y religiosas piadosas. La historia oficial de los hechos nunca tiene en cuenta estas cosas. Lo que me gusta de la arqueología, —perdona que barra para dentro—, es que cuenta las cosas tal y como se quedaron. No me cuenta una narrativa tranquilizadora, sino los restos de una interrupción. A veces brusca, a veces lenta. Queremos vivir en un mundo de ángeles y demonios, con delimitaciones claras. Y las hay, claro que las hay, pero también es verdad que muchas veces los ángeles y los demonios están mezclados. Lo que nos hace verdaderamente valiosos no es lo que fueron nuestros padres, sino lo que hacemos nosotros con la vida que se nos da, ¿no te parece? Vamos a casa, anda que hace fresco.

—Mejor picamos algo por aquí, pero llama a tu madre y yo le digo a Ángela dónde estamos.

☞ Guitarras y laúdes (Enero 2017)

Decir que es una luthier es quizás exagerar algo. Natalia es una artista con aquello que se plantee. Pero hace unos años ya que en verano se apunta a cursos, cada vez más avanzados, de constructora de instrumentos de madera. Primero fue en Madrid, pasó a Barcelona y los últimos veranos recibe clases en la Scuola di luteria de Fernando Ferroni en Florencia, en donde le han pro-

puesto hacer intercambios por sus profundos conocimientos de algunas técnicas perdidas de los telares de bajo lizo.

Las manos de Natalia no son las que se esperan normalmente de una mujer de su edad. Son manos grandes, trabajadas, con una piel gruesa y, en algunos dedos, encallecidas. Manos propias de alguien que las usa como instrumento de trabajo. Cuando, erguida, alta, con sus gafas sobre la cabeza y sus manos sosteniendo el cepillo, la gubia, la sierra, mira sonriente a quien entra a su taller, lo último que uno podría imaginar es que esas mismas manos tañeran con tanto arte y gracia los instrumentos que crean.

—Ahora estoy haciendo un encargo para un alumno de la Scuola, —le comenta a Abel.

—A ver, a ver, explícame eso. ¿Para un alumno?

—Bueno, tendrías que venir un año conmigo. La Scuola es una institución internacional donde va todo tipo de gente. Hay alumnos de todo los continentes, edades y condición. Este es un señor japonés mayor, pero mayor, ¿eh? No como tú o como yo, te estoy hablando de que por lo menos tiene setenta. Pues el hombre hace sus pinitos como luthier aunque lo que le gusta es la música barroca italiana.

—Hay gente para todo. —Afirma Abel.

—Sí. Pues he hecho algunas cosillas allí y este verano me llevé un laúd que había fabricado aquí, ¿te acuerdas?

—Claro, ¿lo llevaste?

—Pues sí, porque el maestro, una de las cosas que hace, es analizar los trabajos que has hecho durante el año y, claro, no es lo mismo enseñarle un vídeo que llevarle la pieza. Cuando Ichihiro lo vio quiso comprármelo. Ya sabes que yo mantengo una relación especial con mis tra-

bajos. Le dije que podría hacerle el trabajo que quisiera por encargo pero que no le podía vender ese laúd.

—¿Y?

—Me dijo que le haría el hombre más feliz del mundo si le construyera una tiorba barroca paduana de 16 órdenes. Le contesté que eso era mucha responsabilidad para mí, que al fin y al cabo, soy una aprendiz, pero Fernando, *il maestro*, me felicitó tanto que no tuve más remedio que aceptar. Este señor tiene mucho, pero mucho dinero. Con gente así mi experiencia me dice que lo mejor es no hablar de eso. Así que me vine con el encargo pero no hablamos nada de lo que le va a costar.

—¿Y estás trabajando sin saber lo que te va a pagar?

—No. ¡Qué va! Diez días después de salir de la Toscana recibí un email suyo preguntando por mi número de cuenta corriente y diciéndome en un perfecto italiano que «*questa piccola somma è un anticipo per le spese materiali*», vamos, que era un adelanto para que lo gastara en los materiales.

—Ya. ¿Soy un maleducado si pregunto cuanto te envió?

—Treinta mil, —dice Natalia con una sonrisa que no le cabe en la boca.

—¡Cojones! ¿Eso es normal?

—Es una barbaridad, es más o menos tres veces lo que cuesta una buena terminada, en España, claro. No sé cuánto será en Japón. Pero me he esmerado en comprar materiales de primerísima calidad. Fíjate, va a ser la primera vez que antes de empezar me haya gastado diez mil euros en materiales. Estoy que flipo. Y claro, cada semana le doy cuenta del progreso. Estamos los dos como si estuviéramos preñados.

—Me imagino.

—Dice que este verano, después de vernos en la Scuola y hacerle entrega de su tiorba, quiere que sea su huésped en Japón.

—¡Qué alegría! ¿Puedes enseñarla?

—Claro, hombre, pasa.

Natalia tiene el taller en unas antiguas cocheras que dan a Cala Boquilla. Muchos años antes eran pequeños abrigos hechos en los fuertes del puerto para guardar barcas y redes. Años más tarde se convirtieron en cocheras y se cerraron con persianas. Natalia tiene una alquilada desde hace tanto tiempo que, finalmente, la dueña se la vendió ‘a la gabrieleña’, sin papeles, ni escritura, ni notario, como se hacía antes. El taller es un rehundido en la roca de unos tres metros de hondo por más de quince de ancho, en uno de sus lados. Por techo tiene las bóvedas de cañón que sostienen la Escalera Alta, la misma que lleva a su propia casa. Su casa descansa literalmente colgada algo más arriba de la escalera. En el interior del espacio bajo una de las bóvedas de la escalera, Natalia ha levantado una pared en donde ha hecho, como ella le llama, una zona limpia y seca en donde guarda algunos de sus tesoros. Mantiene un aire un tanto desangelado tanto en la puerta del taller como en la entrada del mismo pues piensa que es la mejor forma de protegerse de robos y expolios.

—¿Quién va a querer robar un almacén viejo de redes?

—Se dice.

Pero con Abel tiene total confianza y le invita a pasar a su sanctasanctorum.

—La única pega que tiene este espacio es la poca luz natural. Pero hay que elegir entre la seguridad y la comodidad,

¿sabes? Ese tragaluz que ves ahí arriba es todo lo que me he permitido y lo mantengo sucio para no llamar la atención.

—Pues lo consigues, porque desde fuera nadie puede imaginar que tengas esto aquí. ¡Todo un museo!

—¡Aquí está la moza! —Dice trayendo en sus manos la tiorba.

—¡Está casi acabada!

—Sí, en un par de meses la tengo lista. ¿Quieres un té? Abel y Natalia repasan algunos pormenores de la exposición que tienen entre manos mientras cae la corta tarde de enero en el taller.

—Algunas noches me quedo aquí a dormir, —le confiesa a Abel—. Sandra no lo sabe, ¿eh? Piensa que me lío la manta a la cabeza y hago alguna tontería en algunos de los hoteles o cosas así. No le digo que estoy al pie de la Escalera Alta, a unos metros por debajo de su cama.

—¿Y eso? Desde fuera se os ve tan bien, formando un tándem tan perfecto.

—Sí. Es así el noventa por ciento del tiempo. Pero en ocasiones necesito alejarme. No físicamente, sino emocionalmente, no sé. Soy complicada. —Confiesa Natalia.

—Todos somos complicados.

—¿No te pasa que a veces, con la mejor de las intenciones, lo que consigues es el contrario de lo que pretendes?

—Claro, mujer, eso nos pasa a todos.

—Eso me pasa con las personas, por eso a veces me refugio en los objetos. En los objetos creados por mi mano. Con el textil todo consiste en añadir. Una va añadiendo: anudando, trenzando, tejiendo, enredando. No es lo mismo que con la madera. La madera es más masculina, bueno, es un decir. La madera necesita de tu disciplina, necesita de un trabajo de yuxtaposición, de quitar, dar

forma y unir. Con la madera una no puede enredar ni anudar. Para mí Sandra está en ese terreno del textil que va añadiendo poco a poco. No comparo a una persona con un objeto, ¿eh? Pero, tú sabes, el tipo de relación que puedo llegar a establecer con ella es más textil. Dedicas mucho tiempo y la relación va creciendo poquito a poco... cuando te das cuenta un tapiz precioso ha surgido como de la nada. Con la madera es diferente, tiene que estar todo más establecido desde el principio. Las piezas tiene que encajar y los apaños son prácticamente imposibles. La madera te permite cortar, ajustar, lijar y repasar pero...

—Eso no lo puedes hacer con las personas, claro. —Interrumpe Abel.

—Sí. Es así. Cuando no puedo tejer mi relación con Sandra y observo que lo que verdaderamente deseo es comportarme como una ebanista o luthier con ella, me vengo aquí.

—¿Sandra no conoce esto?

—Sí, hombre, sí que lo conoce. Lo que no sabe es que algunas noches las paso aquí. —Natalia pasa la mano por el terciopelo azul del sofá en el que está sentada—. ¿Y tú, qué te cuentas? Estoy hablando demasiado de mí.

—No hay mucho que contar aparte de la escuela. Por cierto, ¿conoces a Andrés Fernández?

—De oídas y poco más. Ese es el chaval este de la AMH, ¿no?

—Sí. Estas navidades he estado con él en «El Despeñadero». —Abel le cuenta el trabajo de excavación, los hallazgos y el posterior encuentro con Ángela y Raúl.

—¿Cómo están esos dos? Hacen una pareja encantadora. Los conocí a ambos antes de que ellos mismos se conocieran, ¿sabes? Casi acababa de llegar al Purche.

No daba crédito a lo que veía cuando los vi juntos hace ya unos años. ¿Por qué no invitas a Ángela para que nos aconseje con la exposición? Ella tiene experiencia con eso. Lleva ya en La Caixa unos años, ¿qué dices? Podemos ir el sábado que está todo más tranquilo.

—No sé si Isidro lo verá bien. Ayer le pedí permiso para venir el fin de semana a trabajar en la exposición y me dijo que no, que se iba de la isla y que quería estar presente, que las llaves no me las dejaba.

—¿Qué raro! El pasado sábado me quedé aquí. Mira, ven, asómate. —Natalia y Abel salen a la puerta del taller.

La forma de Cala Boquilla es un tanto sinuosa, como las ondulaciones de una concha de peregrino. Desde la puerta del taller de Natalia no llega a verse la puerta trasera de la Escuela pero cualquier embarcación que quiera llegar al punto más cercano se ve perfectamente desde allí. Natalia le señala un punto en la playa.

—¿Ves aquella boya grande?

—Sí.

—Pues el sábado pasado, cosa así de las doce, salí aquí a fumarme un canuto. Me tengo prohibido a mí misma fumar en el taller. Por seguridad y por los olores. Bueno, el caso es que me enfundé en mi chaquetón, me saqué una silla plegable, cogí mi cerveza y mi porro y me senté aquí a ver las estrellas. ¿Tú sabes lo que ví? Una fueraborda se acercó a ese punto, ¿ves que hay una maroma que entra en el agua?

—Sí, no veo bien de lejos, y menos con esta luz mortecina. ¿Qué hora es? Parece tarde.

—Las cinco. Pero, espera, que me pareció ver... esto no lo puedo asegurar porque eran tres personas, pero me pareció ver a Lucas, el inspector. Tú sabes lo corpulento que es, no pasa desapercibido. Lo mismo no era, pero,

¿no te parece demasiada casualidad? Cuando me contaste el otro día la discusión en el Consejo Escolar del arreglo del depósito, las pérdidas de gasoil y ahora me dices lo de que el director no quiere dejarte la llave el fin de semana... ¿Qué quieres que te diga? Me da mala espina, no sé.

—Pues lo mismo tienes razón. Pero ¿qué quieres que te diga? Que si tienen chanchullos con eso, es su problema. No es mi guerra, Natalia.

—Ya. Ni la mía tampoco.



A medida que la exposición se va montando, las visitas de Ángela son más frecuentes. Las ideas que da para el montaje del proyector y el espejo de techo entusiasman a Abel que está llevando a cabo la presentación audiovisual sobre la historia de la representación de los genitales femeninos que cuenta con la colaboración desinteresada de bastantes alumnos... todos chicos, claro.

—¿Te has dado cuenta, Natalia? No hay nada como el coño para entusiasmar a los tíos. —Le comenta en broma.

—El proyector allí arriba ha quedado muy bien disimulado. Échame una mano con esto, anda. —Natalia acarrea una pesada red de cuerda que va a colgar en uno de los extremos de la sala.

Raúl, que acaba de entrar con Ángela, les echa espontáneamente una mano.

—¡Qué maravilla! —Comenta Natalia—. ¡Qué fácil es hacer esto con ayuda! ¡Si supierais lo que me costó colgar las del otro lado! —Dice subida a una larga escalera de tijeras.

Catalina y Chito se acercan al pie:

—Profe, nosotros nos vamos, que hemos quedado.

—¿Ya? Pero si todavía no son las nueve...

—Sí, pero es que tenemos que irnos. Mañana nos bajamos toda la goma espuma del taller y montamos el coño, ¿vale?

—Buenas tardes. —El director, acompañado por el inspector de educación acaba de entrar en la sala de exposiciones del sótano. Todos los presentes, de una forma o de otra, responden. Catalina y Chito se despiden mientras que Natalia, baja de su altura:

—Buenas tardes, —dice el inspector— preparando la exposición ¿no?

—Sí, en eso andamos.

—Sigán, sigan trabajando.

Natalia y Abel se miran. Los recién llegados van al fondo y entran en el cuarto de la caldera, cuya puerta está perfectamente disimulada.

—¿Qué vendrá a hacer ese? —Comenta Natalia por lo bajo.

—Nada bueno, seguro. —Responde Abel.

Raúl que no había reconocido a Lucas, se dirige a Ángela expresándole sin palabras su intención de marcharse.

—¿Sabes qué, cariño? Ese es el tipo del parking. —Le dice Ángela—. Pero no le digas nada. Aquí no, por favor.

—¿Que el cabrón del parking está ahí? ¿Quién es?

—El grande, —le responde—. Pero déjalo, no merece la pena.

—Espérame fuera.

—No merece la pena Raúl, anda. Vamos, —dice tirando de su mano.

Raúl, serio como él es, pero con un plus extra de serenidad y seriedad que solo Ángela es capaz de reconocer, repite:

—Espérame fuera, por favor.

Natalia, Abel y un par de alumnos más está recogiendo. Carlos, el conserje, asoma por la puerta de la sala y sin saber que en el cuarto de calderas están Isidro y Lucas grita bien fuerte:

—¡Señores! ¡Son las nueve! ¡Vamos a cerrar!

Raúl se dirige hacia el fondo, Isidro, extrañado, le pregunta:

—¡Hombre Raúl, dime! ¿Qué te trae por aquí? ¿La curiosidad de ver el cuarto de calderas?

Raúl, como buscando algo que se ha perdido, se agacha y tantea el suelo que no está muy bien iluminado hasta que se coloca por detrás de Lucas. Sus manos se apoyan en la caldera y se manchan de polvo grasiento. Con determinación pasa la mano sucia por el cogote de Lucas, diciendo—:

—No. Vengo a advertir al zombie este.

—¿Cómo? —Isidro piensa que no le ha entendido bien. Mientras Lucas hace como que no ha escuchado nada y sin inmutarse saca un pañuelo.

—Un consejo, cabrón. Ándate con cuidado, —le susurra Raúl al oído.

—Pero ¿cómo...? —Isidro se encara con Raúl mientras Lucas le coge del brazo exclamando en voz alta:

—Déjalo, hombre, ¿no ves que es un imbécil?



(2 de febrero 2017)

El garito donde duerme Rurik se usó hace años para guardar aperos. Cuando Lucas contrató a Varya para uno de sus espectáculos subidos de tono que más o menos consiste en calentar al cliente lo suficiente para que

pague consumiciones hasta pagar lo que haga falta para calmar su otra sed, no sabía que estaba contratando dos almas perdidas. Rurik es su hermano desgraciado, alguien que casi no sabe valerse por sí mismo pero que como perro de presa es perfecto.

—Ahí estarás bien, tú veras. —Le dice Lucas no muy convincente—. Cuando venga tu hermana a verte, lo arregláis entre los dos. Mientras lo ampliamos un poco puedes usar el cuarto de baño que hay al lado de la cocina, ¿vale?

Rurik apenas entiende el castellano. Aprendió un poco de francés en la escuela pero de eso hace ya bastante tiempo, por lo que se limita a mover la cabeza afirmativamente.

Lucas se da cuenta de que no entiende nada. Haciendo una seña le dice:

—Ven, —mientras, en la casa, le enseña el baño y la cocina. Los dos perros ya se han acostumbrado a su presencia, aunque uno de ellos aún le gruñe pues sabe que ha venido a ocupar el lugar donde él dormía. Cuando Lucas está en la finca los perros siempre están a su alrededor con una mezcla a partes iguales de amor y temor. Es el tipo de relación que Lucas establece con todos los que se dejan, animales y humanos por igual. Una relación basada en el dominio y en la sumisión.

La finca de la casa del camino a La Valla es de las pocas propiedades que heredó de su padre. Lucas nunca habla de él, al fin y al cabo, solo su madre y él lo saben y nunca se les ocurrió revelarlo. Cuando Carmen decidió marcharse a Panamá él ya era un hombre, con su carrera y sus oposiciones sacadas. El regalo de la finca le vino después de manera inesperada.

—«Un regalo envenenado», —se dice a sí mismo—, «un regalo que me torció la vida».

—«No te engañes, gañán», —le habla su padre, el padre que aún no se ha marchado de su vida, después de más de treinta años muerto—. «Tú eres un hijo de puta, literal, ¿sabes? Tú nunca vas a poder ser como yo o como la gente normal. Tu vida es la vida de un fingidor, un farsante. Esa es tu condición, cabrón». —Y como recorriéndole un escalofrío aún siente ese gesto de despeinarlo, un gesto rápido de una mano que, desde arriba, le frota la cabeza. —«¡Pero si ya casi no tengo pelo! ¡Me cago en la puta! ¿Cómo puede ser que sienta...?».

Mientras sus pensamientos giran hacia el pasado, Lucas le enseña a Rurik a unir el remolque con la moto de agua al todo terreno.

—¿Ves?

—Sí, yo hago.

—Vale, hazlo tú. Eso es. Ya está. Ahora bájalo, venga. — Lucas le habla despacio, como si fuera un maestro de escuela. Aguantó los años de estudio de Magisterio por no enfadar a su madre y por ser los menos exigentes del momento.

—«Aunque no te guste estudiar», —le habla su madre desde la memoria del pasado— «tú termina la carrera que yo haré por que tengas un buen puesto».

Tirando de sus escasas dotes pedagógicas, le explica:

—Cuando te digas que vengas con la moto, ya sabes como va, ¿no? —Y señalando la moto acuática, le dice despacio—: ‘mo-to a-cuá-tica’, ¿vale?

—Sí, Lucas.

—A mí no me llames Lucas, ¿vale? No quiero que me llames por mi nombre, ¿vale? No Lucas. Patrón, llámame patrón.

—Patrón.

—Eso, coño. Ahora yo-me-voy. Tú, aquí. Comida en cocina, ¿vale?

—Sí, patrón.

—Muy bien. Luego vengo con Varya, ¿vale?



Tanto el nombre como la decoración y el mobiliarios de lo que antes eran 'Los Lirios' han cambiado. Ahora es el Holy Paradise Private Club. El whisky y la ginebra, los licores de mayor consumo en los setenta y ochenta han dado paso a una variedad mayor de sustancias de todo tipo. Los clientes y las trabajadoras están ahora más distanciados entre sí, social y geográficamente. Las relaciones aún son más duras y frías, el paternalismo rancio y oscuro de otras épocas, el que ponía pisos y estancos a las prostitutas caídas en gracia ha dado paso a un machismo despótico que no tiene reparos en mostrar abiertamente a las mujeres, cada vez más jóvenes, como mercancía barata. Lo que antes era música suena ahora como un triste aporreo rítmico con voces chicos malos que no han dado un palo al agua y cuya letra, lo mejor que le puede pasar es que no se entienda.

El desgraciado ritmo de atún-con-pan, atún-con-pan, atún-con-pan, se mete machaconamente en los sesos. Varya hace como que baila en una plataforma elevada, mientras un grupo de jóvenes babosos, demasiado jóvenes para ser babosos pero con una mente vieja como la prehistoria, le insultan y le gritan palabras cuyo significado es innecesario traducir. El portero del club interviene a petición de uno de los clientes que con el brazo por encima del hombro de su compañera le soba una teta.

—¡Estos niñatos! Vienen a España y no saben comportarse. —Les grita.

Los jóvenes están bastante bebidos y hablan un idioma que el portero desconoce. Él piensa que es alemán, pero les grita en castellano:

—¡Se acabó la fiesta! ¡Hay que largarse!

La música ha parado y lo que era un grito en mitad del estruendo se ha convertido en una especie de declaración de guerra. Uno de los jóvenes, con un billete de cincuenta en la mano pretende mandarlo a callar. El portero, le coge el billete de un manotazo y levanta el brazo haciendo señas a un compañero que se acerca. En unos segundos se monta una tangana sin que se sepa muy bien quién la inicia. Varya se va de la plataforma y entra detrás de la barra.

Lucas hace su entrada por la puerta de atrás en ese momento:

—¿Qué coño pasa ahí? —Pregunta al oír el tumulto.

—Un grupo de jóvenes bebidos están dando la nota, patrón. —Le dice el camarero.

—¿Y Varya? ¿Está dentro?

—No, Lucas, estoy aquí. —Varya sale con un batín abierto y un cigarro en la mano.— Me he quitado de en medio cuando han empezado...

No ha llegado a cumplir los cuarenta años pero las interminables noches de trabajo han dejado su marca en el rostro y el cuerpo que disimula bastante bien con la lencería y el maquillaje. Lucas, le da un cachete en el culo y le susurra al oído:

—No salgas ya más. Está bien por hoy.

Ella finge estar agradecida y le sonríe mientras piensa:

—«¡Ojalá te mueras!»

Los dos porteros logran hacerse con el control del local y largan a golpes a los jóvenes bebidos.

—Esos son de la base, Lucas. Se está despidiendo o lo que sea, pero con esas pintas, con esas edades, rubios, pelados y rojos como gambas, seguro que son de la base. —Pues os lo tengo dicho, ¡joder! A cualquier problema con gente así, llamáis a la PM, ¿no? ¿Para qué coño me cuesta a mí el dinero todo los meses? ¡Es que sois unos mantas, joder!

—No ha pasado nada, Lucas. Han sido diez minutos de molestias, y ya está. —Responde uno de los porteros.

—¿Quién te ha dicho a ti que uses mi nombre? A mí me llamas patrón, ¡a ver si te enteras! ¡Desgraciado! —Dirigiéndose a ambos, les dice—: Hoy cerráis a las tres. Largáis a todo el mundo, ¿vale? Cogéis a Varya y os venís al puerto. Yo estaré en el barco, ¿vale? No arméis jaleo. Vamos a navegar, pero primero nos pasaremos por la cala. ¿Entendido?



En Febrero a las cuatro de la madrugada no hay nadie en Cala Boquilla. Serguei y Radko, esbirros de Lucas, tienen el camino bien aprendido y con la exigua luz de algunas farolas lejanas ven lo suficiente para abrir el pequeño portón metálico que da al cuarto de calderas de la Escuela. No tienen más que sustituir los bidones llenos por otros vacíos que dejan en el mismo lugar. Con dos viajes pueden hacerse con cien litros de gasoil. Lucas, que en esta ocasión les espera en el barco, les advierte que se dejen aquello limpio, sin señales de haber accedido. Cuando llegan al cuarto de calderas los bidones no están llenos.

Serguei y Radko se hablan en una mezcla entre el ruso y el búlgaro:

—¡Mierda! ¡Hay que llenarlos! ¿Dónde está la goma? —
Pregunta Serguei encendiendo la linterna—, ¡Allí! ¿Los
llenas tú mientras le llamo?

—¿Para qué lo vas a molestar? Ese está echándole un pol-
vo a Varya, ¡ayúdame, anda!

—Es que eso de chupar el gasoil se me da mal, Radko.

—No hay que chupar, bobo. Mira, —Radko levanta el li-
nóleo recién puesto. Siguiendo las instrucciones dadas
por el inspector, el suelo de linóleo no llegó a pegarse,
sino que simplemente se puso cubriendo la tapa del de-
pósito. Dos cortes a un lado y otro dejan juego suficiente
para que pueda levantarse la tapa. Radko abre la tapa y
deja caer la goma dentro del depósito, mete el brazo has-
ta que llega a tocar el gasoil y dejando que todo el aire
de la goma salga, tapa la boca y saca la goma con el dedo
puesto dejando caer el chorro sobre el bidón de plástico.

—Menos mal que el depósito está lleno, cuando está muy
bajo es un coñazo. —Le explica a su colega mientras, sin
cerrar la tapa, deja caer el linóleo por encima del hueco.

—¡Como si estuvieras dedicado todo el día a esto!

—Claro, no es la primera vez. Lo peor de todo es que la
peste a gasoil tarda en irse de la piel.

El móvil de Serguei suena en el silencio del lugar:

—¿Sí? ¿Patrón? [...] Es que estaban vacíos... [...] Yavamos
para allá. [...] Sí, cerramos bien, claro. [...] Ahora mismo,
sí, sí. En un minuto. —Dirigiéndose a Radko—: Tú, ven-
ga, acaba. Me llevo estos dos y te espero allí, ¿vale?

—Sí, ya voy. —Radko enciende la linterna de su móvil cuan-
do Serguei se va. Está terminando de llenar el cuarto bidón
cuando con un biiiip agudo se apaga la linterna. Se queda
en una oscuridad feroz apenas rota por la línea de luz tenue
que se averigua por la escasa abertura del portón:

—*Topki! Kakva glupost!*

Escucha desde lejos un ¡venga, vamos!, que le apremia aún más y se marcha cerrando bien el portón y barriendo con el pie las marcas de paso de cualquiera manera.

—¿Todo bien?

—Sí, vamos, vamos.



(Marzo 2017)

—Ya has visto lo que le hemos podido sacar, —cuenta Gracia a Paco mientras agita la mano despidiéndose de la «Pelitos Blancos» que sale con sus bolsas a cuesta.

Antes le han advertido de que ande siempre por el lado izquierdo de la carretera, que no lo haga de noche y todo tipo de instrucciones a las que la anciana responde afirmando con la cabeza sonriente y sabiendo que, al ser un mero trámite, luego hará lo que le dé la gana.

—No es mucho, pero algo es algo. Así que el tal Lucas es hijo de Froilán Santos, cosa que ya sabemos y que sabía media isla sin necesidad de ADN. —Afirma.

—Eso es. —Le sigue Gracia—. Pero además sabemos que el asesinato de Froilán y los otros dos trabajadores suyos fue una venganza de la gente de La Rana por los atropellos y violaciones del señorito.

—Como todos esos crímenes han prescrito, no los voy ni a comentar con la jueza. —Añade Paco.

—Bueno, pero al menos, cierta satisfacción moral tiene una. —Dice Gracia.

—Tú, de todo esto, ni una palabra, ¿eh? Como trascienda algo me llevo yo la bronca. Por cierto, ¿te dieron a firmar un documento al entrar?

—Sí, sí. Estoy al tanto.

—Vas a cobrar como colaboradora, ¿eh? —Y añade—: ¿Qué era eso que decía de *Elli kabcatori*?

—Que Lucas se comportaba como un cazador de chicas.

—Ya, ya, lo del Paradise.

—Sí. Su garito en Santa Úrsula. Por lo visto el padre le pasó el negocio y el *modus operandi*...

—Sí. Esa pista hay que seguirla. Lo que me jode de todo esto es que la víctima la veo cada vez menos como la víctima y sin embargo no tengo ni puta idea del verdugo. Pero, oye, has terminado, que para algo están las grabaciones, para repasarlas. Muchísimas gracias. —Y colocando la mano sobre su espalda le da a entender que debe marcharse.

—Ha sido un placer poder ser de ayuda. ¿Quieres cenar luego?

Paco tarda un par de segundos en responder, los justos para que su mente procese el significado de la invitación en el contexto en el que se encuentra. Aunque están ambos en el pasillo de comisaría y aparentemente no hay nadie al tanto, se siente incómodo de dar una respuesta en ese lugar. Hace el gesto de ponerse una mano en la oreja, como llamando por teléfono, y lo acompaña con un:

—¿Vale?

Gracia, un tanto extrañada por la respuesta dice:

—Como tú quieras, hijo. Tampoco tiene tanta importancia.

Se vuelve hacia la oficina y dice en voz alta:

—Alberto, Javi, nos vamos, venga, dale, rápido.



No son horas de puterío, pero el deseo es atemporal y no entiende de horas por lo que el local se mantiene abierto. La una del mediodía en el Holy Paradise Private Club, en cualquier caso, es una hora baja, baja. Si algún cliente despistado, algún jubilado alemán aburrido del todo incluido en la pulserita del hotel o algún militar de la base, lo más usual de Europa del Norte, se ha atrevido a entrar, rápidamente cae en la cuenta de que casi todo el mundo está durmiendo. No follando, durmiendo. Por ese motivo el camarero advierte de qué va la cosa cuando Paco, Alberto y Javi entran y admiran el panorama. Una chica demasiado joven que estaba secando vasos detrás de la barra con el pecho al aire, deja el paño y sale por un lateral subiéndose a una de las plataformas y simula un baile sin ganas ni gracia alguna.

Una pareja de mediana edad se morrea con pasión, ajenos a la música y el local, inmersos en sus propios apetitos. El camarero que ha recibido de algún modo el aviso de la chica, se acerca a la mesa:

—¿Qué queréis? —Les pregunta sin demasiada cortesía.

—¿Está el encargado? —Pregunta Paco.

—No. No viene por aquí hasta más tarde. ¿Qué os pongo?

—Insiste.

Paco le enseña la identificación y le pregunta:

—¿Podrías llamarlo?

—Espere, —cuando hace el gesto de volverse hacia adentro, Alberto lo retiene de un brazo.

—¡Qué...! —Cuando intenta zafarse, Paco le señala, dándole su propio móvil.

—Llámalo con este, anda. Aquí, con nosotros.

Javi observa cómo se mueve una cortina a la izquierda de la barra. Instintivamente se echa la mano al costado y saca su pistola levantándose con rapidez. La pareja

abandona sus dedicaciones al ver la pistola en manos de Javi que grita:

—¡Alto! ¡Policía, salga de ahí!

Una chiquilla de unos quince años, muy maquillada y medio desnuda, sale de detrás, llorando con las manos en alto. El camarero aprovecha el desconcierto para echar a correr mientras la chica de la plataforma se queda inmóvil, como si de una estatua se tratara. Alberto se tira a los pies del camarero. Paco, al verlo, piensa:

—«De algo le sirve a este jugar al rugby, ¡coño, qué arte!».

—Y después, levantándose del astroso sofá en donde estaba sentado, habla en voz alta:

—¡Vamos a calmarnos! —Dirigiéndose al camarero—: Tú, siéntate ahí y no te muevas. —A Alberto—: Vete a la cancela de entrada y vigila que no salga nadie. —A Javier—: Mira a ver si hay alguien más ahí dentro y llama a la central. Y adviérteles que hay menores, que hay que seguir el protocolo de actuación para casos de trata de seres humanos. Yo llamo a la jueza, ¿ok? ¡Ah! Y tápalas, ¿vale? Rompe la cortina si no encuentras nada.

—¿Qué quieres que te diga? —Paco habla con Engracia desde el parking del puticlub—. Si todavía no has cogido el ferri, lo lógico es que vengas por mucho que te moleste. [...] ¡Claro que está relacionado! ¡No te digo! ¿No te pasé las grabaciones de la «pelitos blancos»? [...] En el registro Mercantil no aparece él, está a nombre de un tal Vasili no-sé-qué, que tiene la pinta de ser una tapadera, pero te aseguro que aquí lo tienen que conocer. [...] De acuerdo. Sí, yo llevo el operativo, sí... [...] los compañeros de la UDEV, perfecto. [...] ¿Qué me dices? ¿En Madrid? Pero si ... [...] Ya. Pero...[...] Engracia, señorita, por favor. [...] No, en serio, no es coña. ¿De verdad que

quieres que con todo esto por medio vuelva a Madrid para hablar contigo y con Manolo? Podemos hablar por videoconferencia, ¿no? [...] No, no se trata de un bar de alterne, Engracia, al menos dos de ellas eran menores, ¿vale? [...] Pues sí, yo sí estoy orgulloso del operativo. [...] Pues le hemos arreglado la vida a dos chicas [...] Pues, si no arreglado del todo, al menos la hemos sacado de la esclavitud sexual, ¿no te parece bastante? [...] Vale, te tengo al tanto de todo.



—Si no te gusta perseguir los delitos de los delincuentes, Manolo, no deberías de ser comisario jefe, coño. —Le dice Paco con voz tranquila pero mucha retranca.

—¡Es que ibas para resolver un caso de poca trascendencia porque no querían los jefes que enturbiara el prestigio de la isla y de golpe tenemos siete frentes abiertos a cuál más chungo y el puto asesinato sin resolver!

—Tal como lo cuentas parece que tengo yo la culpa. Mira, lo del guiri y la niña del hotel me lo topé de bruces. ¿Cómo voy a ignorar una llamada de auxilio de una menor en la habitación de un hotel? Lo del congelado irregular de capturas sin declarar en el tanatorio y los miembros humanos congelados, surgió de un soplo del forense de Cartagena cuando fui a ver el cadáver, ¿Qué? ¿Me lo callo? Lo de los pisapapeles y miembros humanos en resina transparente lo encontramos en el altillo de la casa de Lucas y en el armario del jefe de estudios de la Escuela de Arte. ¿También tenía que mirar para otro lado? Que se suicidara el director después de la detención del jefe de estudios no deja de ser triste, pero, dime,

porque eso ya no está en mis atribuciones, ¿qué han encontrado en sus papeles?

—Sobre tu caso, casi nada. —Responde Manolo, un tanto avergonzado por tener que presionar a su mentor aún a sabiendas de que no tiene motivos—. Lo del gasoil está confirmado por los técnicos.

—¿Qué está confirmado?

—Que el depósito está bien y que las pérdidas desde hace un par de años para acá eran en realidad robos. Además en el barco no hay ni una sola factura de gasoil. En la gasolinera del puerto viejo ni en la del nuevo tienen dato alguno sobre Lucas o su barco.

—Vale, pero me sigue extrañando.

—¿Qué es lo que te extraña?

—Que no se mata a nadie por unos litros de gasoil y que menudo miserable estaría hecho robándole a una escuela el gasoil, algo más tenía que haber ahí, ¿no? Además, ¿tú crees que Isidro se iba a suicidar por el tema del gasoil?

—¡Hombre! Lo de Isidro era un bingo en toda regla, el gasoil y las cristalizaciones macabras... No son poca cosa.

—Concedido. ¿Pero quién coño tendría interés en molestar en sacar al maromo del depósito y tirarlo al mar?

—Pregunta Paco.

—Mira, Paco, por nuestra amistad y la de años que llevamos en esto juntos, te tengo que decir una cosa. —Manolo se quita con cierto nerviosismo las gafas recién compradas. Paco, sin darle tiempo a hablar le pregunta—:

—¿Ahora usas gafas?

—La edad y las pantallas, Paco. Pero, escúchame, te decía...

—Ahórratelo, chaval. Me lo veo venir. ¿Vacaciones en Canarias por las buenas o a ordenar papeles en el archivo por las malas? ¿Es eso?

—No seas así, coño.

—Pues tú me dirás. Fui a San Gabriel porque me mandaste. Si me quitas de en medio, pues qué le voy a hacer, así haremos. Ahora, te digo una cosa, ahí queda por rascar. Lo de Lucas me da la impresión de que es un cabo suelto, un hecho inesperado que ha querido taparse para evitar mayores daños. ¿Pero quiénes y por qué querrían que no fuera a mayores?

—Tenemos que irnos al despacho de Engracia y no me gustaría que no hayamos acordado nada antes de verla.

—¿Acordado? No hay nada que acordar. Tú eres el jefe. Si me quieres quitar del caso, pues me jodo, si quieres que haga mi trabajo, pues te encaras con los de arriba. No hay otra, ¿no? ¿No te parece que podría ser interesante ver qué relación hay entre el que te presiona y la isla? Por sugerirte una línea de acción..., digo yo.

—Ya sé por dónde vas, pero ese no es el camino que voy a llevar. Voy a defender tu investigación, vamos, nuestra investigación hasta donde haga falta. La pregunta que creo que debemos hacernos es doble ¿qué es mejor?: ¿Emperrarnos en seguir de la misma forma aún a costa de perder o permitir cambiar las formas y conseguir resolver el asunto?

—Manolo, el listo eres tú, así que te dejo la tarea de ver qué es lo mejor. Te pido una cosa, a ser posible.

—¿Qué?

—Que trates al subinspector Javier Peña y al policía Alberto Fuentes como si fueran tus colaboradores cercanos. Esa gente está trabajando de lo lindo. No se merecen que los dejen de lado.

Mientras van en el coche camino de la Audiencia, Manolo pone al tanto a Paco de la investigación que está llevando a cabo Asuntos Internos.

—Oficialmente, como siempre, no se sabe nada pero Jaime tiene conexiones con un grupo mafioso de la costa levantina que está haciendo lo posible por entrar en San Gabriel. Pero yo me tengo que centrar en lo de Lucas, ¿estamos? No vamos a hacer de este asunto una inquisición global de la isla. Tu me entiendes.

—Claro, Manolo. Si el forense de Cartagena me hubiera dicho que la víctima se había atragantado con un hueso de aceituna y que en un arrebato de locura ante el atragantamiento se había tirado al mar, pues aquí paz y después gloria, ¿no? Pero al cabroncete del finado le había dado por bañarse en el depósito de gasoil de una Escuela en la que se hacían embalsamamientos del siglo XXI de partes humanas sin Nefertiti ni Amenhotep que los justificara, ¿no? Así que sí, Manolo, que te entiendo igual que tú me tienes que entender a mí.

—Oye, Paco, dicen las malas lenguas, que las hay y largas, que la jueza y tú, allá en la isla...

—Como tú dices son malas lenguas, malas y falsas. No le des más vueltas. —Dice muy serio.

—Era una broma, hombre.

—Esas bromas de mal gusto están de más entre nosotros. Después de aquello Manolo no se atreve a terminar de contarle que la decisión de su asignación a otro caso en Madrid está tomada desde la Unidad Central. Ha conseguido que le den unos días para el acomodo de las personas responsables y una dotación de presupuesto y personal extra, pero la solicitud de alejar del caso al inspector Castaño ha sido rotunda.

Al entrar en el despacho de la jueza Paco nota que lo miran con interés.

—«¿Qué les pasa a esta gente? ¿Qué les habrá contado Engracia?» —Piensa.

—Su señoría les está esperando, pueden pasar. —Está diciendo esto la asistente de la jueza cuando se abre la puerta de su despacho. Engracia, se acerca a Paco con cierta pompa y poniendo una mano sobre su hombro se dirige al personal de la sala:

—¡Atiéndame un momento, por favor! Este señor, amigo mío, es el inspector de la UDEV a cargo de la investigación de San Gabriel. Creo que después del espléndido trabajo que ha llevado a cabo allí se merece el reconocimiento y un aplauso de los presentes, ¿qué les parece?

No es la primera vez que por un motivo u otro recibe un reconocimiento público, pero este, así, sin preverlo y a propuesta de la jueza, le resulta especialmente emotivo. Por otro lado, sabe bien lo que significa y en su interior se dice:

—«Estás fuera, paquito. Estás más perdido que el barco del arroz. ¡Se acabó!»

☞ Lo que dice la pantalla (30 de marzo 2017)

Los acontecimientos de la isla de San Gabriel han pasado de la publicación local, la versión isleña del Heraldo de Murcia, a algunas noticias, poco destacadas, de las versiones regionales de los periódicos digitales de alcance nacional. A medida que las investigaciones se van multiplicando y los efectivos crecen, el foco de los medios se va haciendo más y más presentes en la isla. Todo lo que las autoridades del Ministerio del Interior no querían que ocurriera está ocurriendo. No tienen bastante en las altas esferas con la rebeldía del PP de Murcia para

que le salgan ahora estos flecos en esa isla pequeña que todo el mundo ignora.

Los teléfonos, aburridos, de los políticos y empresarios de la isla, ahora están empezando a calentarse y eso trae de cabeza a los sutiles mecanismos de control y poder de la isla y a los aún más incontrolables periódicos y cadenas de radio y televisión. Alguien ha dado con el teléfono de Paco que en esos momentos se encuentra en Madrid.

—Sí, Francisco Castaño, sí, dígame. [...] Lo siento yo, [...] Eso es, en efecto. [...] Pues ahí es a donde debe dirigirse, sí. [...] Es que aunque quisiera no podría, ¿entiende? [...] Mire, usted puede preguntar lo que quiera que de mi no va a salir ni un sí ni un no, ¿comprende? Y menos por teléfono. [...] De acuerdo, mándeme un whatsapp o lo que quiera, ¿Telegram? No. No tengo. [...] En la calle, sí. Estoy en la calle, en Madrid. [...] Sí, una casualidad, sí. No sé, eso...[...] Bueno, ¿conoce el Parque de Arriaga? [...] Estaré tomando el sol hasta la una. Sí, [...] un chaquetón marrón, enfrente de un parque infantil.

La voz al otro lado del teléfono sonaba trabajada, femenina, un tanto impostada, pero de una mujer fumadora y de mediana edad. Cuando ve acercarse a una chica joven, elegantemente vestida y con tacones altos no repara en la posibilidad de que sea su interlocutora.

—¿Francisco Castaño?

—Así me llaman, —Paco se levanta y le ofrece la mano. Ella no lo esperaba y la coge un tanto torpemente.

—Montse Rollat, encantada, —se presenta con una sonrisa—. Bueno, ¿no sabe la de vueltas que hemos dado para conseguir localizarlo!

—Ni me lo cuente. Prefiero no tener que molestarme en reñir a nadie, —le contesta bromeando.

—Le dije algo por teléfono que no es del todo correcto, lo siento. —Reconoce la periodista con una fingida cara compungida.

—Pues empezamos mal. Espero no tener que pedirle una acreditación. Explíquese. —Le responde serio.

Montse saca de su bolso el carné de periodista y Paco, al ver el gesto, le para con un:

—Déjese, déjese de tonterías, mujer. Diga lo que tenga que decir.

—Le dije que trabajaba para La Vanguardia, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Pues tenía que haberle dicho que he trabajado en La Vanguardia, en realidad ahora mismo trabajo en La Sexta en el equipo de ‘Salvados’. Me presenté así por teléfono porque pensé, tontamente, que le podía asustar lo del programa de televisión.

—Pecadillos de juventud, —dice Paco que realmente no estima la diferencia que ella advierte, y aprovecha para apostillar—: lo que me lleva a pedirle que a partir de ahora no mienta. Calle lo que quiera pero no me mienta.

—Eso está hecho. ¿Empezamos?

—No quiero que me grabe, ¿entendido? Cualquier grabación que haga es completamente ilegal y está penado por la ley. Eso es importante, ¿de acuerdo? Tome todas las notas que quiera pero no me grabe. ¡Ah! Otra cosa. No tiene permiso para revelar mi identidad. Lo negaré en donde haga falta.

—Claro, claro. No se preocupe. —Montse tiene entre sus manos un cuaderno tamaño cuartilla con las pastas duras. Y continúa—: ¿Qué está pasando en San Gabriel?

—Lo mismo que en otros muchos sitios de este país. La diferencia con otros es que aquí los flecos de la corrupción gotean algo de sangre.

—¡Uau! ¡Menuda expresión! Empezamos bien, si ese es el tono va a hacer usted el trabajo por mí. —Le anima la periodista.

—Vamos a tutearnos, Montse, que me hace ilusión. Tú me llamas Paco y me hablas de tú, así todo es más fácil. Montse interpreta la petición de tuteo en términos de coqueteo masculino pero lo deja pasar y sigue con su trabajo:

—¿Entonces ves relación entre lo que pasa en Murcia y lo que está pasando en San Gabriel?

—No estoy muy al tanto de lo que pasa en Murcia. Lo que ha pasado en San Gabriel es el resultado de una conjunción de muchas cosas. Mira, yo no soy un académico, soy de la vieja escuela. Tengo mis estudios, pero eso es lo de menos, mi verdadera maestra es la calle. La condición humana es la que es, pero hay situaciones que favorecen el crimen. Eso lo sabe el sociólogo más tonto.

—Vale, Paco, vamos en centrarnos en San Gabriel.

—Tú preguntas y yo contesto, ¿no?

—Eso. ¿Por qué fuiste a la isla?

—Mi jefe me mandó para investigar la muerte de Lucas García. Pero eso no lo puedes decir así, porque me señalaría.

—Ya. Para tu tranquilidad, antes de seguir, te digo cómo trabajamos. El resultado de lo que hablemos, en principio anonimizado, se lo damos al jefe.

—El 'Évole'. —Afirma Paco.

—Sí. Y si se ve que hay material, hablamos contigo y vemos cómo podemos seguir pero lo que hablemos tú y yo se queda anonimizado, no te preocupes.

—No soy tan tonto como para creerme lo que me dices, pero venga, pregunta. —Paco sonrío.

—Entonces fuiste por la muerte del inspector de educación. ¿Y qué pasó?

—Bueno, ya sabes lo que han dicho los medios, ¿no?

—Sí, pero, ¿se sabe algo de quién es el autor del crimen?

—Pues ahí está la cosa. Yo me inclino por pensar que ha sido un accidente y que la han cagado al ocultarlo de forma chapucera.

—Porque el cadáver apareció en la playa, ¿no?

—Eso es, sin signos de violencia.

—¡Ahá! ¿Y de dónde sacas eso de los flecos que gotean sangre?

—Es una forma de hablar. La corrupción y la costa van de la mano en este país, sobre todo la costa que tiene intereses inmobiliarios. Vamos, el dinero. A veces los hay que se señalan más de la cuenta. Ponen el foco en donde no se debe y, ¡zás!, hay que callarlos.

—¿Ese es Lucas? —Pregunta Montse.

—No, mujer, ese soy yo. Lucas era un demonio al que todo el mundo en San Gabriel odiaba. Ese no ponía el foco en ninguna parte, ese era una garrapata de todo este tinglado que tiene sus comienzos después de la guerra. Hace años ya, ¿eh?

—Explícame eso mejor que no lo he entendido.

Paco y Montse comienzan a hablar de la fundación de la base naval, la entrada en la OTAN, la decadencia de la burguesía isleña que decide irse a Madrid, los garitos de Santa Úrsula y todas las informaciones oficiales y oficiosas que ha logrado reunir y que recuerda de las numerosas conversaciones con distintas personas de la isla. La hora de comer se acerca pero la periodista no quiere desaprovechar el momento e hila una pregunta con otra.

—Mira, conozco un sitio por el barrio que ponen unas tapas..., ¿te parece? Se acerca la hora de la cervecita...

—¿Tú vives por aquí, Paco?

—¡No! ¡Qué va! Me ve la Jacinta tomando cervezas con una piba como tú y le da algo!

—Tu mujer.

—Sí, claro, mi mujer.

—¿Y entonces? ¿Qué haces por este barrio?

—Esas son cosas...

—Personales. Lo entiendo, disculpa, es mi oficio, —le dice la joven.

—No, tranquila, hacía un año que no venía por el cementerio, a visitar a mis padres, vamos, a los nichos con sus restos. Antes venía más, tres o cuatro veces al año. Pero el tiempo... —Paco no sabe bien cómo acabar la frase—... pasa. ¿No?

Al salir del parque, cruzan una calle poco concurrida y caminan por un barrio tranquilo con bloques de ocho o diez plantas hasta llegar a la cervecería. Un jardincillo en forma de talud, lo justo para no poder llamarlo parterre y escasísimo para ser considerado jardín, ocultan la cervecería que se levanta unos metros sobre la calle. Dos trabajadores reparan la escalera que separa los bloques de la calle.

—¿Aquí? —Pregunta asombrada Montse.

—¿Por qué no? ¿De qué te extrañas?

—No sé, pensaba...

Paco se da cuenta de que las expectativas de la periodista eran algo más glamurosas que la realidad que le proporciona el bar.

—Vengo aquí desde hace... —Paco hace memoria mientras Montse suelta sus cosas en una de las pocas mesas que están en el exterior.

—¿No vamos a tener frío aquí fuera? Está el tiempo un poco nublado, ¿no? —Dice Paco mirando el cielo entreverado—, ahora mismo hace sol pero en unos minutos...

Montse vuelve a coger sus cosas y entra dentro. La cervecería está poco concurrida. Algunos trabajadores que se toman un descanso para almorzar, una pareja y un grupo de jóvenes que tapean. Eligen una mesa junto a una de las ventanas. Paco, más interesado en si hay pulpo que en la joven periodista, comienza a cansar a Montse. Ella hace su papel y en cuanto está todo más o menos pedido insiste:

—Por lo que he podido averiguar se encontraron muchas pruebas en el lugar del crimen.

—Bueno, ya te he dicho, esto es algo que no he logrado corroborar, que creo que se trata de una accidente que ha querido ocultarse. No se dan las características de un crimen.

—¿Por qué?

—Nada de violencia, no hay el menor indicio de forcejeo, no hay arma y sin embargo se toman la molestia de llevarse a la víctima, atarla a un peso y tirarla al mar. Además el lugar del crimen está lleno, como has dicho, de pruebas...

—He podido saber que hay muestras de ADN de un familiar de la víctima cuya identidad se desconoce, —indica la periodista.

—Así es.

—¿Y cómo explicas eso? Los colegas de El País que cubren la noticia dicen que la víctima no tiene familia conocida.

—Hay cosas que no puedo contarte. Es delicado. No porque yo me pueda ver en un problema, sino porque hacen referencia a personas vivas que no tienen por qué ser molestadas por los medios.

—¿En la isla?

—No. Fuera de la isla.

- Aquí en la península.
- No sigas por ahí. Salta de tema, anda.
- Vale, como quieras. Oye, qué bueno está el pulpo.—
Dice saboreando la comida.
- ¿Ves? Por eso vengo aquí siempre que voy al cementerio.
- Pues está a un paseo. —Comenta Montse.
- ¡Anda, anda! No más de quince minutos, mujer.
- Bueno, vamos a otra cosa. Antes me dijiste que tú has señalado más cosas de la cuenta y por eso te han callado. ¿de qué va eso?
- Estoy aquí contigo porque han ocurrido así las cosas, como comprenderás. Si estuviera aún en activo y metido en el caso ni me hubieras visto el pelo.
- Ya, ¿y qué es lo que has destapado?
- Es más complejo que todo eso. No es que yo haya destapado algo, es más bien que no les he seguido el juego a los que quieren echar tierra encima. En San Gabriel, como te decía al principio, pasan las mismas cosas que en otros sitios de España, o del mundo, si me apuras. Solo que yo he tenido la buena o mala suerte de estar ahí el día D a la hora H y no me he vuelto de espaldas, no sé si me entiendes.
- Perfectamente. Pero, Paco, yo soy periodista, necesito algo que contar, —insiste Montse.
- Algo más que todo lo que ya se ha contado, claro.
- Claro.
- Pregunta, mujer. Si quieres algo concreto, haz preguntas concretas.
- Vale, ¿quién descuartizaba los miembros que luego se metían en resina transparente?
- ¡Coño! —A Paco la pregunta le ha cogido metiéndose una pata de pulpo en la boca y, por un momento, la

pregunta de la joven coincide con el extremo lleno de ventosas de la pata asomando por su boca. Hay algo de morboso y erótico a la vez en ese hecho que perturba a la joven, recuerda al grabado de Hokusai, «El sueño de la esposa del pescador» y por un momento, sin poderlo evitar se pone colorada. Tras unos segundos de silencio, viendo que su interlocutor no se ha dado cuenta, se relaja y continúa con su inquisición.

—Me has dicho preguntas concretas..., —se excusa.

—Pues no lo sé. Tengo la impresión de que alguien del tanatorio. Te cuento. En cuanto se hizo el descubrimiento de aquello, se separó ese tema de la investigación que yo llevaba y se dejó en manos de otros compañeros. Mientras ellos no encontraran datos relacionados con Lucas, no tenían que compartírmelos conmigo. Todos los empleados del tanatorio, que son pocos, están implicados en el caso en mayor o menor grado, por acción u omisión, pero no te puedo dar un nombre porque no lo sé.

—Y las cristalizaciones se hacían...

—En la Escuela. Eso sí es seguro. Pero, te digo lo mismo de antes, ese aspecto de la investigación relacionado con el tema de la venta de arte de dudoso gusto, escaso valor y elevado precio lo llevan agentes especializados de la UCO, ni siquiera está en manos de mi jefe.

—Porque tú eres de la UDEV, ¿no? —Pregunta sabiendo la respuesta.

—Era. —Paco hace una seña al camarero mientras pregunta a la joven—, ¿quieres algo más?

—No estoy bien, ¡uf! De sobra.

—¿Ni un café?

Ella sonrío y asiente con la cabeza mientras Paco pide dos cafés solos.

—Entonces ahora estás separado del servicio, —afirma Montse.

—Ahora mismo estoy oficialmente de vacaciones y sin solución de continuidad me jubilo en quince días. O sea, lo que estoy haciendo ahora mismo es ilegal y sancionable, pero me importa un carajo, ¿no?

Montse se ríe y añade:

—Por mí puedes estar tranquilo, ¿eh? Ya te digo... ¿Cuánto tiempo llevas en la UDEV?

—La tira de años... Más de dos décadas.

—¿Y antes?

—Pasé por varios sitios, pero eso no viene al caso.

En ese momento vibra el móvil de Paco. Lo saca de su bolsillo. Paco se aleja con un gesto dirigido a la periodista para que le espere en el bar. Algunos clientes más han empezado a llenar el local. Paco pasea por la calle mientras habla por el móvil. Montse lo ve desde la ventana del bar. Por un momento, en mitad del ruido del interior y del tráfico de la calle, sus miradas se cruzan. Aunque Paco está en la conversación, sus pensamientos adquieren un tinte especial y mientras habla con su jefe hace esfuerzos por no mantener la sonrisa de la joven en su mente:

—Dime Manolo. [...] ¡Hombre! Pues te lo agradezco. Es un detalle de los compañeros. [...] ¿Está detenido? [...] Pues sí que es una coartada. Entonces, ¿qué más se sabe? [...] ¿Rusos? [...] Y están en prisión preventiva, ¿no? [...] Ya. No sabes lo que me alegro. Que hayan sido Javier y Alberto es la mayor alegría, Manolo. [...] Yo, bien. Paseando y charlando un rato con una amiga. [...] Jacinta está en Extremadura, se va siempre una semana antes de la semana santa, que tiene allí cosas de cofra-

días y demás. [...] ¿Y los tuyos? [...] ¿Qué? ¿Una rueda de prensa? ¿Cuándo? [...] ¿En el Purche? [...] La capital, Manolo, San Gabriel del Purche. [...] ¡Ah! ¿Y eso? [...] ¿Y el secreto? [...] ¡No me digas! [...] ¡Joder! Bueno, Manolo, disculpa que te haga 'la preguntita' pero si no la hago reviento: ¿se considera que soy bien visto si estoy entre el público? [...] ¡Anda, coño! ¡Haber empezado por ahí, joder! Entonces, confírmame, si he oído bien la rueda de prensa es mañana a las 12 en el ministerio. La preside el subsecretario, ¿no? ¿Esta información es pública? [...] Esta tarde. Ya. Iré de uniforme, ¿te parece? [...] Muchas gracias, hombre. A ti, a ti.

Paco vuelve sonriente al bar donde le espera la joven periodista.

—No sé si lo que te voy a contar te estropea la historia o te ayuda en algo. Pero bueno, primicia es, aunque por poco tiempo. Esta tarde se va a convocar a una rueda de prensa para mañana en el ministerio aquí en Madrid... —Viendo la cuenta doblada sobre un platillo con dos euros encima, se interrumpe—: pero ¿qué has hecho mujer? ¿Has pagado?

—Sí, no te preocupes, lo paga el programa.

—No. Chica, no. Me podrás tachar de paternalista, machista o lo que quieras pero tú a mí no me pagas el pulpo, eso no. —Abre la cuenta y sacando un billete de cincuenta de su cartera mira por un momento un lugar donde colocarlo. Montse, que se da cuenta de la intención, levanta las manos como si estuvieran deteniéndola en una película de Hollywood mientras dice sonriendo: —Todos los bolsillos de mi chaqueta son falsos. No tienes que darme nada.

—¡Joder! ¿Qué van a pensar los camareros, Montse? Se supone que soy un caballero.

—Que piensen lo que quieran. ¿A qué hora es la rueda de prensa?

—Mañana a las doce.

—¡Bien! De aquí a mañana tendremos tiempo para que me invites a algo, ¿no?



Antes de dirigirse a la rueda de prensa, vestido con el uniforme de gala de la Policía Nacional, se coloca delante del espejo largo del recibidor y le manda una foto al whatsapp de Jacinta. Unos segundos después recibe su llamada en respuesta:

—¡Ay, Paco, todavía no se me ha pasado el disgusto!

—Venga, mujer, para mí también ha sido una sorpresa. No me quise ir de Madrid por si las moscas pasaba algo pero ¿cómo me iba a imaginar yo esto? Te digo una cosa: nadie me ha aclarado de qué va a ir el asunto, que es absolutamente reservado.

—Oye, cuéntame, que tengo aquí a mi vera a Cinta y está loca por saber más cosas, —intenta sonsacarle.

—Pues que ponga la tele, que me han dicho que en el canal 24 horas sacan en directo la rueda de prensa.

Al otro lado del teléfono se oyen unos grititos:

—Niña, ponla, ponla, en el 24 horas.

—Pero Jacinta, hija, que es a las 12, queda más de hora y media.

—¡Ah, bueno! Yo te voy a ver, que estás muy guapo, ¿sabes?

Paco tiene mala consciencia después de la cena con Montse de la noche anterior y se dice a sí mismo:

—«Paquito, coño, no seas mojigato, que no pasó nada del otro mundo».

—Una cosa, Jacinta, que no la vean los niños, ¿eh? No es que se vaya a ver nada feo, será sobre todo aburrido, pero el tema es una tanto escabroso para ellos. Sobre todo para la Chari, que ya es una mujercita y se entera de todo.

—¡Anda ya, Paco! ¿Desde cuando no vienes tú por Malcocinado? ¿Tú has visto a la Chari?

—Tú sabes cuándo fue la última vez, mujer, que fui contigo por su santo, para la Virgen del Rosario —Paco no logra entender cómo su mujer no es capaz de recordar lo que pasó hace unos meses.

—Pues no sabes el estirón que ha pegado en estos cinco meses, la Chari es ya una mujer, mujer, con todo lo que hace falta. Te voy a mandar una foto en cuanto se deje... De fondo se escucha una vocecilla quejándose:

—¡Tita! ¡Hay que ver! ¡¿Te quieres callar?! ¡Qué vergüenza! ¡Yo me voy!

—¡Déjala, Jacinta! Ya me hago cargo. Bueno, ya te cuento a la noche, que voy saliendo ya.

—Oye, ¿cómo vas a ir?

—En coche, que no me meto en el Metro vestido de gala, que parece que va uno pidiendo guerra.

—¿Lo has lavado? Porque siempre me llevas el coche cochambroso.

—Sí, sí, claro. Lo lavé ayer, —le miente y piensa mientras se despide—: «¡Coño! El coche tiene que estar peor que el palo de un gallinero. Cogeré un taxi». ¡Adiós, adiós!

En el Salón de Actos del Ministerio del Interior no cabe un alfiler. El número de periodistas acreditados supera las dimensiones previstas del espacio. Paco, casi escondido a la izquierda de las banderas y detrás de dos filas de altos cargos del ministerio, escucha impasible

la sarta de incorrecciones, ambigüedades y verdades a medias que poco a poco los diferentes interlocutores van desgranando. Algunas por desconocimiento, porque muchos de esos señores que hablan han sabido del caso ayer mismo y simplemente salen a hacerse la foto. Otras por interés en desviar la atención del hecho innegable, el partido en el poder hegemónico de San Gabriel desde los inicios de la etapa constitucional y actualmente en el gobierno de la nación está profundamente involucrado en el tema. Lo que el ministro en cuestión ha intentado por todos los medios minimizar y separar de su gestión, pretende ahora venderlo como un ejemplo de eficacia y honradez a pesar de que ha supuesto el descabezamiento total del partido y del gobierno en la isla. Un subdirector narra la versión oficial de los hechos:

—Como consecuencia de la firme decisión de este ministerio de proporcionar todos los medios a las instituciones judiciales y a los cuerpos y fuerza de seguridad del Estado, se ha procedido, desde las 0:00 horas del pasado martes a un operativo en la isla de San Gabriel a resultas del cual se han detenido a las siguientes personas...

Paco comienza a escuchar la lista, que hasta ese momento desconoce: el delegado del gobierno en la isla, el presidente del partido, el señor juez, D. Patricio Jiménez de la Fuente, tres miembros del PP y uno del PSOE del Cabildo insular, tres policías judiciales de San Gabriel; Juan Carlos Martínez, Ismael Aramburu y Jaime Cenizo y hasta dieciséis personas más entre las que se encuentran varios militares de la base naval de la OTAN, un español y otros tres de distintas nacionalidades europeas y dos mujeres y tres hombres de nacionalidad rusa y búlgara.

—«Lo han clavado.» —Piensa Paco, orgulloso, y por un breve instante se reconcilia con sus superiores y em-

pieza a pensar que el sistema, aunque imperfecto, funciona.

—Todas estas personas, —prosigue el alto cargo—, han pasado a disposición judicial. El operativo ha sido llevado a cabo en su integridad por la UCO y han participado agentes de distintas unidades, de la UDEV, de Asuntos Internos y otras, que se han destacado por su profesionalidad bajo la tutela de la jueza de la Audiencia Nacional Doña Engracia Rulfí Martínez que ha dirigido la investigación. A los acusados, que han pasado a disposición judicial, se les han imputado delitos de pertenencia a organización criminal, de cohecho, malversación, tráfico de influencias, delito fiscal y blanqueo de capitales así como delitos contra la propiedad, contra la salud, tráfico de drogas, delitos contra la libertad e indemnidad sexuales, corrupción de menores y otros. Se trataba de una organización criminal con ramificaciones en otros lugares de la geografía española que ha podido ser descabezada gracias a la investigación dirigida desde la Audiencia Nacional.

El jefe de prensa del ministerio ha acordado el turno de preguntas con los periodistas presentes. Paco, que va viendo como intervienen los altos cargos produciendo un relato un tanto neutro y descafeinado de los hechos e inhibiéndose a responder cabalmente arropándose en el secreto del sumario se pregunta, un tanto insatisfecho, qué hace él allí. Al fondo de la sala, una mano levantada insiste:

—Montse Rollat, de La Sexta.

—Dígame, le señala el subdirector.

—Querría preguntar por el caso que ha destapado todo este asunto, según tengo entendido y cuya investigación comenzó el inspector Francisco Castaño de la UDEV.

Los cuatro altos cargos sentados en la mesa de la sala se miran entre sí pues ninguno de ellos realmente conoce los pormenores de al asunto del que se empezó a hablar un mes y medio antes.

La periodista, sin dar demasiado tiempo a encajar la pregunta continúa:

—¿Qué relación hay entre el caso del inspector de educación hallado en la playa de los Muertos y los delitos que se atribuyen a los detenidos? ¿Alguno de ellos puede considerarse imputado como posible autor del crimen? ¿Por qué se ha apartado del caso al inspector de policía de la UDEV que destapa toda esta trama?

Uno de los miembros de la mesa, director adjunto del ministerio, algo molesto, responde:

—Esas son demasiadas preguntas, si no le importa.

Un murmullo de desaprobación se levanta en la sala.

—Si tiene a bien responder a la primera..., —insiste Montse cuando le soplan por el auricular en el oído que ha entrado en directo en «Al rojo vivo» de Ferreras, por lo que se ve obligada a repetirla:

—¿Qué relación hay entre el caso del inspector de educación hallado en la playa de los Muertos y los delitos que se atribuyen a los detenidos?

Sin disimular su enfado, el director adjunto se escuda:

—Estamos aquí para dar cuenta de un operativo policial, no para desvelar el secreto del sumario. Usted debería saber que esa pregunta no es pertinente.

—¿Y la siguiente tampoco? ¿Por qué se ha apartado del caso al inspector de policía de la UDEV que destapa toda esta trama?

Paco empieza a ponerse nervioso. Algunos de sus compañeros que está junto a él, muy sutilmente lo miran y aunque sea unos centímetros se apartan dejando que su

rostro, un tanto espantado, se vea con claridad. Los cámaras, advertidos por los compañeros intentan un primer plano de su cara.

—«No tenía que haberme tomado dos cafés. Ahora empiezo a notar las ganas de mear. ¡Es que eres la leche, paquito! ¡Qué poco cuidas esas cosas, pareces un chiquillo!» —Dice mientras deja caer el peso del cuerpo en una y otra pierna alternativamente, como conjurando la inminente desgracia.

El director adjunto consulta con uno de los altos cargos de su lado que a su vez, mira hacia atrás buscando la información necesaria para dar respuesta. Los segundos pasan, el directo en televisión empieza a ser una pesada losa sobre los cargos políticos presentes. El jefe de prensa interviene:

—¿Alguna pregunta más?

El ambiente se caldea en la sala, algunos periodistas se sienten molestos por la forma en que no se ha respondido a las preguntas. Manolo, el inspector jefe de la UDEV es invitado por el subdirector adjunto a tomar el micrófono después de haber sido consultado. Esa falta de coordinación será la comidilla de la oposición durante los próximos días.

—Agradecemos su pregunta para desmentir que el inspector Castaño haya sido apartado del caso. Todo lo contrario, lo hemos invitado a esta rueda de prensa para agradecerle a él y a todos los profesionales y miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad del estado que han participado en este operativo su encomiable labor. El inspector Castaño ha iniciado los trámites para su jubilación y en ningún momento ha sido apartado del caso como usted sugiere. —Manolo mira hacia el lugar donde, hasta hace un momento

estaba Paco, sorprendido por su ausencia, termina su intervención.

El jefe de prensa recoge el guante y da por terminada la convocatoria dando las gracias a los asistentes.

☞ *Ya 'asmar!* (¡Ay, moreno!)
(Viernes 3 de Febrero de 2017)

—A ver, ¿qué tenemos hoy? —Dice Lucas a su llegada a la oficina de la delegación de educación.

Una funcionaria con gafas sujetas por una cadenita dorada se levanta en cuanto se da cuenta de su presencia:

—Buenos días, inspector.

—¿Que qué tenemos?

—Hoy llega la señora vicepresidenta de Enseñanzas Artísticas en el ferri de mediodía. La inauguración de la exposición es a las siete y media, pero usted ha quedado allí a las siete. ¿Va a ir a recoger a la vicepresidenta al puerto?

—No. Manda a alguien a buscarla, que la acompañen al hotel y que queden a una hora esta tarde para recogerla y llevarla a la Escuela. ¿Qué más?

A la media hora, después de haber firmado unos documentos mientras se ha tomado un café en su despacho, sale de la delegación:

—Bueno, señores, si no es algo urgente, no me llamen, que tengo trabajo fuera.

Los funcionarios, acostumbrados a la falta de educación e interés del inspector siguen con su escaso trabajo.

—«¡Hostia! Se me había olvidado por completo, menos mal que me he pasado a ver qué había. A ver qué mierda de exposición extraña se monta esa gente esta vez. Va a

haber que aguantar la plasta de la madrileña esa estirada esta tarde. ¡Uf!» —Piensa Lucas subiéndose al coche.

Mientras conduce camino de Santa Úrsula, con el manos libres llama a Radko:

—¿Diga? —Suena la voz extraña del búlgaro.

—Oye, Radko, ¿cómo fue ayer noche? ¿Recogisteis los bidones?

—Sí, patrón. Pero no estaban llenos como nos dijiste, ¿eh? Los tuvimos que llenar nosotros.

—¿Cómo que no estaban llenos? ¡Me cago en la puta! «Le voy a tener que decir unas palabritas al carajote ese del Isidro, que no sirve para nada», —se dice a sí mismo—. ¿Y cómo se quedó aquello?

—Bien, patrón, el portón está cerrado como me dijiste.

—Oye, estás en el puerto, ¿no?

—Sí, en el puerto.

—Pues vete con el barco a Cala Bieca, fondeas allí y me esperas.

—Patrón, el otro día se pasaron por aquí de la oficina a pedir lo suyo, —comenta el búlgaro.

—Luego me cuentas.

—Pero es que vino uno nuevo y quería...

—¡Que luego me cuentas, cojones! ¿Es que estás sordo?

—Le corta enfadado.— Allí nos vemos. ¡Ah, espera! ¿Está Varya contigo?

—No, Aquí estamos Serguei y yo solos.

El sonido del corte de la conversación es todo lo que escucha Radko en el teléfono.

—¿Patrón? ¿Patrón? Ha colgado el hijo puta, —le dice a Serguei y añade—, arranca que salimos a Cala Bieca.

Lucas se acerca al Holy Paradise. Sin bajarse del coche llama a Varya. El teléfono no contesta. Repite la llamada varias veces sin éxito. Llama al encargado del local que con una voz prácticamente inexistente responde:

—¿Qué pasa, patrón?

—Dile a Varya que baje.

—No estoy en el club, hoy está el Rata, ¿quiere que lo llame?

—No deja, lo llamo yo.

Lucas acerca el coche a la cancela trasera de la finca y toca el claxon. Un hombre ya mayor de cuya boca asoman dos paletas enormes, se acerca, arrastrando los pies, a abrirla.

—¡No abras, Rata, no hace falta! Llama a Varya, dile que se venga, ¡ya!

—Como usted diga, patrón.

A los diez minutos, cansado de esperar, vuelve a tocar el claxon.

Una Varya ojerosa, sale de la casa por una puerta lateral con un bolso pequeño bajo el brazo.

—¿Sólo traes eso? —Se extraña Lucas—. Vas a estar fuera hasta el lunes.

—¿Vas? ¿Es que tú no vienes?

—Lo que yo haga no es cosa tuya. ¿Subes a por más cosas o lo llevas todo ahí?

—Tengo cosas en el barco, hombre, no te preocupes.

—Está bien, sube. —Mientras se dirigen a la casa donde está su hermano Rurik, Lucas le cuenta los planes del fin de semana:

—Esta tarde tengo cosas que hacer en la Escuela. Después tendré que cenar con la plasta de la madrileña esa, pero la dejaré pronto en el hotel. Cosa así de las diez os veo en la Playa del Abedul, en el hotel recojo al cliente y nos vamos para la base. ¿Lo pillas? Mientras llegamos a la base, si el cliente quiere, le haces un servicio y que quede contento, ¿estamos?

—Sí. Estamos.

—Lo de tu hermano está arreglado, ¿eh? Papeles en regla como quedamos,— le dice dándole un sobre.

—Gracias Lucas.

—No te preocupes, ya me lo pagaréis.

—¿Y qué hacemos en la base?

—De eso mejor que no sepas nada. Tú a lo tuyo, ¿vale? El sábado salimos y habrá juerga, dos o tres, gente fina, no te asustes que no son como los de la otra vez. Irán de uno en uno y pagan bien a las chicas. Al fin y al cabo tus servicios son una tapadera para los negocios gordos, tú sacas en este fin de semana para ti unos mil, espero. De quinientos no baja, te lo digo yo.

—«¿Y tú, cabrón?» —Se pregunta Varya—, «¿cuánto sacará el *proklyataya svin'ya*⁵ este?» —Muy bien, patrón.

Cuando llegan a la casa y Rurik les abre el portón para pasar el coche, los perros corren alegres a saludar a Lucas.

—¿Pero qué les pasa a estos que están tan juguetones?

—Le pregunta a Rurik.

—Juego con perros.

—Pues no hay que tratarlos mucho, ¡coño!, que se encariñan y ya no sirven para guardar o ¿tú te crees que vas a estar aquí con ellos toda la vida? —Dirigiéndose a la hermana—: Explícaselo, Varya, dile que los perros son para que muerdan, no para que salten de alegría. Si hay que darles palos, se les da.

Varya, aburrída, le habla en ruso a Rurik y no le cuenta lo que le pide, sino que tenga cuidado con el cabrón del Lucas que está muy enrabiado esa mañana, que debe haber desayunado poco y haciendo el gesto de pegar le dice que quite a los animales de en medio, que les va a pegar si no se los lleva.

5 maldito cerdo

—¿Cómo se dice perro en ruso?— Pregunta Lucas.

—*Sobaka*, —responde Varya.

—Pues tú no le has dicho nada de *sobaka* a tu hermano.

—¡Venga, hombre! ¿No ves que se los está llevando?

—¡Rurik! ¡Ven aquí! —En cuanto vuelve sumiso le pregunta a voz en grito—: ¿Has colocado el remolque de la moto acuática como te dije?

—Sí.

—Vámonos, Varya, coge tus cosas y súbete al todo terreno.

—Voy, —responde Rurik.

—¿Adónde vas? ¿Qué le pasa a tu hermano? ¿Es que se ha vuelto loco? Tú te quedas aquí, ¡animal! ¿Qué vas a hacer tú en el barco?

El camino que une la casa de Lucas con Cala Bieca está casi en desuso. Después de unos pocos kilómetros de recorrido paralelos a la valla, se desvía ligeramente a la izquierda y acaba abruptamente en un ensanche. Desde allí, por una senda estrecha, arenosa y muy empinada se llega a Cala Bieca. Solo un todoterreno con tracción en las cuatro ruedas puede bajar con bastante cuidado por ese camino que desemboca en el mar. Lucas siempre prefiere bajar marcha atrás aunque a Varya le da pavor.

—Deja que me baje, por favor, —le pide.

—¡Pero mira que eres idiota! —Le responde sin perder la oportunidad de insultarla—. ¡La de veces que he hecho esta maniobra!

—Un día se te va a torcer el remolque y te la vas a pegar. Deja que me baje, anda.

Lucas para el coche y cuando ella abre la puerta suelta ligeramente el pie del freno jugando con el miedo de ella. Varya cierra la puerta de un golpe y medio enfadada, medio asustada, se calla.

—¡Bájate, mujer, bájate!

—No. Está bien así. No te preocupes, —dice mientras lo maldice en su interior.

Al llegar a la cala, el yate está esperándolos. Serguei está en la arena y se levanta saludando:

—Todo listo, patrón.

Lucas acerca el coche a la orilla marcha atrás metiendo por completo el remolque en el agua.

—Suelta la moto y llévate a esta. Nos vemos en la Playa del Abedul a las diez, ¿estamos?

Varya se quita los zapatos y baja del coche con su bolso. Serguei, con el agua por la cintura, libera la moto que flota y cabecea con el escaso oleaje mientras dice con el pulgar en alto:

—¡Ya está, patrón!

—Oye, nada de dedicarse a zangonear todo el día, ¿estamos? —Gritando mientras comienza a separarse del agua—. Os ponéis a limpiar y prepararlo todo, ¿eh? Haz unos platitos de picoteo y eso, Varya. ¡Aseguraos que no falte bebida! ¿Vale? ¡Que viene gente impor...

Sus últimas palabras se pierden entre el ruido del motor que se esfuerza por subir el camino de arena fina.

Tras volver a cambiar de coche en la finca de Santa Úrsula, Lucas vuelve a San Gabriel, asegurándose con el manos libres que la vicepresidenta está ya en el hotel.

—¿Quién ha ido al final a recibirla? —Le pregunta a la funcionaria de la delegación—. [...] ¡Ah! Eso está muy bien.[...] «El huevón del Isidrito ganando puntos, cómo le gusta a este arrimarse. Ni que fuera a heredar la escuela, ¡cojones!» —Piensa—. Vale, vale, estaré en la escuela a las siete. Llámalo y se lo dices. [...] No, ya no voy a pasar por allí, si son..., ¡las dos! ¡Madre, mía! Bueno, nos vemos mañana. Sí, ya sé, en el Cabildo, sí.

No hay nada que una comida y unas pastillas no reparen. Lucas se coloca con asiduidad, por eso la dosis a la que está acostumbrado tumbaría a un animal. Aparece en la Escuela de Arte a las siete. El saludo a la vicepresidenta y al director es, como es común en él, bastante distante. Toman algo en la cafetería mientras Isidro hace algunas presentaciones de los profesores. Camila, vestida para la ocasión, saluda a la política que, poco acostumbrada a visitar escuelas de arte tan pequeñas como aquella, se asombra ante el despliegue de habilidades de su alumnado y claustro.

—No me podía imaginar que una escuela como esta tuviera tanto que enseñar, —le dice a Camila mientras dan un paseo viendo los distintos espacios, trabajos, patios y pasillos de la escuela que ya de por sí, sin necesidad de más exposiciones, es notable.

Lucas, a unos metros de distancia, un tanto impaciente, le susurra casi al oído a Isidro:

—Me han dicho que los bidones no estaban llenos como quedamos.

—Ahora no es momento, —responde Isidro bastante inquieto.

—El momento es cuando me salga de los cojones, —le reta Lucas.

Mientras Camila le enseña la escuela, aprovecha para advertir a la política del contenido de la exposición:

—El tema de la exposición es «El umbral», no sé si tuvo tiempo de leer el catálogo que le mandamos.

—Pues sí, le eché un vistazo en el ferri.

—Hay algo que quisiera comentarle, no quiero quitarle el factor sorpresa, pero tampoco que se sienta incómoda.

Conforme se acercan, los asistentes a la inauguración van dejando paso a las ‘autoridades’. La puerta de la sala de

exposiciones está abierta de par en par pero no se puede ver nada desde fuera por la disposición de los elementos expositivos. Un panel con el grafismo explicativo de entrada cierra la vista al montaje de la vulva gigante. En las sendas paredes laterales, dos cañones de proyección lanzan las imágenes y textos relativos a la historia de la genitalia femenina. Por un momento Astarté saluda desde la derecha, con sus manos levantadas, a una foto del pubis de una venus paleolítica enfrente. La música de Alberto Iglesias para el corto del Amante Menguante llena la sala. La política finge estar interesada y sorprendida aunque realmente se siente un tanto molesta. El espacio que queda antes de pasar al interior tiene un pequeño atril y un micrófono en donde el director comienza el acto de apertura de la exposición. Unas cincuenta personas a un lado y otro de la entrada de la sala están atentas. Tras las intervenciones de rigor, Natalia comenta con la política el sentido del montaje al que acceden por la derecha. Lucas no sabe nada de lo que va a ver. El primer plano inmenso de la vulva de goma espuma de más de dos metros de alto le deja realmente sorprendido y le saca una risa nerviosa. Natalia, comenta en voz alta para todos los presentes:

—La exposición se puede visitar por la derecha del montaje, siguiendo las flechas verdes —señala el camino— que llevan directamente a la escalera que sube a la sala de arriba y los pasillos del claustro que se aprovechan como espacio expositivo, o, para los más atrevidos, entrando en el propio montaje. Los que queráis hacerlo así, fijaos bien en las lucecitas rojas que hay en el suelo y que terminan llevando a la misma salida final. Está oscuro, ¿eh?

Y diciendo esto, abre los labios de la vulva y entra dentro de ella. Algunos profesores y alumnos presentes la

siguen. Se oyen las voces y risas apagadas de los que, entrando, han mostrado el camino atrevido.

Lucas le sugiere a la vicepresidenta, que se ha vuelto atrás y está aún distraída con los contenidos de la proyección, que entre por el camino de los osados.

—No, no, déjelo, —le responde un tanto estirada.

Isidro sigue hablando con ella sobre las dificultades y pormenores de la escuela de San Gabriel.

Sandra, Catalina, Chito, Abel y Ángela hacen un corro enfrente de la vulva, orgullosos de cómo ha quedado todo. Lucas se acerca a ellos. No sabe nada de que son los constructores y artífices de la idea de Natalia:

—¿Qué? ¿No os atrevéis?

Catalina, que conoce al personaje, se aparta de él. Lucas, en su más puro estilo borde y faltón, le dice a Sandra riéndose:

—A ti te va a costar trabajo pasar por ahí.

Como poseídas por una fuerza común inesperada, o simplemente por el deseo de alejarse, las chicas entran por la vulva. Chito va tras ellas y Abel, en último lugar, atraviesa, como ha hecho varias veces en los últimos días en su preparación, el montaje del canal del parto a la inversa. Cuando llega a la pared del fondo comienza a tantear y al apoyarse, se abre el cuarto de la caldera. Dentro la oscuridad es total. Se deja la puerta abierta, la sortea y sigue por el pasillo de la derecha iluminado muy levemente por leds rojos en el suelo.

—«Sí que se dan prisa estos», —piensa Lucas.

Con una sensación mezcla de asco y excitación abre los labios de la vulva.

—«Está muy bien hecho, ¡joder!» —Se dice sintiendo la presión suave de la goma espuma sobre su cuerpo.

Cuando se abre al 'útero' todo está oscuro. Los que debían ser los primeros leds rojos a la derecha no se ven pues están tapados por la puerta del cuarto de calderas. Lucas, sin saber que está a punto de desencadenarse su tragedia, avanza y da un paso sobre el linóleo que él mismo mandó poner. No ve nada pero huele muchísimo a gasoil. Un paso más. El mundo bajo sus pies cede y, golpeándose cae en el depósito. En pocos segundos pierde la consciencia y, finalmente, la vida. Abel, que ha sido el último en pasar y ha escuchado un ruido extraño se vuelve. Al ver la puerta del cuarto de calderas abierta, la cierra de un golpe y le echa el pestillo.

—Estas puertas invisibles son un peligro, —se dice.



A las diez no aparece nadie en la Playa del Abedul.

—¡Qué raro! ¿Le has llamado? —Dice Varya extrañada.

—Sí pero está apagado.

—¿Seguro que llamas a su móvil? ¿Has probado con el del trabajo? —Insiste.

—Ese lo tiene prohibido. Vamos, que ni me lo ha dado. Además a las diez de la noche...

—Espera, voy a llamar al club.

—No ha pasado por allí en todo el día, Varya. Ya les llamé yo.

Sin saber qué hacer, tras una hora de espera, vuelven al puerto viejo. La noche del viernes la pasan en el barco, intranquilos, pues no es la forma normal de comportarse del que llaman patrón. Todo el día del sábado andan de pesquisas de un lado a otro hasta que finalmente, Varya decide llamar a Isidro.

—Hola, buenos días, soy Varya, amiga de Lucas. [...] Pues eso, que quedé ayer con él...[...] No coge el teléfono. [...] Sí, apagado. ¿Tú tampoco sabes nada? Es extraño, ¿no? [...] ¿Y se fue así como así? [...] ¡Ah! Oye, vamos a ir a mirar allí, porque si fue allí donde le viste por la tarde... [...] Ya. Entiendo, pero yo estoy al tanto de lo del portón de Cala Boquilla, no te preocupes. [...] Sí, entramos por el portón, como siempre. [...] Esta noche a la una.



(30 de marzo 2017)

—Me tenías loco, Paco, pero loco del todo. ¿Cómo se te ocurre quitarte de en medio en plena rueda de prensa? Yo hablando de ti como un majadero y tú te habías ido...

Manolo, entre risas, celebra con la jueza y Paco el fin de la investigación.

—Menos mal que yo no estaba, ¡me daba algo! —Dice Engracia moviendo la cabeza.

—¿Qué queréis que os diga? La próstata no perdona, me estaba meando. La cosa se alargaba, el subdirector no paraba de hablar y yo estaba ya cansado de dar saltitos para un lado y para otro. Cuando empezaste a hablar, ¡claro que quería quedarme, leche! Pero es que no podía más, si me quedaba me meaba encima, de verdad. Y una vez puesto, con la historia esta de la prostatitis uno no puede decir: un chorro rápido y ya está. ¡Qué va! La cosa se toma su tiempo...,—se explica Paco.

—Pues te perdiste lo mejor. Según me han dicho, Manolo estuvo muy bien.

—Hice lo que pude, que no era fácil. Tampoco iba a encomendarle la plana a los tagarotes.

—¿Tagaqué? —Pregunta Paco.

—A los de arriba, vamos, a los jefes.

—Ahora quedan cosas en el tintero que no me quiero perder, Engracia, ¿me puedes sacar de dudas? —Pregunta Paco.

—Pero de esta mesa no sale, ¿eh? Que ya vimos todos en la tele lo bien informada y lo que te defendió esa periodista, ¿cómo se llama? —Le responde la jueza.

—Montse Rollat.

—Eso, la de La Sexta. ¡Joder, la tía! Te defendió como si fueras su... —Manolo no encuentra la palabra y se atreve a seguir—:...padre, ¿te parece bien? Porque podrías ser su padre.

Paco, incómodo, cambia de tema:

—¿Cómo terminó lo del ADN del familiar? ¿Se descartó sin más?

—No. Un par de días después de que dejaras San Gabriel, cuando todavía estaba al frente Javier, que no te había reemplazado nadie aún, él recibió una llamada de Ángela.

—¿La de la Sala La Caixa?

—¿La conoces? —Pregunta Manolo.

—Me han hablado de ella, sí.

—Pues Ángela nos contó un encuentro que tuvieron ella y su padre con Lucas García y de ahí, tirando, tirando y hablando con otros profesores, releyendo sus declaraciones y demás, se llegó a desvelar un hecho que resultó no tener importancia pero que puso a Javier en la dirección correcta.

—Termina de aclararte, Engracia.

—La cuestión es que el marido de Ángela, un tal Raúl Fernández, un marino de la base naval, tuvo un encontronazo con Lucas y el director de la escuela unos días antes de la inauguración justo en el cuarto de calderas.

Javier tuvo la feliz idea de pedirle a Ángela su cepillo de dientes para la prueba de ADN. —Continúa la jueza—. Ella aceptó sin discusión advirtiéndonos de que el día de la exposición su marido iba camino del Mar Rojo. El resultado de las pruebas coincide con la del familiar, es decir, que su marido es hermano de padre del tal Lucas. Cuando Javier se puso a comprobar la información, resulta que, en efecto, estaba navegando por el mediterráneo desde el día antes de la exposición. De hecho la coartada es total porque incluso habló con el capitán del barco. En el momento de producirse los hechos navegaban por aguas internacionales rumbo al Canal de Suez. —Ese Raúl era entonces hijo del ‘Rabo del Diablo’. ¡Madre mía! ¿Cómo lo iba a saber? —Paco, empieza a hacer memoria y los papeles amarillentos y las fotos del crimen de los ochenta pasan rápido antes sus ojos.— Eso la «Pelitos Blancos» tenía que saberlo.

—¿Quién es esa? —Pregunta la jueza.

—No aparece en los informes por decisión propia, —confiesa Paco.

—¿Cómo? ¿Le ocultas información al juez instructor? —Engracia hace la pregunta en parte en tono de broma y en parte sorprendida. Está a punto de regañar a Paco y él, que es consciente de su envite, le responde:

—A la jueza, sí. Porque la «Pelitos Blancos» no se merece que la maree la Ley. Dejemos a nuestros ‘buenos salvajes’ que lo sigan siendo. La instrucción ya ha acabado, yo estoy jubilado y tú ya estás en otras cosas. Así que si quieres que hablemos como amigos, te puedo contar algo, pero si es con la jueza, te digo que soy un señor mayor con la memoria floja.

—¿Pero quién es esa? —Vuelve a preguntar Engracia.

—Eso, Paco, sácanos de la intriga, —le pide Manolo.

—Con todos mis respetos, las faunas locales de San Gabriel, como las de cualquier otra ciudad por el estilo, tienen sus versiones comunes y corrientes, más o menos acomodadas, y otros personajes entrañables, pero indómitos, como la «Pelitos Blancos», Una mujer mayor que se mueve como un lagarto y tiene un conocimiento de las cosas que han pasado en San Gabriel en los últimos años muy particular. Tiene la mirada de la que ve el mundo desde el suelo, a ras de tierra. Eso no quita para que tenga un encanto, especial, eso sí. El problema está en que no habla castellano.

—¿Es inglesa?

—No. Es española, averigüé que nació en Santa Úrsula en los cuarenta. Pero solo habla la *lingua*.

—¿Y cómo te has comunicado con ella? ¿Con la traductora esa de la que me hablaste?

—Sí, con Gracia Fernández. Que, por cierto, ha sido muy importante en la investigación...

Paco comienza a hablarles de Gracia y de su hijo Andrés y la conversación comienza a meterse por vericuetos de cierto cariz político que a la jueza le incomodan.

—¡Venga, Paco! ¡No me digas que ahora, a la vejez, me vas a venir con lo de la Memoria Histórica! —Le señala la jueza.

Paco recuerda las conversaciones con Gracia y Andrés. No tiene ganas ni interés en defenderse, comienza a sentir un cansancio inmenso, no físico, sino el cansancio del que se ve obligado a justificar ante un juez, una jueza en este caso, la necesidad de justicia y reparación de crímenes contra la humanidad. Crímenes perpetrados desde el poder del estado contra poblaciones civiles indefensas cuyo único delito fue estar en el bando del perdedor.

—¿Qué te pasa, Paco? ¿Estás mal? —Pregunta Manolo.

—Estaba pensado, —miente y cambia de tema a la vez—, en qué posición van a quedar Javier y Alberto después de todo esto. Porque a la isla le hemos dado un buen meneo entre todos. Y allí hay gente muy buena y muy válida.

—Te lo tengo dicho muchas veces, Paco, eres muy buena gente. Siempre pensando en los colegas, tienes que pensar más en ti y dejar que cada uno se busque la vida. —Le responde Manolo.

—Esa respuesta es típica de un jefe tocapelotas, Manolo. El ambiente comienza a tensarse con la respuesta del inspector. Engracia mira a su plato con un gesto de ‘tierra, trágame’. Manolo, incómodo, se excusa:

—Solo quería...

—Ya sé lo que querías. Esos consejitos se los puedes dar a los chavales que entran nuevos pero conmigo no te valen. No te han valido nunca pero, ahora que estoy ‘jubilata’, menos. Me preocupo de mis colegas porque se lo merecen. Te iría mejor todavía como jefe si hicieras lo mismo con los tuyos, —con una sonrisa congelada en sus labios añade—: Todo esto te lo digo sin acritud, ¿eh?, como dicen ahora.

—Vale, Paco. Vamos a dejarlo. La isla, como dices, ha quedado un tanto descabezada después de los acontecimientos. Javier es el nuevo inspector jefe de la judicial de San Gabriel y Alberto se queda allí con él. Han mandado dos efectivos más de refuerzo. ¿Te quedas tranquilo?

—Sí. Me he pasado, Manolo, discúlpame, —dice Paco colocando una mano sobre su brazo.

—Está bien, no pasa nada.

—Lo de las tapas con Asun y Jacinta tenemos que hacerlo, ¿eh? Nos queda pendiente. —Le recuerda.

—¿Qué es eso? ¿Os vais con las familias y no contáis conmigo? ¿Es que a las solteras ya no las quiere nadie?—
Pregunta Engracia.



(Verano 2017)

—¿Pues te puedes creer que es la primera vez que bajo a la playa en bañador? —Paco intenta convencer a Jacinta,

—Eso lo dices para disimular. Mira que te conozco.

—Bueno, mujer, como tú digas. ¿Nos ponemos ahí? —
Dice Paco arrastrando un carrito y señalando una sombrilla amplia de paja con dos tumbonas a pocos metros de un chiringuito de la Playa del Abedul.

—Eso nos va a costar un dineral.

—¡Venga, anda! ¿Qué más da? —La anima.

—Entonces ¿para qué traemos el carrito con las sillas, la mesa y la nevera? ¡Es que eres...! Lo tenías que haber pensado antes.

—Pues no pasa nada, nos sentamos en nuestras sillas y cuando nos apetezca nos tumbamos en las tumbonas. No hay que hacerle ascos a la comodidad.

La playa empieza a llenarse de gente. Paco ha venido con Jacinta a San Gabriel de vacaciones, su primer verano de jubilado, y ahora no sabe bien qué hacer con todo el tiempo que tiene. Ella lleva el Hola y un par de cuadernos de sudokus. Él ha preferido luchar con la tablet un rato.

—A mí cuando me sacan del Windows XP me vuelvo majara, —le decía al joven que le atendió en el Mediamarkt, que finalmente le convenció para que se comprara una Galaxy.

Poco a poco va consiguiendo usarla para leer la prensa, tontear con la música y poco más. Lleva dos horas sen-

tado bajo la sombrilla evitando el duro sol del sur. Las gafas de sol le filtran la luz y se queda un tanto adormilado.

Al poco rato una sombra le pasa por delante:

—Paco, ¡qué alegría verte por aquí!

Jacinta, que en la postura en que se encuentra no logra ver a su marido, se levanta extrañada. La joven que lo ha saludado lleva un bikini rojo y luce un pareo a juego que, estirado y con esfuerzo, tapa solo una de sus piernas. Paco sigue dormido. La joven, en voz baja, se dirige a Jacinta con un:

—Déjelo, déjelo que descanse.

A regañadientes, Jacinta responde:

—¡No, mujer! —Mientras, zarandea a Paco que se despierta desconcertado. En el tiempo que tarda en ubicarse, Montse se le acerca y le zampa dos besos:

—¿Qué haces en San Gabriel?

Paco se levanta de la tumbona y, como pidiendo permiso a Jacinta, invita a la joven a sentarse:

—¿Quieres una cerveza? —Dice mientras abre la nevera.

—¿No es un poco pronto?

—No, ¡qué va! Es la una ya. ¿Quieres una, Jacinta?

Paco abre tres cervezas y coloca tres vasos de plástico sobre la mesa.

—Entonces, imagino que estás de vacaciones, ¿no?

—Imaginas bien, mis primeras vacaciones de jubilado. ¿Y tú?

—También, también de vacaciones. Acabo de dejar a mi chiquitín en la piscina del hotel que ahora tienen animación hasta las dos. Pero, ya sabes, no paramos. Aunque estoy de vacaciones aprovecho para sacar un poco de aquí y de allí, tu me entiendes.

—¿En qué andas metida entonces?

Jacinta, que se siente un tanto descolgada de la conversación saca unas aceitunas y un paquete de patatas.

—¡Ay, muchas gracias! Por mí no se moleste. —Le dice Montse.

—Nada, mujer, esto no es nada. —Dice mientras escanea pormenorizadamente su bikini, su escote, y el pareo anudado en su cadera, tenso, como si fuera a soltarse.

—Pues estoy entrevistando a gente de aquí de la isla. Atando cabos sobre todo lo que ha pasado este año para darle un tratamiento pausado y en profundidad. Justo tenía pensado llamarte uno de estos días para que me dieras consejos y algún contacto, claro.

—Pues muy bien. Nosotros llegamos ayer y tenemos previsto vernos con mis colegas, los policías que han colaborado conmigo. También quiero llamar a Gracia y a su hijo Andrés para que los conozca Jacinta y él nos enseñe «El Despeñadero» que no es lo mismo verlo, y nada más, a que te lo cuenten. De la Escuela, ahora en verano, no creo que vayamos a ver nadie porque estarán de vacaciones. Espera, voy a probar, ¡qué coño!

Paco coge su móvil y llama a Camila, mientras tanto Jacinta comienza a asaltar a preguntas a la periodista.

—¿Paco? ¡Paco Castaño! ¡Qué alegría saber de ti! Me quedé un tanto cortada con las últimas noticias que conocí del caso. Iba a llamarte, ¿sabes? Pero eso de que seas policía me frenaba un poco, ¡fíjate que tonta!

—Lo entiendo. Siempre somos incómodos salvo cuando se requiere nuestro trabajo, ¿no?

—Bueno, yo que sé. ¿Cómo estás?

—Pues ahora mismo estoy tomando la sombra en la Playa del Abedul, aquí en San Gabriel. ¿Y tú?

—¡No me digas! ¿A qué altura!

Paco se levanta y mira hacia el interior:

—Estoy en unas tumbonas del Chiringuito «El Dorado», a la altura del... no lo leo bien...¿Inn Grave Hotel, puede ser?

—No te muevas, que te vas a llevar una sorpresa.

Unos minutos más tarde, cuando Jacinta ya ha logrado saber que Montse es madre soltera, que su hijo tiene cinco años, que vive en Alcobendas y que es alérgica al atún en lata, aparecen Camila, Gracia, Andrés, Abel y Pedro.

Jacinta, que no logra abarcar con su mesita y sus sillas a tanta gente se siente desbordada. Cuando llevan unos minutos de pié y están algo cansados de presentarse, Montse propone pasarse al chiringuito. Un hombre mayor, muy moreno, con sombrero blanco y vestido con pantalón vaquero y camisa blanca sale de una caseta.

—Si quieren, pueden alquilar las sombrillas de al lado y colocan las tumbonas a su gusto.

Jacinta consigue que les vigile sus cosas y todos se van a comer.

—¿Sabéis cómo se almuerza aquí? —Pregunta Paco a los del lugar.

—Mira, Paco, —Abel le pone una mano en el hombro y señala una zona llena de puntos blancos en mitad de la loma que se levanta justo detrás de los hoteles—, ¿ves todas esas casitas que hay detrás? Pues si te pones aquí verás una mancha verde algo más intensa...

—La que está a media altura, que tiene la carretera justo por debajo.

—Esa, sí. Pues esa mancha verde tapa mi casa.

—¿Has visto, Jacinta?

Ella ya se ha sentado y no echa mucha cuenta a su marido.

—Tenéis que venir a casa, —le dice Abel dirigiéndose a Jacinta—, ¿dónde os alojáis?

—En el Sol Palace, ahí al lado —dice ella.

—¡Ah! ¿Habéis hecho reserva para muchos días?

—Eso lo lleva Paco, pero queríamos estar aquí un par de semanas. Es que es la primera vez en muchos años que nos vamos quince días seguidos a la playa, estamos celebrando su jubilación. —Jacinta necesita excusar lo que para ella es algo extraordinario.

—Paco, ¿has pagado la reserva completa? —Pregunta Abel.

—No. No sabía bien si me iba a gustar. Pero tenía ganas de alojarme en el primer hotel turístico de San Gabriel. En la web venía que estaba completamente remozado y, han pasado tantas historias aquí, que me apetecía conocerlo. Tengo reservado tres días, pero hay habitaciones libres, julio no es agosto, así que me puedo quedar más.

—Os propongo una cosa: mi amigo Pedro y yo nos vamos mañana para Santa Úrsula. Yo tengo que arreglar cosas en la casa de allí. Además a mí la playa me gusta cuando no hace calor, en verano me agobia un poco. ¿Os importa quedaros en mi casa y me regáis las plantas? Os ahorráis un dinerito y yo me quedo tranquilo con un poli en casa. —Sugiere riéndose.



Nota Final

Al ser una obra de ficción, los personajes, por mucho que uno quiera empeñarse en encontrarle parecido a personas reales, son ficticios. Hay algunas excepciones: se citan a autores y trabajos reales, como la de los arqueólogos Alfredo González y Xurxo Ayán o la historiadora M^a Victoria Fernández.

Aunque no se cita al autor, los fragmentos de la Guía de la Isla de San Gabriel son versiones de textos de la Guía del Parque de Grazalema de mi amigo Carlos Vázquez, al que le doy las gracias.

La isla de San Gabriel es inexistente, obviamente, pero su geografía, sin entrar en detalles, se corresponde (girándola adecuadamente) con la isla griega de Samos.

El personaje de Elías está basado en la vida y vicisitudes de un hombre bueno que existió realmente, aunque se han modificado sus datos para preservar la intimidad de la familia. Este relato quisiera ser un torpe homenaje a la memoria de buenas personas como él, pasadas, presentes y futuras.

Granada Mayo 2021